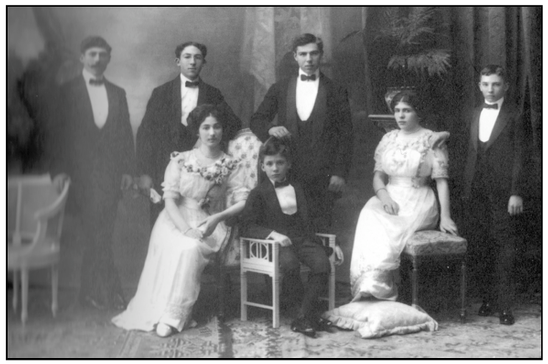
ISSN Nº: 0327 649 X



Sumario ▼

DOSSIER

Un linaje de notables del interior argentino en el proceso de unificación política: los Civit de Mendoza

Redes de parentesco, azúcar y poder: la elite azucarera tucumana en la segunda mitad del siglo XIX

"Exigir y dar satisfacción: un privilegio de las elites finiseculares"

La alta sociedad y la política en la Buenos Aires del 900: la sociabilidad distinguida durante el orden conservador (1880-1916)

Liberados de su "Bastilla": saenzpeñismo, reformismo electoral y fragmentación de la elite política en torno al Centenario

ARTÍCULOS

El peronismo y la "clase media": de las ilusiones al resentimiento, 1944-1955

El Círculo Médico Argentino y su papel en la configuración del pensamiento médico clínico. Buenos Aires 1875-1883

ARCHIVOS

Las colecciones fotográficas del Acervo Histórico de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de la Universidad Nacional de La Plata

▶

)ENTREPASADOS(

REVISTA DE HISTORIA
AÑO XVI - NÚMERO 31 - COMIENZOS DE 2007

)ENTREPASADOS(

REVISTA DE HISTORIA
AÑO XVI - NÚMERO 31 - COMIENZOS DE 2007

31

Dossier: Las elites argentinas entre 1850 y 1910. El primer peronismo y las clases medias: de las ilusiones al resentimiento / El Círculo Médico Argentino y la configuración del pensamiento médico / Las colecciones fotográficas del Acervo Histórico de la Facultad de Ciencias Naturales

Escriben: Paz / Bragoni / Herrera / Gayol / Losada / Castro / Adamovsky / Souza / Kelly / Martínez / Garrido

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

)ENTREPASADOS(

REVISTA DE HISTORIA

AÑO XVI – NÚMERO 31 – COMIENZOS DE 2007

Consejo de dirección
Silvia Finocchio
Mirta Zaida Lobato
Lucas Luchilo
Gustavo Paz
Leticia Prislei
Fernando Rocchi
Juan Suriano

Director
Juan Suriano

ENTREPASADOS se publica con el aporte económico proveniente del premio Concurso de Revistas de Investigación en Historia y Ciencias Sociales organizado por un grupo de académicos argentinos residentes en Estados Unidos, gestionado por la Fundación Compromiso y con el apoyo financiero de la Fundación Ford. El Instituto de Altos Estudios Sociales (IDAES) de la Universidad Nacional de General San Martín permitió acreditar los fondos provenientes de la Fundación Ford.

ENTREPASADOS es una revista semestral que abre un espacio para el debate y la producción histórica. El consejo de dirección recibe todas las contribuciones que enriquezcan el campo del quehacer historiográfico. Las opiniones expresadas en los artículos firmados son responsabilidad de los autores.

Registro de la propiedad intelectual en trámite.

Suscriptores: En Argentina $ 40
En el exterior, vía superficie u$s 30, vía aérea u$s 40

Entrepasados recibe toda su correspondencia, giros y cheques a nombre de Carmelo Juan Suriano, Cuenca 1949 (1416), Ciudad de Buenos Aires, Argentina. Tel.: 4582-2925.
e-mail: entrepasados@websail.com.ar

Distribución internacional: Cochabamba 248, D. 2, Buenos Aires, Argentina. Tel.: 4361-0473. Fax: 4361-0493
e-mail: cambeiro@latbook.com.ar

Impresión: Primera Clase, California 1231, Ciudad de Buenos Aires, República Argentina

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

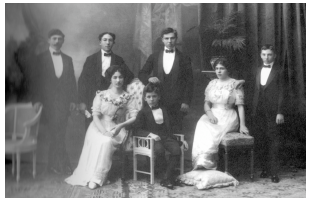


Foto de tapa:
Familia de Fernández Blanco, Galería Witcomb, 1909

Las ilustraciones pertenecen a *La caricatura argentina*, Eudeba, 1960

Indice

Dossier
Elites argentinas (1850-1910)

Presentación
Gustavo L. Paz 9

Un linaje de notables del interior argentino en el proceso de unificación política: los Civit de Mendoza
Beatriz Bragoni 13

Redes de parentesco, azúcar y poder: la elite azucarera tucumana en la segunda mitad del siglo XIX
Claudia Herrera 35

"Exigir y dar satisfacción: un privilegio de las elites finiseculares"
Sandra Gayol 55

La alta sociedad y la política en el Buenos Aires del novecientos: la sociabilidad distinguida durante el orden conservador (1880-1916)
Leandro Losada 81

Liberados de su "Bastilla": saenzpeñismo, reformismo electoral y fragmentación de la elite política en torno al Centenario
Martín O. Castro 97

Artículos

El peronismo y la "clase media": de las ilusiones al resentimiento (1944-1955)
Ezequiel Adamovsky 117

El Círculo Médico Argentino y su papel en la configuración del pensamiento médico clínico (Buenos Aires, 1875-1883)
Pablo Souza 141

Archivos

Las colecciones fotográficas del Acervo Histórico de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de la Universidad Nacional de La Plata
Martha Garrido, Tatiana Kelly y Alejandro Martínez 163

ISSN: 0337 649 X

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Reseñas

Jorge Gelman y Daniel Santilli
De Rivadavia a Rosas. Desigualdad y crecimiento económico
Eduardo Míguez 177

Federico Lorenz
Las guerras por Malvinas
Valeria Manzano 182

Graciela Batticuore, Klaus Gallo y Jorge Myers (comps.)
Resonancias románticas. Ensayos sobre historia de la cultura argentina (1820-1890)
Ignacio Zubizarreta 185

Peter Fritzsche,
De alemanes a nazis 1914-1933
Mariela Rubinzal 188

Sergio Lischinksy, *in memoriam*

Sergio será recordado siempre entre quienes integramos *Entrepasados*. El formó parte del grupo inicial de la revista y de su primer consejo de redacción. Estuvo en la trinchera de esa lucha que hoy nos parece imposible: publicar una revista de historia que recogiera la producción reciente, los debates y los problemas de la disciplina en el nuevo contexto de la vida académica en nuestro país y sin otro subsidio que nuestros bolsillos y la ayuda de amigos, dinero que se esfumaba en medio de las tormentas de las dos hiperinflaciones en 1989 y 1990-1991.

Muchas veces nos reunimos en la casa de la calle Emilio Ravignani que compartía con Ema Cibotti, otra querida amiga y fundadora de la revista. Las reuniones eran de todo tipo, a veces ríspidas cuando discutíamos sobre qué publicar, alrededor de criterios y recursos; otras eran más esperanzadas y optimistas cuando planeábamos el futuro; a veces soñábamos y otras nos deprimíamos por las situaciones que vivíamos en las universidades donde trabajábamos o por lo que pasaba en el país. Éramos y somos diferentes y nos unía y nos une la amistad tanto como el interés por la historia.

Casi como un milagro la revista sacó su primer número en 1991, Sergio estaba entre nosotros, luego los avatares de la vida lo llevaron a alejarse de la historia aunque últimamente había retomado la docencia. Nosotros queremos recordarlo hoy como en aquel momento, aunque sabemos que su vida ya no era la misma luego de la muerte de Manuel, su hijo de dieciocho años quien fue atropellado por un conductor irresponsable. Sergio fue un compañero de ruta y un gran amigo; siempre estará entre nosotros.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

estudios sociales
revista universitaria semestral

Consejo Editorial: Darío Macor (director), Ricardo Falcón, Eduardo Hourcade, Enrique Mases, Hugo Quiroga, César Tcach, Darío Roldán

Nº 30 **primer semestre** **2007**

ARTÍCULOS

SILVANA A. PALERMO: *Elite técnica y Estado liberal: la creación de una administración moderna en los Ferrocarriles del Estado (1870-1910).*

NOEMÍ M. GIRBAL-BLACHA: *Los lenguajes de la crisis en la Argentina de los años 30.*

OSCAR H. AELO Y NICOLÁS QUIROGA: *Modelos en conflicto. El Partido Peronista en la provincia de Buenos Aires, 1947-1955.*

ADRIANA CHIROLEU: *Las paradojas de la modernización universitaria de los años 60.*

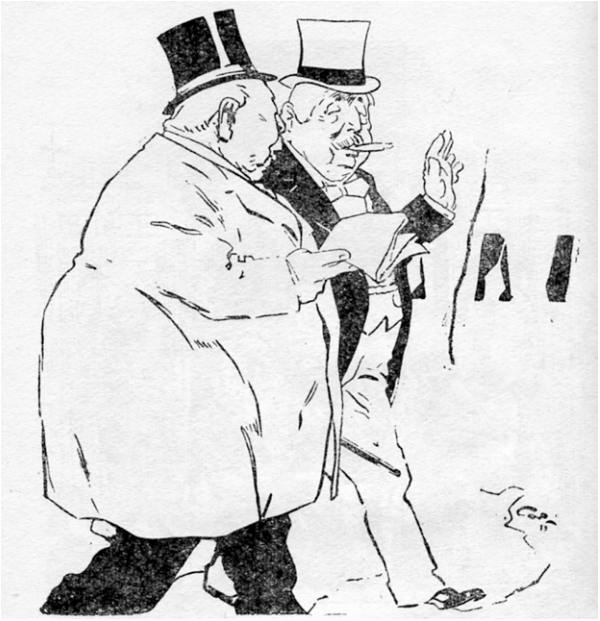
MÓNICA BARTOLUCCI: *Juventud rebelde y peronistas con camisa. El clima cultural de una nueva generación durante el gobierno de Onganía.*

SEBASTIÁN BARROS: *Espectralidad e inestabilidad institucional. Acerca de la ruptura populista*.

ESTUDIOS SOCIALES, Universidad Nacional del Litoral, CC 353, Correo Argentino (3000) Santa Fe, Argentina, e-mail: suspia@fcjs.unl.edu.ar

COMPRAS Y SUSCRIPCIONES: Centro de Publicaciones, UNL, 9 de Julio 3563 (3000) Santa Fe, Argentina, e-mail: editorial@unl.edu.ar www.unl.edu.ar/editorial

Dossier
Elites argentinas (1850-1910)



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Presentación

Gustavo L. Paz

El estudio de las elites en la Argentina en el siglo XIX parece no haber atraído demasiado el interés de los historiadores. Tema caro a la historiografía de comienzos del siglo XX, de factura exclusivamente político-diplomática, experimentó un avance notable a comienzos de la década del 70 con la publicación de *Revolución y guerra. Formación de una elite dirigente en la Argentina criolla* (Siglo Veintiuno, 1972) por Tulio Halperín Donghi. El libro causó gran impacto en la historiografía local pero en su momento no tuvo seguidores. La historia económica y social con un marcado sesgo estructural excluía a las elites del campo de los estudios históricos. La inestabilidad institucional del período poco ayudó a que este tema (y la historiografía en general) se desarrollara.

Mientras que en la Argentina la historiografía sobre las elites languidecía, en otros ámbitos académicos comenzaba a florecer. Desde fines de la década del 60 el latinoamericanismo anglosajón (británico y norteamericano) produjo sólidas monografías sobre grupos de elite centrados en análisis de familias y de sectores socioprofesionales concentrados más en el período colonial que en el siglo XIX.[1] Estas tendencias llegaron al Río de la Plata de la mano de algunos estudios muy sólidos pero con limitado impacto inmediato en el medio local.[2]

La normalización de la vida académica a mediados de la década del 80 no implicó el desarrollo de esta línea de investigación. Por el contrario, los primeros esfuerzos de los historiadores colonialistas y del siglo XIX estuvieron centrados en la reapertura de temas clásicos enfocados desde perspectivas renovadoras. Los más favorecidos fueron la historia agraria pampeana (unidades productivas, mano de obra, mercados) y los sectores populares. La organización de un encuentro sobre "Familia y elite. Siglos XVIII y XIX" en el CEDES, convocado por Enrique Tandeter en 1990, constituyó más una excepción y el lanzamiento de un conjunto de trabajos tentativos que la muestra de un vigoroso grupo de estudios sobre estos temas.

Sólo en la década del 90 la tendencia sobre los estudios de elites en la Argentina parecería estar cambiando. Desde diferentes aproximaciones temáticas y metodológicas las elites han comenzado a figurar de manera un poco más conspicua. Estudios de familias notables, coloniales y decimonónicas se enfocan en la conformación de linajes, las estructuras parentales y estrategias de alianza, la formación de redes, la acumulación y transmisión del patrimonio mediante la herencia, las lógicas empresariales, su relación con la política, su sociabilidad y rasgos culturales.[3] En este contexto, de un creciente pero aún incompleto abordaje de las elites, este dossier intenta presentar algunos debates sobre el tema.

Entrepasados - Nº 31, comienzos de 2007: 9-11

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El dossier se abre con dos trabajos sobre elites políticas provinciales. El artículo de Beatriz Bragoni introduce una vuelta de tuerca al tema clásico de los gobiernos de notables que ella ya había tocado en su *Hijos de la revolución*. En este trabajo Bragoni reacciona contra la visión que reduce la vida política provincial a meros acuerdos entre familias y linajes de parientes para introducir una perspectiva que enfatiza la dimensión política más que el control familiar de la cosa pública. Su estudio sobre el ascenso del liderazgo político de los Civit en Mendoza después de Pavón se centra en la adaptación y transformación de las reglas y prácticas políticas por parte de una nueva dirigencia provincial que derivará en el reemplazo de los cuadros dirigentes locales y su eventual transformación. Los Civit emergen como los grandes intérpretes de estas nuevas situaciones hasta fines de la década de 1880. A esta visión Claudia Herrera contrapone una más consagrada centrada en redes de familias notables que controlan la situación política de Tucumán desde fines de la década de 1870. Su artículo pone en relieve la centralidad de algunos miembros de esta red en las relaciones entre la provincia y las autoridades nacionales, que se organizan siguiendo la lógica de la reciprocidad. Aunque asimétrico, este intercambio, que puede definirse como de apoyo militar y político por parte de la provincia a cambio de subsidios económicos, según la autora fue beneficioso para ambas partes. El debate está planteado: ¿lógicas y prácticas políticas de ascenso y consolidación del liderazgo, o redes de familias? El asunto merece nuevos estudios provinciales y locales para aclararlo.

Un segundo bloque de artículos se refiere a las características socioculturales de la elite porteña y su relación con la política en torno de 1900. El trabajo de Sandra Gayol explora las dimensiones sociales del duelo de honor tomado como una ventana para analizar los mecanismos de pertenencia y jerarquización en el interior de las elites. Su estudio se centra en la identificación de los criterios sociales de inclusión o rechazo de un individuo a la "sociedad de la satisfacción" en una sociedad móvil y cambiante como la porteña de ese tiempo. Por su parte, Leandro Losada se propone analizar la relación entre elite y política en el Buenos Aires finisecular. La tesis de Losada, que ya adelantara en su reciente disertación doctoral, es que la consolidación de una sociabilidad de elite implicó la exclusión de la política de las instituciones sociales y de la vida social de esa elite. Si bien esta erradicación nunca pudo conseguirse totalmente, la política dejó de ser un elemento divisorio central en la alta sociedad porteña, como lo había sido hasta hace poco tiempo. Finalmente, el artículo de Martín Castro tiene contactos con los dos anteriores pero introduce una dimensión más netamente política e ideológica al análisis de las elites porteñas. El autor se concentra en la formación de la coalición "saenzpeñista" en el momento previo a la reforma electoral de 1912, una mezcla de desplazados políticos por el roquismo y viejos reformistas desde la década de 1890. Castro enfatiza las reformas propuestas por los miembros de la elite participantes en esa coalición conducentes a una reformulación de las relaciones entre sociedad y Estado que dieran cuenta, y a la vez pusieran coto, a las transformaciones sociales de comienzos de siglo.

En su trabajo Castro contrapone a la visión de Losada sobre el relativo aislamiento político de la elite porteña una más politizada en la cual aún hacia 1910 sus exclusivos ámbitos de sociabilidad se veían cruzados por conflictos políticos, cuando ellos no eran generados en esos ámbitos. La relación distante, si no conflictiva, entre elite terrateniente bonaerense y política, introducida por Tulio Halperín Donghi a comienzos de la década del 90, fue luego retomada y desarrollada con maestría por Roy Hora en su *Los terratenientes de la pampa argentina*.[4] Aquí Castro y Losada lo continúan desde otras perspectivas. ¿Acaso una definición más laxa de la elite, menos cortada por un perfil socioeconómico y profesional, que incluya ámbitos de sociabilidad como clubes y cenáculos intelectuales, reinsertaría a la alta sociedad porteña en la política? Las visiones son contrapuestas, el debate está planteado.

Notas

[1] La bibliografía es muy vasta; aquí se citan sólo algunos ejemplos importantes: D. Brading, *Miners and Merchants in Bourbon Mexico, 1763-1810*, Cambridge University Press, 1971; C.A. Harris, *Mexican Family Empire: The Latifundio of the Sanchez Navarro 1765-1867*, Austin, University of Texas Press, 1975; J.E. Kicza, *Empresarios coloniales. Familias y negocios en la ciudad de México durante los borbones*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986; D.E. Levi, *The Prados of São Paulo: An Elite Family and Social Change, 1840-1930,* Athens, University of Georgia Press, 1987; L. Lewin, *Politics and Parentela in Paraiba: A Case Study of Family Based Oligarchy in Brazil*, Princeton University Press, 1987; L. Adler Lomnitz y M. Pérez-Lizaur, *A Mexican Elite Family, 1820-1980: Kinship, Class, and Culture*, Princeton University Press, 1987; S. Ramírez, *Patriarcas provinciales. La tenencia de la tierra y la economía del poder en el Perú colonial*, Madrid, Alianza, 1991. Un intento comparativo y teórico (aunque muy discutido) es el libro de D. Balmori, S. Voss y M. Wortman, *Notable Family Networks in Latin America*, University of Chicago Press, 1984.

[2] S. Socolow, *The Merchants of Buenos Aires. Family and Commerce (1778-1810)*, Cambridge University Press, 1987 (ed. en castellano De la Flor, 1991); *The Bureaucrats of Buenos Aires, 1769-1810. Amor al Real Servicio*, Durham, Duke University Press, 1987.

[3] Algunos ejemplos de este nuevo dinamismo son los trabajos de Z. Moutoukias, "Réseaux personnels et autorité coloniale: les négociants de Buenos Aires au XVIIIe siécle", *Annales ESC*, 4, 1992; J. Gelman, *De mercachifle a gran comerciante: los caminos del ascenso en el Río de la Plata*, Sevilla, Universidad de Andalucía, 1996, para el período colonial, y B. Bragoni, *Los hijos de la revolución. Familia, negocios y poder en Mendoza en el siglo XIX*, Buenos Aires, Taurus, 1999, y R. Hora, *Los terratenientes de la pampa argentina. Una historia social y política, 1860-1945,* Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2002 para diferentes momentos del siglo XIX. Una síntesis sobre la perspectiva familiar se encuentra en J.L. Moreno, *Historia de la Familia en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Sudamericana, 2004, y una útil y sólida discusión de los diferentes abordajes (familias, redes) en los trabajos incluidos en el dossier "El análisis de los grupos sociales: balance historiográfico y examen crítico", *Anuario IEHS*, 15, 2001.

[4] El artículo de Tulio Halperín Donghi mencionado es "The Buenos Aires Landed Class and the Shape of Argentine Politics, 1820-1930", en E. Huber y F. Safford (eds.), *Agrarian Structure and Political Power*, Londres-Pittsburg, University of Pittsburg Press, 1995.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Un linaje de notables del interior argentino en el proceso de unificación política: los Civit de Mendoza

*Beatriz Bragoni**

Y dijo el Gobierno Nacional: sea hecho el orden, y el orden fue hecho.
Y dijo también el Gobierno Nacional: sean restablecidos los poderes legales en medio de la provincia
Y dividió época de época
Y restableció el Gobierno Nacional el orden constitucional y dividió la época de revolución de la época del orden.
Génesis, Mendoza, 1870

En las últimas décadas parentesco, negocios y poder han constituido categorías eficaces para explicar la composición y el funcionamiento de las elites sociales y políticas del siglo XIX latinoamericano. La potencialidad explicativa de esa tríada de categorías ha quedado verificada en una saga de investigaciones empíricas que cruza la extensa geografía latinoamericana, las cuales han dado cuenta de la capacidad adaptativa de los clanes familiares tardocoloniales para transitar con relativo éxito el fragoso escenario dirimido entre las revoluciones de independencia y la formación de los Estados nacionales. En este esquema interpretativo que sigue la huella trazada por David Brading, y modelizado más tarde por Diana Balmori, el poder social de las grandes familias de las elites urbanas parece haber sido decisivo para proveer a las nacientes comunidades soberanas de cuadros políticos y administrativos en función de entrenamientos previos adquiridos en la administración colonial.[1] Si ésta parece haber sido una clave interpretativa relevante de las dinámicas sociales y políticas vigentes en las principales ciudades iberoamericanas, los estudios dedicados a develar la experiencia política en ámbitos o regiones periféricas a los centros administrativos y/o políticos también han ofrecido evidencias sustantivas de la centralidad del parentesco y de las redes personales en la organización del poder local y de su relativa incidencia en la conformación del poder central.[2] A esta altura de las investigaciones podría convenirse que Frank Safford estaba en lo cierto cuando, en el momento de evaluar las condiciones que precipitaron los procesos de centralización política en la segunda mitad del siglo XIX, consideraba necesario prestar atención a los procesos locales y no sólo a la acción política dirigida por las elites de la capital.[3] Con todo, las formas de poder exhibidas en los espacios locales, las cuales suelen ser generalmente entendidas bajo la emblemática voz de época de "go-

* CONICET, UNCuyo.

Entrepasados - Nº 31, comienzos de 2007: 13-34

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

biernos de familia" u oligarquías o bajo el moderno formato de "gobiernos de notables", enfatizan el vínculo entre parentesco y poder haciendo de él un rasgo distintivo y para nada excepcional de las dinámicas políticas y sociales que estructuraron los regímenes liberales decimonónicos. Una dilatada literatura que supera incluso la experiencia latinoamericana del siglo XIX ha postulado la manera en que esas formas de ejercicio de poder no entraron necesariamente en contradicción con los preceptos liberales de las nacientes repúblicas.[4] De esta manera, redes sociales y políticas, integradas por parientes y amigos, representaron mecanismos primordiales de la conformación y el funcionamiento de los grupos políticos que favorecieron la conducción de canales de autoridad social y política hacia el interior de las elites locales, y entre éstas y el poder central.[5]

Este trabajo asume estas convenciones historiográficas con el objetivo de profundizar el análisis de los gobiernos de notables en la provincia de Mendoza en la segunda mitad del siglo XIX. Por un lado me interesa interceptar algunas imágenes canónicas que suelen reducir la vida política provincial a meros acuerdos entre familias y parientes, soslayando el peso tanto de otros actores sociales involucrados en el campo político como de las reglas o normas que rigieron el desarrollo político local y nacional. Por otro, persigo mejorar la comprensión de la elite provinciana en vísperas a la consolidación del orden político atendiendo al proceso de disciplinamiento de las facciones locales y del arbitraje ejercido por el gobierno nacional en ese resultado a instancias de los políticos provinciales, y no como mero acto reflejo dirigido desde el centro porteño. Parto de la hipótesis de que el escenario posterior a Pavón potenció la creación de liderazgos políticos novedosos y que su emergencia fue el resultado de un cambio de reglas políticas que impondrá el reemplazo de los cuadros dirigentes locales o de su eventual transformación.

Para hacerlo he considerado oportuno detenerme en el análisis del ascenso y el desempeño del linaje político de los Civit en la segunda mitad del siglo XIX con el propósito de restituir los pormenores de su construcción con relación a los contextos políticos y las prácticas sociales que concurrieron en su edificación. Un estudio de esta naturaleza no resultará de ningún modo desconocido para un lector entrenado en la vida política mendocina de los siglos XIX y XX: la trayectoria de los Civit representa un eslabón insustituible de la larga cadena de gobernadores que dieron forma al gobierno de los notables y acompañaron la formación y consolidación del orden político provincial y nacional. Las figuras de Francisco, Salvador y Emilio, el "último de los notables", guiaron una serie de investigaciones dedicadas a revelar la manera en que estas biografías políticas se convertían en ejemplos paradigmáticos del estilo oligárquico imperante en la Argentina previa a 1916.[6] Este trabajo toma cierta distancia de estas interpretaciones para indagar problemas diferentes: la emergencia de los Civit como actores predominantes de la vida política mendocina posterior a Pavón no sólo revela aristas fecundas sobre el funcionamiento del sistema de parentela y alianzas políticas de ningún modo reducidas a un mero juego político concertado entre parientes y amigos sino que nos enfrenta a un temprano desempeño de políticos profesionales derivado más de inversiones familiares estratégicas en el mundo político que del resultado de posicionamientos patrimoniales. Mirado en perspectiva, y comparada su trayectoria con la de los González, de la que hemos dado cuenta en otras ocasiones y a la cual necesariamente aludiremos en este trabajo,[7] esa clave eminentemente política de la lógica del poder civitista parece haber constituido un recurso primordial e insustituible para imponerse como actores políticos indiscutibles en la coyuntura abierta en los años 70 cuando se acelera en la provincia el proceso de centralización política y administrativa que estructuró el orden provincial en vísperas de la unificación política definitiva y en su posterior consolidación.

Los orígenes y el despegue

Francisco Civit nació en Mendoza en 1829, poco tiempo después que su padre Salvador Civit y Casas, oriundo de Cataluña, se radicara en la ciudad y concertara un buen matrimonio con Petronila Godoy Villanueva, hija de linajes patricios de filiación unitaria. El recrudecimiento de la guerra civil no favoreció el desempeño del comerciante catalán: la familia tuvo que abandonar la ciudad y pasar a Chile después de que su casa de comercio de la campaña en San Vicente fuera saqueada con motivo de la derrota unitaria de 1831.[8] Según las crónicas, en el país trasandino recibió una educación esmerada pero que no se tradujo en la obtención de ningún título: Francisco parece haber obtenido una formación destinada al desarrollo mercantil semejante a la recibida por su hermano Salvador, quien habría de especializarse mucho más tarde en asuntos de estricta índole empresarial, más precisamente vitivinícola, después de un breve desempeño en la función pública. Aunque sus biógrafos enfatizan el tema de la emigración chilena como experiencia decisiva del desempeño político de Francisco posterior a Pavón, no se han localizado evidencias empíricas sobre las eventuales participaciones de los hermanos Civit en el comité de emigrados cuyanos formado en Chile por los proscriptos del rosismo a fines de los años 40, del que dio cuenta Damián Hudson en sus *Recuerdos de las provincias de Cuyo*. Esa ausencia no impide reconocer un camino fugaz aunque lábil de integración del joven Francisco en el escenario mendocino previo a la caída de Rosas. La permanencia en Mendoza del funcionario rosista Bernardo Irigoyen después de abandonar la legación argentina en Santiago de Chile por el conflicto de límites que lo condujo al país vecino parece haber alentado el regreso al terruño del joven Francisco, que se convirtió en secretario de Irigoyen en 1847. Es poco lo que se sabe de las modalidades de su función, aunque no resultaría extraño conjeturar que hubiera colaborado como escribiente en el desempeño del abogado porteño en el foro local. Pero esa relación no representó ningún beneficio político para el mendocino durante la intensa estadía de Irigoyen en la ciudad que se prolongó hasta 1850, y donde incluso contrajo matrimonio.[9] De la información disponible no se desprende ningún tipo de intervención formal en las mediaciones políticas desempeñadas por Irigoyen que favorecieron la relativa estabilidad de los gobiernos provinciales afines a Rosas; ni en las negociaciones entabladas frente al acecho de un caudillejo asentado en la frontera sur, ni tampoco el arbitraje exitoso de Irigoyen frente al amotinamiento de las milicias

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

urbanas contra el gobernador Alejo Mallea muestran la participación de Francisco en la política doméstica.

Después de Caseros, Civit aparece dedicado a la formación de una modesta posición patrimonial y de su propia familia. En 1853 funda una compañía comercial con giro sobre la plaza chilena y compra una hacienda valuada en 1.600 pesos a su primo, Matías Godoy, otro de los tantos unitarios proscriptos cuyas propiedades habían sido embargadas por el régimen del general Félix Aldao en 1843.[10] Un año después contrajo matrimonio con Clementina Corvalán Zapata (hija de Victorino Corvalán, otro de los embargados de 1843, y de Carmen Zapata), nacida como su madre en el seno de legendarias familias patricias. Del matrimonio nacieron cinco hijos de los cuales tres llegaron a adultos: uno falleció de pequeño y otro murió durante el trágico terremoto de 1861; cuatro años después su esposa moría de parto al dar a luz el último vástago. A partir de entonces Emilio, Clementina y Francisco José fueron criados por su tía Teresa con quien el viudo contrajo matrimonio de inmediato, robusteciendo el lazo con su familia política. Aunque los protocolos notariales no evidencian nuevas inversiones rurales ni urbanas significativas,[11] el posicionamiento comercial de Francisco se consolidó en aquellos años: en 1856 resultó electo juez de comercio suplente para ascender un año después a la función de juez titular del Gremio del Comercio, cargo que volvió a obtener en 1860. Por consiguiente, los años 50 sirvieron al fortalecimiento de su identificación socioprofesional que no se tradujo en un ingreso formal al mundo político.

Sin embargo, esas marcas de autoridad social acompañaron el ascenso político registrado después de Pavón y del reemplazo de las autoridades provinciales que siguió al ingreso a la ciudad de las fuerzas libertadoras porteñas: el 2 de enero de 1862 integró la asamblea de notables convocada por el sanjuanino Domingo F. Sarmiento, el auditor de guerra, para elegir al gobernador interino de la provincia, que recayó en la figura de don Luis Molina. Para varios de los allí reunidos, Pavón representaba un momento favorable para crear un nuevo centro político basado en la libertad, la civilización y la "política de principios" que sepultara de una vez por todas a la *barbarie* y sus *caudillos*.[12] A partir de entonces, y después de que su casa de comercio cayera en la bancarrota a causa del terremoto que asoló la ciudad y sus alrededores, Francisco se involucró de lleno en la actividad política: integró el consejo de gobierno del gobernador Molina y estimuló la reapertura del Club del Progreso, y fue el encargado de redactar el reglamento junto a otros notables locales.[13]

Su lealtad a los preceptos proclamados en Pavón fue premiada en las elecciones de representantes de 1862 cuando fue electo diputado nacional junto con otros dos notables mendocinos, el doctor Nicolás Villanueva y el empresario-político Eusebio Blanco. A partir de entonces su carrera fue en ascenso al acumular cargos políticos y/o administrativos provinciales bajo los gobiernos del ya mencionado Molina, y de sus sucesores Pedro Pascual Segura y Carlos González Pintos, su futuro contrincante en las elecciones de gobernador de 1873. En 1862 integró una comisión para sostener la imprenta oficial, en 1863 ofició de comisario de guerra para levantar las reservas necesarias a fin de enfrentar la montonera de Francisco Clavero que puso en vilo el gobierno de los notables; un año después fue nombrado inspector general de escuelas y promovió con énfasis la creación del Colegio Nacional en Mendoza, y fue nombrado comisionado del ministro de Instrucción Pública de la Nación para ponerlo en marcha. En noviembre de 1866 se convirtió en el flamante secretario de gobierno del gobernador Melitón Arroyo y fue nombrado juez civil, sin abandonar la diputación nacional. Sin embargo, a los pocos días de asumir su cargo, sus apetencias políticas se vieron frustradas cuando una rebelión liderada por antiguos políticos, funcionarios y militares confederales se hizo del poder local enarbolando la divisa y el cintillo punzó.[14]

Los arbitrios tomados por el gobierno provincial para sofocar el movimiento fueron estériles: ni el dinero reunido por Francisco para saldar la deuda que pesaba sobre las guardias nacionales, ni el avance de las fuerzas nacionales desde San Rafael fueron suficientes para restablecer la calma. El éxito militar de los "colorados" en Luján frente a las fuerzas leales a las autoridades legales de la provincia se tradujo en la formación de un nuevo gobierno que integró a los adscriptos al federalismo y desplazó a quienes desde 1862 ocupaban los principales cargos electivos y controlaban la densa red de funcionarios y comandantes de guardias nacionales distribuidos en las localidades de campaña y en la ciudad. Mientras la marea colorada se extendía a San Juan y San Luis, y prometía alcanzar la provincia de Córdoba, Francisco Civit optó por dirigirse a Rosario. Desde allí sumó pedidos y negociaciones con el fin no sólo de restablecer el predominio político de los liberales en las provincias afectadas por la revuelta, sino para afianzar en ellas la preeminencia del gobierno nacional: la amplitud geográfica del conflicto, las dificultades a las que se enfrentó el general Paunero para reprimir el movimiento en su avance desde Córdoba, el levantamiento de Felipe Varela en las provincias del norte y las penurias financieras de los estados provinciales para solventar los gastos de la movilización de guardias nacionales terminaron de convencerlo de que sólo la intervención militar y política del gobierno nacional podía dar por tierra con el levantamiento federal. En pleno desarrollo del conflicto, el mendocino escribía al vicepresidente Marcos Paz: "Permítame que le diga que creo indispensable la presencia en el Rosario de uno de los miembros del Gobierno, tanto más, si han de venir fuerzas del Paraguay a las que será necesario dar rápido movimiento. […] Según lo que ocurre en Villanueva, Achiras y el Morro, creo conveniente que los batallones de G. N. que pensaba V. E. movilizar de Buenos Aires, deberían marchar inmediatamente a Fraile Muerto, punto preciso de reunión de las fuerzas que vengan de esa como del Paraguay. Dígnese V.E. excusarme esta indicación. Cada día Señor, se arraiga más en mí la idea de que será necesario tranquilizar el interior, empezar por conquistar Córdoba, en donde el Gobernador Luque es y será siempre una constante amenaza para el Gobierno Nacional".[15]

Las expectativas de Francisco se vieron satisfechas en abril de 1867 cuando las fuerzas nacionales dirigidas por el coronel José M. Arredondo derrotaron a Juan Saá en San Ignacio venciendo la resistencia de los insurrectos y permitiendo el avance de Paunero y sus tropas sobre Cuyo. El arribo del comisionado nacional a Mendoza se tradujo en la restitución de autoridades preexistentes a la rebelión y en una serie de medidas conducentes a restaurar el orden político y robustecer la lealtad del gobierno provincial a la autoridad de la nación: la sustitución de subdelegados por un elenco de personal fiel al gobierno y el nombramiento de las jefaturas de Armas y policía de la provincia encabezaron la agenda del comisionado nacional.[16] Al tiempo de intervenir en ese binomio de instituciones que alimentaban las nervaduras del régimen político y de declarar nulos todos los actos administrativos

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

practicados por los rebeldes, la acción de Paunero apuntó a restituir dos dimensiones claves de la gobernabilidad local y nacional: por un lado, puso plazo perentorio a los comerciantes para cobrar derechos de aduana en función de que lo recaudado había servido al financiamiento de la rebelión bajo formas ajenas "a las leyes y disposiciones vigentes de la Nación". La imposición fiscal de la órbita nacional fue acompañada por decisiones en el orden de la justicia local y la nacional: nombró un nuevo juez del crimen y fiscales nacionales *ad hoc* para juzgar y castigar a los responsables y cómplices de la rebelión que no se hubieran presentado a las autoridades. El arbitraje del gobierno nacional en la restauración del poder prerrevolucionario fue festejado en la provincia: Francisco Civit, como ministro de gobierno restablecido en el cargo, ordenó celebrar un tedéum en el templo de Loreto "en atención al feliz resultado obtenido por las armas nacionales en los campos de San Ignacio y Portezuelo y los frutos de Paz y progreso que tales acontecimientos importan para la provincia y para el país en general".[17]

Los festejos no alcanzaron a subsanar las divisiones que cruzaban a la elite local. El nuevo contexto esmeriló el consenso interno del gobernador Arroyo y sus colaboradores inmediatos que presentaron sus renuncias poco después. Esa eventual derrota representó para Civit un aprendizaje forzoso de los requerimientos para asentar el orden que habrían de cruzar su trayectoria posterior: afianzar el consenso liberal entre grupos o facciones rivales como recurso de reemplazo indispensable a la injerencia de las armas en el curso político, asegurar el control político en todo el territorio y subordinar el poder provincial a la nación. Como lo expresó en carta al mendocino Delfín Correas,[18] la estabilidad política, la "paz interna", era la única vía segura para que la "educación y los caminos" pudieran convertirse en nervio de la transformación.

Aprendizajes de un político provinciano

Después de renunciar al ministerio, Francisco Civit tomó distancia de la política provincial. Aunque su estadía en Buenos Aires y su desempeño en el Congreso le permitieron tomar contacto con dirigentes de otras provincias como el porteño Marcelino Ugarte y el catamarqueño Pedro Agote, esa sociabilidad política no representó para el provinciano una vía de acceso a cargos en la administración central. La estadía porteña robusteció sus convicciones a favor del orden político y aunque esa adhesión mostraba ya algunos reparos al gobierno liderado por Bartolomé Mitre por la "interminable guerra del Paraguay", esa situación no suponía que la política de "pacificación" por ella dirigida no fuera valorada en lo sustancial. No obstante, el resultado obtenido en las provincias cuyanas y más precisamente en Mendoza estaba lejos de haber satisfecho sus aspiraciones por más de un motivo. A su juicio, la intervención de los personeros del poder central no había esmerilado la puja facciosa al interior de los sectores liberales ni menos aún habría de impedir la formación del nuevo gobierno en que antiguos "rocines" con responsabilidad en el movimiento federal derrotado ocuparan posiciones expectables en la Legislatura, en las subdelegaciones de la campaña o en la conducción de los batallones de guardias nacionales.[19] Esa suerte de política indulgente con los insurrectos a la que se había enfrentado cuando fue restablecido en el cargo no podía ni debía continuar. El dilema vertebró la correspondencia con sus pares mendocinos, y a mediados de 1867 manifestó sus preocupaciones desde Buenos Aires: "Si fuera menos argentino de lo que soy, no me inquietaría tanto la suerte de Mendoza, pero en presencia de la actualidad de la República, de los trabajos que se hacen para su disolución y de esta interminable guerra del Paraguay, no puedo menos que deplorar la causa que nos tiene divididos y que imposibilita a la Provincia para cooperar en la contienda de honor en que estamos empeñados, como también para la paz interna, la que hoy más que nunca importa conservarla. Aparte de esto como mendocino no puedo ser indiferente a la situación que Uds. tienen encima. El egoísmo y la corrupción política, especie de cólera morbo que hoy aflige a Mendoza, no me ha invadido todavía, y antes que me atrape, prefiero buscar aires buenos que me salven del contagio".[20]

Esas perplejidades frente al desarrollo de la vida política provincial, si atendían a fenómenos de estricta índole doméstica que afectaban la convivencia internotabiliar también se vinculaban con otros no menos importantes. La política de pacificación a cargo del ejército de línea había introducido nuevos problemas en las provincias interiores que gravitaban en el plano político, más precisamente en los trabajos electorales que preparaban la sucesión presidencial de 1868. En una conocida carta dirigida a Pedro Agote confesaba: "Los hombres de sable que han pasado por las Provincias de Cuyo, Córdoba y La Rioja se han preocupado más de la cuestión electoral que de la extinción de los filibusteros que han estado a punto de disolver la nación. Arredondo, Paunero, Miguel Martínez y otros han hecho gobernadores que trabajen y sostengan la candidatura de Sarmiento. La influencia de estos procónsules es innegable y si se retiran dejarán las cosas preparadas de manera que los gobernadores no cambien a menos que vengan nuevas influencias y nuevos procónsules".[21]

Para perfiles políticos prácticos (y no teóricos) como el de Civit, resulta poco probable que ignorara este tipo de influencias en cuanto habían moldeado buena parte de los procesos políticos y electorales locales.[22] Aunque éste no sea el lugar de dar cuenta de esas intervenciones, lo cierto es que, en 1863, Francisco había sido identificado junto al comandante Augusto Segovia como uno de los responsables de acaudillar a los hombres armados en el tumulto de la Legislatura para exigir la apertura de nuevas mesas electorales.[23] Sin embargo, para el político provinciano, las presiones ejercidas por las jefaturas del ejército de línea poco tenían que ver con aquella noción de *ciudadanía armada* que nutría los procesos electorales y que a ningún contemporáneo podía llegar a sorprender. En la nueva coyuntura, el rechazo a la injerencia de los hombres de sable residía en que introducían un vector político inesperado frente a la capacidad de interferir en la competencia internotabiliar en el poder local: "Deploro que algunos Jefes del Ejército nacional olvidando la misión que los conducía al interior hayan tomado una parte tan directa en los negocios internos de estas localidades valiéndose de medios y elementos que la moralidad y dignidad del partido Liberal de la República rechazaba".

A su juicio, el costo político de esas influencias menguaba toda posibilidad de fortalecer la "opinión" en las provincias interiores reduciendo el margen de maniobra del "pueblo soberano" en beneficio de los gobiernos, convertidos a esa altura en personeros directos de la voluntad de los procónsules. Bajo un registro interpretativo que evoca aquella noción acuñada por Botana sobre la "representación invertida", Civit expresaba: "La voluntad de los gobiernos es el todo. En San Luis, San Juan y Mendoza no hay opinión, puede decirse,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

porque se hará lo que cada gobernador quiera". Un conocimiento pormenorizado y concreto de los condicionamientos que afectaban el desempeño de los grupos políticos locales le permitía sopesar la dificultad para llevar a cabo trabajos electorales por fuera de estas influencias. De allí que frente a las candidaturas en competencia, la de Sarmiento corría con ventajas con respecto a la de Adolfo Alsina no tanto porque el sanjuanino gozara de su simpatía sino porque los gobernadores de provincia debían saldar sus compromisos ante quienes debían su posición y estabilidad: "Cualquier trabajo que se piense hacer en estos pueblos por el Dr. Alsina me parece que no daría resultado si ellos no han de tener otra base que los Clubes o reuniones populares. Hay ya ciertos compromisos que sostendrán los que (se encuentran bajo la suave presión de las influencias gubernativas) esperan ver aparecer de un momento a otro al General Arredondo, quien se propone recorrer estas provincias para recordar a sus gobernantes que no les ha dado de balde el bastón que hoy empuñan; este recuerdo y la suave presión gubernativa hará dócil y complaciente al soberano pueblo. El resultado será Sarmiento".

Entre nación y provincia: claves de un liderazgo

Los comicios celebrados en Mendoza siguieron el derrotero trazado por Civit y las urnas consagraron el éxito electoral de Sarmiento para presidente. El gobierno encabezado por el doctor Nicolás Villanueva aseguró el curso auspicioso de los comicios a través de candidatos confiables en todos los distritos electorales entre los que se encontraba su hermano Salvador. Para entonces, el capital político que Francisco ya tenía acumulado no era desdeñable. No obstante, el hecho de mantener fuertes lazos con los asociados al Club del Progreso,[24] sumado a la posición expectable en el poder local de su hermano y de su cuñado, Federico Corvalán, le permitió sostener esa doble inserción territorial que desde Pavón venía estructurando su carrera política al permitirle renovar la representación por Mendoza en la Cámara de Diputados de la Nación y desempeñar de manera simultánea funciones públicas en el terruño: en 1868 al igual que su hermano fue electo convencional constituyente por el distrito ciudad para introducir reformas a la carta alberdiana que regía los destinos provinciales desde 1854; un año después fue elegido nuevamente diputado nacional sin obtener impugnaciones. En cambio la elección del otro candidato oficial, Deoclecio García (jefe de Policía, también reunido en el Club del Progreso) no corrió la misma suerte, al tener que enfrentar la aspiración de Francisco Calle, un fogueado editor de periódicos que había conocido el exilio chileno y convencional provincial en 1854, de ocupar el cargo. El episodio puso en evidencia por vez primera la competencia por los cargos electivos con lo cual el precario consenso entre los notables locales corría severos riesgos. El nuevo contexto no pasó desapercibido ni para Francisco ni para ningún político activo de la provincia. En 1867 una opinión vertida en las páginas del *El Constitucional* había anticipado que la "lucha electoral" habría de instalarse más tarde o más temprano porque ella aseguraría la entrada en acción del "elemento liberal". ¿En qué medida el escenario político validó esas impresiones?

Enmarcada bajo preceptos "progresistas y liberales", la administración encabezada por Nicolás A. Villanueva (1867-1870) estimuló la vida política provincial e introdujo variantes significativas. En particular, la proyectada reforma constitucional prometía cumplir con el mandato alberdiano de creación de municipios como "escuela" de la democracia republicana, con lo cual el escenario electoral iba a complejizarse con la apertura de nuevos cargos electivos que iban a acompañar a las estratégicas jefaturas políticas de las subdelegaciones de campaña –vigentes desde 1828– en una porción nada desdeñable del territorio provincial.[25] De tal forma, en noviembre de 1868 entró en vigencia la nueva normativa que prescribió la elección directa de municipales en cuatro distritos estratégicos por densidad demográfica y concentración de la riqueza provincial:[26] Ciudad, Luján, San Martín y Junín. Según Lucio Funes, el emblemático historiador de los gobiernos de familia, los comicios dieron origen a que un grupo selecto de personalidades abandonaran sus cargos en la Legislatura para desempeñar funciones municipales. Entre quienes bajaron al territorio capitalino se encontraban los ex gobernadores Carlos González Pintos y Melitón Arroyo, Joaquín Villanueva (antiguo jefe de policía), el doctor Ramón Videla y Gabriel Fornés, con funciones en la municipalidad de la Capital. ¿Qué motivaciones guiaron esas opciones?

En sentido estricto, antiguos federales con probada participación en la rebelión de 1866 integraban la Legislatura; sin embargo, el avance de grupos liberales y la puesta en marcha de una agenda política inspirada en los preceptos del "liberalismo igualitario"[27] trastornaron los precarios vínculos existentes entre los involucrados en la conducción política provincial. Algunas de esas premisas –como la ley de municipios, la supresión de la papeleta de conchavo y el conflicto entablado con el vicario apostólico de Cuyo– estuvieron lejos de ser compartidas por todos. Las emergentes solidaridades políticas opuestas al círculo gobernante se visualizaron en agosto de 1869 cuando las elecciones de representantes en tres departamentos de la campaña exhibieron resultados insospechados para el oficialismo al constatar el éxito de una coalición integrada por federales, antiguos liberales y dos presbíteros.[28] Aunque resulte difícil evaluar el peso de la elección, el resultado representó una señal de alerta para el gobierno elector, y la incipiente oposición midió sus fuerzas ante la contienda electoral de 1870 para el reemplazo de gobernador.

Lucio Funes evocó años más tarde que hasta aquel momento "la situación política había sido tranquila por la ausencia de una oposición organizada", pero se complicó con motivo de la renovación del Poder Ejecutivo en la que ya se perfilaban las candidaturas del diputado nacional Arístides Villanueva, el candidato oficial apoyado además por el presidente Sarmiento, y la de Ezequiel García, el presidente de la Legislatura, propiciada por "ciudadanos independientes". Por consiguiente, el desarrollo político que acompañó la gestión de Villanueva parece haber dado lugar a la reconfiguración de las antiguas rivalidades que hasta el momento habían impregnado la vida política local, redefiniendo además el papel de las agrupaciones políticas y de los comicios como ámbito de competencia entre quienes aspiraban a ocupar los cargos electivos.[29] Los contrastes políticos se pusieron en evidencia en la propaganda que sostenía al candidato oficial: "Sabido de todos es que el Sr. Villanue-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

va es liberal desde que nació y que cada día se robustece *[sic]* en sus principios y adquiere mayor firmeza y decisión para no ceder un ápice a su credo político. Su constancia, su consecuencia, su firmeza y su resolución serán una muralla de bronce contra todos los amagos del elemento federal el día que quiera reaccionar; y su talento, su perspicacia, su penetración, evitarán el caso y aun destruyendo de antemano todos los gérmenes federales antes que se haga sentir, para depurar así nuestra sociedad de esos humanos seres que la tienen en continua dolencia y preservarla para lo futuro de nuevas revoluciones y trastornos que asolan los pueblos del interior".[30]

La campaña electoral fue intensa y puso de manifiesto las expectativas depositadas en la elección. De cara a *La Opinión,* el flamante órgano de prensa salido de las entrañas del gobierno, *El Constitucional* tomó partido por Ezequiel García quien aparecía sostenido por el club electoral formado a instancias de la Sociedad de Socorros Mutuos de los Artesanos: ciento setenta ciudadanos, en su mayoría ausentes de cargos electivos, aunque enrolados en las guardias nacionales, manifestaron su adhesión al candidato opositor dando origen al Club Constitucional de Artesanos.[31] A partir de entonces una febril actividad proselitista involucró de igual modo al oficialismo y a la oposición. Mientras los partidarios de Villanueva, encabezados por Ramón Videla, se reunieron en el teatro de la ciudad y pusieron en marcha la maquinaria electoral en los departamentos a través de subdelegados y comandantes de guardias nacionales, que incluyó el aumento de sueldos, el Club Constitucional de Artesanos invitó a los ciudadanos de la campaña a emular sus pasos a través de la apertura de clubes en los departamentos como ejemplo de la "opinión del pueblo" y no del gobierno. En la campaña los trabajos electorales adquirieron particular dinamismo: aunque la ciudad constituía el baluarte de las operaciones, la suerte de la elección dependía de los resultados a obtener sobre todo en Maipú, San Martín, Luján y San Vicente, los distritos más poblados de la provincia que registraban el mayor número de electores. La villa de San Vicente se convirtió en centro de denuncias para los enrolados detrás de García que incluyó desde críticas a la gestión del subdelegado Eusebio Blanco hasta la impugnación de la coacción ejercida por el comandante del segundo batallón de Guardias Nacionales por haber puesto a sus subalternos al servicio del candidato oficial.[32] La lucha electoral fue en aumento cuando a las adhesiones recibidas por García en varios departamentos de campaña –como el de La Paz y Maipú– se agregaron otros apoyos que robustecieron el capital político de la red opositora al sumar a "hombres de luces, prestigio, oradores y doctores" reunidos en el Club Electoral Independiente. Un elenco de personajes que contaban en su haber con dilatadas trayectorias públicas edificadas antes y después de Pavón integraron la comisión central del Club Constitucional: allí se reunían partidarios de García de la primera hora con figuras emblemáticas de reconocida tradición federal como Ezequiel Tabanera, el experimentado Benito González Marcó y el doctor Manuel A. Sáez, vinculado al líder del autonomismo porteño Adolfo Alsina.[33]

La efervescencia electoral disminuyó cuando se conocieron en Mendoza los sucesos entrerrianos que pusieron fin al liderazgo de Justo José de Urquiza, robusteciendo las chances del candidato sostenido por el gobierno provincial y el nacional. Las comicios se desarrollaron en un clima de relativa calma sin quedar registrada ninguna denuncia sobre los procedimientos utilizados: Villanueva obtuvo una abrumadora mayoría mientras que su adversario contó sólo con cuatro electores, cifra que lo dejaba atrás de Carlos González, un elector de Villanueva que reunió seis votos. En la elección Francisco Civit obtuvo un solo voto, con lo cual se ponía en evidencia el liderazgo obtenido en la frenética campaña de prensa que había llevado a cabo en *La Opinión* a favor de la candidatura de Villanueva. Esas intervenciones le habían significado una descarnada imagen de su desempeño político por parte de sus tenaces adversarios: "Mercachifle arruinado después del terremoto, se hizo Ud. explotador de la política en tres elecciones y se incrustó Ud. como planta en el gobierno ultraliberal de D. Luis Molina quien le regaló la primera diputación en premio de buenos servicios. La segunda la obtuvo Ud. mendigando los votos de los artesanos a quienes obsequiaba en su casa y por otros mediecitos de ese estilo. La tercera ¡desgraciado! Pues Sr. don Pancho se la debe pura y exclusivamente a la circunstancia de que su candidatura iba pegada a remolques".[34]

La política del círculo y el camino a la gobernación

La gestión de Arístides Villanueva (1870-1873) tomó distancia de la administración anterior al cubrir los cargos públicos y las magistraturas de la alta justicia provincial con hombres provenientes del "círculo liberal" introduciendo una tendencia exclusivista ausente en los gobiernos anteriores: Daniel Videla Correa[35] ocupó la Secretaría de Gobierno de la cual dependían los "empleados amovibles" (como subdelegados departamentales y administradores del agua); Carlos María Videla fue nombrado jefe de Policía y el Consejo de Gobierno quedó integrado entre otros por el ex gobernador Nicolás Villanueva. Además, desplazó como camaristas a su contrincante en las elecciones, Ezequiel García, y al conocido federal José A. Estrella, y nombró en su lugar a Nicanor Larraín, Isidoro Albarracín e Isaac Chavarría, hombres de su confianza. Finalmente, la Legislatura se convirtió en caja de resonancia de la nueva tendencia al ser electo Joaquín Villanueva como presidente, con lo cual la red política liderada por Ezequiel García quedaba excluida de los principales cargos electivos.

En el mensaje que dirigió a la Legislatura en el momento de inaugurar las sesiones ordinarias, Villanueva pasó revista a las deudas pendientes en materia municipal: a su juicio, era poco probable que las municipalidades adquirieran vigor sin asignar presupuestos, y menos aún pudieran favorecer prácticas democráticas mientras los subdelegados siguieran siendo nombrados por el gobernador y no como resultado de la elección de municipales. En función de ello, la nueva ley orgánica de municipalidades (1872) introdujo variantes en el procedimiento de selección de los magistrados territoriales que regía desde 1828 al disponer que los presidentes de las corporaciones municipales surgieran de comicios regidos por el sufragio pasivo y activo, y no de la voluntad del Ejecutivo.[36] El poder de los subdelegados también fue objeto del acecho del gobierno en los departamentos de frontera de San Rafael, San Carlos, La Paz y Tupungato: allí la novedad provino de la reforma judicial implementada que dio origen a la justicia de paz, con lo cual se redujo el margen de maniobra en materia de justicia civil y criminal de los comisarios, decuriones y ayudantes, permaneciendo únicamente como agentes de seguridad bajo dependencia del jefe de Policía de la ciudad y de los subdelegados de la campaña.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Ambas novedades gravitaron en el escenario político de manera sustantiva. Por primera vez los comicios provinciales y nacionales iban a estar regidos por un elenco de funcionarios sobre el cual el gobierno elector había perdido buena parte de su influencia. La nueva normativa entonces alteraba la antigua maquinaria y hacía imprevisible el resultado de las elecciones de gobernador de 1873 y de las presidenciales de 1874: el nuevo contexto iba a ser decisivo para Francisco Civit, convertido en el candidato oficial en pleno desempeño de la jefatura municipal de Luján, y para su contrincante, el ex gobernador Carlos González, quienes protagonizaron la primera competencia electoral en la provincia. ¿Qué características asumió la lucha electoral?

El proceso electoral en los municipios y los nombramientos de los jueces de paz dispararon la campaña para el reemplazo de gobernador. A comienzos de 1873 los comicios celebrados en capital y seis distritos de la campaña anticiparon que la disputa iba a ser reñida. El mapa territorial quedó dividido al exhibir que el círculo gobernante controlaba los departamentos de Guaymallén, San Martín, Maipú y Luján, mientras que los bastiones de Capital, San Vicente y Junín habían sido conquistados por personajes vinculados a la tradición federal.[37] Para entonces, *El Constitucional* comunicaba a sus lectores la necesidad de revitalizar el Club Liberal como remedio seguro para limar las diferencias entre las fracciones y favorecer la uniformización de opinión en torno a un candidato que oficiara como "piloto" de la nueva coyuntura para afianzar el camino inaugurado por la administración de Villanueva. Ningún consenso surgió de la reunión programada, y la competencia se hizo visible cuando un puñado de notables hizo pública la candidatura de Carlos González Pintos; entre ellos se encontraban algunos conspicuos federales y la mayoría de sus hermanos (aunque no de sus cuñados y otros parientes que integraron el conglomerado de actores que iba a sostener al candidato oficial). De cara a la contienda, los adheridos al Club Liberal cerraron filas postulando a Francisco Civit por considerar que reunía las cualidades necesarias para hacer que Mendoza ocupara un sitial en el "festín de la civilización".[38] De tal forma, mientras los partidarios de Civit esperaban consolidar el capital político ya adquirido, para los gonzalistas los comicios representaban la oportunidad de recuperar posiciones perdidas después de haber sido desplazados de los principales cargos electivos. En el momento de revisar los eventuales apoyos para sostener la candidatura de su hermano, Daniel González concluía que después de andar seis años "aboyados" era "preciso cambiar las cosas".

Como en 1870, los trabajos electorales exigieron la movilización de recursos y de personas con el fin de afianzar las chances de cada uno de los candidatos: prensa, mítines callejeros, bailes y reuniones celebrados en la ciudad y la campaña formaron parte del repertorio de estrategias puestas en marcha por los grupos en pugna para conquistar adeptos y ganar opinión. *El Constitucional* abandonó su papel de opositor para convertirse en vocero del candidato oficial. La febril actividad periodística impulsó a los gonzalistas a crear su propio órgano de difusión que se sumó a la edición de circulares y manifiestos, ganando circulación a través de las comisiones formadas en la campaña. La maquinaria electoral supuso la invitación de personas con capacidad de movilizar nuevas adhesiones: subdelegados, jefes municipales, comandantes de guardias nacionales y de la frontera, comisarios, jueces de paz, administradores del agua, se convirtieron en actores insustituibles para integrar vastos conglomerados de personas con capacidad de influir en la confección de los registros y más tarde alentar (o desalentar) la asistencia a los comicios. Las formas utilizadas

para producir el sufragio se convirtieron en las apostillas preferidas de la campaña: comandantes de guardias nacionales, empleados del gobierno provincial y departamentales y administradores del agua fueron el centro de ataque de los gonzalistas; los civitistas en cambio enfatizaron las inversiones realizadas por sus contrincantes en los convites y bailes que representaban la contracara de la coacción implementada con los peones convertidos en "pato de la boda" de la elección. Con todo, los registros electorales pusieron en evidencia el alcance de la movilización: cerca de cinco mil individuos, que incluían una amplia gama de oficios urbanos y rurales, integraron la constelación de ciudadanos que concurrieron a las mesas calificadoras con la intención de sufragar.[39]

¿Qué razones alimentaron la disputa entre los notables? La campaña electoral puso al desnudo aristas novedosas con relación a una agenda pública que traspasaba las fronteras provinciales: el avance de expertos en el ejercicio exclusivo del poder local, el peso de las tradiciones políticas, el proceso de institucionalización provincial y los eventuales costos de la modernización representaron los rasgos dominantes del debate político generado a causa de la competencia. La prensa constituyó la principal vidriera del embate a pesar del exiguo número de lectores. El perfil de los candidatos y los programas que impulsaban brindaron un cuadro inmejorable para develar las tensiones acumuladas en el interior de las elites en torno a la dirección que debía asumir el orden político provincial. Las cualidades personales se convirtieron en símbolo paradigmático de los atributos que debían reunir los aspirantes a conducir las riendas del Estado. Mientras Civit sintetizaba una carrera edificada en los asuntos públicos de la provincia y la nación que le permitía conocer el funcionamiento del sistema federal y "secundar el movimiento de la época como agente de los intereses del pueblo", la trayectoria de González era radicalmente diferente en la medida en que si bien había ejercido la gobernación, los negocios públicos no constituían su principal actividad. Sus numerosas propiedades distribuidas en el territorio provincial, su extensa familia, una educación "gaucha y mercantil" y el respaldo del "partido funesto que lo levanta, el antiguo partido federal", eran atributos difícilmente aceptables para enfrentar los desafíos de una nueva época.[40] Para la prensa oficial, la red política construida por los González sólo podía dar lugar a un "gobierno de familia" orientado a mejorar sus posiciones individuales o grupales e indiferente a la cuestión pública. Una opinión vertida en la prensa oficial lo sintetizó del siguiente modo: "La república se hace imposible cuando la indiferencia por la cuestión pública domina en la mayoría del pueblo. Es entonces que suben al poder los señores feudales aquellos que disponen de una gran cantidad de votos, que les prestan sus parientes y sus peones".[41]

Los manifiestos o programas difundidos a lo largo de la campaña enfatizaron las diferencias políticas. El "manifiesto carlista" fue particularmente acechado por los publicistas de *El Constitucional* en relación con la noción de progreso "lento, progresivo e inevitable" que allí se expresaba, y al rechazo de las innovaciones institucionales que en materia de administración municipal, impositiva y judicial había inaugurado el círculo gobernante. Un programa de esas características, y el elenco político agrupado en sus filas, reunía requisi-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tos suficientes como para identificar a los gonzalistas como "reaccionarios" ajenos por completo a la "política de principios" que exigía el robustecimiento de instituciones liberales y republicanas para impulsar "la regeneración política moral e industrial de la provincia".[42] Finalmente, los preparativos electorales presidenciales acentuaron los contrastes: desde temprano el Club Liberal adhirió a la candidatura de Nicolás Avellaneda como expresión de un liderazgo sostenido por los gobiernos provinciales. Frente a esa opción, los gonzalistas inclinaron la balanza primero por Manuel Quintana (sostenido por el general Arredondo), y más tarde a favor de Mitre "a quien no deja de deberle mucho toda la República".[43] Por consiguiente, la competencia electoral ponía sobre el tapete diferencias significativas en torno a los liderazgos y estilos políticos que debían primar en el nuevo escenario, y en la naturaleza de los vínculos que debían nutrir la relación entre provincia y nación.

La violencia invadió el proceso electoral. El debate periodístico cedió terreno a una cadena de episodios que incluyeron denuncias, detenciones de opositores y la agresión al mismo gobernador. Los resultados fueron reñidos y mostraron con nitidez la eficacia de las maquinarias instrumentadas en la movilización por los grupos en pugna: los gonzalistas se impusieron en dos secciones de la Capital, San Carlos, San Rafael, San Vicente, Las Heras y Junín; en cambio los electores de Civit triunfaron en Luján, Maipú, Guaymallén, San Martín, La Paz y en la restante sección capitalina. Esa geografía electoral le permitió a Civit reunir veintiocho votos entre diputados y electores frente a los veinte obtenidos por su adversario. El peso territorial de los gonzalistas en el distrito Capital gravitó en los días siguientes: mientras los diputados afines al partido gonzalista impugnaron el proceso electoral postergando con ello la reunión del colegio electoral, otro grupo de disconformes se alzaron en armas, a lo que el gobierno respondió con la creación de un batallón de guardias voluntarios dirigido por el mismísimo doctor Nicanor Larraín, que integraba el Superior Tribunal de Justicia. El fermento revolucionario se extendió al sur provincial cuando el coronel de la nación Augusto Segovia, que había trabajado afanosamente por la candidatura de González, avanzó desde San Rafael a la ciudad. Mientras el gobierno provincial activó el pedido de auxilios al presidente Sarmiento, que declaró el estado de sitio y ordenó la represión, el gobernador dispuso la movilización de las guardias nacionales de la provincia, dio de baja a treinta y un oficiales sospechosos de rebelión, introdujo ascensos en las jefaturas milicianas leales al gobierno, organizó la policía de la ciudad e integró a Ezequiel Tabanera al gabinete, con lo cual erosionó los apoyos de los gonzalistas en el colegio electoral.[44] Bajo esas condiciones Francisco Civit se convertía en gobernador.

El orden político consolidado

Aunque la asonada del coronel Segovia fue liquidada por la intervención de las fuerzas nacionales, el gobierno de Civit ajustó cuentas con los involucrados en la rebelión de septiembre con el fin de socavar el capital político de sus adversarios: sometió a la justicia militar a los cabecillas, confiscó pastos y ganado de quienes facilitaron recursos a la revuelta y previó la cooptación de algunos notables que abandonaron las filas gonzalistas para integrarse a funciones de gobierno. Ese nuevo escenario hizo poco probable que en las elecciones de renovación de la Legislatura en vistas al reemplazo de los cargos nacionales, y

menos aún en los comicios presidenciales de 1874, los reunidos en la coalición opositora obtuvieran resultados favorables. Ni la activa propaganda llevada a cabo a través de las páginas de *El Eco de los Andes* –el nuevo periódico opositor surgido después de la derrota– a favor de Mitre ni tampoco la revitalización de las reuniones o mítines que incluyeron la participación de extranjeros alteraron la estrategia oficial de imponer sus candidatos para asegurar el triunfo de Nicolás Avellaneda y ocupar los cargos en el Congreso Nacional.[45] No obstante, aunque se extremó el control policial a través de comisarios extraordinarios en capital y departamentos aledaños,[46] los mitristas conquistaron los bastiones de Guaymallén, La Paz, San Carlos y Tupungato mientras que el triunfo de los partidarios de Avellaneda quedó asegurado en los departamentos de Las Heras, San Vicente, Luján, Maipú, Junín, San Martín y El Rosario. El resultado electoral consolidó el poder civitista, y el acecho al núcleo duro de la red gonzalista se acentuó después de los comicios: por un lado, destituyó a los subdelegados afines al mitrismo; por el otro, después que Ezequiel Tabanera se integró al elenco oficial, el gobierno clausuró la línea de crédito con el banco González (que servía al financiamiento de guardias nacionales desde 1870), y abrió una con el Banco de Mendoza, del que Tabanera era uno de los principales accionistas, instituyéndolo como única entidad habilitada para realizar depósitos judiciales.[47]

Por otra parte, la administración civitista implementó reformas institucionales de notable impacto con relación a la experiencia política previa. En el momento de asumir, Civit había puesto en duda los beneficios de la descentralización municipal al evaluar que no sólo demandaba la tercera parte de las rentas provinciales sino que el juego electoral había convertido a los municipios en "el cuarto poder".[48] De cara al dilema, la Legislatura aprobó una nueva reforma de carácter "transaccional" que devolvió al gobernador la injerencia en la selección de autoridades territoriales a través del nombramiento de los subdelegados como jefes políticos de los departamentos de campaña.[49] Esa medida que reforzaba la centralización del poder fue acompañada de regulaciones medulares para controlar a la población: en su artículo 12 la ley de municipalidades reglamentaba el servicio doméstico a través del cual se restauraba la exigencia de la papeleta de conchavo para los "asalariados" por cuyo cumplimiento debían bregar empleados municipales, policías y alcaldes de barrio.[50] Ambas medidas introdujeron nuevas tensiones entre los desplazados de la red de poder local y el círculo gubernamental que había negociado con relativo éxito su integración a la elite política nacional, y no estuvieron ausentes en el momento de evaluar las condiciones locales que hicieron de la provincia uno de los escenarios de la revolución mitrista de 1874. ¿Qué características asumió el conflicto?

El avance de Arredondo sobre Cuyo obligó al gobernador Civit a movilizar a dos mil guardias nacionales, y la certeza de que el general rebelde podía ganar adhesiones en la provincia lo condujo a disponer un aumento de salario para los enrolados para robustecer la lealtad al gobierno legal. Sin embargo, la dispersión de las tropas que siguió a la muerte en combate del coronel Catalán abrió el paso de Arredondo a la ciudad y a la formación de un gobierno provisional que incluyó a los rebeldes de septiembre de 1873.[51] Los departamentos de la campaña también exhibieron la manera en que el poder revolucionario ofrecía una oportunidad inmejorable para los excluidos del poder local de reconquistar las posiciones

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

perdidas desde el ascenso de los civitistas a la administración central y municipal. Lo sucedido en Luján, el bastión territorial del gobernador en el cual se había desempeñado como presidente municipal hasta su ascenso a la gobernación, mostró el pulso de la movilización política. La destitución y el reemplazo del subdelegado y del juez de paz se convirtieron en corolario de una serie de situaciones en las que los guardias nacionales, hasta entonces movilizados a favor del orden legal, utilizaron los recursos que tenían a su alcance para sostener la rebelión: movilización de hombres, arreo de ganado y captura de dineros públicos se convirtieron en los principales usos políticos desplegados por un puñado de personajes fogueados en los trabajos electorales previos e incluidos en el conglomerado insurrecto de 1873.[52] Con todo, el gobierno encabezado por Eliseo Marenco, que había prometido "afianzar el orden de cosas establecido para llegar después a la época en que el triunfo de los principios pueda asegurar los días del trabajo y de las libertades públicas", duró muy poco.[53] El 7 de diciembre Arredondo fue derrotado por las fuerzas nacionales después que el coronel Julio A. Roca hiciera pie en territorio mendocino, acompañado por conspicuos civitistas, e intentara sin éxito someter al general insurrecto a las leyes de la nación.

El triunfo de las armas nacionales restableció en el gobierno a Civit y afirmó el poder de la autoridad nacional en la provincia. Al tiempo que el acontecimiento era celebrado con los rituales de rigor, Civit emprendía una tenaz batalla contra los "empleados civiles y militares" afectos al derrotado movimiento. Ese enérgico y arbitrario ejercicio de poder habría de quedar registrado en la memoria de no pocos mendocinos, y no estaría de ningún modo ausente en las imágenes historiográficas que dieron cuenta de aquel pasado. Años después, al repasar los acontecimientos que siguieron a la derrota de Santa Rosa, confesaría a Sarmiento que la entrega a "la justicia de los revoltosos" aunque había sido defendida por el presidente en el Congreso no había modificado la opinión de que era "para muchos estaqueador de Hombres, verdugo de mujeres, antropófago de niños e inventor del famoso mazo de tabaco que hasta ahora ignoro qué es".[54]

De Civit al civitismo

El éxito de Julio Argentino Roca tuvo efectos perdurables en la vida política mendocina. A partir de entonces el orden político adquirió una notable estabilidad que se prolongó sin sobresaltos hasta 1889 y propició un ciclo de prosperidad material sin precedentes en la historia provincial. En ese lapso, el liderazgo de Civit se consolidó sobre la base de un esquema de doble entrada que preveía una enfática acción política orientada a preservar la maquinaria oficial al servicio del partido liberal que conducía, y de calculadas relaciones con dirigentes nacionales, del estilo de Roca o Sarmiento, que podían modificarse en función de coyunturas precisas a los efectos de preservar el margen de maniobra o negociación provincial en las elecciones presidenciales.[55] En 1878 fue electo senador nacional después de asegurar la sucesión de gobernadores reunidos en la "Liga civitista" –así versó un poema satírico que circuló durante su mandato– desde sus orígenes.

El rasgo eminentemente político del capital civitista se evidenciaría en las estrategias puestas en marcha al servicio de su hijo Emilio, el más comprometido con la carrera iniciada por su padre en 1874. En ese año, después de haber completado sus estudios en el Colegio Nacional que su padre había colaborado en erigir en la capital provincial, Emilio fue enviado a estudiar Derecho a la Universidad de Buenos Aires. Los fuertes vínculos paternos mantenidos con Marcelino Ugarte le favorecieron su estadía porteña y desde allí comenzó a foguearse en los asuntos de la administración nacional desempeñándose primero en la Contaduría de la Nación para luego integrar los cuadros políticos que arribaron a Corrientes con la intervención federal en 1878. Un año después obtuvo el cargo de secretario de Hacienda y en 1882 fue electo diputado nacional por Mendoza, cargo que mantuvo hasta 1889: la lealtad al roquismo en la defensa de la Ley de Educación Común le permitió obtener el apoyo de Roca en el momento de aspirar a la gobernación mendocina para suceder a su suegro Tiburcio Benegas. Sin embargo, sus expectativas se vieron frustradas frente a las pretensiones del senador Rufino Ortega de obtener la gobernación bajo el auspicio del presidente Miguel Juárez Celman, y sostenido por una red política que incluía a los excluidos del gobierno desde 1874.[56]

La intervención federal que siguió a la crisis política provincial y el impacto de la revolución porteña de 1890 dieron origen a un acuerdo a través del cual Emilio se convirtió en senador en 1891 en medio de una transformación política que condujo a los civitistas a sumarse a las filas de los cívicos. *Los Andes* –el diario de los Calle convertido en órgano del juarismo provincial– había disparado contra la nueva agrupación señalando que se trataba de "una insignificante ramificación de la Unión Cívica de Buenos Aires" dirigida por dos hombres preocupados por restaurar los "gobiernos de familia". Esos hombres, concluía el editorialista con tono mordaz, eran Francisco y Emilio Civit, que vivían aspirando al poder porque no tenían "hábito de trabajo".[57] Años después volvió a ocupar cargos en la administración provincial: en 1895 integra el gabinete del gobernador Francisco J. Moyano que le abre el camino a la gobernación en 1898. En pleno ascenso del roquismo en la política nacional, Emilio pasa a desempeñar la primera magistratura provincial que abandona poco después para integrarse al elenco de funcionarios que acompaña a Roca durante su segunda presidencia. El prestigio adquirido en el Ministerio de Obras y Servicios Públicos de la Nación catapultó su liderazgo. En 1906 Emilio Civit asumió nuevamente como gobernador en medio de un clima de apatía cívica y corroído de ilegitimidad que registró veinte mil empadronados y sólo mil electores, que contrastaba con el vigor político que había caracterizado el ascenso al poder de su padre. En esa nueva coyuntura los adversarios históricos al círculo civitista intentaron sin éxito combatir su candidatura a pesar de contar con el apoyo del senador nacional por Mendoza, Benito Villanueva González, quien alentó el movimiento para combatir las "oligarquías de familia".[58] Dos años después se ordenó instruir un sumario contra un puñado de conspiradores que perseguían destituir al gobernador Civit que comprometía al mismísimo Benito Villanueva.

* * *

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Estas páginas han revisado en detalle una genealogía del poder que acompañó el proceso de unificación política en una provincia del interior argentino. La construcción del liderazgo político de los Civit ha mostrado algunos rasgos sobresalientes de la manera en que el contexto posterior a Pavón brindó condiciones favorables para el acceso a cargos públicos provinciales y nacionales por parte de individuos y grupos, en los cuales los lazos familiares y de amistad estaban lejos de operar como recurso excluyente de la acción política provincial. Por el contrario, la restitución de las estrategias que dieron origen al poder civitista ha exhibido la naturaleza política de los vínculos que confluyeron en esa construcción, que reconocía al consenso liberal, la relación con el poder central y el ejercicio político exclusivo como componentes primordiales.

Los años 70 pusieron de manifiesto las condiciones y los arbitrios en los que se dirimió el acceso y la consolidación de los Civit en el poder provincial. Las competencias electorales de 1873 y 1874 exhibieron entre otras cosas la manera en que los comicios constituyeron un "teatro" en el cual gonzalistas y civitistas no sólo ponían en juego sus maquinarias para conservar o acceder a posiciones expectables en el aparato del poder nacional, provincial o municipal, sino también servían para vitalizar identificaciones políticas con capacidad de movilizar adhesiones que podían activar tanto la participación en los comicios como también alentar la rebeldía. En tal sentido el examen del caso mendocino arroja algunos indicios sugestivos del peso real o imaginario de las tradiciones políticas previas –adscriptas al federalismo o al mitrismo– en las condiciones que favorecieron los frustrados experimentos revolucionarios de 1866, 1873 y 1874. Con todo, y aun reconociendo que las elecciones representaron la contracara de las rebeliones que estructuraron la vida política hasta 1874, esa dinámica parece haber operado decisivamente como catalizadora de las tensiones y los conflictos en el interior de las elites y en su disciplinamiento. Y aunque en todos los casos la coacción del poder central fue decisiva en ese resultado, las evidencias disponibles atestiguan que no fueron menos influyentes las innovaciones normativas, institucionales y políticas instrumentadas por los administradores del poder local involucrados de lleno en los círculos políticos nacionales y provinciales afines al afianzamiento del consenso liberal.

Ese registro analítico explica el ascenso individual de Francisco Civit al poder local y ayuda a comprender también la tendencia exclusivista que representó en relación con el pasado político reciente, y que habría de profundizar en el ejercicio político posterior a la impugnación liderada por los rebeldes de 1873 y 1874. El liderazgo político de Civit entonces no parece ser el derivado natural de un entramado de lazos familiares puestos al servicio de la política ni menos aun como mero producto de posiciones patrimoniales; el capital político que lo convierte en el patriarca del civitismo mendocino emerge como resultado de una construcción eminentemente política derivada de arbitrios estratégicos en torno al control y resguardo del poder territorial, y de una necesaria y calculada cooperación con el gobierno nacional. El control de los principales cargos electivos nacionales y provinciales, y el diseño de un esquema de poder provincial centralizado radicalmente impuesto como consecuencia de la insurrección mitrista de 1874 se convirtieron en dispositivos medulares para consolidar el orden político provincial. Esa estructuración del poder habría de traspasar su propio liderazgo y se convertiría en sustrato de un estilo político provincial perdurable derivado de inversiones políticas estratégicas y del cual su primogénito sería uno de sus principales beneficiarios.

Notas

[1] Véase D. Balmori, D. Voss y M. Wortan, *Notable Family Networks in Latin America*, Chicago University Press, 1984 (1ª ed. en español México, 1990). Una visión crítica al modelo balmoriano pertenece a Zacarías Moutokias, "Familia patriarcal o redes sociales: balance de una imagen de la estratificación social", *Anuario IEHS*, 15, Tandil, 2000, pp. 133-152. Del mismo autor, "Réseaux personnels et autorité coloniale: les négociants de Buenos Aires au XVIIIe siècle", *Annales ESC*, 4-5, julio-octubre de 1992.

[2] Citaré aquí algunos estudios referidos al caso argentino: N. Botana, *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*, Buenos Aires, Sudamericana, 1979; G. Paz, "El gobierno de los «conspicuos»: familia y poder en Jujuy, 1853-1875", en H. Sábato y A. Lettieri (coords.), *La vida política en la Argentina del siglo XIX. Armas, votos y voces*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003; A. Megías, *La formación de una elite de notables-dirigentes. Rosario, 1860-1890*, Buenos Aires, Biblos, 1996.

[3] Véase F. Safford, "Política, ideología y sociedad", en L. Bethell (eds.), *Historia de América Latina*, Barcelona, Crítica, 1992, vol. 6, p. 44. (1ª ed. en inglés, 1988).

[4] Véase A. Annino y R. Romanelli, "Nota Preliminare", *Quaderni Storici*, 69, 1988; R. Romanelli, "Le regole del gioco. Note sull'impianto del sistema elettorale in Italia (1848-1895)", *Quaderni Storici*, 69, 3, diciembre de 1988, y "Sistemas electorales y estructuras sociales. El siglo XIX europeo", en S. Forner (coord.), *Democracia, elecciones y modernización en Europa, siglos XIX y XX,* Madrid, Cátedra, 1997. El caso español era considerado en torno al análisis de J. Varela Ortega, *Los amigos políticos. Partidos, elecciones y caciquismo en la Restauración (1875-1900)*, Madrid, Alianza, 1977. También puede verse X. Veiga Alonso, *O Conde de Pallares e o seu tempo 1828-1908. Aproximaciones ó activismo das elites na Galicia decimonónica*, Lugo, Diputación Provincial, 1999.

[5] Para el caso argentino véase N. Botana, *El orden conservador*; G. Paz, "El gobierno de los «conspicuos»".

[6] Véase L. Funes, *Gobernadores de Mendoza. La oligarquía*, 2 t., Mendoza, Best, 1952; D. Olguín, *Dos políticos y dos políticas. Emilio Civit y José Néstor Lencinas. La oligarquía liberal y la democracia popular*, Mendoza, 1956; J. Civit de Ortega, "Francisco Civit y su época", *Revista de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza*, segunda época, N° 4, Mendoza, 1967, pp. 49-70 (en adelante *RJEHM*) y *Don Emilio Civit. Político y gobernante*, 2 t., Mendoza, Junta de Estudios Históricos de Mendoza-Ediciones Culturales, 1994; M. Páramo de Isleño, "La situación política durante la gobernación de Francisco Civit", en AA.VV., *Contribuciones para la historia de Mendoza*, Mendoza, Facultad de Filosofía y Letras, UNCuyo, 1970, pp. 259-278; D. Pérez Guilhou, "Emilio Civit, el último de los notables", en G. Ferrari y E. Gallo (comps.), *La Argentina del ochenta al Centenario*, Buenos Aires, Sudamericana, 1980; A. Mateu, "Poder y relaciones políticas y económicas en Mendoza, Argentina. 1880-1920", *Anuario de Estudios Americanos*, LIII, 2, Sevilla, 1996, pp. 199-226, y "La constitución de Mendoza de 1910", *Revista de Historia del Derecho*, 8, Instituto Argentino de Historia del Derecho, Buenos Aires, 1980, pp. 247-311.

[7] Véase B. Bragoni, *Los hijos de la revolución. Familia, negocios y poder en la Mendoza del siglo XIX*, Buenos Aires, Taurus, 1999.

[8] Relación de las contribuciones entregadas en la Aduana de Mendoza por orden de José F. Aldao, *RJEHM,* segunda época, II, 8, Mendoza, 1975, p. 935.

[9] Véase L. Olascoaga, "Don Bernardo Irigoyen", *RJEHM*, primera época, VIII, Buenos Aires, 1937.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

[10] Archivo General de Mendoza (en adelante AGM), Independiente, 372, 39 y Protocolo Notarial 266, 116v.

[11] Lamentablemente las sucesiones de Salvador y Francisco no están disponibles en archivos públicos, por lo que no es posible restituir por el momento la composición de los bienes.

[12] *El Tupungato*, 20 y 110, 21 de febrero y 18 de septiembre de 1862 (en adelante *ET*).

[13] *ET*, 86, 24 de julio de 1862.

[14] M. del Pino Domínguez de Álvarez, "La revolución de los colorados", *Revista de Historia Americana y Argentina*, II, 3 y 4, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo, pp. 217-218.

[15] Correspondencia de Civit a Marcos Paz, Rosario 26 de enero de 1867, *Archivo del Coronel Doctor Marcos Paz*, t. VI, Universidad Nacional de La Plata, 1965, pp. 74-75.

[16] Véase respectivamente *Registro Oficial de la Provincia de Mendoza*, Mendoza, Imprenta del Constitucional, 1866, pp. 4-13, y AGM, 491, 19.

[17] AGM, Independiente, 491.

[18] Correspondencia de Civit a Delfín Correas, 31 de mayo de 1868, J. Ortega de Civit, *Francisco Civit y su época*, p. 54.

[19] En las elecciones de diputados provinciales resultaron electos Domingo Bombal, Hilario Correas, Primitivo de la Reta y Agustín Aguirre, quienes habían estado fuertemente vinculados a la rebelión colorada. Tampoco fueron ejecutadas las confiscaciones de bienes de quienes no se presentaron a la justicia, y algunos jueces como Juan Palma lograron eludir sus responsabilidades. Las páginas de *El Constitucional* (en adelante *EC*) se hicieron eco de la discusión en los números correspondientes a los días 9, 16, 20 y 22 de mayo de 1867.

[20] Correspondencia de Civit a Daniel Videla Correas, 7 de septiembre de 1867; J. Civit de Ortega, *Francisco Civit y su época*, p. 52.

[21] Correspondencia de Civit a Pedro Agote, diciembre 12 de 1867, en J. Civit de Ortega, *Francisco Civit y su época*, pp. 53-54.

[22] Véase B. Bragoni, "Los avatares de la representación. Sufragio, política y elecciones en Mendoza, 1854-1881", en H. Sábato y A. Lettieri (coords.), *La vida política en la Argentina…,* pp. 205-222.

[23] N.M.E. Poujade, *Las instituciones. Repercusiones de Pavón en Mendoza a través del periodismo (1861-1863)*, Mendoza, UNCuyo, Facultad de Filosofía y Letras, 1967, p. 194.

[24] El Club del Progreso se reabrió el 23 de mayo de 1867 en el momento de ponerse en marcha los trabajos electorales para la elección de gobernador, y se convirtió en arena propicia para consensuar los nombres de quienes asumirían los principales cargos públicos. Lo presidía Nicolás Villanueva y lo integraron Francisco Bustos, Ángel Ceretti, Pablo Villanueva, Daniel Videla Correa, Deoclesio García, Salvador Civit, Tiburcio Benegas y Nicanor Riveros.

[25] Véase D. Pérez Guilhou, "Instalación del régimen municipal en Mendoza", *Revista de Humanidades*, XXXVI, Universidad Nacional de La Plata, 1961, pp. 73-87.

[26] Según los avalúos de la Contribución Directa de 1866 los cuatro departamentos concentraban cerca del 60% de la riqueza provincial, y de acuerdo al Censo Nacional de 1869 reunían algo menos del 50% de la población masculina habilitada para votar. Véase B. Bragoni, "El alcance de la recuperación. Ejercicios sobre la distribución de la riqueza en Mendoza (1866)", *XX Jornadas de Historia Económica*, Universidad Nacional de Mar del Plata, 2006.

[27] Véase D. Pérez Guilhou, *Los liberales mendocinos, 1820-1870*, Mendoza, Instituto Argentino de Estudios Constitucionales y Políticos, 2001, pp. 41-46.

[28] En Junín resultaron electos el presbítero Salvador de la Reta, uno de los curas involucrados en la revuelta federal de 1866; el emblemático ex gobernador Carlos González y, como suplente, el presbítero Pedro Olguín; en Maipú la elección recayó en Ezequiel Tabanera, uno de los pocos hacendados relevantes incluidos en la frustrada rebelión colorada, y Laureano Días; en San Carlos Ezequiel Bustos, Pascual Suárez, César Palacio, cuñado de González y comandante de guardias nacionales de la ciudad.

[29] Véase particularmente T. Halperín Donghi, *Proyecto y construcción de una nación, Argentina 1848-1880*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1984 (2ª ed. Ariel, 1995); H. Sábato, *La política en las calles. Entre la movilización y el voto, Buenos Aires 1862-1880*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998; "Ciudadanía, participación política y formación de la esfera pública en Buenos Aires, 1850-1880", *Siglo XIX. Revista de Historia*, 1993, y "El ciudadano en armas: violencia política en Buenos Aires (1852-1890)", *Entrepasados*, XII, 23, fines de 2002, pp. 149-169.

[30] Afiche de propaganda mural, fechado en Mendoza, 8 de abril de 1870. Véase A.A. Roig, *El pensamiento de don Manuel Antonio Sáez. Las ideas políticas en Cuyo. Una contribución para el conocimiento de la Escuela Política del federalismo científico*, Mendoza, 1958.

[31] *EC*, 24, 27 y 28 de febrero 1870.

[32] *EC*, 22 y 23 de marzo de 1870.

[33] La adhesión de Sáez fue particularmente enfatizada por la prensa afín a la candidatura de García en la medida en que disponía de cualidades personales homologables a las que reunían los aglutinados en el oficialismo. Su regreso coincidió con la apertura de su bufete, y el intento de creación del Comité Alsinista en Mendoza. *EC*, 10 de abril de 1870.

[34] "Solicitada réplica del mercachifle, Ministro y triple diputado nulo al Congreso. Pancho Civit", *EC*, 20 de marzo de 1870.

[35] Nieto de gobernadores, Videla Correa había nacido en 1840 y reunía a esa altura un *cursus honorum* edificado en el contexto posterior a Pavón: en 1863 había sido fiscal público; diputado elector de gobernador (1864), juez de aguas, diputado y subdelegado por Guaymallén (1865), jefe de Policía y juez del Crimen (1867).

[36] Véase D. Pérez Guilhou, "Instalación del régimen…".

[37] *EC*, 14 de enero de 1873.

[38] *EC* ,13 de marzo de 1873. Lista numerosa de adherentes entre los que se encontraban Melitón Arroyo, José María Videla y César Palacio, cuñados de Carlos González, y Ricardo González, hijo de Benito González Marcó, el legendario exponente federal de la familia.

[39] Para un análisis de los perfiles que confluyeron en los registros de 1873 y 1881, véase B. Bragoni, "Los avatares de la representación".

[40] *EC*, 22 de marzo de 1873.

[41] *EC*, 24 de abril 1873.

[42] *EC*, 22 y 27 de febrero 1873. Sobre el lenguaje político de la década del 70 véase Tulio Halperín Donghi, *José Hernández y sus dos mundos,* Buenos Aires, Sudamericana, 1984.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

[43] Correspondencia de A. Segovia a Benito González Marcó, marzo de 1873; B. Bragoni, *Los hijos de la revolución*, p. 221.

[44] *Registro Oficial de la Provincia de Mendoza. Años 1873-1874*, Buenos Aires, Imprenta Coni, 1875, pp. 116-143.

[45] Arístides Villanueva fue electo senador y Daniel Videla y Correa e Isaac Chavarría, diputados nacionales.

[46] *EC*, 11 de abril de 1874.

[47] AGM, Independiente, Copiador 1870, 25, 390; *Registro Oficial 1874*, pp. 361-367.

[48] Discursos del gobernador al abrir sesiones ordinarias, febrero y julio de 1874. *Registro Oficial 1874*, pp. 219 y 408.

[49] Véase D. Pérez Guilhou, "Instalación del régimen municipal…", pp. 73-87.

[50] Véase A.A. Roig, "El concepto de trabajo en Mendoza. La discusión de 1873", en *Mendoza en sus letras y sus ideas*, Mendoza, Ediciones Culturales, 1995 (1ª ed., 1969).

[51] Véase F. Morales Guiñazú, "Tres revoluciones mendocinas", *RJEHM*, primera época, I, 5 y 6, Buenos Aires, La Facultad, 1936.

[52] El doctor Martín Zapata, un conspicuo local con vasta trayectoria política anterior al ascenso de los Civit, pasó a desempeñarse como subdelegado. Su inclusión era semejante a la de Agustín Reynals, un propietario destacado que fue nombrado juez de paz. Asimismo, Marcelino Cejas, que había colaborado con Segovia, tuvo un rol protagónico al tomar prisioneras a las autoridades del pueblo, sustraer patentes y librar orden de captura a quienes se opusieran al nuevo estado de cosas; Eloi Montenegro, un experto en trabajos electorales de la localidad, asumió la comandancia del cuerpo recogiendo guardias nacionales para engrosar las filas de Arredondo. El capitán del 5° Regimiento, Mario Frigolé, desertó del cuartel después del triunfo de Arredondo presentándose ante Montenegro y Cejas para sacar reses, mulas y caballos. AH, Independiente 540, 129.

[53] Correspondencia de Marenco a Arredondo, 14 de noviembre de 1874, AHM, Independiente 134: 90.

[54] Museo Histórico Sarmiento, Carp. Arm. 4 doc. 6549, en M. Páramo de Isleño, "La candidatura de Sarmiento en 1880 a través de las cartas de Francisco Civit", *Revista de Historia Americana y Argentina*, XV, 29 y 30, 1989 y 1990, p. 179.

[55] En su *El orden conservador* Botana caracterizó a Mendoza como provincia "díscola" en el esquema de relaciones políticas entre los poderes provinciales y el poder central.

[56] Para más detalles sobre la revolución de 1889 y el bloqueo de su candidatura por la acción de los juaristas, véase B. Bragoni, "Gobierno elector, mercado de influencias y dinámicas políticas provinciales en la crisis política argentina del noventa (Mendoza 1888-1892)", *Entrepasados*, 24-25, 2003, pp. 67-99.

[57] "El nuevo partido y sus miras", *Los Andes*, 1626, 17 de mayo de 1890.

[58] Correspondencia de Benito Villanueva al doctor Pedro Nolasco Ortiz, Buenos Aires, 6 de setiembre de 1906, J. Civit de Ortega, *Don Emilio Civit*, t. II, p. 340.

Redes de parentesco, azúcar y poder: la elite azucarera tucumana en la segunda mitad del siglo XIX*

*Claudia Herrera***

Luego del período de las revoluciones de independencia las elites latinoamericamas debieron legitimar su poder y para ello instauraron una cultura política basada en "elecciones" controladas y manipuladas, pero al mismo tiempo pactadas, sin que se hubiera producido una transformación radical de las formas de sociabilidad basadas en lealtades personales, centradas en el clientelismo y en mecanismos informales de reciprocidad. Las elites intentaron instrumentar una serie de novedades ligadas al nuevo sistema político y de valores, pero sin una ruptura completa de los lazos personales de tipo tradicional.

En este artículo se analiza la solución que encontraron las elites, fruto de una mezcla producto de la nueva teoría política liberal con una realidad social de rasgos tradicionales, fundada –en gran medida– en relaciones clientelares. Tal era la dualidad de los sistemas de poder latinoamericanos: simultáneamente existían urnas y mecanismos clientelares. Era la esencia misma del sistema y no sus vicios, como lo ha explicado una larga tradición historiográfica.

Uno de los objetivos es estudiar la conformación de una elite local, la tucumana, y el manejo clientelar de su relación con el gobierno central durante el período de consolidación del Estado nacional. No nos interesa analizar el poder desde sus instituciones sino entendido en el sentido de quién manda y cómo manda. Nos concentramos en la composición y la dinámica interna de la elite política y económica, a fin de demostrar la pervivencia de una lógica de poder tradicional en el siglo XIX.

Es necesario advertir que la categoría analítica "elite" es más amplia que el concepto de clase y define a la minoría gobernante que está constituida por quienes poseen poder (político o económico) en una sociedad. El concepto de elite sugiere la capacidad manipuladora de grupos sociales, que implica la omnipresencia del poder. En todos los grupos sociales hay una minoría que dirige y está por encima de los demás. De acuerdo con las teorías de Wilfredo Pareto, el poder no recaería ni en uno ni en todos, sino siempre en una minoría: la elite.[1] En el caso tucumano, la ambigüedad y la amplitud del concepto permiten incluir a individuos o familias de sectores muy diversos, hacendados, comerciantes, profesionales,

* Esta investigación forma parte de la tesis doctoral "Elites y poder en Argentina y España en la segunda mitad del siglo XIX", Universidad Complutense de Madrid, 2003. Se agradecen los comentarios de Daniel Campi a una primera versión de este artículo.

** UNT-CONICET.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

empresarios, industriales, manufactureros, que conjugan influencia política, poder económico, prestigio social y cohesión social y psicológica (a través del matrimonio y la herencia).

La pregunta que se intenta responder es de qué manera las elites de poder conciliaron la teoría política liberal con prácticas típicas de una realidad social dominada por las relaciones clientelares.[2]

Origen y naturaleza social del poder político de la elite tucumana

A mediados del siglo XIX los hombres que manejaban las actividades ganaderas, agrícolas, manufactureras y comerciales de la economía tucumana eran también los que hegemonizaban el poder político. Se trataba de un sector mercantil-manufacturero que acumuló capital y posteriormente lo reinvirtió en la industria azucarera. Además se dedicaba a la agroganadería, no como una actividad principal sino como estratégica diversificación para ampliar sus mercados y abastecer de alimentos el mercado local. La mayoría estaba inserta en redes sociales muy antiguas que habían forjado su patrimonio en las postrimerías de la época colonial y las primeras décadas del siglo XIX.

¿Cuál fue el origen de la elite tucumana de fines del siglo XIX? Arsenio Granillo fue el primero en sostener, en 1870, que el origen de la fortuna de los manufactureros azucareros estaba en los capitales acumulados por el comercio altoperuano y regional.[3] A fines del siglo XVIII la economía tucumana se caracterizaba por su rol de intermediaria comercial entre los mercados del Alto Perú y Buenos Aires. Este circuito mercantil colonial había permitido a la elite tucumana desarrollar una rudimentaria pero consistente producción manufacturera para abastecer a Bolivia y a Chile (cueros, carretas). El fortalecimiento de las actividades manufactureras y mercantiles sentó las bases del proceso de acumulación de capitales, que en la segunda mitad del siglo XIX fueron reinvertidos en la industria azucarera, transformando los modelos productivos del norte.

Jorge Balán coincide en que el origen de la "burguesía azucarera" se remonta a fines de la colonia, cuando inmigrantes peninsulares experimentaron un gran crecimiento económico debido al comercio altoperuano, al acceso a la tierra facilitado por la venta de propiedades jesuíticas y al matrimonio con familias terratenientes criollas. Otro sector provenía de las vecinas provincias de Santiago y Catamarca, atraídos por el crecimiento económico de Tucumán o por razones políticas.[4] Además, políticamente, en su mayoría eran familias de tradición unitaria que fueron exiliadas durante el régimen rosista, experiencia que compartieron varias elites del resto del país.

A comienzos del siglo XX, un observador ratificaba esta hipótesis, señalando que en la compra de las temporalidades estaría "el origen de valiosísimas propiedades que constituyen hoy la fortuna de acaudalados hacendados, agricultores e industriales".[5] En las antiguas estancias jesuíticas se fundaron varios ingenios de la elite: José Frías en Cebil Redondo, Vicente Posse en La Reducción, además de las haciendas Concepción, La Trinidad, Cruz Alta y Santa Ana. Efectivamente, la venta o el remate de los bienes de los jesuitas por la Junta de Temporalidades atrajo a los capitales acumulados de los ricos comerciantes tucumanos, lo que produce una fusión entre el capital comercial y el terrateniente, que luego se diversificó ampliamente en la manufactura preindustrial.[6]

Entre 1850 y 1880 se consolidó este sector mercantil-manufacturero. A finales del período se produjeron transformaciones radicales en su estructura debido a una serie de factores: el fortalecimiento del mercado nacional, la prolongación de las líneas férreas hasta Tucumán, el afianzamiento del Estado nacional, la desestructuración de los antiguos circuitos mercantiles coloniales. Todo ello condujo a la elite tucumana a adaptarse a las nuevas condiciones de mercado y reciclarse en el modelo azucarero. En la evolución económica de la elite tucumana, el capital comercial se fundió en un primer momento con el terrateniente; luego ella se transformó en un sólido sector mercantil-manufacturero y, finalmente, ese capital fue reinvertido en la industria azucarera.

Por todo ello se puede afirmar que no se trata del típico modelo de clases dominantes latinoamericanas del siglo XIX, según el cual la dominación oligárquica se construye a partir de la hacienda, la percepción de rentas en trabajo o en especies, o el sometimiento directo de la población campesina. Las aptitudes empresariales, el acceso al crédito (por medio de las vinculaciones políticas) y los capitales acumulados posibilitaron que la elite tucumana se dedicara mayoritariamente al comercio y a la producción agroindustrial. Además, en el proceso de modernización de la industria azucarera tuvo destacada participación la inmigración, sobre todo francesa, que se pudo integrar a la elite tucumana por medio de lazos matrimoniales y/o sociedades comerciales, gracias al carácter abierto y receptivo de esta elite. Estas incorporaciones la transformaron en su seno, ya que los inmigrantes aportaron vinculaciones económicas, conectaron intereses y facilitaron los negocios asociando a financistas y representantes de firmas industriales francesas.

Hasta aquí se ha visto de qué manera el capital mercantil evolucionó hacia el capital industrial. ¿Cómo se fusionó este poder económico con el político en el interior de las familias de la elite para conformar una estrecha red de parentesco que dominaba la política local, controlaba la economía provincial y gozaba del mayor status social?

Azucareros y políticos

Tulio Halperín Donghi ha sostenido que el ausentismo fue característico de las clases terratenientes en el estado de la provincia de Buenos Aires durante casi todo el siglo XIX y hasta comienzos del XX.[7] En esa línea de análisis Roy Hora también niega "la unidad fundamental entre el Estado y clases propietarias" en el mismo período, debido a que "la construcción de un Estado más poderoso que encontraba sus principales bases de apoyo en el interior del país despertó recelos en la elite socioeconómica de Buenos Aires, y para algunos de sus miembros significó una mayor marginación política. […] La larga historia de tensiones entre Estado y clases propietarias", que señala este autor para Buenos Aires, no se verifica en el caso tucumano.[8]

La relación entre negocios y política en las elites regionales ha generado intensos debates historiográficos desde hace algunos años.[9] En España, por ejemplo, la vinculación entre los intereses privados y el Estado ha producido trabajos empíricos y reflexiones teóricas que

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

se ocupan tanto de la interdependencia entre ambas esferas como de la autonomía del Estado respecto de las economías de las elites de poder. La historiografía ha sido muy prolífera al respecto, centrándose la mayoría de los estudios en la época de la Restauración (1874-1923).[10] Según algunos autores, el poder de la maquinaria caciquil podía derivarse de dos vertientes: la actividad socioeconómica y/o el manejo de los recursos administrativos. La primera era importante; la segunda, imprescindible. Si un cacique económicamente poderoso no contaba con influencias en la administración, no podía conseguir favores para sus clientes. Por lo tanto, era menos poderoso que aquel que –aun sin riquezas que lo respaldaran– manejaba los factores de decisión política. Como consecuencia, el factor político, más que el económico, era lo que definía al cacique como tal.

En términos comparativos, la elite tucumana se encontraba mucho más cerca de la nobleza de la Restauración española que de esos caciques sin poder económico. En Tucumán la riqueza fue un factor de poder determinante y los casos de ascenso social a través de la política fueron excepcionales.

Hay sobradas evidencias de que el éxito de la modernización azucarera se definió en gran medida a partir de las vinculaciones de la provincia con el poder central. El Estado fomentó el desarrollo azucarero a través de la construcción del ferrocarril, la protección aduanera, la modernización del sistema financiero y la creación del mercado de mano de obra barata. Por ello, los negocios se fortalecían a través de la estrecha relación con la política. Varias familias de este sector mercantil-manufacturero también monopolizaron la mayoría de los cargos políticos –electivos y no electivos– durante el período. El poder de éstas era, a la vez, político y económico.

En estudios anteriores hemos analizado la relación entre la elite azucarera y elite política yuxtaponiendo la elite gobernante en todas las instituciones del poder político provincial y nacional entre 1853 y 1889; y una extensa lista (doscientos individuos) de familias que se dedicaron a la producción azucarera, tanto en la etapa preindustrial como en el período de la posmodernización.[11] El resultado ha permitido conocer más íntimamente la naturaleza socioeconómica del poder de la elite tucumana. Si bien no se trata de una simplificación de la relación causa-efecto, "azucarero = político", y sin menoscabo de la gran diversificación productiva que desde sus orígenes ha caracterizado a la elite tucumana, el binomio azúcar-poder ha tenido una influencia considerable en la conformación de esa elite política y una presencia preponderante en el control del estado provincial en las últimas décadas del siglo XIX, como lo reflejan los siguientes datos:

- *Azucareros políticos:* de un total de setenta industriales azucareros (incluidos manufactureros de la etapa previa e industriales del auge azucarero) cincuenta y cinco desempeñaron alguna actividad política. De los restantes, quince no ocuparon ellos mismos ningún cargo político, pero sí lo hicieron uno o varios miembros de sus respectivas familias.
- *Azucareros no políticos:* existen otros industriales que nunca registraron participación política (ni ellos, ni miembros de sus familias). La mayoría de los casos se explica por su condición de extranjeros, como el alemán Enrique Erdman, los franceses Máximo Etchecopar, León Rougés, Clodomiro Hileret, y el español Manuel García Fernández. Sin embargo, aunque nunca hayan ejercido el poder, sí estaban estrechamente vinculados con la política, como Máximo Etchecopar y Jean Nougués, a través de las alianzas matrimoniales de todos sus hijos. Otro caso, Clodomiro Hileret, refleja la movilidad social y el carácter abierto de la elite tucumana. Llegó a la Argentina en 1872 como técnico del ferrocarril. En 1879 fundó el ingenio Lules en sociedad con Juan Dermit; en los años 90 adquirió el establecimiento azucarero y la estancia que pertenecían a Belisario López y convirtió a éste en el ingenio más poderoso del país. Hileret no podía ser elegido para ocupar cargos públicos, lo que no le impidió desempeñarse como miembro del Concejo Deliberante de la intervención federal en 1887 y como presidente del Banco Provincial.
- *Gobernadores azucareros:* de un total de treinta y un gobernadores de todo el período, veintiuno de ellos pertenecían a familias vinculadas a la producción azucarera.
- *Electores a presidente y a vicepresidente de la Nación:* dentro del selecto círculo que conformaban los electores a presidente y a vicepresidente de la Nación también se ha encontrado un alto componente de miembros de la elite azucarera. Del total de catorce electores tucumanos en la elección de 1880, once pertenecían a ella; en 1892, representaban al sector azucarero siete miembros del colegio electoral.

Distribución y complementariedad de funciones

Se ha podido comprobar en casi todas las veinticuatro familias estudiadas la existencia de una cierta distribución de roles dentro de ellas.[12] Es decir, mientras unos miembros se dedicaban a la política en el ámbito provincial y a enriquecer el patrimonio familiar, otros gestionaban las mejoras para la provincia –desde Buenos Aires– que repercutían directamente en la economía del clan y de toda la elite ligada al azúcar. Asimismo, los parlamentarios en el poder nacional eran todos abogados, o sea, políticos profesionales.

A esta altura del análisis corresponde preguntarse quiénes eran profesionales de la política. ¿Se dividieron las funciones políticas y económicas dentro de la familia? ¿Actuaban en el ámbito local o nacional?

El caso de los Avellaneda puede ser considerado prototipo de la distribución de roles entre los tres hermanos, hijos de Marco Avellaneda, el "Mártir de Metán".[13] El ingenio Los Ralos fue fundado en 1877 por los hermanos Marco y Eudoro en sociedad con su primo Brígido Terán. Mientras Marco[14] y Nicolás[15] se dedicaron a la vida política en Buenos Aires, Eudoro permaneció en Tucumán encargado del negocio azucarero de la familia y, al mismo tiempo, ocupó varios cargos de la política provincial, excepto cuando se desempeñó como diputado nacional[16] (véase tabla). Sin embargo, se debe tener en cuenta que la política porteña era la vía de acceso a los grandes negocios. Por ejemplo, Marco había comprado –en sociedad con Eudoro– tierras procedentes de la expulsión de los indios pampas, cuyo mercado se había reservado para unos pocos poderosos que luego se convertirían en los grandes latifundistas de la región pampeano-patagónica argentina.[17]

La familia Frías fue otro caso típico de distribución de funciones. El padre, José Frías, había fundado el ingenio San José en sociedad con su hijo Justiniano. A su muerte, Justiniano y dos hermanas heredaron el ingenio. Como éstas vivían en Bolivia, vendieron a su hermano sus respectivas partes y él se convirtió en el único propietario, de modo que se evitó la

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

fragmentación de la propiedad y se conservó intacto su valor. Justiniano, al ser el depositario del negocio familiar más importante, sólo se desempeñó en política en el ámbito local. El otro hijo, Uladislao, fue el político de la familia que trascendió en la esfera nacional y que veremos actuar como uno de los más importantes intermediarios tucumanos ante el poder central. Quizá por ello nunca estuvo involucrado en el negocio azucarero familiar. Tampoco se ha encontrado ninguna actividad comercial que le permitiera forjar un patrimonio importante, como fue el caso de su hermano a través de negocios inmobiliarios, actividades financieras o industriales. Uladislao se dedicó plenamente a la vida política. A lo largo de casi cincuenta años (1852-1899) siempre desempeñó un cargo público, electivo o por nombramiento, en la esfera local o nacional, en otras provincias e incluso fuera del país.

Redes de parentesco

Para definir a una elite no es suficiente analizar su patrimonio y su poder políticos; es necesario estudiar la dimensión social en la que se mueve. El método de Network Analysis concibe a una red como un conjunto de vínculos latentes, donde sus integrantes reconocen tener una serie de obligaciones entre sí. En momentos determinados esos vínculos se activan y se transforman en transmisores de bienes, servicios, favores, información. De este modo, la red de relaciones considera las trayectorias personales como resultado de estrategias para alcanzar ciertos fines y aprovechar las oportunidades que les ofrece el medio. En una sociedad donde las instituciones especializadas (para la ejecución de los contratos, la organización empresarial jerárquicamente establecida, la oferta de crédito y acceso a la información) no existían o adolecían de defectos, las "redes de familias, parientes, amigos y clientes representan unidades pertinentes de análisis porque constituían la organización «empresaria», otorgaban acceso a la información, al crédito y a los mercados".[18]

Precisamente son esas redes las que consideraremos para conocer la dinámica interna de la elite tucumana. A través de los múltiples lazos matrimoniales entre las familias de azucareros y de políticos (ciento seis matrimonios), la elite conformó una extensa red de parentesco, instrumento básico para mantener el status y controlar el poder. Sólo se analizará la proliferación de matrimonios dentro del círculo integrado por un sector productivo, el azucarero, que además tenía el dominio político.

Las redes de parentesco han desempeñado una función primordial en la conformación y consolidación de la elite tucumana, tanto para asegurar el patrimonio de una familia –o de uno de sus miembros– como para acceder a espacios clave para el dominio del poder político local y nacional hasta los primeros años del siglo XX. ¿El núcleo de la elite era permeable a nuevos integrantes o, por el contrario, su estructura era rígida y cerrada? ¿Qué alianzas matrimoniales unieron a familias de políticos con familias de azucareros y con qué frecuencia las familias perseguían la estrategia de los matrimonios endogámicos o intrafamiliares? ¿Se pueden distinguir familias pertenecientes a la red primaria o secundaria dentro de la misma elite?

Con respecto a los Avellaneda, la madre de Nicolás, Marco y Eudoro, Dolores Silva Zavaleta, era hermana de Clementina, la esposa de Justiniano Frías, ambas hijas de José Manuel Silva, uno de los comerciantes más ricos de la provincia en la primera mitad del siglo XIX. Por lo tanto, los esfuerzos aunados de los Frías y de los Avellaneda como intermediarios entre el poder central y el local se explican, además, por medio de los lazos de parentesco.

Nicolás y Marco se radicaron en Buenos Aires, en relación con lo que ya se ha explicado sobre la vida política de éstos que los llevó a residir en esa ciudad. El tercer hijo, Eudoro, se casó con su prima hermana, Francisca Delfina Terán Silva. Esta alianza vino a reforzar la sociedad empresarial del ingenio Los Ralos entre Eudoro y Brígido Terán, que además de socios eran primos hermanos y cuñados, como se ha visto. Sus cuatro hijos se emparentaron con familias de azucareros: Etchecopar (en dos casos), Cainzo y Gallo, esta última, además, de mucho peso político.

Los Frías y los Padilla, ambas familias de políticos azucareros, entretejieron sus lazos parentales a través de varios matrimonios (al menos diez) en distintas generaciones. Los hermanos Tiburcio y Ángel C. Padilla eran cuñados de Uladislao y Justiniano Frías; Vicente Padilla era yerno de Uladislao y cuñado de Carlos Frías Helguera (nieto de Justiniano Frías y de Federico Helguera). Isaías y José Padilla eran socios de la firma Padilla Hnos. Isaías también se unió en matrimonio con una Frías, sobrina de Uladislao, y, más tarde, por medio del enlace de su hija, se convirtió en consuegro de Juan Luis Nougués. Por su parte, José Padilla se emparentó con otra familia de políticos y azucareros al casarse con Josefa Nougués, la hermana de Juan Luis, Miguel y Ambrosio Nougués, y el matrimonio de su hija lo hizo consuegro de Federico Helguera. Se han encontrado cuatro matrimonios intrafamiliares dentro de la familia Padilla.

De este modo, a la influencia política y al poder económico se suma el tercer factor: el "capital relacional" o "capital social" fundado en una densa red de parentesco con múltiples vinculaciones en su seno que configuran la elite tucumana.

La elite local y el poder central: entre la cooperación y la reciprocidad

En la segunda mitad del siglo XIX tanto el fortalecimiento de alianzas entre poderes locales como la progresiva injerencia del poder central sobre las autonomías provinciales sellaron la consolidación del Estado moderno.[19] Esta relación adoptó unas veces la forma de pactos, alianzas, cooperación y compromiso, como en el caso tucumano. Pero en otras asumió las características de cooptación, intervención y revolución.

El período que va de 1852 a 1880, esos treinta años que separan la caída de Juan Manuel de Rosas y la presidencia de Julio Argentino Roca, fueron años de guerra civil donde el poder de las armas prevaleció ante el derecho. Sin embargo, el poder central fue afianzándose progresivamente, sometiendo los particularismos. En la coalición triunfante de 1880 –año clave en este proceso– la elite tucumana aparece con gran protagonismo, convirtiéndose en uno de los elementos constitutivos del bloque de poder hasta la democratización política de 1912.[20]

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El papel desempeñado por la elite tucumana (entre otras del interior) en la construcción del Estado nacional fue destacado por la historiografía. Halperín Donghi llama la atención sobre la "desproporcionada" presencia de las "muy poco prósperas elites del interior" en "el personal político, administrativo y militar del nuevo Estado".[21] Otros autores resaltaron la existencia de un "pacto oligárquico" que "bajo la dirección de Buenos Aires" habría sellado los intereses de las "clases dominantes" del interior con las del litoral;[22] o la circunstancia de que una mayor preponderancia dentro del Estado y, en particular, el control del Ejército nacional, fue una carta esencial que utilizaron los grupos del interior para poder pactar con los del litoral.[23] Lo cierto es que hay consenso en que la conformación de la elite azucarera estuvo íntimamente vinculada a la construcción del Estado y que fue en gran medida producto de la creciente unificación económica y política del país.

¿Por qué la elite tucumana pudo alcanzar este poder en el ámbito nacional? Dentro del marco de un sistema de cooperación, ¿qué elementos le permitieron a la elite tucumana negociar ventajosamente con el poder central? Éstas son algunas cuestiones que pretendemos analizar, considerando la relación entre el poder local y el Estado nacional también como una relación de tipo clientelar, ya que en ella se encuentran algunos rasgos propios del clientelismo: alianzas, estrategias de acceso y control del poder, negociación y reciprocidad en las relaciones políticas, pactos entre los poderes locales y el poder central, obtención de favores colectivos e individuales.

En principio, la cooperación militar y política de la elite tucumana con el gobierno nacional, sobre todo desde la presidencia de Domingo F. Sarmiento, contribuyó a cimentar la relación entre ambos. La política seguida por Mitre desde Pavón consistía en un equilibrio peligroso entre las negociaciones con las elites locales y las intervenciones armadas en las provincias. Estas últimas se explican no sólo por la debilidad del Estado nacional sino también por la debilidad de los círculos liberales en el interior que sólo las armas podían sostener.[24] Todos estos factores determinaron que el control político y militar de la región norte fuera ejercido durante la presidencia de Mitre por un regimiento del Ejército nacional con base en Santiago del Estero, cuya misión oficial consistía en proteger la frontera de Chaco de las incursiones indígenas. A su mando estaba Antonino Taboada, hermano del gobernador de Santiago del Estero.

En 1861 la intervención militar de Taboada a Tucumán significó el retorno de la facción liberal tucumana al poder y la expulsión definitiva de Celedonio Gutiérrez, el caudillo militar rosista que gobernó Tucumán por doce años. Pero las acciones militares no cesaron y se extendieron a Catamarca, Salta y La Rioja. La situación fue tolerada por Mitre en tanto se ejecutaran las órdenes nacionales tendientes a afianzar su poder. Estas intromisiones militares en asuntos internos –como la intervención a Tucumán en 1867, cuando la poderosa familia Posse controlaba la situación provincial– determinaron que las elites políticas locales se distanciaran del mitrismo y se inclinaran por la candidatura de Sarmiento a la presidencia, una fórmula de unidad nacional sin la hegemonía porteña.

Ya presidente, Sarmiento encaró de otra manera la relación entre Tucumán y el gobierno nacional y el papel del Ejército nacional en el establecimiento del control político. Como consecuencia del conflicto con Paraguay el Ejército adquirió una mayor importancia como actor político. Mientras Mitre lo había utilizado para terminar con los resabios de federalismo en el norte y consolidar el poder del Estado bajo la hegemonía del clan Taboada, Sarmiento optó por una estrategia diferente: colocó las fuerzas militares bajo el mando directo del Ejecutivo.

Durante ese lapso Tucumán funcionó como virtual base de operaciones del gobierno central en el norte y contribuyó a desmantelar el poder militar del clan Taboada, lo que potenció el rol de la provincia como custodia de los intereses nacionales en la región.[25] Una correspondencia de Marco Avellaneda –en nombre del gobierno nacional, agradeciendo al gobernador tucumano Helguera la cooperación de la provincia– es una clara muestra del peso político que cobró Tucumán en defensa de los intereses nacionales: "Me ha encargado el Ministro de Guerra que le haga presente, a nombre del Presidente y el suyo, que mucho agradece su ofrecimiento de un contingente para la remonta del ejército y que ya se han dirigido oficialmente a Ud. autorizando para que gire por la cantidad que necesite para su movilización. Me dice que Sarmiento no ha querido publicar en nota, temiendo dar un arma de oposición a los enemigos políticos que puede Ud. tener".[26]

En conclusión, gracias a la cooperación político-militar de la provincia, la elite tucumana quedó integrada efectivamente al esquema de poder nacional que perseguía consolidar al Estado fortaleciendo la autoridad presidencial. El poder de la elite tucumana para negociar, o sea para intercambiar favores con el gobierno central, se fundaba en el apoyo político-militar que la provincia brindó al poder central hasta convertirse en custodia de los intereses nacionales en toda la región norte. Dentro de este marco de "cooperación" debe entenderse el peso de la elite tucumana en las cuestiones del poder nacional. ¿De qué manera el gobierno central retribuyó a este grupo de poder? ¿A través de qué tipo de "favores"? Se intentará responder a esta cuestión apelando al concepto de reciprocidad.

Los intermediarios

La reciprocidad intraelitaria quedó demostrada con el acceso de tucumanos a importantes cargos del poder nacional. En el gabinete de Sarmiento, Nicolás Avellaneda estuvo al frente de la cartera de Justicia e Instrucción Pública, aunque este nombramiento obedecía a sus antecedentes como ministro de Gobierno de Adolfo Alsina (gobernador de Buenos Aires durante la presidencia de Mitre) más que al peso de su extensa familia que gravitaba en la política local. Por su parte, Uladislao Frías era el ministro del Interior. Este cargo fue una retribución de Sarmiento al papel desempeñado por la elite tucumana en la estructuración de un nuevo sistema de alianzas en el norte que actuaba como sustentación del presidente en la región.

El Ministerio del Interior era una herramienta clave para las negociaciones entre el poder central y los poderes locales, por el carácter de principal "agencia de desarrollo" de ese ministerio, ya que comprendía las funciones de obras públicas, agricultura y ganadería. A comienzos de la década del 70 esa cartera tenía color tucumano, puesto que fue ocupada sucesivamente por Nicolás Avellaneda y Uladislao Frías.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Todas las cuestiones que involucraban a la política local y nacional se discutían, se sopesaban y se decidían en el ámbito de un reducido grupo de poder, incluso en el ámbito familiar, dadas las relaciones de parentesco que supieron tejer sus miembros. Con Uladislao Frías en el Ministerio del Interior y Nicolás Avellaneda en el de Instrucción, y más tarde en la Presidencia de la Nación, Marco Avellaneda, hermano de Nicolás, se convirtió en uno de los intermediarios más importante entre el poder local y el central. Ellos constituían los tres pilares en los que se asentaba el poder tucumano en Buenos Aires en la etapa del máximo desarrollo económico de la provincia y así lo refleja una extensa correspondencia.

En 1871 el gobernador Helguera le había ofrecido el Ministerio de Gobierno, que Marco rechazó por razones particulares.[27] Sin embargo, brindó sus servicios a Helguera para gestionar los asuntos de Tucumán desde Buenos Aires, utilizando sus relaciones parentales y clientelares: "Cuenta Ud. con las simpatías y estimaciones de toda la gente honorable de nuestro pays con la cooperación de todos los hombres de valer y especialmente con la mui valiosa del actual Gobernador, el ilustrado y recto Dr. Frías y por fin puede Ud. contar con la del Gobierno Nacional cada vez que lo solicite [...] Desde aquí podré serle más útil a su gobierno y al pays. Me ofrezco desde ahora para lo que pueda servirlo".[28]

De este modo, Marco Avellaneda se convirtió en uno de los principales y quizá el más eficaz gestor de los asuntos tucumanos ante el poder central durante las presidencias de Sarmiento y Avellaneda, períodos que coincidieron con el auge de obras de infraestructura en la provincia. Su capacidad de intermediario fue demostrada en varias oportunidades, especialmente durante los gobiernos de Federico Helguera (1871-1873 y 1877-1878).

En algunas ocasiones se encargaba de gestionar el cobro de giros a favor del gobierno provincial;[29] otras veces negociaba la obtención de fondos del gobierno nacional, en caso de excepcionalidad para Tucumán. Muchas veces hacía uso de su influencia y contactos familiares. También se ocupaba de cobrar los créditos otorgados a la provincia por el gobierno nacional que se utilizaban para pagar los salarios de la administración provincial, incluso en las difíciles épocas de disminución de ingresos aduaneros.[30] Además, actuó decididamente para enviar auxilio a las provincias damnificadas por las fuertes inundaciones que afectaron a gran parte del país en 1873.[31]

El otro gran intermediario entre el poder central y el poder local fue Julio Argentino Roca, quien tejía sus alianzas apoyando con el uso de la fuerza militar a determinados gobiernos provinciales. En 1878 tenía a su cargo la cartera de Guerra y estaba dispuesto a apoyar con las fuerzas nacionales –si las circunstancias así lo exigían– el orden provincial. Así lo demostraba en respuesta a la solicitud del gobernador Helguera: "No me es posible contestarle todavía su pedido de doscientos fusiles. Tengo que averiguar el listado del parque que según me dicen está muy escaso de fusiles rémington. Debo anticiparme a comunicarle que cualquier intento que se maquine en esa provincia contra el orden público nos tendrá de su lado y entonces no le faltará [...] Espero que me den soldados para el ejército".[32]

Para realizar esta gestión Roca recurrió a su cuñado, el ministro de Gobierno de la provincia de Córdoba: "Juárez Celman debe mandar cincuenta fusiles rémington con su correspondiente munición. En ésto le probaré mi buena voluntad en servirlo. Creo que con esta cantidad tendrá por ahora de sobra; si acaso después las cosas se enturbian algo, ya sabe que puede contar con toda mi cooperación [...] Es bueno que no se sepa que yo le mando esas armas, que no vayan a dar sino a torcidas interpretaciones".[33]

Hasta aquí se ha visto quiénes fueron los representantes más eficientes –aunque no los únicos– de la elite tucumana que se integró decididamente al esquema de poder nacional con el fin de consolidar el Estado, fortalecer la autoridad presidencial y promover el progreso a la provincia. Pero entre los cuatro hay que marcar una diferencia fuerte. Roca y los hermanos Avellaneda, si bien habían nacido en Tucumán, eran dirigentes que habían hecho sus carreras políticas fuera de la provincia. Nicolás Avellaneda estudió en Córdoba y luego se radicó en Buenos Aires. Su entrada en las filas del alsinismo fue el inicio de su carrera política y desde allí comenzó su campaña para la presidencia, que en el caso de Roca estuvo apuntalada por sus victorias militares. Estos casos demuestran que las muchas ramificaciones de la elite tucumana en distintas regiones del país fueron –sumadas a otros factores– las que permitieron su acceso al poder nacional. Los políticos tucumanos utilizaron sus redes locales, pero realizaron sus itinerarios políticos fuera del ámbito local. En el caso de Frías, el recorrido fue diferente: se trató de un dirigente local con proyección nacional. Pero más allá de esas diferencias de itinerarios, éstos se complementaban y la trama de relaciones que armaron en toda la geografía nacional cimentó el poder de la elite tucumana.

En definitiva, un clima de unanimidad en la elite tucumana frente a las cuestiones nacionales se insinuaba en los períodos de Sarmiento y Avellaneda, y se consolidó con el ascenso de Roca a la presidencia. Sin duda, la organización definitiva del Estado, la ocupación efectiva del espacio nacional, la pacificación de los conflictos regionales y la conformación de un mercado unificado coadyuvaron a la consolidación de la elite tucumana como sector de cierta influencia en el gobierno nacional.

¿Cómo se gestionaron esos "favores" ante el gobierno nacional para llevar la modernidad a la provincia? El análisis de las importantes obras de infraestructura que transformaron Tucumán en las décadas de 1870 y 1880 es un buen punto de partida para ello.

Los "favores nacionales"

Los "favores" nacionales fueron una forma de gratitud, de reconocimiento y, por sobre todo, una manera de sellar el compromiso entre el poder central y el poder local. La financiación de obras públicas que impulsaron el desarrollo de la provincia y su inserción en el mercado nacional, así como también la ventajosa política arancelaria para proteger la producción azucarera, fueron la retribución del poder nacional a la elite tucumana en el plano económico. Las obras de mayor envergadura para la provincia, como la extensión de la línea norte del ferrocarril hasta Tucumán, la construcción del puente sobre el río Salí y la construcción de la escuela normal, fueron subsidiadas por el gobierno nacional gracias a las negociaciones del grupo de poder tucumano, lo que se reflejaba en el balance final que hacía Nicolás Avellaneda al dejar el ministerio en manos de Frías.[34]

La construcción del puente sobre el río Salí era imprescindible para comunicar la ciudad con los ingenios del otro lado del río. Los primeros estudios para su realización fueron

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

gestionados por Nicolás Avellaneda, que prometía al gobernador Helguera que el puente sería una realidad durante su administración.[35] En este marco de permanente y fructífero diálogo entre la Nación y la provincia también se llevó a cabo la construcción de la escuela normal para la formación de maestros. También fueron Avellaneda y Frías quienes desde sus respectivos espacios de poder gestionaron su construcción. Para obtener del gobierno nacional la autorización y los fondos para la realización de la obra, Avellaneda planteaba a Helguera: "Necesito que me responda con qué contribuiría Tucumán para el establecimiento de una Escuela Normal. ¿Daría algún edificio como el antiguo teatro o algún otro a lo menos? Es necesario que la provincia se muestre solícita. […] La Cámara de Diputados ha votado veinticinco mil duros a mi pedido para la Escuela. Usted inaugurará la obra y tendrá la dirección de los trabajos".[36]

Era primordial para el desarrollo de la provincia la llegada a Tucumán de la línea norte del ferrocarril para abaratar costos de comercialización de la industria azucarera. Marco Avellaneda, entre otros, resaltaba la necesidad de dotar a las provincias del interior de los adecuados medios de transporte y comunicación que permitieran a las incipientes producciones regionales –especialmente el azúcar tucumano y los vinos mendocinos– abastecer a la región del litoral y a la ciudad de Buenos Aires. Fue una obra muy difícil de concretar por la divergencia de opiniones acerca de la trocha que debía adoptarse. Si se demoraba su realización, se corría el serio riesgo de aplazar las obras definitivamente.[37]

Efectivamente, hubo un factor que amenazó la continuidad de la construcción. Pero no fue el conflicto exterior o la lucha electoral. El problema se originó en los efectos de la crisis económica de 1873-1876.

No obstante, la falta de crédito no paralizó la avanzada obra, debido a que también habían cambiado las circunstancias políticas a favor de Tucumán. En 1874 se sumó otro factor al juego de intereses tucumanos: asumía la presidencia Nicolás Avellaneda. Así, la predisposición favorable hacia su provincia natal posibilitó la terminación de la construcción del ferrocarril. Prueba de esto fue la ley de emergencia que sancionaron ambas Cámaras en 1876, por la cual se suspendía el pago de la venta y amortización de la deuda exterior por el término de tres años. La ley establecía, además, que el monto de la deuda que se dejaba de pagar se destinaba a: "1) salvar el déficit del corriente año; 2) atender el déficit del año 1877, si las rentas generales de la Nación bajasen de 17 millones de pesos fuertes; 3) pagar la deuda interior que no sea consolidable; y 4) *terminar el trabajo del Ferrocarril del Norte hasta la ciudad de Tucumán*".[38]

Más tarde, en el ocaso de su mandato, este "favor", entre otros, pesaba en contra del presidente: "Las dos cámaras le son hostiles a Avellaneda: Cuestión Corrientes y Ferrocarril de Tucumán, las debilidades o veleidades del Presidente lo han colocado en una situación difícil ante el país".[39]

De todos modos, en 1876 el ferrocarril llegaba a Tucumán y, con éste, el "despegue" de la industria azucarera fue una realidad. La reducción de costos de fletes produjo una fiebre inversionista en torno a la agroindustria azucarera, ya que atrajo capitales extranjeros y extrarregionales. Desde una perspectiva espacial, los "caminos de fierro" significaron una refuncionalización de todo el norte; San Miguel de Tucumán se convirtió en la verdadera metrópoli regional.[40]

Consideraciones finales

El sistema liberal-oligárquico en la Argentina –y en gran parte de América Latina– se caracterizó por una doble lógica del poder: la teoría política liberal y las prácticas sociales basadas en las relaciones clientelares. Liberalismo y clientelismo fueron las dos caras de una misma realidad política.

¿De qué manera las elites modificaron la teoría política liberal para adaptarla a una sociedad dominada por las lealtades personales y los mecanismos informales de reciprocidad? A través de la pervivencia del clientelismo, la elite tucumana logró una particular combinación de elementos nuevos y tradicionales.

El período de formación del Estado nacional argentino ofreció un marco sociopolítico propicio para el desarrollo de ciertas formas de clientelismo: fragmentación del poder en localismos, gobierno central débil o en formación que necesita pactar con los poderes locales, población mayoritariamente analfabeta y rural, mercado nacional en formación, deficitario sistema de transportes y comunicaciones, sufragio restringido. La inestabilidad política y los conflictos armados (guerras civiles, secesión del estado porteño, levantamientos y resistencias de los caudillos) que abarcaron casi todo ese período encontraron solución a través de un sistema de alianzas y pactos gestado durante las presidencias de Sarmiento y Avellaneda, y consolidado con Roca. Las negociaciones y los acuerdos intraelitarios fortalecieron aun más el patronazgo y el clientelismo, alterando los principios de representatividad y de ciudadanía.

Como demuestra el caso tucumano, las elites desempeñaron un papel de importancia como intermediarias entre el poder central y los poderes locales. La escasa integración de la economía y la sociedad hizo que el localismo –"la patria chica"– y no la Nación fuera el ámbito de la vida social. Sin duda, el peso de los poderes locales dependía del nivel de integración alcanzado dentro del Estado central. Del mismo modo, el grado de autonomía o de subordinación de los poderes locales y su influencia en el gobierno central estaban en estrecha relación con la importancia económica de cada provincia. A esto hay que sumar la circunstancia de que la elite tucumana quedó integrada ventajosamente al nuevo esquema de poder nacional al actuar como virtual base de operaciones del gobierno central en el norte después de contribuir a desarmar el poder militar mitrista. Así, debido al compromiso de la elite tucumana en la construcción del Estado nacional y a la consecuente cooperación político-militar, la provincia se convirtió en custodia de los dos principales objetivos nacionales en la región: consolidar el Estado nacional y fortalecer la autoridad presidencial. Obviamente, este factor de naturaleza política llevó a obtener con menores costos beneficios del poder central, los que contribuyeron a afirmar la preeminencia económica de la provincia hasta convertirla en el centro más dinámico del norte del país.

Dentro de este esquema hemos tratado el mecanismo del "favor" entre el poder central y el local. En Tucumán, el apoyo de la elite local al Estado central fue recompensado con la prolongación de la línea férrea desde Córdoba, la exoneración impositiva para la importación de maquinarias, la protección arancelaria especial para el azúcar y el otorgamiento de créditos para la modernización tecnológica. La conjunción de todos estos factores posibilitó el auge azucarero caracterizado por la fiebre modernizadora, la expansión del área cañera, el montaje de grandes unidades industriales, la constitución de una masa de decenas

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de miles de asalariados, el aumento espectacular de la producción azucarera, la conquista del mercado interno y la consolidación de una elite que concentró en sus manos el poder económico y político –además del prestigio social– hasta la segunda década del siglo XX.

El éxito de la modernización azucarera se definía en torno a las vinculaciones con el poder central, como se ha visto. Por ello, los negocios se fortalecían a través de la estrecha relación con la política. Los subsidios del gobierno nacional fueron gestionados por el grupo de poder tucumano y la transformación económica de la provincia puso en evidencia el peso de la elite tucumana en el gobierno central. Los hermanos Avellaneda, Uladislao Frías y Julio A. Roca, como los representantes más eficientes –aunque no los únicos– de la elite tucumana, permitieron a la provincia integrarse decididamente al esquema de poder nacional, que marchaba hacia la consolidación del Estado central. Sin duda, la organización definitiva del Estado, la ocupación efectiva del espacio nacional, la pacificación de los conflictos regionales y la conformación de un mercado unificado coadyuvaron a la consolidación de la elite tucumana como sector influyente en el gobierno nacional.

Creemos que es necesario advertir que este tipo de relación no se caracterizaba por una absoluta asimetría. Es más, debe entenderse como un vínculo de reciprocidad entre el poder central y los poderes locales, en el que un diálogo y negociaciones permanentes permitieron al poder central afianzarse en las áreas periféricas y a las elites locales obtener beneficios para sus provincias. Está claro que estos favores –colectivos o individuales– se obtenían no sólo en función de la capacidad negociadora de los intermediarios sino además de la influencia de la provincia en las decisiones del gobierno nacional en materia política y económica.

En cuanto a la lógica del poder a nivel local, en el caso de la elite tucumana la preeminencia de la riqueza estaba ligada de manera indisoluble al sector dirigente. Más aún, el poder económico constituía el trampolín para acceder al manejo de la política. La riqueza –en el último cuarto de siglo XIX– emanaba de la "dulce" industria y de allí también surgían los enlaces de la elite. El poder de las familias que la componían era, a la vez, político y económico, a lo que se debe agregar un tercer factor, el "capital relacional" de una densa red de parentesco con múltiples vinculaciones, instrumento básico para mantener el status social y controlar el poder político. Como se ha visto, hubo una estrecha relación entre las familias propietarias de ingenios y las familias que controlaban el poder político. Los lazos matrimoniales aseguraban que en las siguientes generaciones se mantuvieran unidos los dos factores de poder: azúcar y política.

Notas

[1] Véase W. Pareto, *Tratado de sociología general*, Ginebra, 1968 (1917-1919).

[2] Las fuentes consultadas fueron Sección Protocolos, Sección Administrativa, Judicial y Testamentaria, del Archivo Histórico de Tucumán (AHT), especialmente, el Archivo Privado Helguera (APH).

[3] Véase A. Granillo, *Provincia de Tucumán,* Tucumán, 1872, p. 106.

[4] Véase J. Balán, "Una cuestión regional en la Argentina: burguesías provinciales y el mercado nacional en el desarrollo agroexportador", *Desarrollo Económico*, 69, Buenos Aires, 1978, p. 60.

[5] P. Ávila, *La ciudad arribeña,* Tucumán, 1920, p. 250.

[6] Véase M. Giménez Zapiola, "El interior argentino y el desarrollo hacia afuera: el caso de Tucumán", en *El régimen oligárquico. Materiales para el estudio de la realidad argentina,* Buenos Aires, Amorrortu, 1975, p. 76.

[7] Véase T. Halperín Donghi, "Clase terrateniente y poder político en Buenos Aires 1820-1930", *Cuadernos de Historia Regional*, segunda etapa, V, 15 Luján, 1992, p. 31.

[8] R. Hora, "Autonomistas, radicales y mitristas: el orden oligárquico en la provincia de Buenos Aires (1880-1912)", *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, tercera serie, 23, primer semestre de 2001, p. 74.

[9] En el caso tucumano algunos de los trabajos más relevantes son D. Guy, *Política azucarera argentina: Tucumán y la generación del 80*, Tucumán, Ediciones Fundación Banco Comercial del Norte, 1981; D. Campi, "Avellaneda y Terán. Una empresa azucarera argentina en tiempos de crisis 1892-1906", en M. Cerutti (coord.), *Empresas y grupos empresariales en América Latina, España y Portugal*, Monterrey, Universidad Autónoma de Nueva León-Universidad de Alicante, 2006; D. Campi y M.C. Bravo, "Elites y poder en Tucumán, segunda mitad del siglo XIX. Problemas y propuestas", *Secuencia*, 47, México, Instituto Mora, 2000; C. Herrera, "Elites y poder en Argentina y España en la segunda mitad del siglo XIX", tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2003; "Las relaciones entre poder local-poder central en Tucumán, Argentina (1860-1880)", *Revista Complutense de Historia de América*, 31, 2006, pp. 79-100; "Dulzura y poder: azucareros y políticos en la segunda mitad del siglo XIX en Argentina", en M. Casaus Arzú y M. Pérez Ledesma (eds.), *Redes intelectuales, ciudadanía y formación de naciones en España y América Latina. 1890-1940*, Ediciones Universidad Autónoma de Madrid, 2005, pp. 209-241; J.A. Sánchez Román, *La dulce crisis. Finanzas, Estado e industria azucarera en Tucumán, Argentina (1853-1914)*, Universidad Complutense de Madrid-Instituto Ortega y Gasset, 2001; F. Gutiérrez, "Las prácticas electorales en Tucumán en la década de 1860: el «partido» Posse", tesis de licenciatura, 1997.

[10] Véanse L. Álvarez Rey, "Elites políticas en Sevilla durante la crisis de la Restauración 1898-1931. Bases sociales y control institucional", *Espacio, Tiempo y Forma*, 3, pp. 213-228; P. Carasa Soto (ed.), *Elites. Prosopografía Contemporánea*, Universidad de Valladolid, 1995; J. Paniagua y J. Piqueras (eds.), *Poder económico y poder político*, Valencia, Biblioteca Historia Social, 1998; "Clientelas, caciquismo y poder en la Restauración", monográfico de *Historia Social*, 36, 2000; S. Cruz Artacho, *Caciques y campesinos. Poder político, modernización agraria y conflictividad social en Granada, 1890-1923*, Ayuntamiento de Córdoba. 1994; "El poder local en la España contemporánea", monográfico de *Hispania*, LIX, 1-201, 1999; A. Garrido Martín, *Favor e indiferencia. Caciquismo y vida política en Cantabria (1902-1923)*, Santander, Universidad de Cantabria-Asamblea regional de Cantabria, 1998; M. González Portilla, "Poder y *lobbies* económicos en la Restauración: la transformación de la clase política", en *Cultura y culturas en la historia*, Universidad de Salamanca, 1995; M. Martí, "Las raíces sociales del comportamiento político en la Restauración. Análisis de una elite política provinciana. Castelló de la Plana, 1875-1891", *Estudios de Historia Social*, 54-55, Valencia, 1991, pp. 443-467; A. Robles Egea (comp.), *Política en penumbra. Patronazgo y clientelismo políticos en la España contemporánea*, Madrid, Siglo Veintiuno, 1996; J. Varela Ortega (dir.), *El poder de la influencia. Geografía del caciquismo en España (1875-1923)*, Madrid, Marcial Pons, 2001.

[11] Véase C. Herrera, "Elites y poder en Argentina y España". Se han considerado todos los cargos políticos de esos treinta y seis años, sobre la base de las actas electorales: diputados provinciales, nacionales, gobernadores, electores, senadores provinciales y nacionales.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

[12] Ídem. Se han analizado veinticuatro familias, entre ellas, Frías, Avellaneda, Gallo, Posse, Méndez, Nougués, Terán, Padilla, Helguera. En todos los casos se han considerado cargos políticos, genealogía, alianzas matrimoniales y lugar que ocupa dentro de la red de parentesco. En este artículo sólo se analizan las familias Avellaneda y Frías, a fin de caracterizar a los intermediarios tucumanos frente al poder central, que luego se consideran.

[13] Marco Avellaneda fue gobernador de Tucumán contrario al régimen rosista. En 1841 fue tomado prisionero y fue decapitado. Su cabeza permaneció varios días en una pica en la plaza principal "para escarmiento de los rebeldes".

[14] Diputado nacional en cuatro períodos (presidente de la Cámara durante once años), interventor de Corrientes, interventor de Buenos Aires, hasta 1890 presidente del Banco Nacional, presidente del Banco de la Provincia de Buenos Aires, en 1901 ministro de Hacienda del presidente Roca, en 1908 ministro del Interior del presidente Figueroa Alcorta, en 1909 senador nacional hasta su muerte en 1911.

[15] Senador nacional, ministro de Gobierno del gobernador de Buenos Aires Alsina en 1866, ministro de Instrucción durante la presidencia de Sarmiento durante 1871-1874, ministro del Interior provisorio, presidente de la Nación durante 1874-1880.

[16] Diputado provincial once veces. Elector provincial y elector a presidente. Ministro de Gobierno de Federico Helguera y de Benjamín Paz.

[17] En 1888 Marco se desvinculó de la sociedad de Avellaneda y Terán y también de Avellaneda Hnos. Eudoro se quedó con las valiosas propiedades urbanas de San Miguel de Tucumán y Marco, con la estancia de Córdoba y las acciones de tierras en "el Río Colorado". AHT, Protocolos, Serie A, ff. 246-247, vol. 1886.

[18] Z. Moutoukías, "Familia patriarcal o redes sociales: balance de una imagen de la estratificación social", *Anuario IEHS*, 15, Tandil, 2000, p. 151.

[19] Véase T. Halperín Donghi, *Proyecto y construcción de una nación. Argentina. 1848-1890*, Buenos Aires, Ariel, 1995; N. Botana, *El orden conservador*, Buenos Aires, Sudamericana, 1977.

[20] Véase D. Campi y M.C. Bravo, "Elites y poder en Tucumán…".

[21] T. Halperín Donghi, "Clase terrateniente…".

[22] W. Ansaldi, "Notas sobre la formación de la burguesía argentina 1780-1880", en E. Florescano (coord.), *Orígenes y desarrollo de la burguesía en América Latina 1700- 1955,* México, Nueva Imagen, 1985.

[23] Véase J. Sábato, *Notas sobre la formación de la clase dominante en la Argentina 1880-1914,* Buenos Aires, CISEA, 1979.

[24] Archivo Mitre, 15 de junio de 1862, t. XI, p. 63, citado en A. Lettieri, *La República de la Opinión. Política y opinión pública en Buenos Aires entre 1852 y 1862,* Buenos Aires, Biblos, 1998, p. 129.

[25] Véase M.C. Bravo, "Poder provincial, dinámica regional y Estado nacional. El norte argentino 1852-1880", *Travesía*, 3 y 4; M. Bonaudo y D. Campi (coords.), *Elites, cuestión regional y Estado Nacional*, vol. 1, Tucumán, Instituto de Estudios Socioeconómicos, Facultad de Ciencias Económicas, 2000.

[26] APH, carta Nº 21, Buenos Aires, 19 de febrero de 1872.

[27] APH, carta Nº 18, Buenos Aires, 3 de noviembre de 1871: "Me encuentro rodeado de compromisos y dificultades [...] ausentarme de esta ciudad ocasionaría el más completo trastorno en todos mis negocios y perjuicios que no sólo redundarían en contra mía, sino de mi hermano Eudoro". En realidad, esta negativa se explica por la distribución de roles dentro de las familias, como se ha mencionado.

[28] APH, carta Nº 18, Buenos Aires, 3 de noviembre de 1871.

[29] APH, carta Nº 22, Buenos Aires, 10 de abril de 1872: "Cumplí su encargo para con el Ministro de la Guerra respecto a las letras que había girado a su cargo. Me prometió hacerles pagar a su vencimiento y me consta que los hizo despachar sin demora alguna […] estoy encargado [del cobro] porque desde algunos días atrás está demorado en el Ministerio de Hacienda".

[30] APH, carta Nº 40, Buenos Aires, 13 de julio de 1878: "Estos meses son los peores porque disminuyen mucho las entradas de Aduana, y los gastos son mayores que en los otros, pues se junta el servicio de la deuda extranjera, de la interior y el pago de los sueldos del Congreso. Le he manifestado al Ministro de Hacienda que si demora más tiempo el pago de estos créditos lo pondrá a Ud. en el desagradable caso de demorar, por primera vez, el pago de los servicios de esa administración que siempre se ha hecho con toda puntualidad. Me ha prometido darme la preferencia …"

[31] APH, carta Nº 32, Buenos Aires, 9 de abril de 1873: "Anticipándonos a los deseos de Ud., ya nos habíamos constituido en comisión para solicitar diez carros para las víctimas de las inundaciones en Tucumán, Santa Fé y La Rioja. Creo que reunimos una buena suma por lo que debo asegurarle que no omitiré esfuerzo con ese objetivo. El gobierno nacional destinó también dies mil fuertes para cada una de las provincias mencionadas".

[32] APH, carta Nº 376, Buenos Aires, 25 de mayo de 1878.

[33] APH, carta Nº 377, Buenos Aires, 21 de junio de 1878.

[34] APH, carta Nº 49, Buenos Aires, 30 de junio de 1872: "Me he despedido yo, como buen tucumano, del Ministerio del Interior habilitando por un decreto la oficina telegráfica de Monteros y acordando mil pesos fuertes de la Municipalidad para la obra de la acequia […] Frías despachará inmediatamente las propuestas sobre el puente [del Río Salí] […] Presentaré pronto un proyecto de ley sobre la construcción de la Escuela Normal. Tendrá así nuestro Tucumán otro gran establecimiento de educación".

[35] APH, carta Nº 21, Buenos Aires, 10 de febrero de 1872. De Marco Avellaneda a Helguera: "Nicolás nos pide que le haga saber que va a hacerle dirigir por el Ministro del Interior una nota por la obra del puente del Río Salí cuyo estudio y presupuesto se ha mandado practicar".

[36] APH, carta Nº 48, Buenos Aires, 26 de mayo de 1872.

[37] Ibídem. "Un año de demora en estas circunstancias de nuestras relaciones con el Brasil y el Paraguay, de aproximación de la lucha electoral por la renovación de las autoridades nacionales me parece muy peligroso porque nada de sorprendente dice que sobrevinieran revoluciones o guerras que obligasen a la Nación a invertir en otros objetos el dinero del empréstito".

[38] APH, carta Nº 873, de Ruperto Sanmartín (sin fecha) (nuestro subrayado).

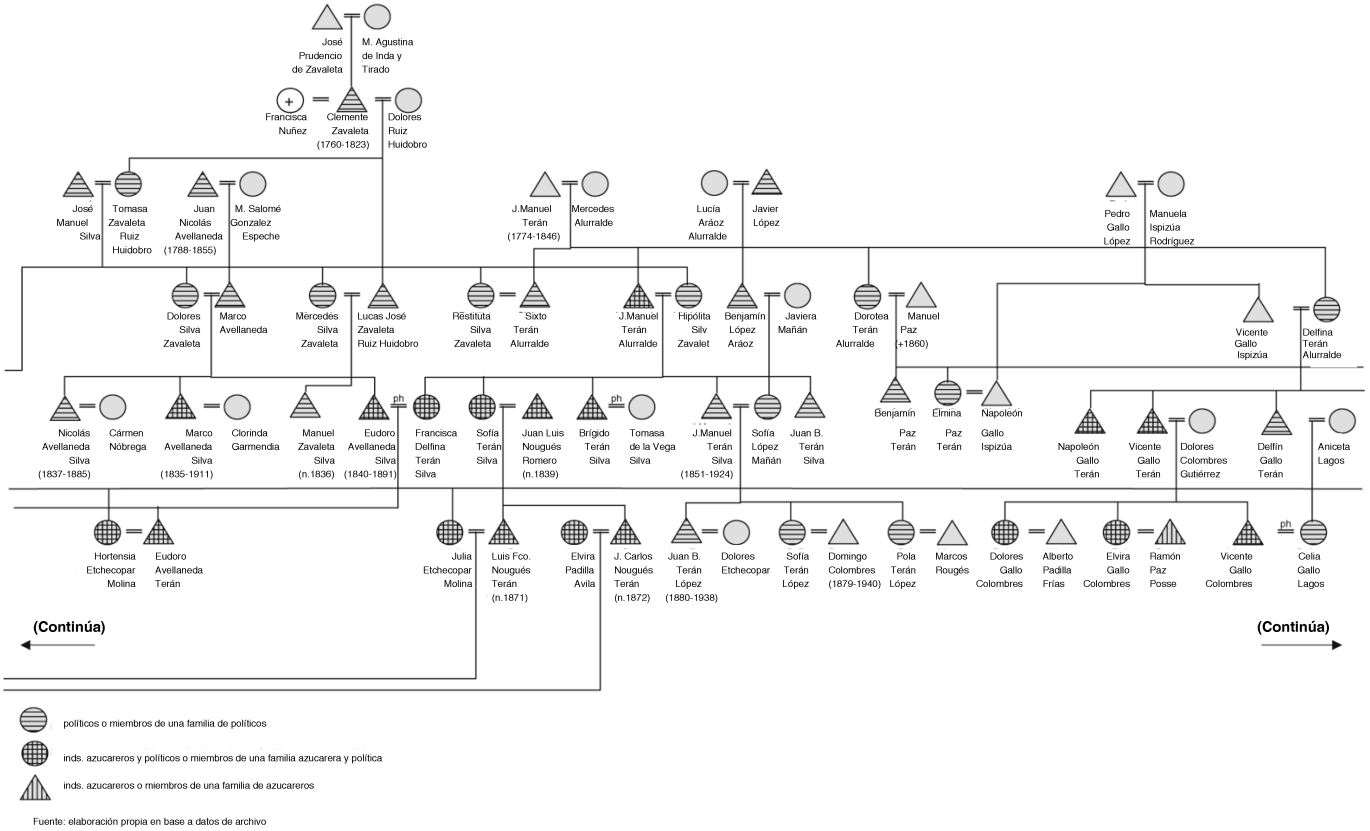
[39] APH, carta Nº 448, Buenos Aires, 27 de mayo de 1878, de Pedro Alurralde a Helguera.

[40] D. Campi, "Azúcar y trabajo. Coacción y mercado laboral en Tucumán, Argentina (1856-1896)", tesis doctoral inédita, 2002.

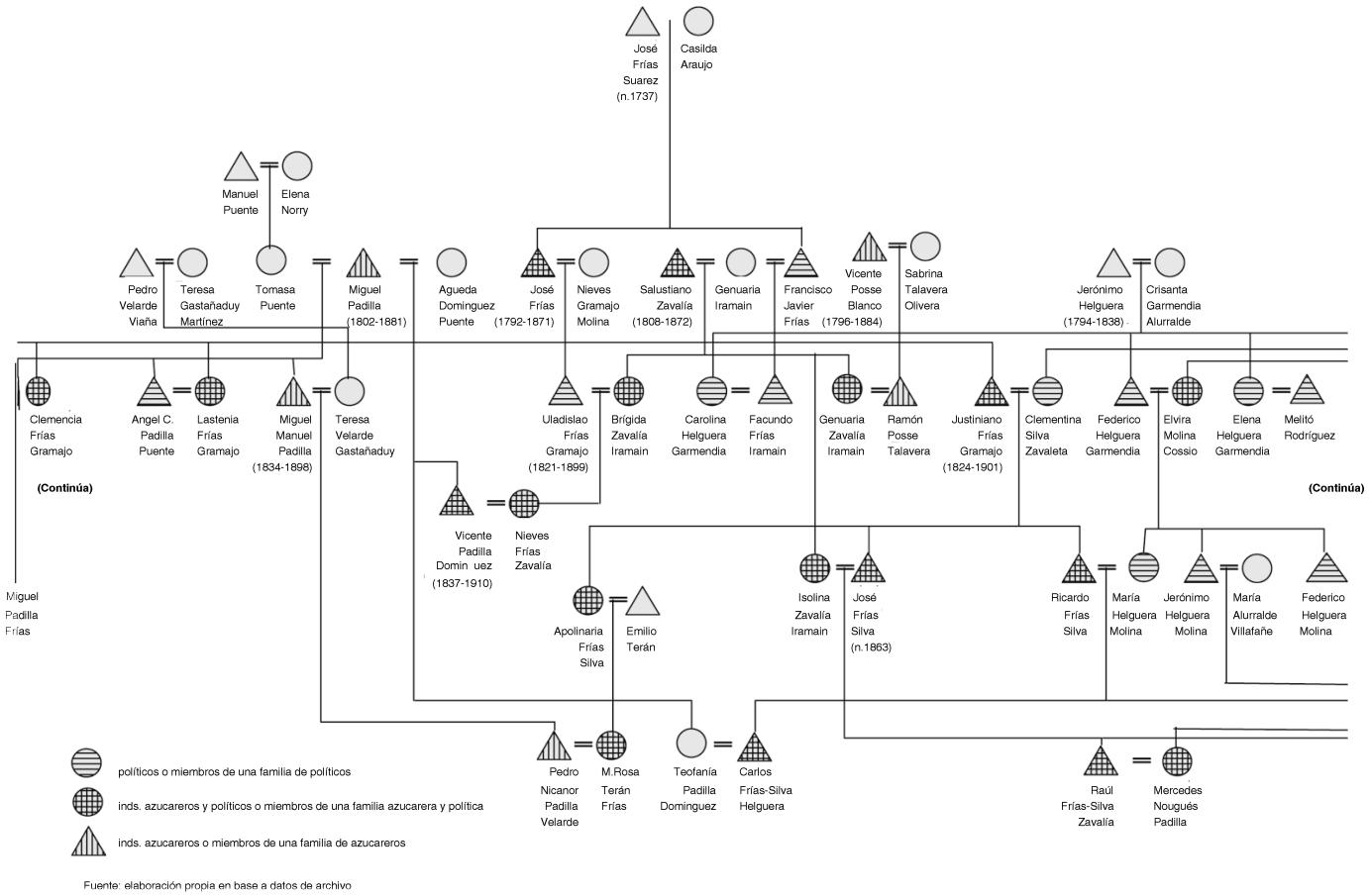
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

FRAGMENTO DE LA RED DE PARENTESCO DE LA ELITE TUCUMANA



Fuente: elaboración propia en base a datos de archivo



Fuente: elaboración propia en base a datos de archivo

	Nombre	Ingenio	Gobernador	Diputado nacional	Senador nacional	Diputado provincial	Senador provincial	Elector	Elector de presidente	Ejecutivo nacional
1	Avellaneda Eudoro	Los Ralos				11	1		1	
2	Avellaneda Marco	Los Ralos		4	2					2
3	Avellaneda Nicolás				1					3
4	Frías José	San José	1			4				
5	Frías Justiniano	San José						7		
6	Frías Uladislao		3	2	2	4				1
7	Frías-Silva José	San José	2			1				
8	Gallo Delfín			2		1				
9	Gallo Napoleón	Luján					1		1	
10	Gallo Santiago	Luján	1			2	1			
11	Gallo Vicente (h)	Luján				3		1		
12	Gallo Vicente	Luján				5				
13	Guzmán Alfredo	Concepción					1		1	
14	Medina Abraham	San Vicente				1	1		1	
15	Méndez Angel			1						
16	Méndez Eugenio							1		
17	Méndez José María							1		
18	Méndez Juan Crisóstomo	Concepción				4		1		
19	Méndez Juan Manuel	Concepción y La Trinidad				4		1		
20	Méndez Pedro	La Florida				3				
26	Nougués Ambrosio	San Pablo	1			4	2			
27	Nougués Juan Luis	San Pablo				4		5		
28	Nougués Miguel	San Pablo	1	1	1	7				
29	Padilla Angel C			2		11		1		
30	Padilla Angel José					1				
31	Padilla Exequiel					2				
32	Padilla Isaías	Mercedes				2		2		
33	Padilla José	Mercedes			1	2				
34	Padilla Miguel Manuel	en Lules								
35	Padilla Miguel M. Segundo	en Lules								

"Exigir y dar satisfacción: un privilegio de las elites finiseculares"*

*Sandra Gayol***

"En 1878, Fabián Gómez repartía su tiempo entre Madrid y París. Tenía casa puesta en ambas capitales y no era extraño que sus amigos no supiesen adónde enviarle la correspondencia. Por entonces se despertó en él un afán de adquisición. Todo le atraía: las obras de arte, las antigüedades, las joyas valiosas, los libros raros, las mujeres más lujosas y extravagantes. El joyero Hamelin –que acababa de obtener la medalla de oro en la Exposition Universelle– engarzó por encargo suyo once esmeraldas, en una gargantilla de secreto destino. Damón Namur le amueblaba apresuradamente su palacio madrileño del Retiro, donde Meissonier y Martín Ricci se ocupaban de la decoración; los tapices y alfombras habían sido llevados desde la India, especialmente para él y por intermedio de Vincent Robinson and Co… a sus dos casas magníficamente puestas de París y de Madrid, añadía un yate… tuvo varios duelos en los que llamó la atención su sangre fría y estuvo envuelto en accidentes ruidosos a los que dio fin con sumas crecidísimas."[1] Austera y profunda, esta fina descripción arrancada de un texto mayor que Pilar de Lusarreta destinó a Fabián Gómez y Anchorena, conde del Castaño, encuentra rápidamente eco en diversos testimonios del siglo XIX. Las memorias, los relatos de viajeros, la literatura, la prensa y la correspondencia privada saturan con referencias y descripciones donde la posesión de los objetos, el arte de la conversación, un agudo sentido del honor personal y la rápida predisposición a defenderlo por medio de un combate singular ocupan el centro de la escena. Se trate de la adquisición compulsiva e indiscriminada impiadosamente achacada al advenedizo, de las posesiones selectivas y razonadas atribuidas al experto o a aquellos que por tradición familiar y por cultura eran capaces de actitudes estéticas, todos los documentos conceden a los objetos y a las prácticas, a los usos y "diferentes modos de hacer", un papel crucial en el proceso de construcción y expresión simbólica de la posición social.

El contraste entre este reconocimiento y el escaso interés que ha suscitado entre los estudiosos es sorprendente. Los consumos y las prácticas, el alarde de posesión y la intensa vida social exhibida en público fueron o bien simples notas de color o reveladores, en su ostentación y dispendio, de la irracionalidad del capitalismo argentino. Supeditados a las gran-

* Este trabajo es una versión acotada perteneciente a un libro de próxima aparición. Una versión preliminar fue presentada en las X Jornadas Interescuelas-Departamentos de Historia. Agradezco los comentarios de Roy Hora y de los participantes de la mesa "Elites, riqueza y poder desde el virreinato hasta 1940". Una versión posterior se benefició de las sugerencias y críticas de Silvana Palermo.

** Conicet-Universidad Nacional de General Sarmiento.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

des líneas de interpretación trazadas desde la historia política o económica,[2] los baños de mar en Mar del Plata, el abarrotamiento de objetos habitual de las mansiones particulares y el viaje a Europa eran, en definitiva, comportamientos esperables de una oligarquía homogénea, pequeña y segura de sí misma.[3]

Estas miradas e interpretaciones, mayormente, no se sostienen hoy. Hace tiempo la historia política cuestionó la imagen de homogeneidad y hieratismo de la clase alta[4] y circunscribió la apelación de oligarquía a una clase política con resortes propios de poder, no necesariamente atravesada por el consenso y la unidad y no necesariamente imbricada y confundida con la elite económica y social.[5] Posteriormente los cambios en los enfoques de la historia económica[6] y las alteraciones provocadas por la renovación de la historia cultural[7] abrieron el camino a una mirada más atenta a los objetos, a los usos y las actitudes que los consumidores hacen y tienen con ellos. Se habilitó, así, la posibilidad de pensar y buscar la racionalidad de ciertas prácticas y se desterró la idea de la cultura como un epifenómeno.[8] Desde la historia de la literatura y de la cultura se han reconstruido las peculiaridades del consumo cultural en la Argentina en el período aquí considerado[9] y muy recientemente se ha mostrado la vitalidad de un mercado de arte y el papel que las obras de arte tuvieron en la construcción de la distinción social.[10] Una visita al Jockey Club y al Círculo de Armas, iconos de la alta sociabilidad, muestra de manera impecable la necesidad de una clase alta socialmente diversificada y culturalmente heterogénea de construir, en una sociedad republicana, la diferencia social y la legitimidad de su posición social.[11] Más que de una elite homogénea y multiimplantada, los trabajos muestran una pluralidad de elites como consecuencia de la diversificación y autonomización de las distintas dimensiones sociales. La recomposición social, al mismo tiempo, es esperable, sea por el extraordinario crecimiento económico y la consiguiente posibilidad de ascenso social como por el impacto de la inmigración masiva.

Este artículo comparte este horizonte común de perspectivas y convicciones y propone ingresar en el universo todavía poco explorado del duelo de honor. Así, rescatamos esta práctica concreta y buscamos conocer sus usos y significados junto con las apropiaciones, tanto materiales como simbólicas, que un puñado de hombres hizo de él. El interés de seguir el derrotero de esta práctica específica reside en que es una ventana estupenda para analizar la heterogeneidad y especialmente algunos de los mecanismos de jerarquización puestos en marcha en el interior de las elites.

En los últimos años la estrecha y excluyente asociación entre nobleza y duelos pregonada durante décadas por la historiografía ha sido sometida a revisión. Lejos de pensarse como un "privilegio de la aristocracia"[12] llamado a desaparecer con la irrupción de la modernidad, los trabajos recientes postulan la dilatada permanencia en el tiempo y el papel crucial que desempeñó hasta las primeras décadas del siglo XX. En la mayoría de las sociedades europeas el duelo fue, entonces, una constante histórica, y fue la composición de los grupos más aptos para practicarlo lo que ha variado en el curso de los años.[13] Más allá de los cambios en las clases sociales que lo practicaban, en las formas de batirse y en las funciones, los combates singulares son interpretados como un símbolo de pertenencia a las elites. Este presupuesto fue nuestro punto de partida. Descubrir, entonces, quiénes estaban habilitados, como los llamó Max Weber, a "exigir y dar satisfacción" por medio de las armas, es decir, quiénes podían recurrir al duelo para reparar una ofensa al honor personal y quiénes estaban imposibilitados es una puerta para pensar los criterios de pertenencia y los mecanismos de exclusión puestos en marcha por una sociedad en un momento dado.

En la Argentina la costumbre de acudir al duelo como medio a través del cual el honor impugnado de un individuo era físicamente defendido adquirió notable vigor. Pero si, como veremos, en el pasaje del siglo XIX al XX la ciudad de Buenos Aires tuvo una cantidad de desafíos similar a Alemania, Francia o Italia, por ejemplo, careció de las cofradías estudiantiles duelísticas y de las academias militares. Estas instituciones transmitieron a través de los siglos la práctica y las reglas del duelo y, fundamentalmente, proclamaron la candidatura de un estudiante o de un oficial a ingresar al *establishment* y a una posición superior en la sociedad.[14] Además de la ausencia de estos mecanismos institucionales el duelo en la Argentina emergió en una sociedad móvil y con fuertes expectativas de ascenso social. ¿Cuáles fueron entonces los criterios que habilitaban a un individuo a ingresar a la "sociedad de la satisfacción"? ¿Por qué el duelo? Las páginas que siguen pretenden responder a estas preguntas. Para ello trazamos los perfiles de quienes participaron en combates singulares, exploramos los requisitos que debían cumplir los hombres para tener derecho a exigir satisfacción y finalmente analizamos el código de honor y sus significados.

Como tratamos de mostrar, el duelo fue un comportamiento socialmente estratégico de diferenciación social y política que cobra pleno sentido en un contexto de profundas transformaciones sociales y de recomposición de la clase alta. Fue una práctica vinculatoria entre los miembros de las elites, un claro símbolo de pertenencia a ellas y, al mismo tiempo, una práctica que distanciaba a sus practicantes de la mayoría de los hombres.

Perfiles de la comunidad de duelistas

¿Cuántos fueron los duelos y quiénes los duelistas? La respuesta no es sencilla y emerge inmediatamente el problema de la cuantificación de las actividades ilícitas. Si en la Argentina las autoridades estuvieron lejos de perseguir sistemáticamente a los duelistas, es evidente que al estar el duelo penado por la ley frenó la pluma de los comentaristas, propició los subterfugios enunciativos y alteró la información. A este hecho se suma que muchos duelistas eran hombres conocidos o políticos que por su poder y posición desalentaban la persecución de las autoridades. Despreocupándonos de ciertos requisitos fijados por la disciplina (respeto de fuentes homogéneas, series cronológicas continuas, etc.), intentamos una aproximación estadística apelando a una miríada de documentos diversos.[15] Para ello relevamos todos los desafíos y o duelos fechados que llegaron a nuestro conocimiento.[16] La consulta sistemática de los diarios –especialmente *La Prensa* y *La Nación*– combinada con memorias, libros dedicados al tema, relatos de viajeros y anécdotas diversas (sólo exigimos que fueran contemporáneas al hecho) nos permitió elaborar una base de datos.[17] Si las cifras resultantes son más el reflejo de la visibilidad del fenómeno que de la realidad del duelo, permiten sin embargo extraer enseñanzas interesantes.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Tabla 1
Número de desafíos y/o duelos en la ciudad de Buenos Aires

Período	Duelos
hasta 1869*	19
1870	274
1880	306
1890	680
1900	510
1910	294
1920	137
1930	74
1940-1971	123
Total	**2.417**

* La mayoría de los datos se refieren a las décadas de 1810 y 1860.
Fuente: elaboración personal a partir de los diarios *La Prensa, La Nación* y *La Razón*, de memorias y relatos de viajeros y libros contemporáneos específicos sobre el tema.[18]

Como muestra la tabla 1, el duelo tuvo una notable continuidad en el tiempo. Esta persistencia fue al mismo tiempo acompañada de importantes variaciones y alteraciones cuantitativas en el curso de los años. Lejos de ser una práctica que se distribuía de manera homogénea a lo largo de casi dos siglos, tuvo picos y elevaciones notables en coyunturas particularmente ajetreadas, como por ejemplo la década de 1890.

Sin duda los diecinueve desafíos para los primeros setenta años no reflejan la realidad del fenómeno. Los documentos reconocen despreocupación por la cuantificación, "no persiguen un estudio exhaustivo" y apuntan a "mantener el hecho en la memoria de las gentes" mencionando sólo aquellos desafíos y/o duelos conocidos por "el rango de los protagonistas o por el motivo que los precipitó al caso extremo".[19] Más numerosos que los registrados por las fuentes, nunca parecieron gozar, sin embargo, de la vitalidad que tenían en Europa.[20] Los viajeros extranjeros rápidamente notaron esta disparidad. En el amplio informe que escribe sobre su estadía, en 1817-1818, un agente estadounidense subraya asombrado: "Un hecho notable que noté mientras estuve en Buenos Aires, y hallé después confirmado por Depons: el duelo nunca ha prevalecido en ninguna parte de América del Sur".[21] La guerra de independencia, las guerras civiles y los enfrentamientos armados frenaron o inhibieron los desafíos. Estas luchas fueron en sí mismas una posibilidad de expresar decisión y coraje y, al mismo tiempo, subordinaron los conflictos personales a los intereses más amplios de la patria. Por otro lado, estos mismos acontecimientos seguramente ocultaron algunos desafíos o duelos. Más numerosos entonces que los diecinueve casos recolectados, todos los indicios permiten sostener que fueron sin embargo marginales en la vida social y política.

Mirado en perspectiva histórica, es a fines del siglo XIX cuando los desafíos irrumpen en Buenos Aires. Observadas en detalle, las cifras de la tabla 1 sugieren que más allá de la persistencia en el tiempo la práctica de exigir y dar satisfacción conoció su apogeo entre 1880 y 1910. Dejó de ser un "hecho extraño", en palabras de Juan Manuel Berutti, para transformarse, en palabras de *La Prensa,* en una "manía". La cifra de 1.790 combates singulares para el recambio de siglo contrastada con la discreción del pasado reciente se diferenciará de los años posteriores y al mismo tiempo coloca a la Argentina muy próxima a los países europeos. Esta constatación, aproximada, es sin embargo suficiente para cuestionar una idea muy arraigada en los trabajos sobre el tema. Todos los estudios coinciden en ver los asuntos de honor y el ejercicio del duelo en la Argentina como una rémora del pasado, como un vestigio en claro retroceso a partir de 1880.[22] Lejos de ser un resabio extemporáneo y marginal a la "Argentina moderna", fueron, por el contrario, parte esencial del proceso de construcción de la modernidad.

Hay suficientes indicios cualitativos que convergen con estos datos estadísticos. El primer *Manual argentino de duelo* se publica en 1878 y los intentos posteriores de crear una "jurisprudencia argentina" no superan la década del 30. A mediados de 1880 se empiezan a crear espacios institucionales y ámbitos de sociabilidad que brindaban a sus socios la posibilidad de ingresar o perfeccionarse en el uso de las armas. El Jockey Club, el Círculo de Armas y la nueva sede del Club del Progreso inaugurada en 1902 constituyen los representantes más elegantes y paradigmáticos. Pero son las páginas de los diarios las que muestran mejor que ningún otro documento las transformaciones operadas en el recambio de siglo. Es por la prensa que el duelo deja de ser un asunto de biógrafos y supera la intimidad de la correspondencia privada. Una rápida mirada a las publicaciones del período permite constatar la irrupción pública del honor y del duelo. Como reconocía *La República* el 8 de marzo de 1876: "Ahora se dan nombres propios, se publican en los diarios y se anuncia el hecho, como si fuera un acontecimiento". A partir de fines de los años 70, aproximadamente, los diarios incluyen cotidianamente información. El espacio "campo neutral" se aboca exclusivamente a cuestiones de honor personal y la sección "A la pesca de noticias" del diario *La Nación* firmada por Argos publica chismes, trascendidos, supuestos y consejos sobre cómo batirse y comportarse en los lances personales. Este desenfado informativo fue sistemáticamente apoyado por los protagonistas que no trepidaron en brindar información o en pedir expresamente la publicación de las actas donde constaban los pasos e instancias del conflicto.

La notoria y extrema visibilidad de los combates singulares fue acompañada por una compulsión social al duelo que limitaba considerablemente la posibilidad de rechazar un desafío e implicaba severas sanciones a quienes rehusaban –incluyendo el ostracismo social– batirse. El conocido discurso que pronunció Carlos Pellegrini en el sepelio de Lucio Vicente López "en nombre de exigencias que acusan un atavismo de barbarie *a cuya influencia todos hemos cedido* casi inconscientemente"[23] se multiplica con comodidad en la inmensa mayoría de los combates del período. Si se mira caso por caso, se observa que de los 1.790 encontrados sólo cuarenta son rechazados.[24] Esta "ideología del duelo"[25] sugerida por el significativo aumento de desafíos y verificable en múltiples expresiones –desde la pro-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

liferación de manuales de duelo y la llegada de reconocidos profesores de esgrima hasta el significativo lugar que ocupó la despenalización o no del duelo en el proyecto de reforma del Código Penal en 1890– no puede explicarse solamente por el ambiente más propicio desprendido del fin de las guerras civiles y los conflictos armados. La "edad de oro", la irrupción del duelo, en la escena pública se comprende mucho mejor si se recuerdan las profundas transformaciones que afectaron a la sociedad. El espectacular crecimiento económico y poblacional con el consiguiente trastocamiento de las jerarquías y prioridades fue la principal condición de posibilidad del duelo. Lejos de ser un hecho aislado, la posibilidad de duelar se convirtió en un rasgo intrínseco de las relaciones mantenidas entre quienes pertenecían y entre quienes aspiraban a pertenecer a las elites. La recomposición y la sustancial transformación económica pero también cultural que las clases altas porteñas experimentaron en el último tercio del siglo XIX[26] fue el escenario en el que se desplegó el duelo y lo que permitió convertirlo en un símbolo de pertenencia a las elites en proceso de reconfiguración.

La importancia social y política que adquirió el duelo en el recambio de siglo explica la exuberancia informativa que nos permite, a su vez, trazar un perfil aproximado de los protagonistas. ¿Quiénes fueron los duelistas?

El duelo no concierne, o lo hace de manera muy desigual, a todos los individuos y categorías. Primero que nada un hombre no se bate con una mujer ni las mujeres se baten entre ellas. Salvo excepciones anecdóticas que no hacen más que confirmar la regla, el duelo es un asunto de hombres. Dentro de la población masculina niños, enfermos y ancianos están excluidos o exentos del duelo. Es imposible saber con precisión la edad de los duelistas y de sus padrinos, pero es probable que los límites de edad fueran laxos. Miguel Cané localiza el ardor de los combates en su tiempo de estudiante, en la década de 1860, cuando "provincianos y porteños formaban dos bandos cuyas diferencias se zanjaban a menudo en duelos parciales",[27] pero él mismo no trepidó en involucrarse en duelos en su madurez. Muchos contemporáneos –no siempre con beneplácito– establecían una ligazón casi lógica entre juventud y duelos, pero también Lucio Vicente López tenía cuarenta y cuatro años cuando murió en uno. Los manuales de duelo pautaban claramente que sólo se desafía o responde a un hombre en edad y estado físico de usar armas; estas condiciones dependían sólo en parte de la edad. Estos manuales se referían también a la mayoría de edad civil como un punto de arranque para el duelo y tendían a coincidir en fijar los sesenta años como la edad máxima. Pero, como se sostenía con frecuencia, la edad en que un hombre está en disposición de batirse puede ser muy variable, según su estado físico e intelectual, su educación, su género de vida, su vigor, etc. Estos hechos conducen a pensar que los duelistas diseñaron una franja etaria amplia y flexible.

A diferencia de la edad, la información sobre otros rasgos de los participantes es más abundante y se precisa con el curso de los años. En los 80 el enigmático "duelistas" o el también habitual "dos personas conocidas" que solía acompañar las referencias que colateralmente se hacían sobre los desafíos en las primeras décadas del siglo XIX cede paulatinamente espacio a caracterizaciones más precisas sobre todos los involucrados en el evento. Así, irrumpen detalles sobre los desafiadores, los desafiados, sus respectivos padrinos y los integrantes de los tribunales de honor. La profesión fue un dato registrado tanto por los periódicos como por las actas de duelo.

Tabla 2
Profesión de los participantes en desafíos y/o duelos en la ciudad de Buenos Aires

Profesión	Personas
Abogado	1.482
Militar	956
Periodista	170
Médico	160
Ingeniero	60
Maestro de esgrima	13
Otras	206
Total	**3.047**

Fuente: elaboración personal a partir de los datos extraídos de las fuentes citadas en la tabla 1.

Una primera lectura de la tabla 2 indica que si bien la "sociedad de la satisfacción" no fue el monopolio de ninguna profesión en particular, tampoco se encontraba en todas ellas. La diversidad de ocupaciones que permitía la ciudad atravesada por un agudo proceso de transformación económica y social no se halla totalmente representada en nuestras cifras. Como se desprende con nitidez, los abogados y los militares fueron dominantes seguidos, con cierto retraso, de periodistas y médicos.[28] Podría decirse que la universidad fue la gran proveedora de caballeros, la Facultad de Derecho en particular, pero también, si se piensa en el número de egresados o en la fecha de fundación, la más pequeña de Medicina y la más reciente de Ingeniería. Más allá de las diferencias y gradaciones en el interior de las profesiones y entre ellas, y de su diferente grado de delimitación o especialización, el duelo aparece estrechamente asociado con las "profesiones honorables".[29] Abogados, militares, médicos, ingenieros y "expertos en el manejo de la pluma" estaban en la cima del prestigio y marchaban a la cabeza del proceso de "exigir y dar satisfacción".

Particularmente evidente en el "período de gloria" de los combates singulares, 1880-1910, esta constatación se modifica parcialmente si se interpretan los datos con una mirada cronológica. Hasta 1870 la escasa información cuantitativa pero también las referencias cualitativas coinciden en destacar que los protagonistas eran militares. Esta aparente homogeneidad profesional se rompe, o se diversifica, en el recambio de siglo cuando ingresan al campo un considerable número de civiles dentro de los cuales los profesionales arriba mencionados alcanzan el lugar más destacado. A partir de los años 30 del siglo XX y decididamente en la década siguiente el duelo no sólo deja de gozar de publicidad sino que también pierde la relativa diversidad profesional de antaño. Mucho más homogéneo en profesiones u ocupaciones, a espaldas del público y buscando recuperar el recato que parece haber sido característico de principios del siglo XIX, el duelo se acota al ámbito castrense. Entre 1940 y 1971 los combates singulares están en "retirada", son percibidos en la mayoría de los casos como resabios extemporáneos cuando no ridículos y como "cosas de militares". Esta percepción tuvo correlato con la realidad: de las aproximadamente 367 personas in-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

volucradas de diferente modo, es decir como duelistas o como padrinos, en los 123 desafíos y/o duelos, alrededor de doscientas pertenecían a las Fuerzas Armadas; la mayoría de los duelos eran entre militares y, también importante, cuando participaban civiles los padrinos y los integrantes de los tribunales de honor eran casi invariablemente militares.

En los documentos emergen también otras filiaciones. "Integrante de un Club Social", "conocido en la localidad", "caballero" o "don" fueron frecuentes.[30] Del mismo modo que identificaciones claramente políticas como "candidato", "miembro del Concejo Deliberante", "alto funcionario" o "candidato de la oposición".[31] Junto con estos criterios sociales y políticos estaban los estrictamente económicos: "acaudalado estanciero", "rico saladerista", "comerciante", "empresario" y "propietario" fueron muy habituales.[32]

Tabla 3
Otras caracterizaciones de los participantes en desafíos y/o duelos en la ciudad de Buenos Aires

Caracterizaciones	Participantes
Don/caballero	141
Estanciero/rico	149
Candidato/político	172

Fuente: Ídem. La mayoría de estas calificaciones se ubican entre 1870 y 1910.

Esta diversidad de apelaciones convivía también para describir a un mismo individuo en un mismo documento. "Doctor, militar y periodista", "abogado y senador de la Nación", "empresario y conocido asesor municipal" irrumpen sin tensión reproduciendo, en última instancia, el desempeño multifacético de muchos hombres públicos del período.[33] Si ciertas actividades, profesiones o posesiones son mucho más recurrentes no deben esconder la existencia de otras y, mucho más importante, no deben opacar el hecho de que el duelo más que de una profesión, rol o actividad particular dependía de la igualdad de condición reconocida entre los adversarios.

A diferencia de Alemania y Francia, por ejemplo, donde los combates singulares también tuvieron un significativo peso social y político en el recambio de siglo, la permeable y "porosa" sociedad porteña dejó más "desprotegidos" a sus "caballeros". Sin duda la sociedad de corte de la Alemania recientemente unificada, y sobre todo Francia en la III República, abrieron sus puertas a los representantes de los estratos burgueses más ampliamente que nunca, pero fueron principalmente altos funcionarios públicos incluyendo los profesores universitarios y en particular los hombres de saber famosos los que fueron atraídos por ella. Los criterios para pertenecer a la clase alta alemana pasaron a abrazar en el recién unificado Kaiserreich una extensión creciente de elementos de clase media, así como aristocráticos, pero manteniendo intacto el status jerárquico convencional que confería precedencia a los aristócratas sobre los ciudadanos comunes.[34] En Francia, más permeable socialmente, por ejemplo los comerciantes ricos tenían derecho al duelo a diferencia de los acaudalados comerciantes alemanes que fueron sistemáticamente excluidos; la posibilidad de

duelar fue generalmente precedida, o acoplada, a otras calificaciones.[35] Las sólidas y antiguas academias militares y las cofradías estudiantiles duelísticas fueron un incontestable legitimador para integrar la sociedad de la satisfacción. En Buenos Aires es imposible una situación similar. No sólo porque no existieron instituciones equivalentes sino porque los criterios para considerar a un hombre socialmente aceptable –antigüedad, riqueza heredada y pasaje por la universidad– estaban siendo sometidos a una radical revisión o en proceso de ampliación. En consecuencia no era suficiente ser abogado, militar o estanciero, por ejemplo, para ingresar automáticamente o con relativa facilidad en la comunidad de duelistas. Ezequiel Ramos Mexía, quizá una de las personas más ricas de la Argentina de entonces, dos veces ministro de Agricultura de la Nación, diputado provincial por Buenos Aires, ministro de Obras Públicas e integrante del directorio del Banco Hipotecario (para mencionar algunas de sus dilatadas intervenciones públicas), fundador del Círculo de Armas, miembro del Jockey Club y esgrimista conocido, no recibe a los padrinos de Lucio Mansilla primero y de Nicolás Calvo después, amparándose en sus cuantiosas extensiones de tierras.[36] Cuando en 1916 Leopoldo Lugones estuvo a punto de batirse, o cuando prologa la segunda edición del reconocido libro de C. Viale en 1928, no lo hace en su calidad de escritor o de profesor universitario sino como hombre genuinamente interesado en los comportamientos caballerescos y puntilloso por su honor personal.

Los duelistas se oponían, en definitiva, a ser definidos solamente por su vida social y profesional y reclamaban el derecho, fundado sobre su instrucción y su "cultura espiritual", de presentarse a sí mismos en tanto personas. Esta versión enfática del individualismo alimentaba un contrapunto a la modernización económica, técnica y social que promovía simultáneamente la diferenciación funcional, la división del trabajo y la pluralidad de roles.[37] Las ofensas y los desafíos no apuntaban al hombre en un rol determinado (el de padre de familia, esposo, profesional, ciudadano) sino que tocaban a su persona que era necesario salvaguardar a todo precio. Caballero era aquel que mostraba y compartía una cierta forma de vida, un conjunto más o menos preciso de normas, de dogmas y de comportamientos, y no designaba a aquel que pertenecía a una clase determinada de propietarios, de profesionales o funcionarios.

En 1878 Samuel Sánchez (ex juez del crimen) y José Panella (profesor de esgrima y antiguo oficial del Ejército regular de Italia) publican el primer *Código argentino sobre el duelo*.[38] Junto con las reglas, que tendían a limitar el uso del duelo e imponer pautas fijas de comportamiento, el libro reproduce el "voto espreso *[sic]* de adhesión" de casi trescientas personas. Producto de la convocatoria emprendida por los autores que invitan a los hombres a apoyar su obra y de la iniciativa de los particulares, estos avales son muy distintos de los que podían encontrarse en los manuales de duelo europeos.

Como reconocen S. Sánchez y J. Panella, "en los códigos dictados en Europa al mismo objeto, se rejistran lujosos repertorios de nombres ilustres laureados de títulos, procedentes de pergaminos que consagra la aristocracia, cuyos nombres, comprendemos, deben conservarse con preferencia libres de mancha, exigiendo entre sí todo el respeto que pres-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

cribe el honor y la cultura. Como entre nosotros no hay títulos ni pergaminos, la democracia rebulle, nivelando todas las clases sociales, refundidas en una sola, que se llama el PUEBLO. Por consiguiente no ha sido necesario solicitar los nombres de una aristocracia latente y refractaria [...] por el contrario, consecuentes con la ley social de la verdadera democracia, háse solicitado la adhesión del pueblo, buscándolo en todas las clases sociales".[39]

El "brillante catálogo" de nombres y apellidos agrupados bajo los sugerentes títulos de "clase militar", "estado civil", "prensa argentina" y "profesores de esgrima" cobija, como repiten con alegría los autores una y otra vez, una notable diversidad. Magistrados, empleados, abogados, médicos, estancieros, militares, comerciantes, profesores de esgrima, propietarios, artesanos e industriales diseñan este primer intento local de construir el panteón de los hombres de honor. Once años después, en 1889, el diario *La Nación* diagnostica una heterogeneidad similar. En su ácido editorial titulado "Situación política. Personalismos" el periódico reconocía que en la mayoría de los cincuenta y seis duelos habidos en la primera mitad de ese año "han intervenido o intervienen personas de espectabilidad: políticos, abogados, periodistas, banqueros, militares de mar y de tierra y hasta candidatos a la presidencia de la república".

El universo heterogéneo que irradian estas representaciones, y que coincide con nuestros propios datos, es también un universo de hombres ilustres. Claramente *La Nación* los califica de espectables, de gente tan conocida que no es necesario identificar con precisión. El impulso integrador de Sánchez y Panella, palpable en la amplitud de su convocatoria, no deja de remarcar que "felizmente se ha obtenido un brillante catálogo de firmas que representan la parte más eminente de esta culta sociedad... todo hombre honrado que juega un rol en la sociedad con una profesión honrosa, o un oficio honesto y lucrativo".[40]

Existía la convicción entre los contemporáneos de fines del siglo XIX de que los duelistas eran "alguien", es decir, personas que contaban como individuos gracias a su capacidad de mandar o de influir, a su fortuna, a su mérito intelectual o al beneficio que aportaban con sus actos a la sociedad. En muchos documentos esta idea es tan evidente que es difícil adivinar, un siglo después, quiénes fueron estos "hombres destacados". En otros casos estaba tan claro para los contemporáneos quiénes eran los involucrados que sólo se limitaban a indicar el nombre y el apellido. Se puede mirar a la "sociedad de la satisfacción" desde esta última perspectiva. De la lista, extensa, pueden rescatarse al azar: A. Orma, A. Pueyrredón, A. Gowland, A. Rodríguez Larreta, Emilio y Bartolomé Mitre, Ángel y Vicente Casares, B. Artayeta Castex, B. Nazar Anchorena, Joaquín Anchorena, E. Quesada, F. Lezica, Julio y Ataliva Roca, E. Green, R. Patrón Costas, J. Costa Paz.

Un Álzaga, un Unzué, un Balza, un Santa Coloma, para seguir citando, no parecen haber necesitado mayores identificaciones, incluso en una ciudad tan inestable y cambiante como la Buenos Aires del recambio de siglo. Sus apellidos eran muy conocidos y portadores de prestigio, si bien, como lo muestra entre otros el duelo que le costó la vida a Lucio V. López, esto no implicaba que pudieran fácilmente ignorar un desafío –todo lo contrario– y tampoco que se escudaran en su "linaje" y antecedentes familiares para prescindir de dar una explicación pública. Exigir y dar satisfacción era una expresión manifiesta de "pertenecer" y no creaba ni justificaba un status. Del mismo modo como un abono al teatro Colón, la frecuentación al Jockey Club o al más restringido Círculo de Armas, el duelo era la señal visible e institucionalizada de la mucho menos visible y no institucionalizada línea de división entre las personas que eran consideradas por los miembros de la "buena sociedad" como pertenecientes a ella y quienes no pertenecían.[41]

Pero por otro lado es imposible identificar a todos los participantes siguiendo este criterio. Muchos de los nombres y apellidos que llenaron las actas de desafíos no siempre lograron ingresar en las páginas de los diccionarios biográficos, en los documentos oficiales o en las guías sociales de la ciudad. Para este heterogéneo universo el duelo, en tanto símbolo electivo de una manera de vivir, fue esencialmente utilizado para acceder a la posición social de caballero. Lejos de ser una práctica más, aunque necesaria, que ingresaba en un cúmulo mucho más vasto de comportamientos y frecuentaciones, el duelo para estos hombres fue central en el proceso de construcción de su honorabilidad. Los padrinos en ocasiones denuncian estos usos[42] pero, una vez más, son los diarios los que reflejan estupendamente esta intención. Las cartas publicadas en los periódicos por personas involucradas en conflictos de honor confían en su capacidad de "hacer reputaciones", "concitar la opinión y ganar publicidad". La "virtud del desafío para hacer atmósfera alrededor de un nombre"[43] convertía al duelo más que en un "punto de llegada" en un "punto de partida" para el reconocimiento y el status social.

¿Qué podían tener en común Rodolfo Rivarola, Julio Benítez, Benjamín Victorica, Justo Sueldo y José Vica, por ejemplo? Poder apelar al duelo como forma más pura de defender su honor. Más allá de las gradaciones jerárquicas, un lazo de unión fundamental se selló entre aquellos que gozaron del privilegio de exigir satisfacción por medio de las armas cuando sintieron su honor impugnado y, al mismo tiempo, se vieron obligados a dar explicaciones por medio de las armas cuando otro caballero sintió su honor herido.

Requisitos para ingresar a la comunidad de duelistas

En la Argentina, a priori, todos tenían derecho al honor, éste era (y es) un bien jurídico tutelado por el Estado que ofrecía los tribunales como instancia de reivindicación. El derecho universal al honor reconocido por el Estado y reivindicado vivamente por los ciudadanos habilitaba a que todos pudieran sentir, reclamar y esperar honor.[44] ¿Esto implica que todos los hombres, entonces, podían recurrir al duelo para defender su honor? La respuesta evidentemente es no.

En su libro Sánchez y Panella subrayaban que "la única condición [para batirse a duelo] es la de su honorabilidad junto a su mérito intelectual o moral".[45] La amplitud de este enunciado y sobre todo de los principios que lo sustentaban fue rápidamente mitigada por una serie de exigencias. Los mismos autores se ocuparon de colocar algunas limitaciones.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Además de no poder desafiar y/o batirse con menores de edad o ancianos, como indicamos al inicio, tampoco era posible si mediaba parentesco entre los adversarios hasta el tercer grado por consanguinidad y primero por afinidad o si se provocaba para vengar a otro o reanudar una cuestión ya solucionada caballerescamente.[46] Estas prohibiciones básicas, repetidas sin variación en todos los manuales de duelo, convivían con otras exigencias también "universales" del código de honor: si la autoridad policial o judicial ya había intervenido en el conflicto, el duelo estaba prohibido. El código de honor era incompatible con el Código Penal y como sistema legal paralelo no admitía mezclarse, confundirse o subordinarse con la ley del Estado. Era suficiente que el incidente hubiera iniciado el camino dictado por la justicia pública para que la posibilidad de una solución caballeresca se cerrara. Pero tampoco el duelo era posible con alguien que tuviera una causa pendiente, de cualquier tipo, en la justicia del Estado. Después de todo, fue pensado para aquellos hombres cuya sensibilidad moral y estética era tan elevada que convertía en imperfectas e insuficientes las leyes del Estado. Como explicaba y justificaba el Código Penal que entró en vigencia en 1887 "el duelo como combate regular está determinado por motivos de honor y no reviste el carácter de tal el combate determinado por motivos de interés pecuniario u otro objeto inmoral".[47]

Frente al avance materialista de la sociedad, a sus temores y a sus críticas el honor y el duelo como forma de defensa se propusieron como antídoto al temible virus mercantilista. No sólo el Código Penal y los manuales de duelo lo colocaban a salvo de los efectos corrosivos del dinero sino también los propios duelistas. Pocas cosas irritaban más que recibir a los padrinos de un deudor o luego de una discusión comercial. El 1907 Manuel Carlés exhibe indignado los telegramas intercambiados con Augusto Coelho, su desafiador. Con este gesto Carlés deja claro, por si alguna duda cabe, que las diferencias con el señor Coelho "trataban de una cuenta de honorarios adeudados por dicho señor, devengados por servicios profesionales prestados en su carácter de abogado [y por eso] rehusando al señor Coelho cualquier explicación que se le desee".[48]

Si estas disposiciones escritas en los manuales argentinos de duelo son importantes, informan muy parcialmente sobre las posibles selecciones ejercitadas por los caballeros.

Criterios no escritos, símbolos no implícitos de filiación que de una forma general sólo son evidentes para los iniciados y nunca entendidos completamente para quien está fuera, hacen difícil conocer con precisión los motivos por los cuales una persona ofendida no desafiaba, o las razones por las cuales un individuo se negaba a dar satisfacción. Partiendo de algunos fracasos, es decir, de desafíos negados, bucearemos en los motivos invocados que tuvieron el efecto, aunque sea indirecto, de hacer las fronteras sociales mucho menos permeables.

En 1907 César Roldán saltó a la fama cuando declaró que "no se bate con un fotógrafo". Miguel Di Santi, desafiador, publica en los diarios de la tarde una carta que coloca a Roldán como un cobarde. Esta publicación disparó una sustanciosa aclaración de Roldán: "Señores Juan A. Briazo y Arturo Cueto. Presentes. Mis distinguidos amigos: en la conferencia solicitada por ustedes, manifestándome que venían en nombre y representación de Don Miguel Di Santi, para exigirme la explicación y sentido de una frase pronunciada por mí respecto de este señor, su retractación en caso de ser su significado deprimente, y si fuese denegada una reparación por las armas. Haciendo esfuerzos de memoria para reconstruir dicha frase, pues que ha pasado algún tiempo que ella fue pronunciada y no es posible grabar en el recuerdo trivialidades que pueden ocurrir en la vida diaria, recuerdo que, efectivamente, dialogando en una reunión social con una niña, supe que su señorita hermana era festejada por dicho señor di Santi y como se ofreciera mi parecer al respecto, lo manifesté en esta forma, quizás algo humorística: «es lamentable que una niña de posición social distinguida sea festejada por un fotógrafo». Porque, efectivamente, mis estimados, «dentro de mi concepto» y en las diferentes categorías que «mi criterio» clasifica a las profesiones, la de fotógrafo no me parece distinguida en el «sentido social de la palabra»: la equiparo a la de otros gremios similares; y este es un concepto íntimo, que está en la sangre, que no puede ser desalojado y que profesan con la misma convicción que yo todos aquellos que han tenido la suerte de nacer en cierta cuna, de llevar cierto apellido y de poder actuar en cierto ambiente social donde aquellos no son admitidos, sino en el ejercicio de su profesión. ¿Es esto y aquella frase mía un ataque «personal», una ofensa, un agravio al señor di Santi? No, de ninguna manera… por otra parte si constituyera un agravio mi concepto de ciertos oficios y si las personas que los ejercen pudieran exigirme por ello de una retractación o arrastrarme a cada paso al «terreno del honor», por esta disparidad de apreciación social, imagínense ustedes cuál sería mi situación teniendo que batirme con cincuenta mil representantes de los gremios que se encierran dentro de mi apreciación. En cuanto a la persona del señor di Santi debo manifestarles que, salvo aquella frase en la cual me ratifico, jamás he tenido otras vinculaciones con él como no sean en su «calidad de fotógrafo», esto es: le he encomendado trabajos «en el ramo», me los ha hecho y se los he pagado. Eso es todo. Con lo expuesto creo dejar ampliamente satisfecha la misión de ustedes, por cuanto la «persona» del señor di Santi, según queda explicado, jamás ha sido objeto de mi atención, quizá por tener otras cosas más agradables, interesantes o graves de que ocuparme […] saluda a ustedes con amabilidad…".[49]

Despectiva y desdeñosa, a desgano y al mismo tiempo elocuente, la extensa explicación de Roldán estuvo llamada a perdurar. Articulada y fundamentada a partir de un criterio de inferioridad social tributario en buena medida de la ocupación "poco honorable" de Di Santi, es difícil no encontrar referencias a este episodio. Presente en todos los recopiladores de actas de duelos y citada en la mayoría de los escritos referidos al honor, esta explicación muestra algo más que una simple y cruel descalificación socioprofesional. El fotógrafo Di Santi tiene la inaudita pretensión de festejar a una niña distinguida. Invadiendo un espacio social sólo reservado para "quienes nacen en cierta cuna y portan determinados apellidos", es notable la similitud entre este escrito y el conocido fragmento de Cané en el que implora: "Mira, nuestro deber sagrado, primero, arriba de todos, es defender nuestras mujeres contra la invasión tosca del mundo heterogéneo, cosmopolita, híbrido, que es hoy la base de nuestro país […] cerremos el círculo y velemos sobre él".[50]

Mercantil, invasor y pretendiendo corromper la pureza de las niñas, la respuesta de Roldán, en completa sintonía con los temores y las críticas de algunos integrantes de las elites

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

finiseculares, no hizo escuela entre los duelistas. Fue una forma, una manera, de rechazar excepcional que quizá por eso se grabó en la memoria de los contemporáneos. La violencia de su argumentación que recuerda, no sólo por su intensidad sino también por sus características, al advenedizo retratado en la literatura no sirvió como argumento una vez lanzada la dialéctica del desafío y la respuesta. No hemos encontrado para ningún otro incidente argumentaciones semejantes. Tampoco desafíos articulados o determinados a partir de criterios "corporativos". Esto es, mirando caso por caso las ocupaciones de quienes entran en conflicto, se observa que éstas no son necesariamente coincidentes. Desde el punto de vista de la actividad todos, al menos a priori, pueden desafiar a todos.[51] En una sociedad móvil, próspera y sin "títulos" y cuyos habitantes se jactaban "de no aceptar privilegios de sangre ni de ninguna clase", no estaba dentro del menú de posibilidades invocar públicamente descalificaciones o superioridades del estilo de las de Roldán.[52]

Más allá del impulso que cobró la genealogía a fines del siglo XIX[53] y del orgullo expresado por ciertos individuos que, para decirlo alegremente con Wilde, "tenían abuelos para mostrar", el papel de la familia y de la antigüedad familiar como principio estructurador de las elites deja de ser excluyente y significativo a partir del último tercio del siglo XIX.[54] El duelo muestra con nitidez este proceso y exhibe el clima más democrático que caracterizó a la Argentina republicana. Nadie públicamente aspira o cuestiona el prestigio social anclándose en los antecedentes familiares. Del mismo modo que los apellidos servían de poco a la hora de identificar a los duelistas, tampoco aportaban argumentos para rechazar a un adversario. Los prestigios, las reputaciones que defienden los hombres, se asentaban en hechos concretos y actitudes particulares. Pocos fueron, en suma, los que se atrevieron en público y a viva voz a pensar las diferencias y las jerarquías como Roldán.

En contrapartida el incidente entre Pedro Pardo y Donato Piscione Mónaco halla fácilmente eco entre sus contemporáneos. El desdén del doctor Pardo y su posterior rechazo a batirse a duelo disparan un intercambio epistolar que tiene al diario *La Nación* como escenario principal. Bajo el título de "Personal" el 12 de diciembre de 1893 el comerciante Mónaco responde indignado: "El Sr. Pardo, como se ve por las cartas que más arriba publico, se ha negado a batirse conmigo, alegando que no me conoce, y tal respuesta suya no puede ser sino un alegato caprichoso o un subterfugio desde que en la sociedad de Buenos Aires se me ha admitido cariñosamente, pues formo parte de los principales círculos y desde hace 6 años me encuentro radicado en el país, contando con un número de relaciones distinguidas que me honran con su amistad. Ni en mi vida de comerciante ni en mis actos de caballero se me ha podido reprochar uno sólo que me desdora. Tal ha sido la actitud del señor Pardo, que no ha asumido la responsabilidad de sus palabras como yo asumo la de mis actos".[55]

Sería erróneo interpretar literalmente la frase "no me conoce". También sería estrecho limitarla al sentido acotado que está dispuesto a concederle Mónaco. Es cierto que en ocasiones "haber visto a alguien apenas una vez" es razón suficiente para no tramitar un duelo. Es evidente que un trato social previo emerge de la mayoría de los duelos, pero es evidente también que la frecuentación en el trato no es un prerrequisito para sostener un duelo. Lucio Vicente López y Carlos Sarmiento se vieron por primera vez en el campo del honor. Ambos no se conocían entre sí pero sabían quién era el otro; se conocían por nombre, reputación y aspiraciones políticas.[56] El despliegue de capital social que hace Mónaco, la referencia a espacios de sociabilidad y a "relaciones distinguidas", apunta a algo más que a negar cualquier insinuación de aislamiento social. La capacidad relacional era una prueba de integración, una marca de inserción social y reconocimiento que suponía o se basaba en la honorabilidad. Mónaco se defiende ofreciendo factores de sociabilidad que le permitían mostrar que contaba, que era alguien como persona. Pero como aclara Pedro Pardo sin sutilezas, la expresión "no me conoce" podía tener también mayores implicaciones: "Le[s] dije a los padrinos que persistía en mi resolución de no aceptar la provocación por la simple y sencilla razón de que no me cuadraba el adversario, lo que por otra parte era ya conocido de dichos señores, según me lo manifestaron […] no me bato con el señor Piscione por que no lo creo mi igual, y basta".[57]

De nada valieron las agresiones, por ejemplo los gritos de Mónaco y el posterior arrojo en la cara de un "paquete de naipes". Los atentados verbales y físicos no inmutaron a Pardo pues "interviniendo Mónaco en la reunión [de la comisión del Club Italiano] sin que se lo hayan pedido y en calidad de inspector del círculo, y notando que lo hacía en sentido absolutamente contrario a otra resolución del mismo Mónaco en otro caso exactamente igual pero en el que él era directamente interesado, no pude menos de increparle la incorrección de tal proceder de su parte, haciéndolo en términos enérgicos, no agresivos, y expresándole que llevaría el hecho a conocimiento del consejo directivo en salvaguarda del decoro del mismo círculo. Mi actitud dejó muy molesto al señor Mónaco, no por la forma en que yo me conduje sino porque sus resoluciones contradictorias puestas en transparencia por mí en forma tan categórica, no le dejaban explicación alguna honorable que atenuara su mal proceder. Luego de algunos minutos el sr Mónaco dirigiéndose a mí en términos descomedidos me invitó que le enviara los padrinos. Tal propuesta de un hombre cuyos malos manejos acababa de denunciar y comprobar, me pareció simplemente una insolencia, y como a tal la contesté, expresándole en términos más vivos aún el concepto que había formado de su persona, y declarándole que en ningún caso me rebajaba hasta reconocerlo como adversario en el terreno del honor, aun si bien había concurrido otras veces, aún por causas nimias como era notorio, lo había hecho siempre con caballeros a quien había reputado iguales… Una hora más tarde me retiré del club y no habría vuelto a acordarme más de lo ocurrido a no haber recibido una tarjeta de los sres… esta tarjeta la recibí 48hs después del incidente, es decir, ya vencido con exceso el término consagrado por los códigos para dirimir las cuestiones personales".[58]

A Pardo no "le cuadra" Mónaco sencillamente porque tuvo conductas públicas reñidas con la moral. La "incorrección del proceder" a la vista de todos lo separa automáticamente del campo del honor. Éste está supeditado en buena medida a los comportamientos presentes y pasados, a los gestos y las reacciones que, en este caso particular, delataban incapacidad moral. Las acusaciones y sospechas de corrupción descubiertas *in fraganti* pero también aquellas tramitadas en la justicia del Estado[59] o que han sido publicadas en los pe-

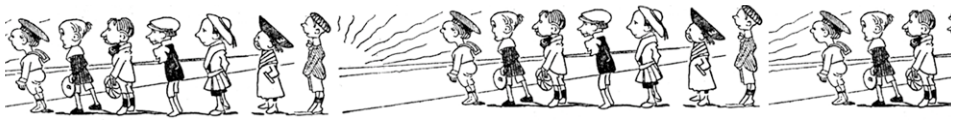
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

riódicos y no han sido levantadas, es decir, respondidas públicamente por el destinatario, inhabilitan a participar de la dialéctica del desafío y la respuesta.[60] La lectura moral de los comportamientos que aparece con nitidez en el rechazo de Pardo se opone radicalmente a sus propias conductas. No sólo las "resoluciones contradictorias" de Mónaco lo privaban de una explicación honorable sino que la displicencia en el trato posterior acrecientan el rechazo y la descalificación. Al mismo tiempo el hecho de que Pardo hubiera tenido ya un duelo unos meses antes confirmaba su pertenencia a la "sociedad de la satisfacción" y alejaba cualquier posibilidad de ser tachado de cobarde.[61] Rechazar un duelo en el pasado sin explicar por qué, haberlo directamente evadido "dejándose insultar por un gentilhombre sin exigir la satisfacción debida"[62] o "dejarse pegar de atrás y tolerar movimientos groseros con el cuerpo"[63] inhabilitaban para duelar.[64] Ninguno de estos gestos podía reprochársele al doctor Pardo. Su foja de actividades públicas desplegadas en el curso de los años era impecable, así como su actitud en el incidente con Mónaco. Pardo se permitió exponer con solvencia un minucioso conocimiento de los procedimientos que despliegan los caballeros. Sabía que tanto los manuales como la práctica fijaban un tiempo máximo de veinticuatro horas para pedir satisfacción, conocía además la cláusula que aconsejaba verificar la rectitud de los propios comportamientos consultando a un experto, en este caso, a Lucio Victorio Mansilla, quien falló: "No ha lugar a duelo". Nada parecido pudo exhibir Mónaco. Despojado de valores morales y de saberes caballerescos, no podía aspirar a ser reconocido como tal.

Los actores insisten en sus propias obras, en los comportamientos individuales y en los gestos como habilitadores primordiales para dar o exigir satisfacción. Uno de los rasgos más paradójicos e interesantes en este período es que el duelo, y también el honor, asociado histórica e historiográficamente con valores y prácticas aristocráticas, quedó en Buenos Aires preso del mérito. En la ciudad capital no era el linaje, la fortuna o la posesión de un saber específico y formalizado el que determinaba y garantizaba el ingreso a la sociedad de la satisfacción.

El código de honor

La posesión de algún mérito individual fue indispensable pero no era suficiente o requería, además, de un conocimiento cuidadoso del código de honor. Había que designar a los padrinos y para esto fue vital tener conocidos honorables que supieran cumplir el rol. O bien ser lo suficientemente conocido y poder elegir, sin trato previo, a un conocido "caballero". Pero antes había que saber que era necesario hacerlo, que había un ritual meticulosamente pautado y reglas estrictas que cumplir. El acceso a esta información no era ni automático ni evidente en una Argentina que carecía de una "memoria", de una "tradición" en duelos capaces de propiciar un conocimiento relativamente extenso de la práctica. Saber que existía el duelo, conocer los pasos exigidos durante la tramitación y la performance esperada en el campo, fue quizás uno de los límites más importantes. Si por un lado impresiona la celeridad con la que los caballeros aprendieron la pedagogía del duelo, por otro lado no debe subestimarse el tiempo y el capital social que insumía todo el proceso de aprendizaje. No importaba tanto, no era determinante, ser un residente "viejo" en la medida que se trataba esencialmente de capacidad relacional posible de movilizar y poner a prueba en una situación particular. Como Esteban Fernández que expresó a los padrinos de Antonio Solano "que necesitaba bajar a la capital Federal porque en este pueblo no contaba con amigos de suficiente confianza".[65] Posibilidad que no tuvo Juan Gutiérrez, incapaz de encontrar padrinos para poder responder al desafío de Esteban Luna. O Alfonso López, que "quedó atónito cuando recibe los padrinos y no hacía más que mirarnos [...] somos de opinión que ese señor no conoce las reglas del honor".[66]



Los padrinos fueron una pieza clave en el proceso de exigir y dar satisfacción. Disparado el "desentendimiento", el ofendido comisiona por medio de una carta a los padrinos para que pidan "amplia satisfacción" o "en su defecto una reparación por las armas" al ofensor. Éste promete enviar a sus representantes. Puestos ambos contrincantes "en manos de sus padrinos", que se comprometen a "preservar el decoro y la honorabilidad" de sus respectivos ahijados", se inician las conversaciones. "Reunidos a deliberar" comienzan "los trabajos"[67] para alcanzar un acuerdo. Si las explicaciones de palabra no son suficientes, se tramita el duelo. Rápidamente entraba en escena una comunidad mucho más vasta que los dos protagonistas iniciales. Los padrinos, y los médicos si se concertaba el duelo, pero también amigos, conocidos, familiares y el público en general empezaban a seguir los detalles de las tratativas. Los espectadores se ampliaban a medida que avanzaban las negociaciones. Comentarios en los diarios, "rumores" que publicaban los periódicos y prometían verificar a los lectores se incorporaban rápidamente al incidente. En las últimas décadas del siglo XIX es posible seguir con cierto detalle las "deliberaciones" o las "conferencias" de los padrinos, el estado de ánimo de los contrincantes, los puntos en discusión y la resolución definitiva del conflicto. Estos entretelones que eran volcados en un acta fueron publicados en los diarios. En estas publicaciones, que podían ser usadas para clarificar su propio nombre o hacer callar al antagonista, se ponía especial atención en describir el comportamiento de los adversarios. Desde el modo en que fueron recibidos los padrinos hasta la actitud expresada cuando comunicaban las decisiones adoptadas –dar por finalizado el conflicto, decretar que no había ofensa o bien que el honor de ambos contendientes quedaba restaurado– eran volcados por escrito. El sometimiento de las conductas a escrutinio público y el control externo cumplieron un rol central. Se averiguaba si los duelistas se habían comportado bien. "Los contrincantes se han comportado honorablemente" fue una frase recurrente que aparecía al final, como cierre, de las actas que detallaban el conflicto.

Cuando los combates singulares comenzaron a crecer en número, en el curso de la década de 1870, eran –comparativamente a lo que serán en el recambio de siglo– muy poco ritualizados. Los adversarios tenían considerable libertad de movimientos: podían desplazarse lateralmente, esquivarse con la cabeza, doblar el cuerpo para el frente, escupir e insultar y también continuar la contienda por diversos medios luego de culminado el encuentro. A fines de siglo el duelo pierde esta diversidad y se produce una bifurcación entre el combate singular y otras formas de violencias mucho menos dignas.[68] ¿Qué conductas se esperaban

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de un caballero moderno? No sólo que se respetaran las condiciones pautadas –posición y tipo de arma, número de pasos que separaba a los adversarios y el respeto a los altos que podía pronunciar el director del encuentro– sino también "una actitud franca y resuelta, y ser capaces de afrontar la responsabilidad de sus actos",[69] un control riguroso de todos los sentimientos hostiles, un dominio absoluto de los impulsos agresivos y una clara manifestación de "sangre fría" y tranquilidad, durante y luego del desarrollo del encuentro.

Este cúmulo de aptitudes y actitudes fueron necesarias para ofrecer el duelo como una forma civilizada de dirimir los conflictos y como una herramienta clave en el proceso de construcción de la distinción y la diferencia social. El duelo fue la pieza central de este código de honor minuciosamente establecido a partir de cuyo ritual formalizado sus miembros se sometían a la coacción de una norma especial que hacía del uso formalizado de la violencia un deber irrecusable para una persona en determinadas circunstancias. No se trataba de un acto cualquiera de violencia que las elites consentían y recomendaban a sus miembros sino que era un tipo de violencia formalizado con extrema precisión, un ritual elaborado con minucioso detalle que identificaba a sus miembros y los separaba de los otros. A fines del siglo XIX se adoptó en Buenos Aires este comportamiento socialmente estratégico que pregonaba valores como el coraje, la celeridad para responder, el vigor físico y la predisposición a defender la reputación con las armas en la mano. Este ritual que dictaba el comportamiento de las personas en sus relaciones mutuas las distanciaba socialmente de las otras, de los hombres comunes que no pertenecían a la "sociedad de la satisfacción" y que defendían su honor de otra manera.

Distinción e historia

El ritual del duelo, tal vez más que cualquiera de los otros rituales de clase alta, fue clave en el proceso de distinción y colocó a sus miembros por encima de la masa de las personas. Apuntaba, hemos visto, a la dominación emotiva y alentaba una determinada disposición estética que permitía expresar, a su vez, en una dimensión simbólica los atributos de una determinada posición social.[70] El coraje físico, la capacidad de pulir y afinar el trato gracias a la precisión requerida en el manejo del arma, la postura y la destreza del cuerpo que coadyuvaban a gestos delicados y estéticos, fueron las maneras y los valores inculcados por el duelo. Los caballeros porteños podían colocarse así en las antípodas de las múltiples formas de violencia que desgarraban el espacio social. El duelo como estrategia de distanciamiento social se comprende mucho mejor si se lo compara con el "duelo popular", con otras formas de violencia en un fin de siglo que convierte el orden urbano en uno de sus objetivos primordiales y con las guerras civiles del pasado.

En el mismo momento en que se configura el "duelo entre caballeros" desde el Estado y más específicamente desde el Código Penal se equipara al duelo popular con la riña y se concede el carácter de "delito especial o sui géneris" al "duelo entre caballeros".[71] Más allá de esta implícita discriminación legal, el duelo caballeresco era un acto de violencia minuciosamente formalizado que diferenciaba de manera radical el momento de ofender del momento en que se lavaba la ofensa y que recurría a múltiples ojos vigiladores. El "duelo popular" podía prolongarse luego del primer encuentro y en una multiplicidad de formas.[72] El "duelo entre caballeros", por el contrario, era impensable que terminara degenerando en revuelta. La gradación y la moderación de la violencia lo hacían más decente que el crimen y lo convertían en una prueba del éxito de la pasión sometida a regulación social. Después de todo, los duelistas no eran salvajes, criminales o gente poco razonable sino "caballeros" responsables de controlar sus propios actos y de administrar, en muchos casos, los destinos del país. No hubo casi oposición al "duelo entre caballeros"; la práctica fue generalmente aceptada como una forma de violencia inofensiva o como una práctica no violenta. En general se sostenía que el combate era un vínculo distintivo de reconciliación y de consenso. La pelea de común acuerdo con las mismas armas, condiciones y riesgos impedía cualquier forma de venganza y enviaba un mensaje al oponente que era aceptado como un igual con quien se batiría por autodeterminación y en iguales términos. Aunque enemigo, podía llegar a ser un amigo potencial con transformaciones que tenían lugar en la lucha. Podían incluso devenir amigos, teniendo la potencialidad por ello de ser un instrumento de socialización. En una situación de duelo los dos hombres se revelaban de igual valor. Ambos actuaban como hombres de honor. No sólo el duelo era un acto que suprimía la causa del escándalo y restauraba el honor herido sino que hacía de puente entre dos caballeros y creaba lazos más allá de las diferencias de fortuna, de ideas, de poder y posición. A la sangre derramada en los enfrentamientos instintivos de los sectores populares, se sostenía, se oponía el desafío razonado de los caballeros.

Al mismo tiempo el duelo enmarcará estándares legítimos de conducta política. El proceso de "reducción a la unidad", para decirlo en los términos de Natalio Botana, desatado en los años 80, y el consiguiente cuestionamiento a la violencia comicial y revolucionaria cada vez más generalizado a la vuelta del siglo afectó, y restringió, las formas de dirimir los conflictos interindividuales.[73] Los tiros, las trompadas y las aguerridas formas de cancelar las diferencias políticas signadas por la agresión verbal y física fueron la antítesis del duelo. Pensado como equilibrador de las pasiones y como un ejemplo de mesura, ingredientes indispensables de la política moderna, su práctica venía a romper con el presente turbulento y, al mismo tiempo, contribuía a dejar atrás el pasado entendido como sinónimo de barbarie. Estaba claro a los ojos de todos que los caudillos semibárbaros, las montoneras y la brutalidad de las guerras civiles contrastaban sin dificultad con el duelo.

La "sociedad de la satisfacción" se distanciaba de prácticas presentes y cortaba con el pasado vernáculo. Paralelamente se insertaba en un pasado honorable y aristocrático y en un presente moderno y mundano palpable en ciertos países europeos. Los manuales argentinos de duelo muestran este afán de integración. Con sus duelistas la Argentina se unía simbólicamente a la historia de Occidente y compartía un continuo que se remontaba a la antigüedad clásica. Griegos, romanos, bárbaros, nobles medievales, revolucionarios franceses y burgueses parisinos integraban una lista que desemboca sin tropiezos en territorio argentino. Este viaje historicista buscaba mostrar, por un lado, el notable arraigo del duelo y por otro, incorporar a los tratadistas y duelistas argentinos en una tradición "aristocrática"

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

europea. La invocación al pasado y el refugio en la tradición europea legitimante convivían con referencias también explícitas al presente como símbolo de la modernidad y del progreso. No escapaba a los duelistas argentinos que sus pares franceses y alemanes reglaban sus diferencias apelando al duelo. Como escribía E. Gómez Carrillo desde París en el extenso artículo que publicó en el diario *La Nación*: "Las luchas singulares siguen existiendo, lo mismo en París que en Buenos Aires y lo mismo en San Petersburgo que en Tokio".[74]

Marcelo Torcuato de Alvear condensa bien el refinamiento, la distinción y el internacionalismo perseguidos por este pequeño mundo de "caballeros". Presidente del Club del Progreso, socio del Círculo de Armas y del Jockey Club, presidente del Tiro Federal Argentino, eximio duelista y esgrimista y presidente de la Asociación Argentina de Esgrima además de presidente de la República, redondeó su mérito de caballero como padrino del maestro Pini en el duelo que tuvo con el barón Athos de San Malato en el Bois de Boulogne de París. Esta participación en "el duelo del siglo", como se lo calificó en Buenos Aires, confirmaba su mundanidad y revitalizaba la posibilidad de inserción en un conglomerado de caballeros internacionales.

Conclusiones

"En Belgrano, reunidos el 31 de enero de 1886 de una parte los señores Vicente Casares y Carlos Roseti (padrinos de Castex) y de la otra los señores Máximo Paz y Roberto Levington (padrinos de Luro) el Sr. Casares dijo: que era necesario establecer con precisión los hechos producidos que motivaban nuestra reunión y que habiendo sido el Dr. Roseti testigo presencial convenía que él los expusiese. El Dr. Roseti expuso: que el Sr. Artayeta y el Dr. Luro almorzaban en la misma mesa con otros caballeros, que una réplica ofensiva del Dr. Luro a una broma de Artayeta puso a éste en el caso de calificarlo de zonzo, que con este motivo el Dr. Luro dirigió un golpe que éste evitó agarrándole el brazo, que levantaba simultáneamente, el Dr. Luro continuó su agresión, la que el Dr. Artayeta tuvo que contener sujetándolo y que inmediatamente fueron separados por los circunstantes, los cuales tuvieron que oponerse a nuevas y repetidas agresiones que intentó el Dr. Luro. Que Artayeta había sido primero ofendido de palabra y después de hecho y que por lo tanto pedía a éste una reparación por las armas. Paz preguntó si ésta era la única solución que se proponía, a lo que se le contestó afirmativamente, por no encontrarse otra decorosa, dados los hechos producidos y la publicidad que habían tenido en un sentido tan erróneo como desfavorable al Sr. Artayeta. Los padrinos de Luro aceptaron el reto observando que había divergencias entre la relación de los hechos expuestos, pues el incidente se había pasado de la siguiente manera: Artayeta dio una broma equívoca que Luro contestó con otra del mismo género, que entonces aquel replicó a éste con un término ofensivo que puso al Dr. Luro en el caso de dirigir un golpe de mano a que se refiere el Dr. Roseti, siguiendo a esto una breve riña. Aceptaba la proposición de acudir a un tribunal de honor por ser el primer deber de los padrinos buscar soluciones decorosas y pacíficas, se resolvió suspender la conferencia hasta las 3pm de ese mismo día. Hay otra conferencia, a las 5,30 y no habiéndose podido arribar a ninguna solución pacífica se pasó a tratar de las condiciones en que debía efectuarse. Luro propuso el sable (tan comúnmente aceptado entre nosotros) mientras que los del señor Artayeta elegían la espada de combate y se entró de lleno en la discusión. Que aún si era cierto que Artayeta no tenía amistad sino una ligera relación con Luro, sus bromas no habían salvado los límites de la urbanidad, que no había habido riña, por no entrar el pugilato en los gustos, ni en los hábitos de Artayeta, se propone un tribunal para que fije el arma pero los padrinos de Luro se oponen."[75] Diversidad de interpretaciones y prolongadas deliberaciones fueron condimentos habituales en las disputas caballerescas. Este incidente muestra claramente cómo las sospechas sobre la reputación eran percibidas por todos como un peligro social. A través de los rumores los contemporáneos podían hacerse una imagen, según Bernabé, "tan errónea como desfavorable" de su persona. La antigüedad familiar y su cuantiosa fortuna no lo eximieron, tampoco a su contrincante Luro, de la obligación de pedir satisfacción y de explicarse públicamente. La reconstrucción de la "sociedad de la satisfacción" muestra, precisamente, cómo a la vuelta del siglo los bienes, el cargo o el linaje, por ejemplo, no protegieron a los hombres de un agravio y de la obligación de responderlo públicamente si querían mantener el respeto social y político. La susceptibilidad ante el chisme y el rumor y la extrema sensibilidad por el honor personal subyacente en la proliferación de desafíos muestran de manera ejemplar la pluralidad de voces y de miradas que intervenían en la construcción del lugar de cada uno. Este lugar, la posición personal, estaba en una sociedad en plena transformación sometida a una construcción y reconstrucción permanente. Contrariamente a ciertas visiones, algunas apoyadas en la categoría de oligarquía, este artículo muestra a las elites en situaciones más inestables y mucho menos seguras de sí mismas. Que sea el duelo con su historial aristocrático reconocido es quizás una de las mejores paradojas de este proceso.

El código de honor impartía un cúmulo de comportamientos y valores para la vida pues sus efectos, se afirmaba, trascendían ampliamente al duelo. La importancia de las maneras en la experiencia y el efecto de la socialización y la enorme gravitación que tenía la forma y el modo en que los individuos se manejaban en público[76] encontraron en el código de honor un instructivo ejemplar para su aprendizaje o perfeccionamiento. Elegancia, gentileza, gallardía y un poco de pose diseñaban el *habitus* transmitido por el duelo y fueron los principales criterios por los cuales las personas eran juzgadas y clasificadas socialmente. Las técnicas impartidas por el código de honor muestran las maneras y las conductas como vitales en el proceso de fabricación de la diferencia, la deferencia y la legitimidad en la Argentina moderna.

Notas

[1] P. de Lusarreta, *Cinco dandys porteños*, Buenos Aires, Peña Lillo-Continente, 1999, pp. 76 y 95.

[2] Véase R. Puiggrós, *Historia crítica de los partidos políticos argentinos*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986 (1956) y especialmente J. Oddone, *La burguesía terrateniente argentina*, Buenos Aires, Ediciones Populares Argentinas, 1956, t. I.

[3] Véanse J.J. Sebreli, *Mar del Plata, el ocio represivo*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1970; D. Viñas, *Literatura argentina y realidad política*, Buenos Aires, Centro Editor de América

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Latina, 1982; R. Rodríguez Molas, *Vida cotidiana de la oligarquía argentina (1880-1890)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1988.

[4] Véase T. Di Tella y T. Halperín Donghi (comps.), *Los fragmentos del poder, de la oligarquía a la poliarquía aregntina*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1969.

[5] Véase N. Botana, *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*, Buenos Aires, Sudamericana, 1994.

[6] Véanse M.I. Barbero y F. Rocchi, "Cultura, sociedad, economía y nuevos sujetos de la historia: empresas y consumidores", en B. Bragoni (comp.), *Microanálisis. Ensayos de historiografía argentina*, Buenos Aires, Prometeo, 2004, y F. Rocchi, "Estilos de vida", en C. Altamirano (comp.), *Términos críticos en sociología de la cultura*, Buenos Aires, Paidós, 2002.

[7] Véase P. Ory, *L'Histoire culturelle*, París, Presses Universitaires de France, 2004.

[8] Para la relación del consumo ostentoso y la diferenciación social véanse E. Pastoriza (ed.), *Las puertas al mar. Consumo, ocio y política en Mar del Plata, Montevideo y Viña del Mar*, Buenos Aires, Biblos-Universidad Nacional de Mar del Plata, 2002; G. Zuppa (ed.), *Prácticas de sociabilidad en un escenario argentino. Mar del Plata 1870-1970*, Mar del Plata, Universidad Nacional de Mar del Plata-Facultad de Arquitectura, Urbanismo y Diseño, 2004. Para la racionalidad empresarial y la relación de la elite económica con el Estado y la política, véanse J.F. Sábato, *La clase dominante en la Argentina moderna. Formación y características*, Buenos Aires, CISEA-Imago Mundi, 1991; R. Hora, *Los terratenientes de la pampa argentina. Una historia social y política, 1860-1945*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2002; C. Sesto, *La vanguardia ganadera bonaerense, 1856-1900*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2005.

[9] Véanse C. Atamirano y B. Sarlo, *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, Ariel, 1997; A. Prieto, *El discurso criollista en la formación de la Argentina Moderna*, Buenos Aires, Sudamericana, 1988; A. Eujanián, "La cultura: público, autores y editores", en M. Bonaudo (ed.), *Nueva Historia Argentina. Liberalismo, estado y orden burgués (1852-1880)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999.

[10] Véase M. Baldasarre, *Los dueños del arte. Coleccionismo y consumo cultural en Buenos Aires*, Buenos Aires, Edhasa, 2006.

[11] Véanse F. Korn, "La gente distinguida", en J.L. Romero y L.A. Romero (eds.), *Buenos Aires. Historia de cuatro siglos*, Buenos Aires, Abril, 1983, t. II; Th. Edsall, "Elites, Oligarchs and Aristocrats: The Jockey Club of Buenos Aires and the Argentine Upper Classes, 1920-1940", PhD. Diss., Tulane University, 1999; L. Losada, "Distinción y legitimidad. Esplendor y ocaso de la elite social en la Buenos Aires de la *belle époque*", tesis de doctorado, UNCPBA, 2005.

[12] Véanse V.G. Kiernan, *El duelo en la historia de Europa. Honor y privilegio de la aristocracia*, Madrid, Alianza, 1992; para el caso francés, F. Billacois, *Le duel dans la société francaise des XVI-XVII siècle. Essai de psychosociologie historique*, París, EHESS, 1986; P. Brioist, H. Drévillon y P. Serna, *Croiser le fer. Violence et culture de l'épée dans la France Moderne (XVI-XVIIIè siècle)*, París, Champ Vallon, 2002.

[13] Véase U. Frevert, "Moeurs bourgeoises et sens de l'honneur. L'évolution du duel en Angleterre et en Allemagne", en J. Kocka (comp.), *Les bourgeoisies européens au XIXè siècle*, París, Belin, 1996.

[14] Para las academias militares en Alemania véase U. Frevert, "The Taming of the Noble Rufián: Male Violence and Dueling in Early Modern and Modern Germany", en P. Spierenburg (comp.), *Men and Violence. Gender, Honor, and Rituales in Modern Europe*, Ohio State University Press, 1998. Para las cofradías duelísticas estudiantiles, N. Elias, "Duelo e filiação na classe dominante imperial: exigir e dar satisfacao", en *Os Alemaes. A luta pelo poder e a evolucao do habitus nos séculos XIX e XX*, Río de Janeiro, Zahar, 1997, pp. 93-99.

[15] Sobre las dificultades y el valor de la cuantificación de los duelos véase P. Spierenburg (comp.), *Men and Violence…*, especialmente la primera parte: "Elite Dueling". También R. Nye, *Masculinity and Male Codes of Honor in Modern France*, Oxford University Press, 1993.

[16] El desafío era el envío de los padrinos y el consiguiente pedido de satisfacción que un hombre exigía a otro cuando sentía su honor impugnado. Este primer paso, que era indispensable en un procedimiento caballeresco, no necesariamente culminaba en un duelo. En realidad un poco menos de un tercio de los conflictos terminó en enfrentamiento físico.

[17] Se volcó la información en los siguientes campos: fuente (diario, memoria, censo, etc.), cómo se califica al incidente (duelo, combate, riña, etc.), causa declarada; fecha, lugar del incidente; lugar donde se solucionó el incidente; tipo de solución (entre padrinos, tribunal de honor, en la justicia, etc.), con o sin padrinos, condiciones del lance, tipo de armas, lesiones y tipo, qué hace la policía o la Justicia, participantes (nombre, apellido, rol, profesión), nota (toda información adicional).

[18] Se consultaron *La Prensa* y *La Nación* desde 1869 y 1890 respectivamente. Cuando las cifras daban un salto importante, por ejemplo 1890, ambos periódicos fueron cruzados con otros. Hasta 1870 la información proviene de R. Piccirilli, F. Romay y L. Gianello (eds.), *Diccionario histórico argentino*, Buenos Aires, Ediciones Históricas Argentina, 1954, t. II: *Duelos y desafíos históricos*, pp. 221-227, J.M. Berutti, *Memorias curiosas,* Buenos Aires, Emecé, 2001, J.M. Paz, *Memorias póstumas,* Buenos Aires, 1952; M. de Vedia y Mitre, *Vida de Monteagudo*, Buenos Aires, 1932; I. Bucich Escobar, *Visiones de la Gran Aldea. Buenos Aires hace sesenta años*, Buenos Aires, Ferrari, 1932, t. I y II; S. Calzadilla, *Las beldades de mi tiempo*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1982; E. Wilde, *Escritos literarios*, Buenos Aires, Hemisferio, 1952. A partir de 1900 se consultó C. Viale, *Jurisprudencia caballeresca Argentina* (ediciones de 1914, 1928 y 1937), J. Rivanera, *Código de honor comentado: el duelo en la historia, el derecho y la institución castrense*, Buenos Aires, 1954, y C.J. Varangot, *Virtudes caballerescas*, Buenos Aires, Carra, 1972.

[19] Véase R. Piccirilli, F. Romay y G. Gianello (eds.), *Diccionario…*

[20] Para referencias generales a duelos entre oficiales del ejército de San Martín y durante la década del 1820 (duelos del coronel José María Zapiola, el capitán José Francisco Aldao y el coronel Hilario Lagos) véanse C. Anchutz, *Historia del Regimiento de Granaderos a Caballo*, Buenos Aires, 1945, t. I, y A. Carranza, *Hojas históricas*, Buenos Aires, 1898.

[21] H.M. Brackenridge, *La independencia argentina. Viaje a América del Sur por orden del gobierno americano en los años 1817 y 1818 en la fragata "Congress"*, Buenos Aires, El Elefante Blanco, 1999, pp. 151-152. Agradezco la referencia a Marcela Ternavasio.

[22] Véanse P.O. Ochoa, "La muerte absurda de Lucio V. López", *Todo es Historia*, 31, 1969, p. 86; F. Korn, "Vida cotidiana pública y privada (1870-1914)", *Nueva historia de la Nación Argentina*, t. 6: *La configuración de la República Independiente (1810-1914)*, Buenos Aires, Planeta, 1997, pp. 250-251; "Un duelo", en *Buenos Aires mundos particulares: 1870-1895-1914-1945*, Buenos Aires, Sudamericana, 2004, p. 53; R. Cicerchia, *Historia de la vida privada en la Argentina. Desde la Constitución de 1853 hasta la crisis de 1930*, Buenos Aires, Troquel, 1998, pp. 51-52 y 61.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

[23] "El sepelio de Lucio V. López", *La Nación*, 30 de diciembre de 1894. Miguel Cané afirmó: "Caído rindiendo culto a este resto de barbarie que predomina en nuestro organismo social, *que todos condenamos y que a todos nos domina*…".

[24] En estos cuarenta casos los desafiados arguyen motivos religiosos, ser esposos y padres de varios hijos, y ser "orgánicamente enemigos del duelo".

[25] Tomo la expresión de U. Frevert, "The Taming of the Noble Rufián...".

[26] Para el proceso de constitución y reconstitución de la "sociedad porteña" véase Th. Edsall, "Elites, Oligarchs..."; L. Losada, "Distinción y legitimidad…"; para la reconfiguración económica de fines de siglo, R. Hora, *Los terratenientes*…

[27] M. Cané, *Juvenilia,* Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1992, p. 36. Más adelante el autor prosigue: "Las conspiraciones empezaron, los duelos parciales entre los dos bandos se sucedían sin interrupción", p. 40.

[28] No se han contabilizado los profesionales que participan en calidad de médicos de los duelos. Sólo se considera quienes aparecen como duelistas o padrinos. La cifra de trece maestros de esgrima es muy significativa ya que para principios del siglo XX había en la ciudad unos nueve.

[29] Gregorio Aráoz Alfaro distingue entre "los abogados –porteños de clase alta– y los más distinguidos social y políticamente con los estudiantes de medicina provenientes de las provincias y de sectores sociales inferiores, hecho que les otorgaba un aire mucho más modesto"; G. Aráoz Alfaro, *Crónicas y estampas del pasado*, Buenos Aires, s/e, 1938, pp. 59-62.

[30] El apelativo de "don" aparece en sesenta y cuatro individuos; el de "muy conocido en la localidad" en treinta y seis, el de caballero/marques/barón en trece; el de miembro de club social en dieciséis, y el de miembro de cámara de comercio en doce.

[31] La identificación de "candidato" aparece en cincuenta individuos, la de "miembro del Concejo Deliberante" en cuarenta la de "candidato de la oposición" en cuarenta, la de "alto funcionario municipal" en veinte; la de "intendente municipal" en diez, la de "ministro" en doce.

[32] La calificación de comerciante aparece en sesenta individuos, la de estancieros en cuarenta y dos, la de propietario en veintisiete y la de empresario en veinte.

[33] Para ciento veintinueve individuos la calificación es múltiple. Dado que algunos duelistas eran reconocidos hombres públicos puede suponerse una cifra más importante.

[34] Véase N. Elias, "Duelo e filiação...", pp. 66 y ss.

[35] Para la penetración del duelo entre diferentes actores sociales en la Francia de la Tercera República y la imposibilidad de los judíos franceses véase R. Nye, *Masculinity and Males*… y "The end of the French Duel", en P. Spierenburg (comp.), *Men and violence*… Para los excluidos en Alemania, artesanos, comerciantes, industriales, trabajadores y judíos, N. Elias, "Duelo e filiação..."; U. Frevert, *Men of Honor*…

[36] El autor cuenta en sus memorias que, por tener "la mano demasiado pesada" como redactor del diario *Sud-América* fue desafiado por Lucio V. Mansilla y Nicolás Calvo. Sus padrinos Paul Groussac y Roque Sáenz Peña "hicieron prodigios para evitarme un duelo con un septuagenario (Calvo)", *Mis Memorias 1835-1935*, Buenos Aires, La Facultad, 1936, pp. 80-81.

[37] U. Frevert, "Moeurs bourgeoises...", p. 208.

[38] S. Sánchez y J. Panella, *Código argentino sobre el duelo*, Buenos Aires, Moreno, 1878.

[39] Ídem, pp. 91-92.

[40] Ídem, p. 92.

[41] N. Elias, "Duelo e filiação…", p. 58.

[42] Véase el incidente Saccone-De la Torre en J. Rivanera, ob. cit., p. 210.

[43] *La Nación*, 3 de junio de 1905.

[44] Desarrollé estas ideas en S. Gayol, *Sociabilidad en Buenos Aires. Hombres, honor y cafés: 1862-1910*, Buenos Aires, Del Signo, 2000, capítulo VII: "Honor", y en "Honor moderno: The significance of Honor in Fin de Siècle Argentina", *HAHR*, 84 (3), 2004.

[45] S. Sánchez y J. Panella, ob. cit., p. 92.

[46] Véase J. Rivanera, ob. cit.

[47] Véase Código Penal, Buenos Aires, 1887, art. 97 y ss.

[48] "Personal", *La Nación*, 14 de octubre de 1907.

[49] Citado por C. Viale, *Jurisprudencia*…, pp. 35-37.

[50] Sobre el conocido e imprescindible pasaje de Cané, véase O. Terán, *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910): derivas de la cultura científica*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000, pp. 54-55.

[51] Militares, médicos, periodistas y abogados se desafían mutuamente, si bien hay una mayor propensión entre los "doctores" a desafiarse entre sí sólo debido a que son mayoritarios.

[52] Una antítesis extrema al gesto de Roldán expresa en 1902 el marqués Julio Malaspina de la Lunigiara al desafiar al empleado Luis Picarel. Un tribunal de honor se reúne y expresa que no hay obstáculo que impida una satisfacción por las armas, "Personal", *La Nación*, 13 de febrero de 1902.

[53] Véase R. Rodríguez Molas, *Vida cotidiana*…

[54] Véase L. Losada, "Distinción y legitimidad…", pp. 60 y 90.

[55] "Personal", *La Nación*, 12 de diciembre de 1893.

[56] Véase S. Gayol, "Honor y política en la Argentina moderna: el duelo entre Lucio Vicente López y Carlos Sarmiento", *Estudios Sociales*, 2005.

[57] "Personal", *La Nación*, 13 de diciembre de 1893.

[58] Ibídem.

[59] "Incidente Calzada-Mujica", *La Nación*, 30 de enero de 1893.

[60] "Cuestión Cittadini-Magrini", *La Nación*, 1 de junio de 1888.

[61] En 1893 Pedro Pardo mantuvo un duelo a pistola con Jorge Roche en la chacra de Alberto Cerantes. Sus padrinos fueron el contralmirante Daniel de Solier y el médico Carlos Delcasse; "El duelo Roche-Pardo", *La Nación*, 6 de abril de 1893. Al año siguiente, en 1894, Pedro Pardo actúa como padrino en un duelo.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

[62] "Personal", *La Prensa*, 1 de junio de 1901.

[63] "Personal", *La Prensa*, 5 de septiembre de 1899.

[64] *La Nación*, 28 de septiembre de 1889. También *La Prensa*, 31 de enero de 1889.

[65] "Personal", *La Prensa*, 13 de septiembre de 1900.

[66] Véase el caso de Juan Gutiérrez en "A la pesca de noticias", *La Nación*, 8 de agosto de 1891; el de Alfonso López en "Personal", *La Prensa*, 6 de septiembre de 1902.

[67] "Duelo: acta", *La Nación*, 13 de mayo de 1893.

[68] Véase S. Gayol, "Elogios, deslegitimación y estéticas de las violencias urbanas: Buenos Aires 1870-1920", en S. Gayol y G. Kessler (comps.), *Violencias, delitos y justicias en la Argentina*, Buenos Aires, Manantial-UNGS, 2002.

[69] "Duelo", *La Nación*, 22 de julio de 1904.

[70] Véase P. Bourdieu, *La distinction, critique sociale du jugement*, París, Minuit, 1979.

[71] S. Gayol, "Duelos, honores, leyes y derechos: Argentina, 1887-1923", *Anuario IEHS*, 14, 1999.

[72] Para el duelo popular véase S. Gayol, *Sociabilidad en Buenos Aires*.

[73] Sobre el derecho a armarse y los cuestionamientos a esta forma de intervención política, véase H. Sábato, "El ciudadano en armas: violencia política en Buenos Aires (1852-1890)", *Entrepasados*, 13, 23, 2002, y P. Alonso, "*La Tribuna Nacional y Sud-América:* tensiones ideológicas en la construcción de la Argentina moderna en la década de 1880", en P. Alonso (comp.), *Construcciones impresas. Panfletos, diarios y revistas en la formación de los Estados nacionales en América Latina, 1820-1920*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003.

[74] E. Gómez Carrillo, "El Código del duelo. Un duelo de Bruneau de Laborie. Les Lois du Duel. La evolución del combate singular. El duelo a pistola (para La Nación)", *La Nación*, 3 de noviembre de 1912.

[75] "Desafío", *La Nación*, 4 de febrero de 1886.

[76] J. Needell, "Optimism and Melancholy: Elite Response to the *fin de siècle bonaerense*", *Journal of Latin American Studies*, 31, 1999.

La alta sociedad y la política en el Buenos Aires del novecientos: la sociabilidad distinguida durante el orden conservador (1880-1916)

*Leandro Losada**

La alta sociedad porteña experimentó transformaciones significativas en el cambio del siglo XIX al XX con relación a décadas anteriores. La ostentosa y cosmopolita *high society* del 900 pocos puntos en común guardaba con la vida social austera, rudimentaria y aún esencialmente criolla de la "gran aldea" del tercer cuarto del siglo XIX. En efecto, la prosperidad económica de los años previos a la Gran Guerra permitió que la clase alta porteña tuviera también su *belle époque*. Las noches líricas en el nuevo Colón (inaugurado en 1907), las carreras hípicas en el hipódromo de Palermo, los suntuosos bailes en los grandes palacios residenciales de plaza San Martín, Barrio Norte y Recoleta, el desfile de carruajes en los parques de Palermo, el Jockey Club y el Círculo de Armas, los prolongados viajes a Europa, la temporada estival en Mar del Plata, son algunos de sus rasgos más característicos y las manifestaciones locales de un cambio en el estilo de vida de las burguesías extendido en todo Occidente. Las transformaciones en la alta sociedad no sólo fueron, sin embargo, epifenómenos resultantes de las nuevas circunstancias del fin de siglo porteño. Hubo asimismo una búsqueda activa de construir el estilo de vida de una clase social distinguida, que la diferenciara dentro de una sociedad móvil y porosa, que ratificara las rupturas con su propio pasado y que también corrigiera los defectos a que podían conducir las nuevas condiciones reinantes (como lo expresan los recurrentes apuntes contra el "rastacuerismo", en referencia a las conductas burdamente ostentosas de los integrantes de la alta sociedad en sus periplos europeos).[1] La inculcación de comportamientos civilizados, es decir definidos por la moderación y el autocontrol, fue en este sentido uno de los propósitos centrales de la construcción de la distinción social en la elite porteña.[2]

El mundo de la política atravesó también cambios sustantivos entre 1880 y 1916. Por un lado, la culminación del proceso de organización institucional con la afirmación del Estado nacional después de la federalización de la ciudad de Buenos Aires en 1880 puso fin a décadas de conflictos y luchas armadas. Por otro, se produjo la apertura de un ciclo de estabilidad político-institucional inédito hasta entonces, representado por el "orden conservador" hegemonizado por el Partido Autonomista Nacional (PAN). Finalmente, tuvo lugar una paulatina complejización del campo político, como consecuencia de la conjugación de diversos factores: la aparición de nuevas fuerzas políticas que agruparon a integrantes de las elites criollas disidentes u opositores del PAN, y/o que representaron a los sectores sociales surgi-

* IEHS, Unicen-CONICET.

Entrepasados - Nº 31, comienzos de 2007: 81-96
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

dos al compás de la modernización económica y social también acelerada en estos años; la fractura del oficialismo en el paso de siglo; la recomposición de la clase política a caballo de las transformaciones en la sociedad provocadas por la inmigración masiva; y cambios significativos en la organización y la acción políticas, esencialmente la progresiva constitución de partidos políticos en los que, si siguieron siendo gravitantes los liderazgos personales antes que las propuestas programáticas, también se observó el propósito de tener una presencia estable y permanente en la sociedad, no sólo limitada a los episodios electorales.[3]

Precisamente, la relación entre la alta sociabilidad y la política en el fin de siglo porteño es el eje de este trabajo. En efecto, según se planteará en las líneas que siguen, la sociabilidad fue uno de los principales canales para construir la distinción social, mientras que la expulsión de la política como eje estructurante de tales entidades sociales fue considerada una de las condiciones necesarias para que éstas pudieran consolidarse y contribuyeran así a aquel propósito. En este sentido, el argumento a desarrollar en estas páginas se puede sintetizar de la siguiente manera; la construcción de una clase distinguida y civilizada a través de la sociabilidad requirió –para sus principales impulsores– de la erradicación de la política como factor convocante de la vida social. Esta erradicación, sin embargo, distó de conseguirse pero, aun así, la política también dejó de ser un elemento de fractura en las relaciones sociales de la clase alta porteña del cambio de siglo, al menos con la intensidad que lo había sido hasta entonces. Esto fue el resultado de cierto éxito civilizatorio propulsado por la sociabilidad, pero también de la recomposición de la relación entre el alto mundo social y el campo político: al compás de la modernización, la alta sociedad perdió importancia relativa como ámbito de construcción de poder político y de ejercicio de la política a manos de otras esferas, adyacentes y más específicas (como el partido). Finalmente, también se señalará que el hecho de que la política dejara de ser un eje estructurante de la sociabilidad pudo tener una implicancia negativa para la elite en su actuación política: dificultar su constitución como un actor político colectivo. El trabajo se concentra en la sociabilidad formal, es decir, en los clubes sociales del alto mundo porteño, y especialmente en el Jockey Club, la principal institución de estas características durante el orden conservador.[4]

"Las pasiones políticas que dividen": por una sociabilidad distanciada de la política

La conformación de ámbitos de sociabilidad movilizados por intereses políticos o afinidades políticas y la existencia de sociabilidades que traducían el faccionalismo político habían sido rasgos característicos en la alta sociedad porteña a lo largo del siglo XIX.[5]

En efecto, la íntima relación entre alta sociabilidad y política perduró cuando al compás del auge asociacionista post Caseros aparecieron los clubes sociales que se definieron más decididamente como espacios volcados al ocio, es decir, al cultivo de actividades culturales, deportivas y de esparcimiento en general. Éste fue el caso, por ejemplo, del Club del Progreso (creado en 1852) donde el propósito de modificar aficiones y costumbres a través de consumos ociosos y suntuarios (en la medida en que lo permitía el austero contexto de la "gran aldea") convivió con un claro reconocimiento de preocupaciones políticas como móviles fundantes y convocantes.[6] Como lo rezaba su acta fundacional, el club pretendía uniformar "en lo posible las opiniones políticas por medio de la discusión deliberada y mancomunar los esfuerzos de todos hacia el progreso moral y material del país".[7]

El vínculo cercano entre política y sociabilidad, sin embargo, no favoreció durante el tercer cuarto del siglo XIX una solución de las rivalidades políticas gracias a las afinidades más ampliamente sociales que construiría la sociabilidad (como lo pretendía el Club del Progreso) sino que se tradujo en una fractura o división de los espacios de sociabilidad como consecuencia de la vigencia de las rivalidades políticas.

Esto último sucedió en el propio Club del Progreso. Diego de Alvear, su impulsor y primer presidente, debió abandonar el cargo a mediados del mismo año fundacional de 1852 como consecuencia de las repercusiones en la ciudad del Acuerdo de San Nicolás, a causa de sus simpatías por Justo José de Urquiza y a pesar de haberse opuesto personalmente al acuerdo. En consecuencia, del filourquicismo inicial predominante en el club (incluso se llegó a celebrar un banquete en honor a Urquiza poco antes del 11 de septiembre) se pasó a una hegemonía de figuras vinculadas con el Partido Liberal porteño.[8]

Así, la identificación de distintos clubes sociales con determinadas tendencias políticas e incluso su aparición a causa de los conflictos desprendidos del campo político perduraron entre los años 60 y 80 del siglo XIX. Por ejemplo, los sectores porteños filourquicistas, e incluso de antecedentes rosistas, que habían sido desplazados del Progreso, crearon en los albores de la década de 1860 el Club del Plata. Bernardo de Irigoyen, uno de sus impulsores, contó entre sus principales motivaciones el evitar que el Progreso y sus directivos fueran "los únicos oráculos" de referencia social de la ciudad.[9] Asimismo, aun a fines del siglo XIX el Club del Progreso era todavía definido como el "centro de un partido que fue primero genéricamente llamado unitario", expresión que efectivamente ilustraba el predominio de los intereses porteños consolidado desde los años 50.[10]

Por lo demás, conviene señalar que este fenómeno distó de estar restringido a la ciudad de Buenos Aires, como lo ilustran por ejemplo los recuerdos de Vicente C. Gallo sobre la Tucumán del tercer cuarto del siglo XIX: "Las familias que concurrían al Club Social no asistían al Club del Progreso y a la inversa [...]. La política estaba en todas partes".[11]

De esta manera, en las postrimerías del siglo XIX ganó fuerza la idea de que la política atentaba contra el agrupamiento más ampliamente social que debía propiciar la sociabilidad y, por lo tanto, que debían fortalecerse las barreras que separaran a una de otra.

Las disposiciones estatutarias de clubes como el Progreso o el Jockey sobre la prohibición de hablar de política en sus recintos, más allá de su –seguramente– dudosa eficacia, son signos ilustrativos de esa búsqueda de distanciamiento.[12] En el caso del Jockey se aprecia claramente, además, que las conversaciones sobre política se consideraban atentatorias del comportamiento civilizado que el club debía promover entre sus socios. Así, en el mismo artículo se prohibía hablar de política y "levantar la voz", es decir, hablar sin la mesura que debía definir a un hombre distinguido: "Es absolutamente prohibido hacer discusiones políticas o de carácter personal, o levantar la voz más de lo acostumbrado en la conversación general".[13]

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

La influencia disolvente de la política en los propósitos que debía alcanzar la sociabilidad (una congregación sin fisuras de la elite; conductas que ratificaran la distinción social) fue una idea recurrente entre los directivos y principales referentes de los clubes más destacados de la alta sociedad porteña en el cambio de siglo.

Así, Roque Sáenz Peña, al inaugurar la nueva sede del Club del Progreso en Avenida de Mayo en 1900, señaló que esperaba que de allí en más "no penetre en su seno la discordia de [las] pasiones políticas que dividen, fragmentan y debilitan instituciones sociales que deben ser en todo tiempo campo de tregua, de reposo y de fraternidad".[14] Carlos Pellegrini lanzó apreciaciones similares con relación al Jockey Club: como escribiera a Estanislao Zeballos, una de las principales satisfacciones que le retribuía el Jockey era que en él la política estaba vedada como tema de conversación.[15]

Sin duda, estas expresiones podían ser meros eufemismos o declaraciones sobre un "deber ser" que difícilmente se creyera posible –o incluso deseable– traducir a la realidad. Pero a su vez también es cierto que la alta sociabilidad del fin de siglo (como el propio Jockey Club –de 1882– o el Círculo de Armas –de 1885–) a diferencia del Club del Progreso en sus orígenes dejó de incluir a la política como uno de sus ejes fundantes o convocantes.

El Jockey se definió como "un centro social y una asociación que propende al mejoramiento de la raza caballar y al fomento de las actividades culturales, benéficas y deportivas de la República".[16] La constitución del Jockey como un centro orientado a la pedagogía estética y cultural de sus socios quedó claramente al descubierto con la inauguración de su palacio en la calle Florida en 1897, dotado con una serie de servicios (desde sala de armas a un restaurante administrado por los principales chefs de la ciudad de Buenos Aires) destinados a construir y expresar el objetivo que uno de sus principales impulsores –junto a Carlos Pellegrini–, Miguel Cané, definió como central de la institución: "Alcanzar ese pensamiento espiritual, esa cortesía de maneras y lenguajes que constituyen la esencia de la alta cultura".[17] El Club del Progreso modelizado por Sáenz Peña en 1900 siguió la misma huella con la inauguración de su nueva casa en Avenida de Mayo, ya mencionada, que ofreció servicios similares a los del palacio del Jockey, ampliando y renovando así los que había brindado su sede tradicional, el palacio Muñoa situado en Perú y Victoria (la actual Hipólito Yrigoyen).[18] El Círculo de Armas, en tanto, apareció como un club orientado a impulsar el cultivo de la esgrima, afición de importante sentido simbólico no sólo por su carácter ocioso sino por alentar una disciplina gestual y corporal, y definir, civilizándolo, al "duelo de caballeros".[19]

En efecto, las características de estas entidades responden a las singularidades del contexto social del que emergen, muy diferente al que había visto nacer al Club del Progreso a principios de los años de 1850: representan una sociabilidad cuyo eje estructurante son las actividades ociosas –deportivas, culturales– posibles por la prosperidad económica de la París del Plata, y orientadas a construir y expresar la distinción social de sus integrantes ante la móvil sociedad de ese entonces, en un contexto político en el cual la organización institucional había sido fundamentalmente concluida. Sin embargo, se pretendiera verdaderamente o no alejar a la alta sociabilidad de la política y a pesar de los nuevos móviles que alentaron la creación de los clubes sociales del fin de siglo porteño, la incidencia de la política en el alto mundo social perduró, aunque su impacto también se modificó si se piensa en el grado de fractura o división que había provocado hasta el tercer cuarto del siglo XIX. La elección de comisión directiva del Jockey Club en 1902 es un acontecimiento ilustrativo para indagar en estos aspectos.

"La intromisión de la política en los asuntos de la casa": las elecciones del Jockey Club de 1902

En ese año, las elecciones de comisión directiva del Jockey enfrentaron a dos listas, una encabezada por Benito Villanueva y otra por Vicente L. Casares. Se reencontraban así dos activos protagonistas de los recientes comicios de gobernador bonaerense: en estos, Casares había sido derrotado por Marcelino Ugarte, entre cuyos sostenes principales estuvo Villanueva. Las elecciones del Jockey se producían, además, en un momento de creciente división del orden conservador, del cual ambos eran emblemáticos exponentes. Casares era amigo de Pellegrini, que por esos años rompía su alianza política con Julio Argentino Roca. Aun más, entre 1903 y 1904 Pellegrini vio frustrada su aspiración presidencial en la asamblea de notables por las acciones emprendidas en esa dirección por Roca y Ugarte, que lograron imponer la fórmula Quintana-Figueroa Alcorta, y su candidatura al senado por la capital, a manos del candidato oficialista, justamente Benito Villanueva.

En la elección del Jockey, la lista "azul" de este último se impuso sobre la de Casares, hasta entonces presidente del club. Sin embargo, como la junta directiva se renovaba anualmente por mitades, se produjo una inevitable convivencia en la nueva comisión entre aquellos que provenían de la presidencia Casares y quienes accedieron a ella con Villanueva. Asimismo, ya que de acuerdo con el estatuto la propia comisión directiva designaba sus autoridades y la conformación de las dos comisiones que se distribuían la dirección del club (la de interior y la de carreras), el resultado fue una ríspida negociación que dio lugar a diversas presiones recíprocas, como la convocatoria a asamblea de socios movilizada por Villanueva o la decisión unilateral de sus opositores de desconocer la autoridad del presidente y definir por sí mismos la composición de las comisiones.[20]

El conflicto llegó así a un punto tal que debió recurrirse a una mediación de Pellegrini, teniendo en cuenta la dimensión simbólica de su figura en la institución. Ambos bandos decidieron acatar sin apelaciones la decisión que aquél tomara. Pellegrini ratificó la lista de Villanueva y determinó una composición homogénea de ambas subcomisiones. A tal punto

que la de carreras, uno de los ejes de la disputa (importante por ser la encargada de la administración del hipódromo y, así, del manejo de dinero que implicaba) si quedó a cargo de un "casarista" –Enrique Acebal– fue sin dudas un resultado por debajo de las aspiraciones de éstos, que habían pretendido no sólo la dirección sino todos los cargos de esta comisión.[21]

Este episodio revela en primer lugar la vigencia inalterada de las repercusiones de los conflictos políticos en la alta sociabilidad, aun cuando la política –acudiendo a una expresión de Tulio Halperín Donghi– hubiera pasado después del 80 de "viril deporte" a "ordenada administración".[22] En este sentido, el apoliticismo prescripto –según viéramos en el apartado anterior– hace pensar que en la alta sociabilidad del 900 se percibe un aspecto señalado para la sociabilidad popular de entreguerras: el declamado apoliticismo refleja la inci-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

dencia activa de las identificaciones políticas sobre las sociales, antes que la erosión de su importancia.[23]

En segundo lugar, las elecciones de 1902 en el Jockey reflejaron también cómo la política atentaba contra el comportamiento civilizado de la elite y, desde allí, contra su distinción social. Así aparece con claridad en las coberturas de la prensa: de apreciaciones previas al estallido del conflicto que permitían diferenciar las prácticas electorales de la elite en sus clubes sociales de las imperantes en el campo político (por más que muchos de sus protagonistas fueran los mismos) a juicios como los de *La Nación* que subrayaban cómo el Jockey, "contrariando una ejemplar tradición de camaradería, se halla convulsionado nerviosamente de un corto tiempo acá".[24]

El juicio más significativo en este sentido lo ofreció Miguel Cané, quien –como ya se ha señalado– había sido un promotor central de la definición del Jockey como un ámbito orientado a la construcción y expresión del refinamiento y de la distinción social. En carta desde París a su hijo (protagonista del conflicto –secretario durante la presidencia de Casares, Cané hijo siguió ocupando ese cargo luego de la elección de Villanueva–) escribió: "Nada ha podido disgustarme más que esos incidentes deplorables, debido a la intromisión de la política en los asuntos de la casa, intromisión de que ambos bandos son responsables [...] Pellegrini ha hecho bien en quedar neutral, porque si se inclina a cierto lado, pienso que la ruina de la casa estaba decretada".[25]

A ojos de Cané, Pellegrini era en efecto aquel que había sido capaz de desmarcar lo público (las enemistades políticas) de lo privado (las elecciones de comisión directiva) y el exponente paradigmático de una conducta civilizada, al reconocer la victoria a quien fuera de allí era uno de sus rivales más gravitantes. De igual manera, su intervención había asegurado que "la casa" no fuera presa y rehén de los faccionalismos políticos, al evitar que se inclinara hacia alguno de los dos bandos enfrentados.

No obstante, también es necesario subrayar que el impacto de la política en la vida institucional del Jockey durante el orden conservador fue marcadamente diferente del que había tenido, por ejemplo, sobre el Club del Progreso en el tercer cuarto del siglo XIX.

En efecto, a pesar del recambio significativo de la clase política que supuso la irrupción del roquismo en 1880 (al promover al primer plano de la política nacional a las elites del interior en perjuicio de los grupos porteños) y de conflictos de importancia –aunque acotados en el tiempo– como el que enfrentó a laicos y católicos en los años 80, el Jockey Club, en sí mismo una creación de hombres claramente identificados con una tendencia definida en el momento de su fundación –el roquismo porteño–, no sufrió fracturas institucionales por cuestiones políticas durante el orden conservador como las que sí habían atravesado al Club del Progreso en las décadas anteriores. Los conflictos existieron pero –como el que hemos descripto– lograron resolverse sin llegar hasta ese punto de quiebre.

De esta manera, al recorrer la composición de las comisiones directivas del Jockey, se puede comprobar la presencia de individuos pertenecientes a diferentes tendencias políticas, por trayectorias familiares o por inclinaciones personales. Así, conviven apellidos vinculados durante este período a los sectores porteños roquistas (Madero, Cané, Pellegrini –sin olvidar, claro está, la ruptura de este último con el PAN a comienzos del siglo XX–), a los sectores porteños antirroquistas (Mitre, Ocampo), a las elites políticas del interior (Juárez Celman, Roca, Correas), a los grupos católicos (Estrada) y a la Unión Cívica Radical (UCR) (Alvear).[26]

Desde luego, esto no significa que los avatares políticos no dispararan resquemores, juicios recíprocos de descalificación, o incluso diferencias ciertamente apreciables en las costumbres y el estilo de vida. En este sentido, se podrían mencionar a modo de ejemplo los apuntes despreciativos de políticos porteños sobre hombres del interior integrantes de su mismo arco político (como la definición de Miguel Cané sobre José Evaristo Uriburu como "zonzo de arriba").[27] O los testimonios que describen cierta automarginación de las familias católicas de los círculos de la alta sociedad en los 80, como los vertidos por Marcelino Herrera Vegas con relación a la familia Pereyra Iraola: sus hijos "educados en gran rigorismo [...] durante la vida social de invierno, sólo concurrían al teatro y Marieta [la esposa de Herrera Vegas] fue una sola vez en su vida al baile de don Pepe Ocampo".[28] Sin olvidar, claro está, las recurrentes menciones de Lucio V. Mansilla a sus antecedentes familiares rosistas como una de las cualidades que sostenían su excepcionalidad personal interpares.[29]

Sin embargo, junto a estos testimonios, también podrían mencionarse aquellos otros en los que las respetuosas o exultantes apreciaciones de rivales políticos son igualmente frecuentes. Allí están, por ejemplo, la admiración o la amistad declarada por personajes como Eduardo Wilde, Paul Groussac o Miguel Cané a figuras como Pedro Goyena o José Manuel Estrada.[30]

En este sentido, aquí interesa subrayar especialmente que, sin desconocer todos estos matices, en el fin de siglo la fractura de espacios institucionales de la alta sociedad porteña como consecuencia de los conflictos o las tensiones políticas es apreciablemente más atenuada que en el tercer cuarto del siglo XIX. En las últimas dos décadas de esta centuria es apreciable cierto éxito civilizatorio al observar la tolerancia y la convivencia política que recorre a la alta sociabilidad, en el cual seguramente también incidió el sensible cambio en la naturaleza de los conflictos políticos que favoreció la normalización institucional lograda en 1880.

Las tertulias de Diego de Alvear, a comienzos de esa década, fueron significativas en este sentido al aceitar y estimular las relaciones entre los grupos porteños y provincianos del roquismo. En palabras de *El Diario*, allí se "ha sabido unir en indisoluble consorcio, la hidra de la política con la coqueta polvoreada de velutina, imagen de la moda y la galantería".[31] Las simpatías políticas de Diego de Alvear en los 80 no obstaron, a su vez, para que el Club del Progreso –cuyo porteñismo antirroquista se había hecho evidente durante el conflicto por la federalización de la ciudad en 1880– le rindiera honores a su otrora fundador cuando falleció el 13 de diciembre de 1887.[32] Aun más, la moderación del porteñismo político del Progreso hacia el fin de siglo encuentra evidencias significativas en la correspondencia de Mariano de Vedia: allí supo marcar que Roca se refería a ese centro social como aquel "donde hay tantas y tantas personas distinguidas y tantos y tantos amigos".[33]

En consecuencia, lo señalado líneas arriba para el Jockey Club (la convivencia de apellidos de disímiles posicionamientos políticos en sus comisiones directivas, la forma de re-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

solver los conflictos institucionales generados por cuestiones políticas) constituye una manifestación particular de una recomposición más amplia de la relación entre sociabilidad y política promovida por las reorientaciones que atraviesan tanto a la sociabilidad (la consolidación de inclinaciones o aficiones ociosas como ejes estructurantes de los clubes sociales del fin de siglo) como a la política (la normalización institucional) a partir de los años de 1880.

La alta sociedad y la política al compás de la modernización

Según lo señalado hasta aquí, en el cambio de siglo es apreciable en la conducción de los principales clubes sociales porteños la idea de que la sociabilidad debía protegerse de la política a causa de su potencialidad de fractura. En consecuencia, se la debía mantener alejada de los altos círculos sociales (restringir su incidencia en la vida institucional de estos últimos) o, en su defecto, lograr una resolución civilizada de los conflictos a que pudiera dar lugar. Este "deber ser", con todo, no se tradujo necesariamente a la realidad –en caso de haber sido efectivamente perseguido– aunque sí, en cierta medida, las repercusiones de las tensiones políticas moderaron sus impactos en la *high society*.

Sin embargo, es necesario incluir aquí un aspecto adicional: el propio campo político podía distanciarse de la alta sociedad. Como afirmara Alexis de Tocqueville, en sociedades en vías de modernización la política y los "hombres distinguidos" tienden a alejarse recíprocamente: "Los instintos naturales de la democracia inducen al pueblo a apartar a los hombres distinguidos del poder [y] un instinto no menos fuerte lleva a éstos a alejarse de la carrera política, donde les es tan difícil continuar siendo lo que son y seguir en ese camino sin envilecerse".[34]

En efecto, el envilecimiento de la política es una apreciación que aparece reiteradamente en testimonios de resonantes figuras de la elite social porteña del cambio de siglo.

En palabras de Miguel Cané: "La vida oficial se subalterniza rápidamente en nuestro país, haciéndose cada vez más mecánica, por efecto del progreso mismo". Las tareas de gobierno ya no eran prestigiosas en sí mismas sino que su significación dependía de las cualidades de sus ejecutores.[35] Un sentido similar recorre el diagnóstico que trazara Osvaldo Saavedra a comienzos de los años de 1910: los "administradores" que constituían la elite política contemporánea tenían una estatura histórica sensiblemente menor a sus predecesores "libertadores" y "constituyentes".[36] A la chatura de la política provocada por su giro administrativo se sumaba otro ingrediente, subrayado con insistencia por los contemporáneos: el advenedicismo que ya facilitaba el orden conservador y que no permitía –en palabras de Lucas Ayarragaray– "discernir al político del politicastro".[37]

Juan Agustín García sintetizó ilustrativamente el distanciamiento entre la sociedad distinguida y la política que paulatinamente se había ido consolidando desde el fin de siglo: "Una línea de hombres políticos había dejado en el alma argentina la impresión seria de un contraste de incompatibilidad entre el espíritu y la práctica: era el arma usada por los mediocres para alejar de la acción pública a determinados hombres de talento. Así ocurrió con Miguel Cané y Lucio V. López".[38]

Ahora bien, los cambios que estas páginas reflejan a través de sus juicios de valor –mediocridad, envilecimiento, advenedicismo, "subalternización"– no son otra cosa que las transformaciones que en la política provoca el proceso de modernización: la especialización (cuando no la profesionalización) que la recorre como actividad; el recambio social de la clase política alentado en Buenos Aires por la inmigración masiva y la movilidad social ascendente, y la constitución de una esfera política en la que se difuminan progresivamente la lógica notabiliar como forma predominante de construcción de fuerzas políticas y la exclusividad de las familias tradicionales como clase política.[39]

De esta manera, la recomposición social de los elencos políticos y la paulatina definición de un campo político (en un sentido bourdeiano –dotado de reglas y lógicas específicas–),[40] visibles ya con anterioridad a la transición democrática, lateralizaron la importancia relativa del alto mundo porteño en esta dimensión de la sociedad. Sus integrantes siguieron siendo actores políticos relevantes, pero el alto mundo social dejó de ser el eje estructurante y exclusivo para la construcción de poder político o incluso de exitosas trayectorias políticas.

La importancia relativa de la alta sociedad en este sentido puede ilustrarse repasando someramente los vínculos que establecieron con una misma familia de la elite (la Alvear) dos "hombres nuevos" de la política, a comienzos y finales del período aquí considerado: Ramón Cárcano en los 80 y José P. Tamborini en los 10. Como recordara Cárcano, su incorporación al nuevo oficialismo nacional de los años 80 lo había llevado a recalar, de manera necesaria, en las tertulias de Diego de Alvear, ya mencionadas, para desde allí anudar y profundizar contactos políticos, inserción que sin embargo también le permitió familiarizarse con el mundo de la alta sociedad porteña (a pesar de su declarada "susceptibilidad provinciana" y su "retraimiento localista y desconfiado").[41]

Diferentes, en cambio, son el contexto y las modalidades por las cuales Tamborini (que nació contemporáneamente a la llegada de Cárcano a Buenos Aires, 1886) se vinculó con otro Alvear, Marcelo Torcuato (sobrino de don Diego). La trayectoria política de Tamborini se debió a su inserción temprana en el radicalismo (ya participa en el intento revolucionario de 1905) que, continuada como elector presidencial en 1916 y como diputado nacional desde 1918, favoreció su relación con Marcelo T. de Alvear, de quien sería ministro del Interior en 1925-1928 en reemplazo de Vicente C. Gallo, y, por lo tanto, uno de los pocos miembros de ese gabinete que precisamente debía su puesto a su trayectoria en el partido. Un espacio más definidamente político –el partido– no ya el club o la tertulia resultaban los canales gravitantes para construir una exitosa trayectoria. Esto muestra, asimismo, que la vinculación con personajes de la *upper-class* es cada vez más, y ante todo, una relación con personajes relevantes por su peso específico en el campo político, peso específico en el que su origen social podía tener importancia, pero que necesariamente también se desprendía de la posesión de capitales específicos que otorgaran un lugar gravitante en el campo social de marras (y, en este sentido, el capital político de Alvear dentro del radicalismo debió más al beneplácito inicial de Hipólito Yrigoyen que a su origen social aristocrático).[42]

Por lo tanto, al compás de la modernización, la política ya no se construye exclusivamente en la alta sociedad; los protagonistas y la lógica de la construcción de trayectorias y de poder políticos no excluyen pero sí rebasan las fronteras del alto mundo social porteño.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Por ello mismo, la especialización y la autonomización del campo político también constituyen un eje adicional para entender que se atenúen progresivamente sus impactos en el alto mundo social. En efecto, al no ser ya el escenario decisivo en la resolución de conflictos o en la construcción de relaciones y capitales políticos, la mella que la política puede hacer en las relaciones más definidamente sociales –incluso en los vínculos familiares– también se matiza. Es sugestivo ver un indicador de esto último en la proliferación, y en la relativa aceptación, de identificaciones políticas diversas cuando no opuestas en las familias de la clase alta porteña, en buena medida porque la filiación política adquiere un carácter progresivamente instrumental, que aleja así horizontes de confrontación como los que describía Vicente Gallo para la Tucumán de mediados del siglo XIX. María Rosa Oliver dejó pasajes ilustrativos al respecto, al recordar las opiniones de su padre: "Entré al partido conservador porque era en el que más posibilidades tenía de llegar a ser diputado y de poder decir y hacer cosas... pero si tuviera un hijo en edad de meterse en política, no le aconsejaría que fuese conservador [...] Radical... Socialista, quizá [pero] anarquista no; son unos ilusos".[43]

¿Un triunfo pírrico?

Por lo tanto, en el fin de siglo porteño ganó fuerza el propósito de construir una sociabilidad en el alto mundo social que estuviera por encima de los clivajes políticos. El objetivo era afianzar el agrupamiento social de la elite y consolidar un proceso civilizatorio, en el sentido de reducir la violencia de las relaciones sociales en el interior de la *high society*, en tanto la política había sido un eje gravitante en las fracturas y tensiones que la habían recorrido a lo largo del siglo XIX. Así, desplazar la política como eje estructurante de la vida social era necesario para construir a la elite como clase, un propósito efectivamente perseguido por la sociabilidad, si consideramos su papel no sólo de agrupamiento social sino también de definición y construcción de un estilo de vida (aficiones, comportamientos, modales) orientado a la expresión de la distinción social.[44]

Las resonantes declaraciones de los principales referentes de los clubes distinguidos de la ciudad –e incluso sus disposiciones estatutarias– sobre la necesidad de excluir la política de sus recintos son la manifestación más explícita de esta búsqueda de separar sociabilidad y política. Indudablemente, su exclusión o prohibición lejos estuvo de ser real o efectiva. Clubes como el Jockey, el Progreso o el Círculo de Armas siguieron siendo receptáculos y escenarios de discusiones, conflictos y negociaciones políticas, como lo muestra el incidente del Jockey en 1902.[45]

Sin embargo, tampoco sería acertado concluir a partir de ello que el propósito de construir una sociabilidad que no reprodujera los clivajes políticos haya carecido de éxito: por el contrario, su impacto en la vida social se atenuó sensiblemente durante el orden conservador en comparación con momentos anteriores.

Precisamente, es pertinente pensar que las conductas y los comportamientos que estos ámbitos sociales buscaron afirmar entre sus integrantes jugaron un rol importante en ello. En efecto, la *politesse* que constituía el núcleo de la condición distinguida seguramente incidió en la manera de procesar y resolver los conflictos políticos, de lo cual resulta demostrativa la actuación de Pellegrini en los acontecimientos del Jockey en 1902.[46] Jugando con los términos aquí empleados, la civilización de conductas en la elite –alentada por la sociabilidad– contribuyó a que se civilizara la práctica de la política.

Sin embargo, también sería excesivo adjudicarlo todo a la sociabilidad. Los cambios sucedidos en la esfera política también jugaron su papel. En efecto, el cierre de los conflictos alrededor de la distribución de poder y de la organización institucional del Estado nacional y, consecuentemente, la consolidación paulatina de agrupamientos políticos constituidos alrededor de afinidades personales recompusieron sensiblemente las características de las disputas.

La conjugación de estos factores, por lo tanto, contribuyó a que la alta sociabilidad lograra situarse por encima de los avatares de la política, aunque no fuera completamente inmune a ellos.

La constitución de sus núcleos directivos por personajes vinculados a distintas filiaciones políticas o la resolución de conflictos sin llegar a la ruptura abierta son evidencias sustantivas al respecto. En un sentido más amplio, también lo es que las identificaciones políticas no hayan sido ejes gravitantes en la articulación de las familias de la alta sociedad del 900.[47]

Estos procesos distaron de ser exclusivos de la elite porteña de ese período. El desplazamiento de la política como eje estructurante de la sociabilidad ha sido señalado para distintas elites del cambio de siglo del XIX al XX.[48] En este sentido, resulta sugestivo poner en relación la recomposición del vínculo entre sociabilidad y política con la diversificación de esferas sociales y de la delimitación entre lo público y lo privado que apareja el proceso de modernización extendido en Occidente a lo largo de este período.

En efecto, el pretendido distanciamiento entre sociabilidad y política emerge como una arista singular del proceso de constitución de una esfera privada en la alta sociedad porteña, precisamente como consecuencia de algunos de los condicionamientos y de las repercusiones que provoca la modernización sobre ella. Éstos son los desafíos hasta entonces inéditos para la demarcación de diferencias sociales que aparejó el cambio estructural de la sociedad a caballo de la inmigración masiva y la movilidad social en el pasaje del siglo XIX al XX.

Si la sociabilidad anterior al 80 vio una incidencia de las demandas de lo público sobre las esferas privadas (de la cual una de sus manifestaciones más sintomáticas fue precisamente la repercusión de la vida pública en los ámbitos sociales privados, con su huella de división o fractura),[49] en el fin de siglo la sociabilidad debió responder más definidamente a demandas provenientes de la esfera de lo privado –la construcción de distinción– a causa de los desafíos planteados por el nuevo escenario social. Las características distintivas de los clubes surgidos en el cambio de siglo –del Jockey Club al Círculo de Armas– reflejan precisamente esta necesidad con su definida orientación a la afirmación de prácticas (culturales, deportivas, etc.) que sirvieran como símbolos de status. En otras palabras, el cambio en el escenario social también resulta un eje significativo para entender el desplazamiento relativo de la política como eje central de la alta sociabilidad del cambio de siglo.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Por otro lado, sin embargo, cabe reflexionar sobre las implicancias que tuvo la recomposición de la relación entre sociabilidad y política en la actuación política de la elite.

Según hemos planteado en las líneas anteriores, la modernización desplazó al alto mundo social como escenario privilegiado para la construcción de trayectorias y poder políticos, erosionando así su centralidad en esta esfera de la vida social (aunque esto mismo, a su vez, también contribuyera a atenuar el impacto de las confrontaciones políticas en la vida social de la elite).

Con todo, resulta interesante reflexionar sobre el papel que en esa paulatina marginalidad política podrían haber tenido las características que recorren a la alta sociabilidad desde fines del siglo XIX.

En este sentido, la lateralización de la política como eje articulador y estructurante de la sociabilidad permitió en efecto una convivencia entre figuras de distintas inclinaciones, pero a su vez también cabe pensar que impidió que la sociabilidad se convirtiera en una instancia óptima para intervenir sobre sus posibles conflictos, y aun más, para delinear consensos duraderos o una actuación conjunta de la elite en el campo político.

De ello es nuevamente un ejemplo sugestivo el episodio del Jockey en 1902: signo de una aparente convivencia pacífica, la existencia misma del conflicto –si no provocó un cisma institucional como sí había ocurrido en décadas anteriores en otras instituciones– sí muestra que esos espacios, antes que ser instancias positivas para la superación de las razones que disparaban los enfrentamientos, más bien dejaban soterrados conflictos latentes, que en ocasiones los convertían, además, en sus vías de manifestación.[50] Así, podría pensarse en un triunfo de la civilización a costa de la actuación política de la elite.

Es decir, la sociabilidad, al ponerse por encima de la política (más allá de su eficacia en esa puesta por encima) no operó sobre ella, al menos en el sentido de acercar a quienes reconocían filiaciones e inclinaciones disímiles. Es sugestivo ver una nítida manifestación de sus consecuencias en el hecho de que la expresión política de la elite social fue la heterogeneidad cuando no la división o la fractura a lo largo del orden conservador (y también después).

En este sentido, el panorama parece estar lejano al de una elite que calza en el molde que proponen autores como Wright Mills (es decir, una "elite del poder" cruzada por soluciones de continuidad favorecidas por espacios de socialización común), imagen que mantiene aún, probablemente, cierta vigencia como saber convencional de este período.[51]

No sólo como consecuencia de que semejante concepción supondría desconocer cómo el proceso de modernización social socavó su exclusividad como clase política; más aún, entonces, porque implicaría olvidar los matices que signaron a la relación entre alta sociabilidad y política. En efecto, episodios como el del Jockey en 1902 (pero también la propia historia política de la elite social porteña a lo largo de este arco temporal) sugieren que no debería asociarse apresuradamente el éxito conseguido en aceitar la convivencia social entre rivales políticos con consensos y acuerdos más definidamente políticos en el conjunto de la elite social porteña.

Notas

[1] Véase L. Losada, "Distinción y legitimidad. Esplendor y ocaso de la elite social en la Buenos Aires de la *belle époque*", tesis de doctorado, UNCPBA, 2005.

[2] Véanse P. Bourdieu, *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*, Madrid, Taurus, 1988; N. Elias, *El proceso de civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1993.

[3] Véanse N. Botana, *El orden conservador*, Buenos Aires, Sudamericana, 1994; P. Alonso, *Entre la revolución y las urnas. Los orígenes de la Unión Cívica Radical y la política argentina en los años 90*, Buenos Aires, Sudamericana-Universidad de San Andrés, 2000; E. Gallo, "La consolidación del Estado y la reforma política", en Academia Nacional de la Historia, *Nueva Historia de la Argentina*, t. IV: *La configuración de la República Independiente (1810-c. 1914)*, Buenos Aires, Planeta, 2000; E. Gallo y N. Botana, *De la república posible a la república verdadera*, Buenos Aires, Ariel, 1997; G. Ferrari y E. Gallo, *La Argentina del 80 al Centenario*, Buenos Aires, Sudamericana, 1980.

[4] Sobre la primacía social del Jockey (creado en 1882) en este período, véanse F. Korn, "La gente distinguida", en J.L. Romero y L.A. Romero, *Buenos Aires. Historia de cuatro siglos*, t. II, Buenos Aires, Abril, 1983; T.M. Edsall, "Elites, Oligarchs and Aristocrats: The Jockey Club of Buenos Aires and the Argentine Upper Classes, 1920-1940", Ph. Diss., Tulane University, 1999; L. Losada, "La elite social de Buenos Aires. Perfiles y trayectorias sociales en una perspectiva comparada: el Jockey Club y el Club del Progreso (1880-1930)", en AA.VV., *Familias, negocios y poder en América Latina*, Dirección General de Fomento Editorial de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México, e/p.

[5] Véase J. Myers, "Una revolución en las costumbres: las nuevas formas de sociabilidad de la elite porteña, 1800-1860", en F. Devoto y M. Madero (comps.), *Historia de la vida privada en la Argentina*, t. I: *País Antiguo. De la colonia a 1870*, Buenos Aires, Taurus, 1999.

[6] Véanse P. González Bernaldo de Quirós, *Civilidad y política en los orígenes de la Nación Argentina. Las sociabilidades en Buenos Aires, 1829-1862*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001, pp. 260-264; R. Di Stéfano, H. Sábato, L.A. Romero y J. L. Moreno, *De las cofradías a las organizaciones de la sociedad civil. Historia de la iniciativa asociativa en la Argentina*, Buenos Aires, Gadis, 2002.

[7] "Acta fundacional", en Club del Progreso, *Datos históricos sobre su origen y desenvolvimiento*, Buenos Aires, 1902.

[8] Véanse L. Gálvez, *Club del Progreso. La sociedad, los hombres, las ideas. 1852-2000*, Buenos Aires, s/e, 1999, pp. 11-14; H. Iñigo Carrera, "El Club del Progreso: de Caseros a la *belle époque*", *Todo es Historia*, 57, enero de 1972; P. Fernández Lalanne, *Los Alvear*, Buenos Aires, Emecé, 1980, pp. 316-319.

[9] Carta a V.F. López, citada por P. Fernández Lalanne, *Los Alvear*, p. 252.

[10] Club del Progreso, *Datos históricos*, p. 89.

[11] V.C. Gallo, *De la vida cívica argentina*, Buenos Aires, Talleres Gráficos de la Argentina, 1941, p. 10. También ocurrió algo similar en Paraná, con la división entre el Club Socialista y el Club Argentino (si bien posteriormente se reunificaron bajo el nombre Club Socialista Argentino). Véase R. Di Stéfano, H. Sábato, L.A. Romero y J. L. Moreno, *De las cofradías...*, pp. 75-79.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

[12] Véanse L. Gálvez, *Club del Progreso*, p. 19; Jockey Club, *Reglamento Interno*, Buenos Aires, 1897, art. 9, p. 21.

[13] Ibídem.

[14] *La Nación*, 9 de diciembre de 1900.

[15] C. Pellegrini a E. Zeballos, 10 de noviembre de 1899, publicada en *Revista de Derecho Historia y Letras*, IX, XXV, agosto de 1906.

[16] J. Newton y L. Sosa de Newton, *Historia del Jockey Club*, Buenos Aires, Ediciones La Nación, 1966, pp. 57-63.

[17] Citado por R. Müller, *El Jockey Club de la calle Florida,* Buenos Aires, Jockey Club, 1997, p. 18. Esta obra es especialmente significativa para una detallada caracterización del palacio. La extensa correspondencia entre Cané y Pellegrini acerca de la ornamentación y decoración de la sede es también una fuente imprescindible para apreciar los propósitos culturales y estéticos perseguidos. Véase Archivo General de la Nación (AGN), S. VII, Fondo Cané, Leg. 2201 y 2203. Parte de esta correspondencia ha sido publicada –aunque con inexactitudes de lectura y de fechas– por J. Newton y L. Sosa de Newton, *Historia del Jockey*, cap. 5.

[18] *La Nación*, 9 de diciembre de 1900; L. Gálvez, *Club del Progreso*.

[19] Círculo de Armas, *En el centenario de su fundación*, Buenos Aires, 1985. Sobre el duelo como práctica de distinción social, véase S. Gayol, "Duelos, honores, leyes y derechos: Argentina 1887-1923", *Anuario IEHS*, 14, 1999.

[20] Sobre las disposiciones estatutarias del Jockey en lo relativo a la elección de sus autoridades, véase J. Newton y L. Sosa de Newton, *Historia del Jockey Club*, pp. 13-24.

[21] El conflicto puede seguirse a través de la prensa. La reconstrucción desarrollada en las líneas anteriores se sostiene sobre la que dedicó *La Nación* los días 7, 16, 17, 22, 23, 25 y 26 de abril de 1902 (fecha esta última que contiene el veredicto de Pellegrini).

[22] T. Halperín Donghi, "Un nuevo clima de ideas", en *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987, p. 248.

[23] Véase L. De Privitellio, *Vecinos y ciudadanos. Política y sociedad en la Buenos Aires de entreguerras*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2003, p. 146.

[24] *La Nación*, 25 de abril de 1902. A comienzos de abril, antes del estallido del enfrentamiento entre ambos bandos, el semanario *La Mujer* había señalado: "Seguramente que, para el gobierno y los que dependen de su omnímoda voluntad, las elecciones habidas el lunes en el Jockey Club no tienen importancia alguna. No tienen importancia, para ellos, porque se han llevado a cabo con orden y corrección, sin que halla *[sic]* habido necesidad de lamentar los fuertes casos de matufia, a que tan apegados son los oficialistas […] La asamblea del lunes en el Jockey Club, dio una lección a los poderes públicos digna de ser tomada en cuenta; pero no la tomarán seguramente"; *La Mujer*, IV, 10, 3 de abril de 1902.

[25] M. Cané a M. Cané (h.), París, mayo de 1902, AGN, S. VII, Fondo Cané, Leg. 2203.

[26] Los listados completos de las mismas pueden verse en J. Newton y L. Sosa de Newton, *Historia del Jockey,* cap. 11.

[27] Citado por E. Gallo, *Los nombres del poder. Carlos Pellegrini*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1998, p. 21.

[28] M. Herrera Vegas, *De un siglo a otro*, Buenos Aires, Dunken, 2002, p. 73.

[29] Su sobrino Daniel García Mansilla anotó incluso en sus memorias que "hube de sufrir no poco por dos handicaps […]: el ser católico observante y sobrino nieto de Rozas"; D. García Mansilla, *Visto, oído, y recordado*, Buenos Aires, Kraft, 1950, p. 22. Sobre la personalidad de Lucio V. Mansilla, véanse A. Prieto, *La literatura autobiográfica argentina*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1982, pp. 127-157; D. Viñas, *Literatura argentina y realidad política*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1982, pp. 151-193.

[30] Véanse R. Sáenz Hayes, *Miguel Cané*, Buenos Aires, Kraft, 1955, pp. 135-136; B. Montero, *Miguel Cané. Impresiones y recuerdos (de mi diario)*, Buenos Aires, Ricordi, 1929, pp. 181-187; P. Groussac, *Los que pasaban*, Buenos Aires, Taurus, 2001 (1919), pp. 53-137; E. Wilde, *Recuerdos, recuerdos… Entre la niebla,* en *Obras completas. Literarias*, vol. VII, Buenos Aires, 1914. Véanse también las apreciaciones de F. Devoto sobre las memorias de Carlos Ibarguren en este mismo sentido, en su *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2002, pp. 265-266.

[31] *El Diario*, 5 de mayo de 1884.

[32] Diecinueve de los veintiséis legisladores porteños que no obedecieron el traslado a Belgrano de las autoridades nacionales en 1880 eran miembros del Progreso. Véase L. Gálvez, *Club del Progreso*, p. 20.

[33] M. de Vedia a L. Sáenz Peña, s/f, AGN, S. VII, Archivo y Colección los López, Leg. 2409, Doc 7355. Véase también H. Iñigo Carrera, "El Club del Progreso".

[34]A. de Tocqueville, *La democracia en América,* t. I, San José, Universidad Autónoma de Centroamérica, 1986, pp. 186-187.

[35] M. Cané a M. de Vedia, s/f, AGN, S. VII, Fondo Cané, Leg. 2204.

[36] O. Saavedra, "Nuestros políticos", en *Revista Argentina de Ciencias Políticas*, t. X, 1915, pp. 601 y ss.

[37] L. Ayarragaray, *Cuestiones y problemas argentinos contemporáneos*, Buenos Aires, J. Lajouane & Cía., 1930, p. 252. Véase J.N. Matienzo, *El gobierno representativo federal en la República Argentina*, Madrid, América, 1917, pp. 176-177, 320.

[38] J.A. García, *Cuadros y caracteres snobs. Escenas contemporáneas de la vida argentina, Buenos Aires*, Gath & Chaves, 1923, p. 92.

[39] Véase D. Cantón, "El Parlamento argentino en épocas de cambio: 1889-1916-1946", *Desarrollo Económico*, 4, 13, abril-junio de 1964; P. Smith, *Argentina and the Failure of Democracy. Conflict among Political Elites 1904-1955*, University of Wisconsin Press, 1974, pp. 23-40; M. Ferrari, "Las elites políticas provinciales en tiempos de gobiernos radicales. El caso Córdoba (Argentina), 1916-1930", *Anuario IEHS*, 16, 2001; L. Losada, "Distinción y legitimidad", pp. 18-34.

[40] Véase P. Bourdieu, "Campo intelectual y proyecto creador", en AA.VV., *Problemas del estructuralismo*, México, Siglo Veintiuno, 1967.

[41] R. Cárcano, *Mis primeros ochenta años*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1965, p. 212; P. Fernández Lalanne, *Los Alvear*, p. 357.

[42] Véase F. Luna, *Alvear*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999.

[43] Citado por M.R. Oliver, *Mundo, mi casa*, Buenos Aires, Sudamericana, 1970, p. 207.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

[44] Sobre la sociabilidad como canal de construcción de identidades sociales a través de la definición y difusión de prácticas, consumos y conductas, véanse J. Canal i Morell, "El concepto de sociabilidad en la historiografía contemporánea (Francia, Italia y España)", *Siglo XIX*, nueva época, 13, enero-junio de 1993; M. Agulhon, "La sociabilidad como categoría histórica", en AA.VV., *Formas de sociabilidad en Chile 1840-1940*, Santiago de Chile, Fundación Mario Góngora, 1992.

[45] Otro ejemplo en este sentido: el Club del Progreso organizó una comisión para apoyar la candidatura presidencial de Roque Sáenz Peña. Citado por M. A. Cárcano, *Sáenz Peña. La revolución por los comicios*, Buenos Aires, Eudeba, 1977, p. 130, n. 39.

[46] Descripciones sumamente ilustrativas sobre las maneras y conductas distinguidas de los hombres políticos del 900 –entre ellos el propio Pellegrini– pueden encontrarse, entre otros, en P. de Lusarreta, *Cinco dandys porteños*, Buenos Aires, Kraft, 1943; M.A. Cárcano, *El estilo de vida argentino en Paz, Mansilla, González, Roca, Figueroa Alcorta y Sáenz Peña*, Buenos Aires, Eudeba, 1969; J. de Vedia, *Cómo los vi yo*, Buenos Aires, Manuel Gleizer, 1922; C. Ibarguren, *La historia que he vivido*, Buenos Aires, Dictio, 1977.

[47] Véase J.L. de Imaz, *La clase alta de Buenos Aires*, Buenos Aires, Investigaciones y trabajos del Instituto de Sociología, 1959. Esto no implica desconocer matices: estudios recientes han sugerido que las uniones matrimoniales entre provincianos y porteños habrían sido esporádicas, aunque esto no se atribuye exclusiva –ni siquiera principalmente– a asperezas originadas en la política sino a elementos adicionales como el distinto nivel de riqueza entre porteños y provincianos, mayor en los primeros que en los segundos. Véase S. Bower, "Political and Socio-Economic Elites: The Encounter of Provincials with Porteños in Fin-de-Siècle Buenos Aires", *The Americas*, 59, 3, febrero de 2003.

[48] Véase M. Vicuña, *La* belle époque *chilena. Alta sociedad y mujeres de elite en el cambio de siglo*, Santiago de Chile, Sudamericana, 2001, pp. 50-56; J. Needell, *A Tropical* Belle Époque*. Elite Culture and Society in turn-of-the-century Rio de Janeiro*, Cambridge University Press, 1987, pp. 63-77; E. Digby Baltzell, *Philadelphia Gentlemen. The Making of a National Upper Class*, Chicago, Quadrangle Books, 1971, pp. 335-363; A.L. Cardoza, *Aristocrats in Bourgeois Italy. The Piedmontese Nobility, 1861-1930,* Cambridge University Press, 1997, pp 155-161.

[49] J. Myers, "Una revolución", p. 137.

[50] Consecuencia, asimismo, de los señalados cambios de la política en el fin de siglo: la declinación de los "grandes debates" sólo podía constituirla como una configuración de afinidades personales.

[51] Véase C. Wright Mills, *La elite del poder*, México, Fondo de Cultura Económica, 1957, p. 273. En este sentido, sería interesante reflexionar detenidamente, desde la historia política, sobre las posibles implicancias que las relaciones entre sociabilidad y política aquí planteadas podrían haber tenido sobre el período 1916-1930, a la luz de los aportes ofrecidos por miradas renovadoras de la clásica teoría de las elites que han sostenido la estrecha relación entre "arreglos" entre elites y transiciones democráticas exitosas. Véanse M. Burton y J. Highley, "Elite Settlements", *American Sociological Review (ASR)*, 52, junio de 1987; "The Elite Variable in Democratic Transitions and Breakdowns", *ASR*, 54, febrero de 1989; R. Lachmann, "Class Formation without Class Struggle: an Elite Conflict Theory of the Transition to Capitalism", *ASR*, 55, junio de 1990; P. Cammack, "A Critical Assesment of the New Elite Paradigm", *ASR*, 55, 3, junio de 1990; M. Burton, J. Highley y G. Lowell Field, "In Defense of Elite Theory: a Reply to Cammack", *ASR*, 55, 3, junio de 1990.

Liberados de su "Bastilla": saenzpeñismo, reformismo electoral y fragmentación de la elite política en torno al Centenario

*Martín O. Castro**

Una mentalidad de balance parecía guiar al menos a parte de los elencos dirigentes en la Argentina del Centenario, oscilando entre el optimismo por los logros de una elite que había contribuido a la realización de la unidad nacional y de una relativa estabilidad política, y la percepción de un régimen político asediado por los vicios oligárquicos. En 1910 poco o nada quedaba del formidable entramado político levantado en torno al Partido Autonomista Nacional (PAN), y las escisiones internas contribuían a la inestabilidad política y asumían la forma de una persistente fragmentación de la clase gobernante. Este trabajo aspira a contribuir a la comprensión de los años finales del orden conservador a partir de un análisis del proceso de constitución de la coalición antirroquista diseñada para instalar la candidatura reformista de Roque Sáenz Peña. En un escenario político caracterizado por una gran fluidez y volatilidad de los alineamientos políticos, la candidatura saenzpeñista lograría congregar a un vasto abanico de facciones que competían en sus críticas al ordenamiento político del país encarnado en la figura del general Julio Argentino Roca. En un régimen en el cual sectores importantes de las elites provinciales y de los representantes en los cuerpos legislativos nacionales expresarían sus temores frente a la apertura de un "proceso de institucionalización de la incertidumbre" y a una renovación del sistema político que diera forma a un acceso a posiciones de poder a facciones marginadas de la elite política, las posibilidades de un acuerdo intraelite que condujera a una apertura consensuada del régimen político se reducían y la irreductibilidad de los conflictos facciosos podía brindar, paradójicamente, una coyuntura favorable al proceso de reforma electoral.[1] De manera indirecta este trabajo se propone contribuir al debate en torno a la reforma electoral de 1912 a partir del análisis de la relación construida entre Roque Sáenz Peña, facciones políticas, sectores de la elite social e intelectuales nacionalistas cercanos al Partido Autonomista pellegrinista que combinaban una preocupación por el desmantelamiento de la maquinaria política roquista y por las consecuencias no deseadas del proceso de modernización, entre las que consideraban incluidas una creciente conflictividad social y el denominado "cosmopolitismo". La correspondencia de Roque Sáenz Peña con sus amigos personales y políticos testimonia la importancia que la campaña electoral de 1909-1910 asumió para sectores de la elite porteña, situación que se articularía con diversos proyectos políticos que desde diferentes sectores del espectro faccioso o desde las clases propietarias propugnaban por una reformulación de las relaciones entre Estado y sociedad y por una erosión de la autonomía de las máquinas electorales. Se pretende avanzar, en es-

* CONICET-Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. E. Ravignani".

Entrepasados - Nº 31, comienzos de 2007: 97-114
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

te sentido, en la comprensión de la percepción que sectores opositores de la elite política tenían con respecto al roquismo y su relación con una crítica del régimen político que adquiría no sólo las formas de una crítica moral (la oligarquización de la vida política) sino que recuperaba también antiguas rivalidades regionales.

De los márgenes al centro: la Unión Nacional y el reformismo saenzpeñista

Para aquellos publicistas y miembros de los elencos dirigentes que, abrevando en las fuentes de un cierto regeneracionismo político, dejaban expuestos los signos de una oligarquización de la vida política, la "restauración" de los principios de la representación política debía darse en consonancia con una ruptura del aislacionismo de las instituciones estatales que restableciera la relación armónica entre la sociedad civil y las instituciones políticas.[2] En 1910, el desmantelamiento de la maquinaria política roquista y los mecanismos de control de la sucesión presidencial ejercidos por el gobierno central colaborarían en encolumnar a una clase política vacilante detrás de la candidatura reformista de Roque Sáenz Peña. Está claro, sin embargo, que lo que la transformación saenzpeñista podía significar para el destino de la república oligárquica encontraría diversas interpretaciones entre aquellos que ingresaban en la amplia coalición construida para apoyar la candidatura del diplomático argentino. Desde la perspectiva de Sáenz Peña, la reforma electoral no constituía una respuesta directa a una presión desde la sociedad sino un instrumento de superación de las prácticas políticas *roquistas*. En efecto, Sáenz Peña interpretaba a la Argentina del Centenario como la coyuntura adecuada para llevar adelante un proceso de reforma electoral sin el riesgo de enfrentar a una amenaza social que condicionara las formas y los tiempos de la apertura política.[3] Por otra parte, el impulsor de la reforma electoral de 1912 enfatizaba el rol de las elecciones libres en la terminación de un sistema de hegemonía gubernamental basado en el control de la sucesión, sin que ello significara una excesiva preocupación por la incertidumbre generada con su erradicación: "Destruyamos el régimen caiga quien caiga y votemos libremente triunfe quien triunfe".[4] En este sentido, puede afirmarse que el programa *saenzpeñista* de reforma política buscaba erosionar la base del sistema político *roquista* y recapturar esos mecanismos de gobierno (como las elecciones y el sistema burocrático) que habían sido "canibalizados" por la figura central de tal sistema –el caudillo– y sus seguidores.[5]

La constatación de la existencia de una sociedad que había recorrido un trayecto de transformaciones profundas instalaba entre miembros de la burocracia estatal, intelectuales y parte de la elite política la preocupación por recuperar las instituciones estatales de la república oligárquica, de forma que éstas estuvieran en condiciones de afrontar cuestiones más ambiciosas que la conservación y la administración cotidiana del poder.[6] En este sentido, y en el contexto de una sociedad que había pasado por profundas transformaciones –que incluían la inmigración masiva–, algunos exponentes de la elite política consideraban que una reforma de la legislación electoral podía también jugar un papel central en un proceso de "nacionalización de las masas" que buscara forjar una conciencia nacional que diera coherencia a una sociedad fragmentada.[7] Puede argumentarse, entonces, que para Sáenz Peña la reforma electoral debía apuntar, por un lado, a contribuir a resolver la cuestión nacional y, por el otro, a llevar adelante fundamentales transformaciones en el sistema político: el fin de las prácticas políticas fraudulentas, la construcción de un electorado y la conformación de una nueva elite política, o, al menos, la transformación de la vieja elite política a través de la inclusión de aquellos que habían sido marginados durante la era roquista.

Aunque los políticos antirroquistas podían diferir en sus concepciones sobre qué significaría la renovación del sistema político, estas discrepancias se verían neutralizadas hasta el comienzo del gobierno de Sáenz Peña gracias a un común antirroquismo. Una potencial destrucción del orden roquista podía dar lugar a una mayor circulación de las elites políticas y ciertamente ofrecer acceso a la estructura burocrática del Estado en beneficio de aquellos que habían sido empujados hacia los márgenes de la escena política. En efecto, un éxito electoral de Sáenz Peña (de quien sus amigos políticos afirmaban que representaba "un símbolo contra Roca y las oligarquías")[8] en las elecciones presidenciales de 1910 podía adquirir las formas de un regreso a los primeros planos de la vida política nacional para aquellos miembros de las elites políticas y sociales que habían permanecido alejados de los mecanismos de gobierno desde la década de 1890. De acuerdo con Sáenz Peña, el sistema político establecido en los años 80 del siglo XIX había provocado el ascenso de los "políticos profesionales" y una división evidente entre los beneficiarios de aquel sistema y aquellos "proscriptos, […] abstenidos, porque los fariseos habían triunfado y crearon la industria política, desconocida hasta entonces".

Con todo, las prácticas políticas de aquellos "profesionales de la política" tenían, en la visión de Sáenz Peña, consecuencias que iban más allá de las fronteras de la arena política e impactaban en los mecanismos de distinción establecidos entre una elite política y social y el resto de la sociedad, al inducir el fin de una jerarquía social y política. En la interpretación de Sáenz Peña, la lucha contra el roquismo era comprendida como una lucha política contra un régimen que había provocado que "la jerarquía política y social se [confundiera] bajo una mano torpe que plasmó su capricho sobre una masa informe".[9] La descripción que Sáenz Peña brinda de los cambios introducidos por el roquismo puede parecer esquemática, exagerada o inducirnos a creer en la existencia de una cierta "aristocracia" (categoría social en todo caso "construida" y no heredada)[10] que habría sobrevivido a un período de modernización sin experimentar cambios fundamentales en su conformación. Sin embargo, más allá de la heterogeneidad de los sectores altos porteños, tiene la virtud de reflejar un contraste apreciable para los actores del período y, en este sentido, refleja las percepciones que tenían los opositores políticos sobre las consecuencias negativas (políticas y sociales) producidas por el éxito del experimento político del grupo gobernante surgido en 1880.[11]

La carrera pública de Sáenz Peña había combinado –en dosis no necesariamente similares– la diplomacia y la política. Miembro reconocido de la elite política y social porteña y amigo personal de Carlos Pellegrini, Sáenz Peña construyó una trayectoria política desigual con posterioridad al fracaso de la candidatura "modernista" de 1892, marcada fundamentalmente por su antirroquismo y la cercanía al autonomismo pellegrinista, trayectoria que se vería favorecida por la crisis interna del PAN y el crecimiento de la Coalición Popular posterior a

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

las elecciones de 1906. Ese crecimiento de la figura de Sáenz Peña en el cambio de siglo dejaría, sin embargo, entrever una personalidad política más proclive a la, en palabras de su amigo y socio Carlos Pellegrini, "actuación [...] algo ideal y romántica" que a los aspectos más prácticos de la política criolla contrapuestos a la atracción sentida por Sáenz Peña hacia la política de "tertulias".[12]

La fragmentación del Partido Nacional y las dificultades en conformar "ligas de gobernadores" que sustentaran las aspiraciones de candidatos "alternativos" a la figura del diplomático antirroquista abonaban un escenario político en el cual la influencia del gobierno central (ejercida a través de delegados como Vicente Peña y Justiniano Posse) sería decisiva a la hora de garantizar el control de la sucesión.[13] En este sentido, si bien las facciones antirroquistas y los notables porteños tuvieron en junio de 1909 un papel central en la conformación y el diseño de una Unión Nacional que intentaría una penetración territorial en el interior,[14] los gobernadores provinciales se reservaron un rol decisivo al ejercer un control sobre el voto de los colegios electorales necesarios para asegurar la elección de Sáenz Peña. Como Natalio Botana ha señalado, la Unión Nacional, de manera similar al PAN, se convirtió en un vehículo eficaz para conectar las elites locales y los gobiernos provinciales bajo la protección del gobierno nacional, aun cuando esta vez la coalición saenzpeñista se presentara como exponente de un proyecto reformista.[15] Con todo, para los políticos autonomistas y miembros de la elite social porteña, el fin del roquismo y la campaña política de 1909-1910 también adquirieron un significado particular que revelaba tradicionales rivalidades regionales y significaba una revancha política para sectores de las familias tradicionales porteñas que se habían manifestado reticentes a aceptar el orden roquista y que, en algunos casos, habían apoyado la experiencia *modernista* de comienzos de la década de 1890. En palabras de Juan Balestra: "Sus amigos, y especialmente los de aquellos tiempos, estamos en pleno año 92: a solas nos estrechamos fuertes las manos, [...] la candidatura de Roque se afianza, crece... La vieja y raleada sociedad porteña parece sacudir sus perezas para aclamar a uno de los suyos".[16]

La naturaleza y la estructura de la coalición formada para apoyar la candidatura de Sáenz Peña eran considerablemente diferentes de lo que Sáenz Peña había caracterizado como partidos políticos "orgánicos" e "impersonales". En efecto, la Unión Nacional se presentaba como una laxa coalición que comprendía a notables de la ciudad y la provincia de Buenos Aires, partidos políticos provinciales en el gobierno y de oposición, y caudillos políticos porteños.[17] Heterogénea alianza de una variedad de grupos antirroquistas, en parte representaba el regreso al escenario político de figuras que habían quedado marginadas durante la era del predominio roquista. Por otra parte, sectores de la elite social representados en el Jockey Club y el Club del Progreso también parecían simpatizar con la candidatura de Sáenz Peña: "Se dice que todo el Jockey Club es *saenzpeñista* y que en el Progreso se presentaría un mundo de socios (a reemplazar otro mundo que se ha ido) porque se afirma desde ya que en el salón del primer piso será donde se estrene la banda".[18] Quizá esta referencia a un posible favoritismo entre la masa societaria de este último club no sorprenda toda vez que había sido el mismo candidato presidencial quien, desde su rol como presidente de este ámbito de sociabilidad, había procurado en el cambio de siglo introducir transformaciones en el modelo institucional que lo acercaran al perfil del Jockey Club o del Círculo de Armas, "los dos centros donde todas las conversaciones y comentarios refluyen a última hora".[19]

Se ha señalado en un trabajo reciente que, en los años finales del siglo XIX y comienzos del XX, estos clubes se estructuraron principalmente en torno a "criterios más propiamente privados" y "definitorios de una determinada posición social".[20] Con todo, estos ámbitos de sociabilidad de la clase alta porteña también podían verse cruzados por conflictos provenientes del fragor preelectoral o, por el contrario, los ejes del conflicto recorrer el camino inverso, es decir de los clubes hacia el escenario político. Así, por ejemplo, en 1910 el diario *La Razón* podía especular sobre las disminuidas posibilidades de Ezequiel Ramos Mexía de incorporarse al gabinete de Sáenz Peña a partir de una derrota sufrida en el Jockey Club, pese a contar aquél con el apoyo del entonces presidente José Figueroa Alcorta y ser, de acuerdo con el representante británico en Buenos Aires, "popular at the Jockey Club".[21] Discursos electorales excesivamente ásperos hacia la figura presidencial podían, en ocasiones, provocar conflictos institucionales entre estos centros de sociabilidad y el gobierno nacional.[22] Socios y directivos ciertamente podían no coincidir en sus preferencias políticas, toda vez que los clubes procuraban, de acuerdo con el análisis de Leandro Losada, precisamente evitar un alineamiento político.

Con todo, es importante señalar los esfuerzos invertidos por Sáenz Peña (y el núcleo íntimo saenzpeñista) en subrayar no sólo la aducida cercanía entre el proyecto reformista de la Unión Nacional y la elite social porteña sino también las implicancias que la consecución de aquél podría representar en términos de relación entre Estado y sociedad. La misma trayectoria de Sáenz Peña, sus relaciones personales y políticas (miembro expectable del autonomismo pellegrinista y figura reconocida en los cenáculos del diario *La Prensa*) y el tiempo transcurrido al frente de un club de fuerte impronta porteña como el del Progreso contribuían a reforzar el argumento saenzpeñista de la cercanía entre el proyecto encarnado por aquél y los "hombres representativos" de la sociedad porteña. En este sentido (de respuesta al divorcio surgido entre la sociedad y el Estado y una forma de recapturar los mecanismos de gobierno de las manos de los "profesionales de la política") Sáenz Peña argumentaba a favor de la incorporación de una serie de actores (estudiantes, el "partido católico", empresarios nacionales y aquellos que portaban "apellidos de tradición respetable") a la coalición antirroquista.[23]

El modelo de funcionamiento que Sáenz Peña preveía para la Unión Nacional reconocía un rol de liderazgo para los llamados "independientes" o miembros del "gremio conservador", aquellos que constituían una "jerarquía social y política".[24] En mayo de 1908, antes de su nominación como candidato presidencial, Sáenz Peña ya se había mostrado favorable a conformar un partido político que, integrado por "hombres representativos" y apoyado en la opinión publica, contribuyera a sostener al gobierno de Figueroa Alcorta. Con todo, el representante argentino en Roma dudaba sobre el curso de acción que se debía adoptar durante la campaña presidencial, fluctuando entre un proyecto que situaba al Partido Autonomista[25] en el centro de la coalición o, por el contrario, dar forma a una nueva estructura política a la que se sumaran los políticos autonomistas. En cualquier caso, Sáenz Peña argumentaba, era cla-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ro quiénes debían estar en el nuevo partido: aquellos que habían sido excluidos de la arena política por el predominio político de Roca, aquellos "hombres de valor y carácter que se han acostumbrado a la obscuridad y a quienes hay que sacarlos de su bastilla".[26]

Si bien Sáenz Peña creía que la formación de partidos políticos "orgánicos" era esencial, consideraba con todo que los diversos partidos provinciales y las facciones que apoyaban su candidatura debían adoptar una, paradójicamente, estructura no partidista: "Desde luego el movimiento debe ser impartidista y sobre el punto no debe haber vacilaciones porque en el me atribuyo voz y voto; pero si no son los partidos ¿quiénes serán? Se me habló […] de una reunión independiente a la que se convocarían personalidades respetables". Sáenz Peña claramente buscaba evitar depender de los partidos establecidos como su principal sostén para la campaña electoral y sumar a aquellas "personalidades respetables" a los equipos de campaña. Esta estrategia naturalmente dejaba perplejos a los caudillos autonomistas y figueroístas. Sáenz Peña impulsaba una estrategia política que parecía subestimar la importancia de contar con el apoyo de un gobierno central que ejerciera presión sobre los gobernadores a fin de facilitar el resultado electoral deseado: "La duda ha motivado la presunción de que puede negarse Ud. a aceptar una cooperación eficaz, [...] del presidente […] se teme que Ud. perjudique el éxito no aceptando esa cooperación".[27] Los máximos dirigentes autonomistas, entre ellos Juan Balestra, admitían, con todo, la posición subordinada a la que serían destinados en la construcción del entramado político destinado a apoyar la candidatura saenzpeñista.[28] En efecto, la Unión Nacional sería lanzada con una reunión de notables relativamente alejados de los conflictos intraoligárquicos ("selecta asamblea de treinta hombres espectables, alejados de la cocina política"),[29] en una decisión que respetaba la idea de Sáenz Peña de establecer un movimiento político que se distanciara de los partidos políticos tradicionales. En este sentido, el nombramiento de Ricardo Lavalle, sobrino del general Juan Lavalle y rico estanciero de la provincia de Buenos Aires, en la conducción de la coalición parecía confirmar una predisposición en Sáenz Peña de construir una agrupación política sobre lineamientos diferentes a los de las máquinas políticas tradicionales.[30]

La Unión Nacional establecería una red de comités y juntas a lo largo del país en un intento por conciliar las diferencias y rivalidades existentes entre los grupos heterogéneos que apoyaban la candidatura de Sáenz Peña.[31] Sin embargo, el proceso de construcción de esta coalición no se haría sin encontrar resistencias entre políticos provinciales que se resistían a confirmar la desaparición del antiguo Partido Nacional (y favorecían en cambio la formación de un partido depurado de su tradición roquista) e interpretaban que una Unión Nacional basada en Buenos Aires bajo el liderazgo de notables porteños alejados de "las agitaciones de la política ardiente" sólo contribuiría a exacerbar las tensiones regionales y a "destruir un elemento de gobierno tan eficiente como fue […] el partido nacional, para sustituirlo con qué?".[32] La inclusión de Benito Villanueva en la coalición, la lucha intestina en el comité porteño y la determinación de algunos amigos políticos de Figueroa Alcorta de lograr su reelección en las próximas elecciones agregarían nuevos motivos de conflicto a la aglomeración de facciones antirroquistas y políticos en disponibilidad que buscaban el acceso a posiciones de poder en un eventual orden posroquista.[33]

Tanto la formación de la Unión Nacional como la presidencia de Figueroa Alcorta representaron para muchos una oportunidad de regreso a la política bajo la protección de la etiqueta de un amplio antirroquismo. Antiguos juaristas como Ramón J. Cárcano, que habían sido condenados a un ostracismo político desde la revolución de 1890, se unieron al Partido Autonomista y apoyaron la candidatura de Sáenz Peña.[34] En el último período de la presidencia de Figueroa Alcorta, estos recién llegados al movimiento saenzpeñista, gracias a su antirroquismo y su apoyo a Sáenz Peña, serían designados en cargos en las administraciones provinciales y nacional, en parte para preparar la transición entre las dos presidencias.[35] No es, por lo tanto, sorprendente que cuando, en diciembre de 1908, Sáenz Peña solicitara a Paul Groussac la redacción de un panfleto en defensa de su candidatura –respondiendo a los cargos hechos por quienes lo acusaban de favorecer una agresiva política exterior contra los países vecinos– el ensayo definitivo incluyera una defensa contra el cargo de juarismo, cargo rápidamente desestimado sobre la base del corto período en el que Sáenz Peña se había desempeñado en el gobierno de Miguel Juárez Celman.[36] Por otra parte, la decisión de Sáenz Peña de incluir en la Unión Nacional a los católicos, otro de los grupos que aquél consideraba debían ser liberados de su "Bastilla", daba lugar a una polémica dentro y fuera de la coalición que tenía como eje articulador la validez de la permanencia de la tradición liberal y secular de la elite política argentina puesta en discusión, se argumentaba, con la presencia de los notables católicos en posiciones relevantes del equipo de campaña. En este sentido, como hemos sugerido en otro lugar, la desintegración del orden roquista y la formación de la coalición saenzpeñista favorecían el regreso de miembros del "partido católico" al primer plano de la vida política, si bien estos notables católicos eran bienvenidos en la coalición no como expresión de un partido político determinado sino en su condición de "hombres de probidad […] perseguidos por el General Roca" y que, consecuentemente, podían demostrar una evidente trayectoria antirroquista. En este contexto se explica la presencia de Joaquín Cullen, presidente de la Unión Patriótica (partido de inspiración católica) y cabeza de la Asociación Católica de Buenos Aires, y de Emilio Lamarca (fundador de la Liga Social Argentina, una de las expresiones del catolicismo social) entre aquellos invitados a los encuentros preparatorios a la formación definitiva de la Unión Nacional.[37] En este sentido, como otros políticos antirroquistas, los notables católicos buscarían en la Unión Nacional un instrumento para terminar con un sistema político que había conducido al ostracismo político de aquellos opuestos al predominio de Roca. De manera similar a otros grupos opositores en la política provincial, los católicos apoyarían el programa saenzpeñista, con la esperanza de que los cambios propuestos en la legislación electoral pudieran erosionar el control electoral ejercido por las oligarquías provinciales y destruir, en palabras de quien sería ministro del Interior de Sáenz Peña y arquitecto de la reforma electoral, el "caudillaje y el espíritu de facción".[38]

Intelectuales: la cuestión nacional y el programa saenzpeñista

En los discursos y la correspondencia de Sáenz Peña entre 1908 y 1909 se percibe tanto una preocupación constante por lo que entendía eran las consecuencias negativas del

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

"cosmopolitismo" sobre la sociedad argentina como una búsqueda de respuesta a los problemas planteados por la supuesta existencia de un frágil "carácter" nacional. Con anterioridad, las cuestiones de la "defensa nacional" habían atraído el interés de Sáenz Peña, como se constata en su participación en la Liga Patriótica Argentina junto a otros amigos personales y políticos que posteriormente formarían parte de su gobierno.[39] Puede argumentarse que la centralidad de la cuestión nacional en el programa político saenzpeñista y el interés de Sáenz Peña en la política exterior argentina se encontraban estrechamente conectados. En efecto, no parece una casualidad que Sáenz Peña dedicara la primera parte de su programa de gobierno en 1909 a desarrollar sus ideas sobre política exterior y a señalar la importancia de la modernización de las Fuerzas Armadas como forma de garantizar la "defensa nacional". Sáenz Peña, al igual que otros políticos cercanos al diario *La Prensa*, había manifestado su apoyo a campañas a favor de una política exterior más agresiva en el espacio sudamericano argumentando que el progreso constante de la sociedad argentina requería de un mejoramiento constante de las defensas de la nación.[40] Sáenz Peña, quien compartía una posición similar sobre los armamentos a la sostenida por Estanislao Zeballos,[41] había cultivado una relación estrecha con Adolfo Dávila –director de *La Prensa*– "después de varios años de tertulia en el Club del Progreso" y coincidía con varios de los supuestos que, sobre política exterior, favorecía aquel diario.[42] En un principio el posible acceso de Sáenz Peña a la presidencia había contado con la aprobación de este periódico basada en un común antirroquismo y en la presunción de que el entonces diplomático adoptaría políticas similares a las propuestas por la línea editorial del diario. En efecto, Dávila consideraba en 1909 que la perspectiva de una presidencia saenzpeñista "caballeresca, principista, verídica, y antirroquista, lisonja[ba] al espíritu público".[43]

Sin embargo, como candidato presidencial Sáenz Peña se esforzaría en disipar los temores surgidos entre sectores de la elite política argentina y en los países vecinos sobre la posibilidad de brindar su apoyo a una política exterior belicosa en caso de resultar electo.[44] Frente a las críticas de los *roquistas* (y en un contexto de campaña electoral) los amigos políticos de Sáenz Peña intentarían diferenciarse de las posiciones más extremas, como las encarnadas por Estanislao Zeballos, ex ministro de Relaciones Exteriores de Figueroa Alcorta.[45] Se percibe, entonces, cómo *La Prensa*, que había simpatizado y hasta apoyado a Sáenz Peña en los primeros tiempos de su candidatura presidencial, se convirtió en un crítico persistente de su programa político, debido a la moderación del candidato en política exterior. Sáenz Peña intentaría revertir esta posición de aislamiento con respecto a los dos diarios porteños más importantes mediante la cooptación de otras hojas periodísticas y de la transformación de algunas de ellas en voceros del proyecto saenzpeñista.[46]

Aunque Sáenz Peña rechazaba una política exterior nacionalista belicosa y extrema, se manifestaba a favor de una política de "defensa nacional" y expresaba su preocupación por la debilidad interna que las compañías extranjeras y la inmigración podían provocar en la situación relativa argentina: "Los gobiernos europeos están mostrando tendencias de protección a lo que ellos denominan sus colonias en América".[47] Se percibe cómo, en la concepción de Sáenz Peña, tanto la política exterior como una política dirigida a formar ciudadanos argentinos podían contribuir a fortalecer al Estado argentino. Como Tulio Halperín Donghi ha señalado, un Estado con mayor capacidad para llevar adelante sus políticas en el escenario nacional e internacional requería una base política más amplia que la provista por pequeñas clientelas manipuladas por máquinas políticas en manos de una variedad de facciones.[48]

Se puede argumentar que una reforma electoral podría traer nueva vida a la política oligárquica y transformar una variedad de grupos conservadores envueltos en una lucha facciosa en un único partido político organizado y moderno requerido para esta "regeneración del Estado". Por otra parte, la reforma electoral y la cuestión nacional formaban un único entramado en el programa político de Sáenz Peña presentado en agosto de 1909, en cual éste proponía tres principales herramientas para solucionar la cuestión nacional: la educación publica, la conscripción militar y el voto obligatorio.[49] Lejos de ser componentes originales del programa saenzpeñista, los dos primeros ítems, escuelas y barracas militares, habían formado parte de otros ejemplos de procesos de construcción del Estado-nación.[50] Quizá la "originalidad" de Sáenz Peña descansa en su insistencia en que estos tres diferentes medios debían integrarse en un único programa. Buscaba, de esta manera, "reforzar" la identidad nacional y "defender" a la población argentina nativa contra la influencia negativa de la inmigración. Antes que integrar a los inmigrantes a la sociedad y el Estado argentino, el programa saenzpeñista intentaba "argentinizar" a los hijos de los inmigrantes y fortalecer la posición de la población nativa en la sociedad: "Antes de cinco lustros, si nuestra prosperidad sigue su vértigo, el elemento nativo va a quedar en minoría: tratemos de que no quede en inferioridad".[51]

No parece ser hasta el manifiesto político de agosto de 1909 cuando Sáenz Peña incorporaría en un único programa (o al menos lo haría público) su preocupación sobre la necesidad de reforzar la identidad nacional y su compromiso en "recapturar" el aparato del Estado de las manos de los caudillos políticos roquistas. Esta segunda parte de su programa, descripta en una carta a Ezequiel Ramos Mejía aproximadamente un año antes, incluía la erradicación de las prácticas políticas no transparentes –que distorsionaban el voto libre– y la "creación" y movilización de los votantes.[52] En este sentido, para Sáenz Peña una elite política renovada se encontraría en condiciones de impulsar iniciativas encaminadas a la construcción del Estado y de la nación a través de una firme política exterior, una educación nacionalista, el servicio militar obligatorio y el voto obligatorio.

Cuando en 1909 Ricardo Rojas publicó *La restauración nacionalista* sobre el uso de la historia como cerramiento para la educación cívica y patriótica, Sáenz Peña dio la bienvenida a su propuesta a favor de un nacionalismo secular, republicano y democrático. La peculiar articulación que el proyecto político saenzpeñista entreveía entre el establecimiento del voto obligatorio –interpretado como una escuela de ciudadanía–, el fomento de la educación pública y el servicio militar obligatorio, como parte de un único programa que buscaba "argentinizar" la sociedad, contribuía a dar consistencia a los vínculos entre los intelectuales nacionalistas y el saenzpeñismo.[53] Un número de intelectuales y políticos (entre ellos Indalecio Gómez, José María Ramos Mejía, Lucas Ayarragaray y Carlos Ibarguren), quienes compar-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tían una preocupación similar por las consecuencias del proceso inmigratorio y señalaban la importancia de la reforma del sistema escolar y de la reforma política como herramientas para integrar a los inmigrantes (y a los hijos de los inmigrantes), participaban de la iniciativa saenzpeñista. Lucas Ayarragaray, quien en 1896 había asumido un rol activo en el debate parlamentario acerca del uso del castellano en las escuelas y había criticado las consecuencias negativas del "cosmopolitismo", también estaría entre quienes apoyarían la candidatura de Roque Sáenz Peña a la presidencia y, aunque cauteloso en cuanto a los beneficios de una reforma electoral, en 1909 enviaría una propuesta de reforma a Sáenz Peña que recuperaba su proyecto presentado ante el Congreso en 1908[54] y contemplaba el establecimiento del registro militar como padrón electoral y la introducción del voto acumulativo, entendido como "un sistema de transición entre lo antiguo y lo nuevo".[55]

A comienzos de la década de 1880, algunos miembros de la elite política habían comenzado a observar cómo la sociedad urbana deferente se constituía en una reliquia del pasado. Por otra parte, se advierte cómo en el cambio de siglo sectores de esa elite pasaban a percibir a la clase obrera como una amenaza potencial hacia el orden social. Este análisis también implicaba una nueva percepción sobre el rol que los inmigrantes jugaban en la sociedad argentina, según la cual la influencia corruptora de la inmigración era responsable de una supuesta carencia de disciplina social y promovía el conflicto social y el materialismo que minaba las viejas tradiciones de la sociedad argentina.[56] Esta visión estimulaba hasta cierto punto reacciones xenófobas durante el Centenario y producía argumentos a favor de leyes represivas (la Ley de Residencia de 1902 y la Ley de Defensa Social de 1910) dirigidas en contra del creciente activismo sindical, aun cuando simultáneamente algunos miembros de los grupos dirigentes y reformadores dentro de la burocracia apoyaran la reforma social como una herramienta legítima para resolver la denominada "cuestión social".[57]

La cuestión de cómo integrar al masivo número de inmigrantes dentro de la sociedad argentina y de cómo reducir el impacto del "cosmopolitismo" constituyó el centro del debate político e intelectual del cambio de siglo. Por otra parte, aquellos que en estos primeros años del siglo XX buscaban en las nuevas ciencias humanas la clave para comprender (y ejercer una influencia sobre) el desarrollo social, no parecían descubrir signos demasiado alentadores que dejaran entrever la presencia de un pueblo preparado para el funcionamiento de una democracia representativa.[58] Este escepticismo mayor o menor también podía constatarse entre aquellos miembros del grupo renovador saenzpeñista, aunque en este caso consideraran que una serie de recetas sociales y educativas podían contribuir a resolver dos problemas relacionados para el saenzpeñismo: la nacionalidad y la regeneración del sistema político. Lucas Ayarragaray, por ejemplo, preocupado por encontrar una explicación a la "constitución caudillesca del poder" se encontraba lejos de considerar al sufragio universal en sí mismo un instrumento que diera sustento y origen a la "civilización política".[59] Con todo, y pese a considerar que sólo una minoría del pueblo se encontraba en condiciones de llevar a cabo la renovación política (si se recurría a la ingeniería electoral adecuada, es decir, el voto acumulativo) comprometía su voto para la lista incompleta, y figuraba entre los comisionados encargados de supervisar los primeros experimentos políticos bajo la nueva ley electoral.[60]

La correspondencia entre Sáenz Peña y Ramos Mejía (amigo personal y político del candidato presidencial) también testimonia las vinculaciones entre el programa saenzpeñista y las ideas de intelectuales motivados por similares metas políticas (la terminación del roquismo y el caudillismo y la renovación de la política argentina) y que compartían una preocupación común sobre la "cuestión nacional". Intelectual positivista, pionero en medicina (especialmente en psiquiatría), fundador de la Asistencia Pública, el Departamento de Higiene y de la cátedra de neuropatología, presidente del Consejo Nacional de Educación, Ramos Mejía tomaría parte activa en la coalición saenzpeñista.[61]

Sáenz Peña y Ramos Mejía compartían similares opiniones sobre la importancia de un sistema nacional de educación en la formación de la identidad nacional. También compartían un decidido antirroquismo. Como Sáenz Peña, Ramos Mejía creía que una campaña contra la influencia de Roca en la política argentina no podía ser solamente un ataque personal contra el ex presidente. Para Ramos Mejía, Roca era –como otros caudillos nacionales latinoamericanos como Antonio Guzmán Blanco y Mariano Melgarejo– la personificación de un sistema político. De manera opuesta a los "hombres representativos" descritos por Ralph Emerson, Ramos Mejía consideraba que los caudillos sudamericanos eran "personificaciones inferiores" que tenían "la peculiaridad psicológica de no representar sino sistemas propios de nutrición, sensuales aspiraciones de bienestar sin un ideal en el fondo".[62] El presidente del Consejo Nacional de Educación sugería que Roca había perseguido un programa basado únicamente en logros de tipo material: "ferrocarriles que vienen solos, puentes, buenas cosechas […] calles bien empedradas, bajo interés del dinero",[63] pero que había carecido de un "programa moral" dado que Roca no había adquirido "esa asociación de perfeccionamiento, el alma y la vida del espíritu, según la frase de Hipólito Taine". De acuerdo con Ramos Mejía, quien reafirmaba su fe en el programa de los gobiernos nacionales que habían regido los destinos del país entre 1862 y 1880, era esa carencia de un programa moral el vacío que debía ser llenado por Sáenz Peña. Éste debía perseguir el "ideal civilizador" representado por Domingo F. Sarmiento, Nicolás Avellaneda y, hasta cierto punto, Bartolomé Mitre. Ramos Mejía, por otra parte, subrayaba la virtud de un sistema político diseñado para "repúblicas adolescentes" –la Constitución nacional constituía el fundamento de este programa– y caracterizado por el rol central del presidente. Sáenz Peña debía buscar "el restablecimiento del ideal civilizador de antaño […] por que así lo imponen […] los sucesos y la mala educación de estas repúblicas, […] pero constitucional, […] hasta donde lo consiente la institución presidencial que es un providencial despotismo, consagrado por la misma ley fundamental". Por lo tanto, Ramos Mejía se mantenía escéptico sobre la situación de las masas argentinas de manera similar a como lo había expresado en 1899: la clase política debía seguir el ejemplo de Pellegrini, quien había sido un "incrédulo de los prodigios de las turbas como elemento de gobierno".[64] Esta concepción llevaba a Ramos Mejía a aconsejar a Sáenz Peña que evitara cualquier tentación de rendirse a "candores y lirismos que huelen a tonteras". Sus recomendaciones eran similares a la forma en que había detallado las virtudes políticas de Pellegrini en su ensayo de 1899: el candidato presidencial tenía que encarnar el "despotismo presidencial", lo cual significaba ejercitar un tutelaje político sobre las masas y –dado que Ra-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

mos Mejía interpretaba a la sociedad como un organismo social– lanzar una campaña de higiene contra "la contaminación moral de la microbiología política y administrativa".[65] Sin embargo, aunque sus cartas a Sáenz Peña muestran la preocupación de Ramos Mejía sobre las limitaciones de la cultura política argentina y el atraso tanto de las multitudes argentinas como de su elite política, su desempeño al frente del Consejo Nacional de Educación demostraba su creencia en la educación pública como un elemento crucial en el proceso de nacionalización de las masas.

Sáenz Peña coincidía con Ramos Mejía en este aspecto y creía que las campañas patrióticas en las escuelas eran armas decisivas contra el "cosmopolitismo" que podían eventualmente ayudar a forjar a los argentinos: "Asisto desde aquí a tu viril campaña educacionista [...] tengo que felicitarte por tu patriótico empeño. Necesitamos formar muchachos argentinos y no hacer un extranjero del que ha nacido en nuestro suelo".[66] Se advierte, por otra parte, en esta correspondencia epistolar, cómo para Sáenz Peña la cuestión nacional involucraba tanto el rol de los inmigrantes en la sociedad argentina como la importancia adquirida por las compañías extranjeras en la economía nacional. Si las campañas patrióticas debían contribuir al predominio de la "raza argentina" sobre la "confusión" de otras "razas", esta tarea adquiría incluso mayor urgencia en el contexto de una economía que, en la visión de Sáenz Peña, se encontraba cada vez más controlada por extranjeros.[67]

Similares argumentos habían llevado a Sáenz Peña a promover la participación de miembros del "comercio" en la coalición que planeaba deshacerse del roquismo, desde el momento en que "las empresas nacionales deben ser impulsadas a una participación en el sentido del orden y en defensa de los gérmenes anárquicos que pueden perturbar al país". Más que cualquier proteccionismo económico, el candidato antirroquista propiciaba la inclusión de empresarios "nacionales" en la coalición y promovía su participación en la política nacional entendida como un puente entre la sociedad y el Estado. Tal intervención, junto con la práctica del sufragio libre, contribuiría a una disminución de la influencia del roquismo y de los caudillos locales. Antes de Sáenz Peña, ya otros políticos e intelectuales habían prestado atención al divorcio existente entre las "clases conservadoras" y el Estado roquista.[68] Sin embargo, lejos de una crítica al sufragio universal, Sáenz Peña concebía a éste como una herramienta útil para demoler al régimen roquista y disminuir la influencia electoral de los políticos profesionales. En definitiva, para Sáenz la "reacción" política no tenía sólo que buscar garantizar el sufragio libre sino también "crear al sufragante" y "empujar a los ciudadanos al sufragio" de manera que su participación electoral contribuyera a provocar la necesaria renovación política y a introducir cambios en los elencos dirigentes de la república que evitaran el monopolio de los mecanismos de gobierno en manos de las máquinas políticas.

Antirroquismo y reformismo

La decisión de Sáenz Peña una vez en la presidencia de distanciarse de la tradición política pellegrinista –que había representado una transacción entre la modernización de las prácticas políticas y la construcción del consenso político a través de las máquinas electorales–[69] provocaría una crisis interna en la Unión Nacional y el realineamiento de las facciones conservadoras que buscarían responder de esta manera al compromiso del gobierno nacional de introducir cambios en la legislación electoral. La decisión de Sáenz Peña de mantenerse por encima de la lucha partidaria produjo escisiones dentro de la coalición antirroquista –buena parte de cuyos dirigentes esperaban ansiosos el establecimiento de un partido gubernamental– y contribuiría a erosionar la fortaleza política del gobierno. El prestigio de Sáenz Peña (y su consecuente fortaleza) provenía en buena medida de su trayectoria antirroquista. Existían, sin embargo, una variedad de diferentes grupos con diferentes agendas que representaban esta tendencia en el universo de las facciones conservadoras. Incluso entre los autonomistas –herederos de la tradición política de Pellegrini y miembros de una facción política que había recurrido insistentemente a una retórica reformista–, caudillos locales como Zoilo Cantón, Juan Balestra y Cayetano Ganghi presionarían al gobierno nacional para transformar a la Unión Nacional en una versión modernizada del roquista Partido Nacional, aunque ya sin los roquistas en sus posiciones de liderazgo.[70] Como hemos señalado, para Sáenz Peña el desmantelamiento de la maquinaria política roquista debía ser acompañado de un programa de reforma electoral que permitiera la circulación y renovación de la elite política y un consecuente regreso a posiciones de influencia política de aquellos sectores marginados como consecuencia del ordenamiento político roquista. La redefinición de las reglas de juego –que introducía un elemento disruptivo en el propio campo saenzpeñista– perseguía una redistribución del poder en la elite, una mayor presencia de miembros de las clases propietarias en la política electoral y la erosión de la autonomía de las máquinas electorales que diera como resultado un Estado capaz de responder a problemas considerados centrales como la "cuestión nacional".

De lo expuesto en este trabajo se desprende que la Unión Nacional y el saenzpeñismo constituyeron criaturas políticas cuya breve existencia aparece poblada de ambigüedades. En primer lugar, la candidatura de Roque Sáenz Peña y la constitución de la Unión Nacional significaron el momento culminante de lo que Ezequiel Ramos Mexía había definido en sus memorias como el "antirroquismo como programa",[71] la oposición –ejemplificada en la adhesión de grupos tan diversos como católicos y ex juaristas– al ordenamiento político encarnado en la figura de Julio A. Roca. Por otra parte, la candidatura saenzpeñista –construida sobre la base de los apoyos de los gobiernos provinciales– que buscaba construir una relación privilegiada con el "gremio conservador" daba lugar a intentos de revancha política de sectores de la elite social y política porteños que dejaban entrever la persistencia de tradicionales rivalidades regionales. Finalmente, los núcleos centrales de la propuesta de regeneración política saenzpeñista contribuían a colocar al problema del valor de las políticas públicas en la "construcción" de los argentinos en el centro del debate político. La participación de políticos y periodistas cercanos al cenáculo del diario *La Prensa* y de intelectuales que expresaban una preocupación por el tema de la nacionalidad en la Unión Nacional así parece sugerirlo, y esto aun cuando aquéllos no coincidieran completamente con el can-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

didato presidencial en el particular entramado que éste construía entre política exterior, cuestión nacional y reforma electoral. El tradicional antirroquismo que había servido de elemento aglutinante a una amplia alianza de facciones perdería su significación durante la presidencia de Sáenz Peña. La ofensiva que el gobierno nacional desplegaría para imponer su proyecto de reforma electoral llegaría a introducir una nueva división que adquiriría las formas de un enfrentamiento entre el Congreso y el Ejecutivo nacional, pero que no llegaría a ofrecer los lineamientos de un nuevo bloque de articulación al universo de las facciones conservadoras.

Notas

[1] Véase Martín O. Castro, "Factional Struggle, Political Elites and Electoral Reform in Argentina, 1898-1912", tesis de doctorado, Universidad de Oxford, St. Anthony's College, 2004. Sobre el concepto de "institucionalización de la incertidumbre", véase A. Przeworski, "Some problems in the Study of the Transition to Democracy", en G. O'Donnell, Ph. C. Schimtter y L. Whitehead, *Transitions from Authoritarian Rule. Comparative Perspectives*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1986, p. 58. Sobre el concepto de *elite settlement* véase M.G. Burton y J. Higley, "Elite Settlement", *American Sociological Review*, 52, 3, 1987, pp. 295-307.

[2] Véase N. Botana y E. Gallo, *De la república posible a la república verdadera (1889-1910)*, Buenos Aires, Ariel, 1997, p. 116.

[3] Véase F.J. Devoto, "De nuevo el acontecimiento: Roque Sáenz Peña, la reforma electoral y el momento político de 1912", *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, tercera época, 14, 1996.

[4] Sáenz Peña a J. Posse, 23 de noviembre de 1908, Academia Nacional de la Historia, Fondo Roque Sáenz Peña (en adelante AFRSP), Leg. 141.

[5] Alan Knight analiza la "canibalización" de las reglas formales de gobierno por parte de camarillas informales en "The Weight of the State in Modern México", en J. Dunkerley, *Studies in the Formation of the Nation State in Latin America*, Londres, Institute of Latin American Studies, 2002, p. 251. Sobre la "feudalización" de los medios de administración durante la Restauración española véase J. Varela Ortega, *Los amigos políticos. Partidos, elecciones y caciquismo en la Restauración (1875-1900)*, Madrid, Alianza, 1977, p. 440.

[6] Véase T. Halperín Donghi, *Vida y muerte de la república verdadera (1910-1930)*, Buenos Aires, Ariel, 2000, p. 27.

[7] Sobre el concepto de "nacionalización" y la relación entre el surgimiento del nacionalismo y la democracia de masas, véase G.L. Mosse, *The Nationalization of the Masses. Political Symbolism and Mass Movements in Germany from the Napoleonic Wars through the Third Reich*, Londres, Cornell University Press, 1991.

[8] J. Gómez a R. Sáenz Peña, 26 de noviembre de 1908, AFRSP, Leg. 20.

[9] Sáenz Peña a V. Casares, 12 de septiembre de 1908, AFRSP, Leg. 21

[10] La distinción conceptual es de Ezequiel Gallo en su *Pellegrini. Orden y reforma*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1997, p. 19.

[11] Véase, en este sentido, E. Gallo, "Política y sociedad en Argentina, 1870-1916", en L. Bethell (ed.), *Historia de América Latina*, Barcelona, Crítica, 1992.

[12] Estos rasgos de la personalidad política de Sáenz Peña quedarían claramente expuestos en 1902 cuando Pellegrini insta a Sáenz Peña a aceptar la presidencia del comité provincial del Partido Nacional: "Ha llegado pues el momento de que metas la mano en el barro y empiezes *[sic]* a actuar"; C. Pellegrini a R. Sáenz Peña, 22 de noviembre de 1902, AFRSP, Leg. 21.

[13] Carlés a R. Sáenz Peña, 31 de agosto de 1908, AFRSP, Leg. 20; P. Groussac a R. Sáenz Peña, 20 de mayo de 1909, AFRSP, Leg. 29.

[14] Véase *Unión Nacional Sáenz Peña. La campaña política de 1910*, Buenos Aires, 1910, vol. 1, p. 330.

[15] Véase N. Botana, *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*, Buenos Aires, Sudamericana, 1979, p. 241.

[16] Juan Balestra a R. Sáenz Peña, 7 de junio de 1909, AFRSP, Leg. 21.

[17] Véase D. Rock, *State Building and Political Movements in Argentina, 1860-1916*, Standford University Press, 2002, pp. 202-203.

[18] "Un viejo adulón" a R. Sáenz Peña, 25 de junio de 1908, AFRSP, Leg. 20. Sobre los ámbitos de sociabilidad de la elite social porteña véase F. Korn, "La gente distinguida", en J.L. Romero y L.A. Romero (eds.), *Buenos Aires, historia de cuatro siglos.* Buenos Aires, Abril, 1983, vol. II; D. Viñas, *Literatura argentina y realidad política*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1964; F. Devoto y M. Madero (eds.), *Historia de la vida privada en la Argentina*, vol. II, Buenos Aires, Taurus, 1999.

[19] *Tribuna*, 22 de noviembre de 1902. Véase K. Losada, "Sociabilidad, distinción y alta sociedad en Buenos Aires: los clubes sociales de la elite porteña (1880-1930)", *Desarrollo Económico*, 45, 180, enero-marzo de 2006.

[20] Ídem, p. 559.

[21] *La Razón*, 27 de septiembre de 1910, y *Argentine Republic. Annual Report 1907*, mayo de 1908, Public Record Office, Londres (en adelante FO), 371/397. Véase también Gregorio Soler a Julio A. Roca, 12 de julio de 1910, Archivo General de la Nación (en adelante AGN) Fondo Julio A. Roca (en adelante FJAR), Leg. 1335 (107)

[22] Como habría sido el caso en 1909, debido a la intervención en la campaña electoral de Francisco Beazley, presidente del Jockey Club y político de la Unión Cívica. Véase *Argentine Republic. Annual Report*, 1909, FO, 371/824.

[23] R. Sáenz Peña a E. Ramos Mexía, 29 de mayo de 1908, AFRSP, Leg. 141. La emergencia de máquinas políticas como un específico estilo político estaba relacionada, en otros contextos, con el ascenso de la figura del político profesional y el éxodo de las familias tradicionales de la política. Véase P. McCaffery, "Style, Structure, and Institutionalization of Machine Politics", *Journal of Interdisciplinary History*, 22, 3, 1992, p. 438, y J. Varela Ortega, *Los amigos políticos,* p. 440.

[24] R. Sáenz Peña a V. Casares, 12 de septiembre de 1908, AFRSP, Leg. 21; R. Sáenz Peña a V. Casares, 4 de enero de 1909, AFRSP, Leg. 141.

[25] Consecuencia de la ruptura política entre Roca y Carlos Pellegrini, el Partido Autonomista sería fundado en 1903 por Pellegrini, Sáenz Peña y otros amigos políticos entre los que se encontraban Mi-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

guel Cané, Vicente Casares, Ezequiel Ramos Mexía y José María Ramos Mejía. Véase E. Gallo, "La consolidación del Estado y la reforma política (1880-1914)", en Academia Nacional de la Historia, *Nueva historia de la Nación Argentina*, Buenos Aires, Planeta, 2000, vol. 4.

[26] R. Sáenz Peña a E. Ramos Mexía, Roma, 29 de mayo de 1908, AFRSP, Leg. 141.

[27] Carlés a R. Sáenz Peña, Buenos Aires, 31 de agosto de 1908, AFRSP, Leg. 20.

[28] J. Balestra a R. Saenz Peña, 7 de junio de 1909, AFRSP, Leg. 21

[29] A. Belín Sarmiento a Roque Sáenz Peña, 12 de diciembre de 1908, AFRSP, Leg. 20.

[30] En 1893 Lavalle (junto a otros estancieros, entre los que se encontraban Saturnino Unzué y Ezequiel Ramos Mexía) había participado en la formación de la Unión Provincial, un partido político con base en los terratenientes de la provincia de Buenos Aires. También se había sumado a asociaciones populares y patrióticas lideradas por Estanislao Zeballos en el cambio de siglo. Vease D. Rock, *State Building*, p. 202; R. Hora, *The Landowners of the Argentine Pampas: A Social and Political History, 1860-1945*, Oxford, Clarendon Press, 2001, p. 88.

[31] Estanislao Zeballos observaba que sólo la presencia de Sáenz Peña podía prevenir la lucha facciosa dentro de la coalición saenzpeñista. E. Zeballos a Lucio V. Mansilla, 8 de septiembre de 1909, Archivo Estanislao Zeballos (en adelante AEZ), Leg. 183.

[32] Leguizamón, ministro de Gobierno de Entre Ríos, a J. Figueroa Alcorta, 9 de agosto de 1909, AGN Fondo José Figueroa Alcorta (en adelante FJFA), Leg. 23.

[33] J.S. Gómez a Roque Sáenz Peña, 2 de noviembre de 1909, AFRSP, Leg. 29; gobernador de Entre Ríos a J. Figueroa Alcorta, 13 de febrero de 1910, AGN, FJFA, Leg. 27.

[34] Véase F. Pinedo a R. Sáenz Peña, 18 de abril de 1908, AFRSP, Leg. 21.

[35] "Las avanzadas saenzpeñistas", *La República*, 15 de junio de 1910.

[36] R. Sáenz Peña a Paul Groussac, 16 de diciembre de 1908, AFRSP, Leg. 141; P. Groussac, *Roque Sáenz Peña. Candidato para presidente de la República*, Buenos Aires, Coni Hnos., 1909, p. 42.

[37] Véase M.O. Castro, "Factional Struggle", p. 209, y "«Nos dispersó la política y dispersos continuamos»: los católicos en la política, los alineamientos partidarios y el reformismo electoral a finales del orden conservador, 1907-1912", ponencia presentada en las Primeras Jornadas de Historia de la Iglesia en el NOA, 12-14 de octubre de 2006.

[38] Indalecio Gómez a Leguizamón, citado en Atilio Dell'Oro Maini, "La vida ejemplar de Indalecio Gómez", en *Los discursos de Indalecio Gómez. Estadista, diplomático, parlamentario*, Buenos Aires, Kraft, 1950.

[39] Entre éstos se encontraban José María Ramos Mejía, Indalecio Gómez, Emilio Lamarca y Ricardo Lavalle. Véase L.A. Bertoni, *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas: la construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001, p. 239.

[40] Véase R. Etchepareborda, "La generación argentina del destino manifiesto. Un intento hacia la concreción de la Patria Grande", *Investigaciones y Ensayos*, 16, Buenos Aires, enero-junio de 1974.

[41] Véase Estanislao Zeballos, "Los armamentos navales del Brasil", *Revista de Derecho, Historia y Letras* (en adelante *RDHL*), XX, 1904, pp. 297-298.

[42] Estanislao Zeballos a José C. Paz, en AEZ, Leg. 63, 24 de agosto de 1911.

[43] A. Dávila a R. Sáenz Peña, 3 de mayo de 1909, AFRSP, Leg. 21.

[44] R. Sáenz Peña a Paul Groussac, 16 de noviembre de 1908; R. Sáenz Peña a Ramón J. Cárcano, 17 de noviembre de 1908, AFRSP, Leg. 141.

[45] Véanse las reacciones frente a la campaña de Zeballos a favor de un masivo rearme argentino. José María Ramos Mejía a R. Sáenz Peña, 15 de octubre de 1908, AFRSP, Leg. 21. Sobre la relacion entre E. Zeballos y R. Sáenz Peña véase M.O. Castro, "Faccionalismo político y reforma electoral en la decadencia del régimen roquista en la Argentina, 1906-1910", *Bicentenario. Revista de Historia de Chile y América*, 2, 1, 2003, pp. 99-105.

[46] Véase *La Prensa*, 12 de diciembre de 1910 y 11 de diciembre de 1911, y E. Zeballos a José C. Paz, 24 de abril de 1911, AEZ, Leg. 63. Sobre la posición de *La Prensa* y *La Nación* frente al programa saenzpeñista véase F. Devoto, "De nuevo el acontecimiento". Sobre el rol de la prensa periódica como actor político véase E. Zimmermann, "La prensa y la oposición política en la Argentina de comienzos de siglo: el caso de *La Nación* y el Partido Republicano", *Estudios Sociales*, VIII, 15, Santa Fe, 1998; R. Sidicaro, *La política mirada desde arriba. Las ideas del diario* La Nación*, 1909-1989*, Buenos Aires, Sudamericana, 1993; T. Duncan, "La prensa política: *Sud-América*", en G. Ferrari y E. Gallo, *La Argentina del 80 al Centenario*, Buenos Aires, Sudamericana, 1980, y P. Alonso, *Construcciones impresas. Panfletos, diarios y revistas en la formación de los Estados nacionales en América Latina, 1820-1920*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003.

[47] R. Sáenz Peña a José María Ramos Mejía, Roma, 18 de febrero de 1909, AFRSP, Leg. 141.

[48] T. Halperín Donghi, "¿Para qué la inmigración? Ideología y política inmigratoria en la Argentina (1810-1914),", en *El espejo de la historia: problemas argentinos y perspectivas hispanoamericanas,* Buenos Aires, Sudamericana, 1987, p. 226.

[49] F. Devoto, "De nuevo el acontecimiento", p. 96.

[50] Véase, por ejemplo, E. Weber, *Peasants into Frenchmen. The Modernization of Rural France 1870-1914*, Londres, Chatto &Windus, 1977, caps. 17 y 18; M. Deas, "The Man on Foot: Conscription and the Nation-State in Nineteenth-Century Latin America", en J. Dunkerley, *Studies*.

[51] R. Sáenz Peña, "Programa de gobierno", en *La reforma electoral y Temas de política internacional americana*, Buenos Aires, Raigal, 1952, p. 14; R. Sáenz Peña a José María Ramos Mejía, Roma, 18 de febrero de 1909, AFRSP, Leg. 141.

[52] R. Sáenz Peña a Ezequiel Ramos Mejía, Roma, 29 mayo de 1908, AFRSP, Leg. 141.

[53] F. Devoto, *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2002, p. 66.

[54] Ayarragaray a Sáenz Peña, 28 de febrero de 1909, AFRSP, 32.

[55] L. Ayarragaray a Leopoldo Lugones, julio-agosto de 1924, en L. Ayarragaray, *Cuestiones y problemas argentinos contemporáneos*, Buenos Aires, Lajouane, 1926, p. 204. La propuesta de voto acumulativo buscaba garantizar la representación de las minorías y "corregir la pesada gravitación de la lista completa". Se inspiraba en la reforma chilena de 1874 y daba al elector tantos votos como puestos había que llenar, pero además lo facultaba para "dar todos sus sufragios a un solo candidato o distribuirlo igual o desigualmente entre el número de candidatos que tenga derecho a elegir"; *La Nación*, 23 de junio de 1908. Sobre la ley electoral chilena de 1874, véase S.J. Valenzuela, *Democratización vía reforma: la expansión del sufragio en Chile*, Buenos Aires, IDES, 1985.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

[56] E. Zeballos, "Conferencia en el Ateneo Hispano-Americano", *RDHL*, 1912, p. 579.

[57] Sobre el reformismo liberal-conservador, véase E. Zimmermann, *Los liberales reformistas: La cuestión social en la Argentina, 1890-1916,* Buenos Aires, Sudamericana, 1994.

[58] T. Halperín Donghi, *Vida y muerte...*, p. 29.

[59] L. Ayarragaray, *La anarquía argentina y el caudillismo. Estudio psicológico de los orígenes argentinos*, Buenos Aires, L.J. Rosso, 1935 (1ª ed., 1904), pp. 101-102.

[60] Sería designado comisionado nacional en Jujuy para las elecciones nacionales de abril de 1912, véase *El Pueblo*, 10 de abril de 1912.

[61] Véase O. Terán, *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910): derivas de la cultura científica*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000*,* p. 97.

[62] José María Ramos Mejía a R. Sáenz Peña, 12 de febrero de 1909, AFRSP, 21.

[63] Ayarragaray también señalaba la falta de correspondencia entre progreso material y logros espirituales. L. Ayarragaray, *La anarquía argentina...,* p. 277.

[64] J.M. Ramos Mejía, *Las multitudes argentinas...*, Buenos Aires, 1934, p. 275.

[65] J.M. Ramos Mejía a R. Sáenz Peña, 12 de febrero de 1909, AFRSP, 21.

[66] R. Sáenz Peña a J.M. Ramos Mejía, Roma, 18 de febrero de 1909, AFRSP, Leg. 141.

[67] R. Sáenz Peña a J.M. Ramos Mejía, Roma, 18 de febrero de 1909, AFRSP, Leg. 141.

[68] Véase T. Halperín Donghi, "Un nuevo clima de ideas", en G. Ferrari y E. Gallo, *La Argentina del 80 al Centenario*, p. 21.

[69] Véase F. Devoto, "De nuevo el acontecimiento", p. 103.

[70] Zoilo Cantón a J. Figueroa Alcorta, 29 de enero de 1911, AGN FJFA, Leg. 33.

[71] E. Ramos Mexía, *Mis memorias, 1853-1935*, Buenos Aires, La Facultad, 1936, pp. 171-172.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El peronismo y la "clase media": de las ilusiones al resentimiento (1944-1955)

*Ezequiel Adamovsky**

Introducción

Suele recordarse al peronismo del período 1944-1955 como un régimen *obrerista*, tanto por su base de apoyo como por las políticas impulsadas; en esto coinciden la memoria colectiva y los académicos. Algunos autores han resaltado el hecho de que Juan Domingo Perón intentó ganarse también el apoyo de la burguesía industrial y financiera. Lo que ha quedado olvidado son los intensos intentos del régimen de movilizar a un tercer actor, los *sectores medios*, a través de un discurso y de políticas específicos. Más aún, el sentido común suele asumir que peronismo y "clase media" son y han sido siempre términos incompatibles. Y, sin embargo, el desencuentro de uno y otra tiene una historia que comienza, curiosamente, con importantes intentos de acercamiento por parte del régimen.

Este trabajo se propone echar luz sobre algunos aspectos de las relaciones del gobierno peronista con los sectores medios. Este tema involucra una cantidad de cuestiones que sería imposible abordar en un solo trabajo: me limitaré a analizar sólo las apelaciones discursivas y las políticas *generalistas* del régimen de Perón. En otras palabras, no me ocuparé aquí de los discursos o las políticas dirigidas, digamos, a maestros, arquitectos, o empleados, sino sólo en la medida en que intenten movilizar u organizar colectivamente, *en general*, a una variedad de sectores no obreros ni empresarios. Concretamente, analizaré dos formas de apelación presentes en el régimen, a la "clase media" y a los "profesionales" (o "trabajadores intelectuales"), tanto en el plano discursivo como en la creación de instituciones y legislación específicas. Contra lo que suele suponerse, sostendré que en el discurso y el proyecto peronistas, en convivencia con una imaginación *sociopolítica* fuertemente binaria (trabajadores versus oligarquía, pueblo versus antipatria, etc.), existía una división *sociofuncional* tripartita de la "comunidad organizada" que, sin embargo, encontró serias dificultades para encarnar de forma sólida y duradera.

Perón y la "clase media": los actos de 1944 y otras apelaciones

Entre fines de julio y mediados de agosto de 1944 Perón participó en tres actos públicos principales en la ciudad de Buenos Aires –llamados "asambleas" por la prensa– y en otros menores, en los que expuso su doctrina en lo referente a los problemas de la "clase media". Comencemos por los hechos.

* UBA-CONICET.

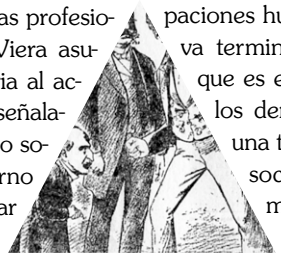
Entrepasados - Nº 31, comienzos de 2007: 117-139

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

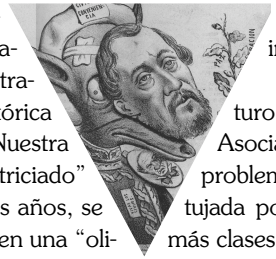
El acto en el cine Flores

El 29 de julio de 1944 se realizó el primero de los tres actos por la "clase media" en el cine Flores del barrio del mismo nombre. El acto tuvo "extraordinarias proporciones" y numeroso público quedó sin poder ingresar. *El Diario* refiere que el mitin fue organizado por "representantes de profesiones liberales, pequeños industriales y comerciantes y empleados en general",[1] aunque, por motivos que discutiremos más adelante, es posible dudar de la espontaneidad de la convocatoria.

Habla en primer lugar José Luis Peri, en representación de los empleados. "[D]entro del concepto de «empleado»", sostiene, se hallan comprendidos "los profesionales, técnicos, profesores, empleados de comercio, de la industria, bancarios, etc., que dirigen al obrero, defienden los intereses del capital e integran, finalmente, lo que se llama clase media". Peri concluye su discurso instando al Estado a ocuparse del bienestar de este sector.[2] Luego se dirigió al auditorio Yolando Ciampelli, "que representaba a los comerciantes e industriales", refiriéndose "al problema que tienen que afrontar los pequeños comerciantes frente a la competencia de los poderosos consorcios financieros y a la necesidad de suprimir los intermediarios cuya intervención contribuye a aumentar el precio de los artículos". Terminó diciendo que "el Estado debe supervisar los precios de los artículos de primera necesidad".[3] En tercer lugar habló el doctor Manuel Augusto Viera, "en nombre de los que ejercen las profesiones liberales". En su discurso Viera asumió como propia la convocatoria al acto: "Ahora que se perfila, con señalado afán, una preocupación por lo social en las altas esferas del gobierno […] no hemos vacilado en invitar al señor Secretario de Trabajo y Previsión para expresarle que la clase media del país está de pie; que trabaja como lo ha hecho siempre por el bien general". Y continuó diciendo que era menester "reintegrar a la vida de la Nación a todas las clases sociales, para crear en colaboración y armonía su grandeza futura"; para ello era necesario "dignificar al hombre que trabaja con el cerebro o con el músculo".[4]



Cierra el acto el propio Perón. Tras hacer alusión a los discursos previos, se despacha con una afirmación contundente: "La historia del desenvolvimiento de los modernos pueblos de la tierra" demuestra "que el Estado moderno es tanto más grande cuanto mejor es su clase media". A continuación refiere al trabajo que la Secretaría de Trabajo y Previsión viene realizando para bienestar de esa clase y para restaurar el "equilibrio de las relaciones entre patrones, obreros y Estado", y anuncia la próxima creación de una Secretaría de Industria y Comercio, que se ocupará de los problemas de los comerciantes. El "problema de los profesionales es complejo", reconoce, pero "ya se encaró resueltamente en su investigación y en su estudio". Luego, Perón se embarca en una larga explicación de los objetivos de la Revolución del 4 de junio, y concluye con un vehemente pedido de apoyo a los presentes. A continuación, reflexiona sobre los problemas que afectan a la Argentina y al mundo. Caracteriza la hora actual como "una nueva etapa de la evolución" humana: "Vamos pasando poco a poco del individualismo a la socialización de las grandes agrupaciones humanas". La evolución presente va terminando con el "hombre aislado, que es en realidad el enemigo de todos los demás"; pero también se avizora una tendencia opuesta hacia "la total socialización" que resulta igualmente funesta. La forma de organización social a la que debe aspirarse está en un término medio entre esos dos extremos. Hacia el final de su discurso, Perón traza el cuadro de la formación histórica de la clase media argentina. "Nuestra nación" fue formada por un "patriciado" virtuoso que, con el correr de los años, se fue transformando sin embargo en una "oligarquía" que concluyó vendiendo "el patrimonio de todos los argentinos". Allí cuando "algún joven de la clase media, donde se generan sin duda los mayores valores de la población argentina", surgía para mostrar su talento, la oligarquía o bien lo ponía a trabajar a su servicio, o bien se ocupaba de impedir su progreso. "Así se formó nuestra clase media con un complejo de inferioridad, porque no tuvo nunca oportunidad de actuar". La clase media argentina carece de "contenido social": a diferencia del obrero, que pide aumento no sólo para él mismo sino para todos los de su gremio, "el hombre de la clase media" va a pedir "solamente para él". Esta actitud, que no es culpa de la clase media, aclara Perón, sino "de nuestro sistema político", es lo que la ha debilitado. Y concluye afirmando que espera hacer en favor de la clase media lo que ya ha hecho para la clase obrera, para lo cual "ya hemos tomado contacto con las grandes agrupaciones profesionales". [5]



El acto en la Asociación "Mariano Moreno"

El 5 de agosto se realizó el segundo acto dirigido a la clase media, en el salón de la Asociación Argentina de Protección Mutua "Mariano Moreno" en el barrio de Constitución. El acto, a sala repleta, fue transmitido por radio y precedido por una pegatina de carteles callejeros que convocaban: "No falte a esta reunión donde serán tratados los problemas que interesan a la clase media".[6]

En su discurso de apertura, Arturo F. Gonzales, presidente de la Asociación anfitriona, refiere a los problemas de la "clase media […], apretujada por natural gravitación de las demás clases sociales", a la ausencia de agremiación previa entre sus miembros, y a las dificultades de la labor de las mutuales; concluye augurando que el interés de Perón por estas cuestiones será un estímulo para seguir trabajando en pos de esos objetivos.[7] Luego habló Daniel Posadas, vocal suplente de la Asociación, quien resumió las "aspiraciones de los trabajadores de la clase media", especialmente de los empleados de comercio: "remuneración mínima" que permita vivir "con decoro"; "escalafón del empleado en forma de que pueda progresar", una "ley que prohíba el despido por razones de economía" y la "formación de una caja de jubilación".[8] Luego tomó la palabra Adolfo Muiño, quien refirió al atraso de la legislación social en la Argentina y las dificultades de los empleados, para concluir con un elogio de la labor del gobierno actual.[9]

Cierra el acto Perón, quien comienza congratulándose de estar en esa mutual, "porque considero que los mutualistas son en realidad nuestros precursores. Son los primeros que se han unido para aliviar los dolores" de toda la "familia argentina". De hecho, la "previsión social" a la que él aspira no es otra cosa que un "mutualismo nacional", consistente en utilizar los bienes comunes para el auxilio de cada uno. Repite a continuación el argumento de la carencia de "contenido social" entre los miembros de la "clase media", y su intención de remediarla con políticas desde la Secretaría de Trabajo y Previsión, en la que se ha creado "una sección tendiente a dar a la clase media ese contenido social para enseñarle el camino

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

por el cual han de huir de sus propios males". El discurso sigue con una exposición sobre la falta de "unidad nacional" entre los argentinos, visible en el surgimiento de un gremialismo con "ideologías extrañas" que "fueron envenenando el ambiente gremial" e incentivando la lucha contra el Estado, contra el capital y entre los mismos gremios. Frente a ello, la secretaría a su cargo se impuso la tarea de restaurar la unidad mediante asociaciones "serias, organizadas", desterrando así el "sindicalismo político" divisionista. La prioridad era la de estar preparados para enfrentar "los problemas de la posguerra", que traerían mayor desocupación y "agitación" entre las masas, circunstancias que "serán aprovechadas por los verdaderos enemigos de la unión nacional". Frente a ese escenario, era necesaria una acción preventiva: "La organización de la clase media que hemos iniciado ya hace tiempo tiene precisamente esa finalidad: evitar que sea ésta la clase que más sufra con cualquier cataclismo social porque no se encuentra unida y organizada. Las clases obreras, con un amplio contenido social a su favor, ya han realizado la tarea de unirse y de defenderse por sí mismas. La clase media, en cambio, permanece sin unirse y por lo tanto expuesta a todos los males a que esa división puede llevar".

Perón concluye con un vehemente pedido de "ayuda" y "cooperación" a los presentes para alcanzar ese objetivo, y prometiendo que la Secretaría de Trabajo y Previsión se ocupará de atender cualquier inquietud.[10]

El acto en el cine Park

El 12 de agosto se realiza en el cine Park del barrio de Palermo el tercero y último de los grandes actos por la clase media. También en este caso transmitido por radio, los periódicos relatan que la multitudinaria reunión (quedó público sin poder ingresar) fue organizada "por comerciantes minoristas, industriales y empleados del barrio". Abre el acto Guillermo A. Porretti "en nombre de la Junta Organizadora".[11] Habla luego J. Manuel Pardal, quien se ocupó del problema de los magros márgenes de ganancia del comercio minorista y la pequeña industria.[12] En tercer lugar dirigió la palabra Fidel Fadraque, empleado de comercio, quien refirió a los empleados y sus aspiraciones gremiales, como jubilaciones y pensiones, estabilidad laboral, licencias por maternidad, etc., todas demandas que "deben realizarse en un marco de colaboración y mutuo entendimiento con los patronos".[13] Se dirigió luego al público Atilio Rizzoto (o Rissotto, la ortografía difiere según distintos diarios), en representación de los "comerciantes minoristas"; elogió al gobierno "y mencionó la adhesión de los componentes de la clase media del barrio".[14]

Nuevamente en este caso cierra el acto un discurso de Perón. Habiendo escuchado "al empleado, al comerciante y al industrial" quedaba para él claro que "sus problemas son los de siempre: falta de armonización". Tal como los obreros, que carecían de un "mecanismo estatal" para "tutelarlos y defenderlos" hasta la creación de la Secretaría de Trabajo y Previsión, los industriales y comerciantes podrían ahora contar con esa "protección" por parte de la Secretaría de Industria y Comercio. El comerciante minorista "es el proletariado comercial" y necesita apoyo y tutela del Estado tanto como el "proletariado del trabajo". El gobierno dejará de autorizar, por ello, la instalación de "negocios en cadena", verdadera "bestia negra" para los minoristas. Desde la Secretaría de Trabajo y Previsión esperan ocuparse de los problemas generales de la "clase media, que la sé sufrida, laboriosa y virtuosa como la que más". Para estar en contacto con ella, dice Perón, es que "he venido hacia ustedes". Y concluye: "Aspiramos también a contar con la incorporación de la clase pudiente para realizar el milagro de que en esta bendita sociedad argentina cada uno dé de sí lo que posea para el bien común: el obrero, sus músculos; la clase media, su inteligencia y su actividad; los ricos, su dinero si fuese necesario. La división de clases había sido creada para la lucha, pero la lucha es destrucción de valores. Nosotros, en cambio, pensamos aprovechar esa división de clases para asegurar una colaboración nacional en la que cada uno ponga de su parte su esfuerzo [...] [para] el bien de la Patria".[15]

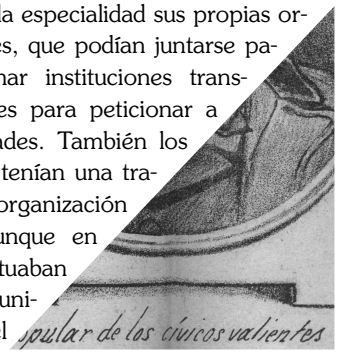
Otros actos y manifestaciones

Por la misma época Perón realizó otras manifestaciones similares. El 11 de agosto, en un acto en la Secretaría de Trabajo y Previsión con empleados bancarios, se dirigió a los presentes diciendo "que una vez cumplido el primer deber de atender a las cases obreras", se imponía "ir a la solución de los problemas atingentes a las clases medias y los profesionales", para llegar así a una "sociedad organizada" en la que las clases no luchen una contra otra.[16] Tres días más tarde, frente a una delegación de trabajadores de la administración judicial, repitió que la Secretaría de Trabajo y Previsión "tiene el anhelo de abarcar con su acción a todos los argentinos, sean de la clase trabajadora, de la clase media o de la clase capitalista; cada uno ha de entrar dentro de esa armonización".[17] El 25 de agosto, en su célebre discurso en la Bolsa de Comercio, Perón insistió en la necesidad de buscar "una perfecta regulación entre las clases trabajadoras, medias y capitalistas".[18] En septiembre, en su discurso al constituir el Consejo Nacional de Posguerra, volvió a hablar de la necesidad de "fomentar el progreso de la clase media".[19]

¿Quién organizó los actos?

A pesar de las afirmaciones de la prensa, parece poco probable que las tres "asambleas" hayan sido organizadas espontáneamente. Todo indica que fueron planificadas y armadas por la Secretaría de Trabajo y Previsión con la intención precisa de proveer a Perón de un espacio para lanzar su apelación a la clase media.

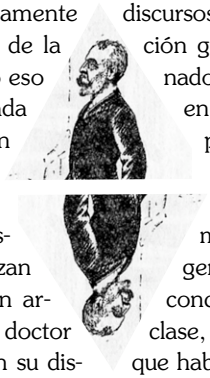
Para empezar, si bien había algunos grupos políticos e intelectuales que venían preocupándose por la "clase media" y utilizando ese concepto, no hay evidencias que muestren que fuera por entonces una identidad lo suficientemente fuerte como para agrupar a diferentes sectores sociales capaces de movilizar un discurso generalista tal. De hecho, la de Perón fue la primera apelación política de envergadura a una "clase media" en la Argentina. Había sí en esa época una larga tradición de, por ejemplo, organizaciones gremiales de comerciantes minoristas que motorizaban actos públicos. También los intelectuales y profesionales tenían en cada especialidad sus propias organizaciones, que podían juntarse para conformar instituciones transprofesionales para peticionar a las autoridades. También los empleados tenían una tradición de organización gremial, aunque en general actuaban dentro del universo del



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

resto de los sindicatos de trabajadores. Pero lo que no había habido hasta entonces eran formas de agrupación transgremial que unificaran en acciones conjuntas a empleados, profesionales, comerciantes minoristas y pequeños industriales. En ausencia de tales precedentes y de cualquier discurso gremial generalista basado en el concepto de "clase media", es poco pensable que los tres actos de 1944 hayan sido manifestaciones espontáneamente organizadas.

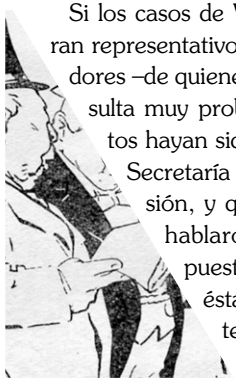
Por otro lado, los tres actos se realizaron de una manera que denota una mano planificadora, no sólo por haber sucedido con una separación de exactamente una semana uno de otro, sino también por su locación geográfica, diseñada obviamente para abarcar las zonas principales de la ciudad sin superposición. Teniendo eso en cuenta, es improbable que cada acto haya sido motorizado por un grupo diferente a inspiración del anterior.



Los escasos datos biográficos disponibles sobre los oradores refuerzan la hipótesis de que los actos fueron armados a instancias de Perón. El doctor Viera, quien se había adjudicado en su discurso la organización del primer mitin en Flores, tenía una amplia trayectoria como promotor de la agremiación profesional de los médicos: era dirigente del Círculo Médico del Oeste desde principios de la década del 30, y fue vicepresidente segundo del Colegio de Médicos de la Capital en 1937-1938. Conoció a Perón a más tardar en las celebraciones del 28° aniversario de aquel círculo, el 20 de junio de 1944, a las que el líder concurrió. Pocos días después Viera fue designado para trabajar en una comisión de la Secretaría de Trabajo y Previsión encargada de redactar el estatuto profesional del médico. El comunicado que emitió la comisión en su primera reunión está en sintonía con las expresiones de Perón: "Respondemos a la labor que viene desarrollando el gobierno, a través de la Secretaría de Trabajo y Previsión, empeñado en una legislación social que proteja a todos los trabajadores del país. Dicha política social, comenzada lógicamente a favor de los sectores de la población económicamente más débiles, está en pleno desarrollo. Es deseo extenderla a la clase media de la cual formamos parte los trabajadores intelectuales, que necesitamos, igualmente, de la tranquilidad que significa ver cubiertos los riesgos de invalidez, vejez, muerte, enfermedad y desocupación involuntaria".[20]

Considerando que en sus numerosos discursos previos como parte de su actuación gremial Viera nunca había mencionado a la clase media ni sus problemas en general sino tan sólo los de su propia profesión[21] y que el concepto de "clase media" tampoco formaba parte del vocabulario del gremialismo de los médicos en la Argentina hasta entonces, es preciso concluir que la preocupación por esa clase, tal como aparece en la cita, tiene que haber sido parte de los debates que se desarrollaban dentro de la Secretaría de Trabajo y Previsión. La comisión inició sus funciones el 17 de julio de 1944, y se dedicó a discutir un anteproyecto de ley orgánica de las profesiones liberales. A partir de entonces, los datos disponibles sugieren que Viera gozaba de la alta estima de Perón: el 23 de agosto de 1944, menos de un mes después del acto en el cine Flores, el médico era designado director nacional de Salud Pública, y poco después Perón en persona asistía a una celebración en homenaje a Viera que sus colegas realizan en el club Gimnasia y Esgrima.[22] Viera ocuparía varios cargos ejecutivos en el área de salud del gobierno nacional al menos hasta 1952.

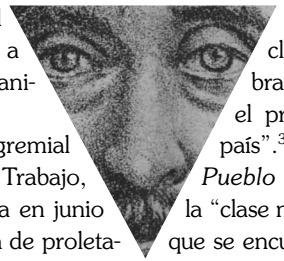
En el acto en la Asociación "Mariano Moreno" pueden discernirse elementos similares. La institución cumplía en 1944 sus bodas de oro, y se jactaba de haber sido la primera mutual íntegramente formada por argentinos (era condición tener la nacionalidad para ingresar). Es probable que Perón la eligiera como lugar para lanzar su apelación a la agremiación de la clase media contando con ese valor simbólico, para ejemplificar las virtudes del "mutualismo nacional" que propuso en su discurso. En la documentación sobre las actividades de la asociación entre 1936 y 1969 que se conserva en sus archivos privados no se registra ningún interés por la "clase media" fuera del acto de 1944. Arturo F. Gonzales, abogado y escribano, tenía una trayectoria previa como escritor de segunda línea en la década de 1930. Había participado en una de las comisiones del XXXII Congreso Eucarístico Internacional celebrado en 1934, en la que también colaboraba el intelectual nacionalista Gustavo Martínez Zuviría, luego cercano al régimen de Perón. Poco tiempo después del acto en la Asociación "Mariano Moreno" lo encontramos actuando como vicepresidente primero del Congreso Argentino de Entidades Mutualistas, reunido en la Cámara de Diputados de la Nación en octubre de 1944 bajo los auspicios y con la presencia de Perón.



Si los casos de Viera y Gonzales fueran representativos del resto de los oradores –de quienes nada sabemos–, resulta muy probable que los tres actos hayan sido motorizados por la Secretaría de Trabajo y Previsión, y que la lista de quienes hablaron haya sido compuesta por invitación de ésta de entre los referentes sociales que Perón había conocido en los meses previos. Por otro lado, la propia secretaría y el aparato de propaganda en general dieron varias muestras de tomar como propias las palabras de Perón sobre la "clase media". Los discursos de los tres actos circularon como folleto titulado *El pensamiento del Secretario de Trabajo y Previsión en el análisis de los problemas de la clase media* editado en 1944 a cargo del Estado, y más tarde fueron incluidos en otra recopilación propagandística.[23] Fragmentos de los mismos discursos aparecen todavía en el "manual" de 1948 titulado *Perón expone su doctrina*.[24] Poco antes de los actos, el 17 de julio de 1944, se había creado, dentro de la Secretaría de Trabajo y Previsión, la Dirección de Acción Social Directa para Profesionales, a cargo del doctor Darío Saráchaga y de Carlos Brodeur, encargada de redactar los estatutos y el reglamento del ejercicio de las diferentes profesiones.[25] El concepto de "clase media", por otra parte, no era ajeno al vocabulario de quienes trabajaban en ese entonces en la secretaría. Por ejemplo, Marcelo V. Chaves, delegado regional bonaerense de la institución, prometió al asumir en su cargo en 1944 "prestar preferente interés a la situación de la clase media", ese "grupo olvidado" por quienes gobernaron hasta entonces.[26] El 11 de agosto, en una reunión con empleados bancarios, Darío Saráchaga argumentaba: "La situación de la clase media, de los profesionales y de los empleados es idéntica. Desunidos no tienen significación. Unidos representan una fuerza reguladora e imprescindible para la buena marcha del Estado y para el bien común. [...] La Secretaría de Trabajo y Previsión dedicó sus primeros esfuerzos a la organización y al amparo de la clase obrera por ser la más necesitada, pero en ningún momento olvidó a la clase media, a los profesionales, y a los empleados. Superada con creces la primera etapa

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de su plan social, ha llegado el momento de dedicar sus afanes a este nuevo aspecto de la reorganización nacional".[27]



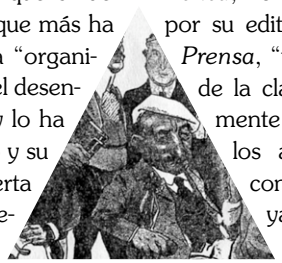
Por su parte, el secretario gremial de la Dirección General del Trabajo, doctor Horacio de Santis, decía en junio de 1945 que, pese al problema de proletarización que afectaba a los profesionales, la "clase media" no había desarrollado formas de organización comparables con las de los trabajadores, hasta que la obra de la Secretaría de Trabajo y Previsión comenzó a colaborar en la superación de sus problemas.[28] Poco después el asesor legal de la División de Asuntos Profesionales, doctor Aníbal Ormella, sostenía que "los problemas de la clase media" habían sido hasta entonces olvidados o, al menos, no contemplados en su verdadera magnitud.[29]

La recepción

La apelación a la clase media lanzada por Perón en 1944 tuvo grandes repercusiones y motivó un debate en la prensa. Uno de los diarios más entusiastas fue *El Diario*, que le dedicó un editorial en el que destacaba que la Argentina poseía una clase media "muy extendida" y de "innegable cultura", de la que surgen la prosperidad económica y los gobernantes de todo país. Esta "mesocracia" es especialmente conveniente para los "pueblos democráticos", ya que está "igualmente alejada del gobierno plutocrático y del surgido de la plebe", razón por la cual es "la que mejor puede atemperar el ardor de las luchas sociales". Concluye felicitando a Perón por haber comenzado a ocuparse de ese sector.[30] También el conservador *La Fronda* informó que en el mitin del cine Flores estarían presentes representantes de "nuestra clase media", es decir, aquellos que "están colocados en el justo medio entre las clases trabajadoras y las encumbradas, como factores positivos en el progreso y engrandecimiento del país".[31] Por su parte, el católico *El Pueblo* felicita a Perón por ocuparse de la "clase media", la clase "más extendida", que se encuentra entre los dos extremos de adinerados y pobres, y cuyos problemas habían pasado hasta hoy inadvertidos.[32] *El Mundo* también editorializa sobre una "clase media" que está "obligada a vivir en una modestia decorosa muy próxima a la pobreza": debe "responder a todas las exigencias de los privilegiados", sin poder, como los obreros, "refugiarse en el menor número de obligaciones sociales". Se trata de un "elemento de estabilidad y progreso" y de "moderación", que está situado "en el punto de encuentro" entre obreros y clase alta, y que debe "soportar gran parte de los inconvenientes de la lucha" entre ambos. Y concluye felicitando a Perón por ocuparse de evitar su "proletarización".[33] En vísperas del segundo mitin, *El Día* aporta un editorial en el que sostiene que, mientras se ampara a la clase obrera, ha quedado "un tanto olvidada" esa otra clase "que se halla entre los proletarios y los millonarios" y que recibe el golpe "cada vez que aquellos le tiran un cascote a éstos". Concluye llamando a ocuparse de la "clase media", y congratulándose de que Perón ya lo esté haciendo.[34] Más tarde insisten con otro editorial con conceptos similares.[35]

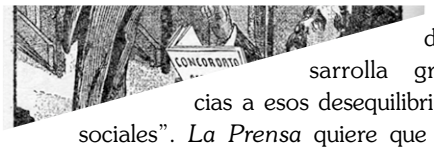
En estos comentarios elogiosos se cuela, sin embargo, un tema que no estaba presente en las palabras de Perón: el antiguo adagio liberal de la clase media como "justo medio", elemento moderador de las pasiones políticas y garante del orden contra los desbordes de las clases subalternas. Este motivo típicamente contrainsurgente –ya que otorga implícitamente una superioridad a la clase media respecto de la obrera y un papel de dique de defensa de la clase alta– no aparece en los discursos de Perón, en los que la "oligarquía" se presenta, por el contrario, como un elemento negativo. Por otro lado, en los editoriales no se hace mención a un elemento crítico que resaltó Perón: el "individualismo" de la clase media y la necesidad de superarlo.

Esta tensión implícita se hace evidente en el editorial que dedica al asunto el diario liberal *La Prensa* el 7 de agosto. Lejos de felicitar la iniciativa de Perón, el diario sugiere que el coronel tenía intenciones fascistas. El editorial abre denunciando que "en los últimos años, bajo gobiernos absolutos, la llamada clase media ha sido destruida" por obra de medidas "aparentemente encaminadas a asegurar mejoras de índole social". El mejoramiento "real o supuesto" del nivel de vida de los obreros se obtuvo a costa no de las clases altas sino de la clase media, que "ha desaparecido en más de un pueblo". *La Prensa* continúa argumentando que "es necesario que nunca ocurra" tal cosa en Argentina, ya que en nuestro país los trabajadores "constantemente van confundiéndose con los demás elementos de la sociedad en lo que atañe a su nivel de vida, gracias a una labor continua de mejoramiento", antes que a "una de igualación que tenga por método el elegido por los regímenes absolutos": "No hay factor más poderoso para la conservación del orden social que la clase media", ya que "ella atenúa el contraste entre la suerte de los pobres y los ricos". Además, es una clase en la que la "demagogia" no tiene eco, y es la que más ha contribuido al "progreso" y a la "organización nacional", y también en el desenvolvimiento posterior del país; y lo ha hecho sobre todo con "su modo y su mentalidad democráticos", abierta como está tanto para los que vienen "desde abajo", como para los "desplazados de los círculos privilegiados", que se "refugian en ella para rehacer su vida".[36]



El mensaje contrario a Perón y a sus políticas sociales en nombre del mantenimiento de la jerarquía social (por obra del "justo medio" asegurado por la clase media) no podía estar más claro. Tan claro que motivó una violenta respuesta por parte de *El Federal*, diario nacionalista antiliberal, favorable a Perón. Desde el comienzo *El Federal* había visto con buenos ojos la iniciativa del coronel.[37] En un artículo del 5 de agosto se congratula de que el gobierno esté poniendo tanto empeño en resolver el problema de la "clase media". En "el cuadro incongruente de la realidad social de nuestro país" la clase media se encuentra aprisionada, con los humildes por debajo y "los poderosos detentadores de riquezas sin cuento" taponándola por encima. "[L]a clase media argentina se encuentra dentro de un círculo de hierro. Y la disyuntiva es tremenda: o rompe violentamente el anillo que la aprisiona, ceñido y asfixiante, o se deja morir por inanición poco a poco".[38] Tres días después vuelve a la carga: denuncia las distorsiones que produce una economía "pastoril y simple" sobre la "clase media", que es "la que más sufre los embates de la crisis", y llama a terminar con "los explotadores" que succionan la "riqueza argentina". Los "pulpos" aludidos eran las compañías comerciales como Harrods y Gath y Chaves.[39] Luego lanza un ataque furioso a *La Prensa*, "órgano de la contrarrevolución", por su editorial del día anterior. Para *La Prensa*, "tan inesperadamente defensora de la clase media", reconocer "oficialmente las necesidades de los pobres y los abusos de los potentados es conspirar contra la clase media", ya que ésta, de acuerdo con el diario liberal, "nace, crece y se

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



desarrolla gracias a esos desequilibrios sociales". *La Prensa* quiere que la clase media rechace cualquier medida "demagógica" que la proteja de "los grandes consorcios capitalistas o de los políticos parlamentarios". Pero la obra de "agremiación" iniciada ha de llevarse a cabo, "así sea para rabia de los pontífices del liberalismo disgregador".[40] Al día siguiente *El Federal* vuelve a atacar a *La Prensa*, acusándola de no desear el mejoramiento del nivel de vida de los empleados porque responde a los intereses de sus anunciantes, "pulpos" que "esquilman a la clase media".[41] Pese a la virulencia de la defensa de Perón por *El Federal*, es probable que sus simpatías fascistas no hayan sino confirmado las sospechas deslizadas por *La Prensa*.

Las razones de una desaparición

Durante 1945 el interés de Perón por apelar a la clase media pareció decaer. Se acordó de ella cuando sufría los efectos de la inflación en un discurso en abril, y en un discurso en junio referido a la necesidad de proveerle viviendas económicas.[42] Todavía el 12 de febrero de 1946, en el acto de proclamación de su candidatura a presidente, se felicitó de haber recogido, en su paso por la función pública, "el clamor de la clase obrera, de la clase media y de los patronos que no tienen contraídos compromisos foráneos", y prometió, entre otras cosas, que en su gobierno habría créditos para viviendas para la "clase media".[43] Y hay que recordar que la Declaración de Principios del Partido Laborista que llevó a Perón a la presidencia, aprobada en octubre de 1945, hacía una invitación amplia a sumarse a sus filas a "estudiantes, profesionales, artistas, intelectuales, pequeños comerciantes, industriales, agricultores y todos los que constituyen la clase media y acepten los postulados avanzados de la agrupación"; por otro lado, el Programa Político del laborismo sostenía la necesidad de promover medidas conducentes a la división de la propiedad rural y la creación de una "clase media rural".[44] Luego de febrero de 1946 Perón dejó de ocuparse explícitamente de la "clase media" en sus discursos y en sus textos. Más aún, prácticamente no volvió a utilizar esa expresión durante el resto de su vida, salvo contadísimas excepciones y al pasar.[45] Considerando que antes del primer acto en Flores en julio de 1944 Perón tampoco había manifestado ninguna inclinación a utilizar la expresión "clase media", su notable desaparición luego de febrero de 1946 abre un complejo problema de interpretación. Ciertamente, Perón no dejó de ocuparse de los problemas de maestros, empleados, profesionales, comerciantes, etc., pero dejó de nombrarlos como parte de una "clase media" y de lanzar apelaciones políticas generalistas apoyadas en ese concepto. Establecido que fue Perón (o al menos la secretaría a su cargo) quien se ocupó de organizar una importante operación de apelación política centrada en el concepto de "clase media" en 1944, con cierta continuidad hasta su primera campaña presidencial, ¿cómo explicar la intensidad de tal apelación en ese momento puntual y la casi total desaparición luego de esa fecha?

En la respuesta a esta pregunta pueden colaborar diferentes motivos. Existe alguna evidencia de que había "diferencias doctrinarias" entre quienes se ocupaban de cuestiones referidas a la clase media en la Secretaría de Trabajo y Previsión, que quizá pudieron obstaculizar la labor en esa esfera.[46] Sin embargo, no creo que haya sido éste el motivo principal para dejar de usar esa categoría. Propondré, como hipótesis, que el concepto de "clase media" es disfuncional respecto del sistema de ideas que Perón llegó a adquirir, y que por ello sólo alimentó una estrategia apelativa de tipo exploratorio, de corta duración, rápidamente desplazada por otro tipo de apelación generalista, basada en la categoría de "trabajador intelectual" o "profesional", más coherente con la totalidad del discurso político del peronismo.

Para fundamentar esta hipótesis, conviene comenzar por analizar el momento particular en el que Perón lanza su apelación. De alguna manera, podría decirse que el contexto de junio o julio de 1944 era un período *transicional* en la formación de sus ideas. Los estudiosos de la época coinciden en señalar que el fuerte obrerismo que caracterizó al peronismo clásico, junto con la polarización política y discursiva que lo acompañó, no estaban presentes desde un comienzo, sino que fueron elementos que el propio Perón fue adquiriendo en el curso de su experiencia en la Secretaría de Trabajo y Previsión. La "justicia social" y la simpatía por los obreros eran motivaciones poco visibles entre las que decidieron a los militares del Grupo Oficiales Unidos (GOU) a dar un golpe de Estado en 1943 (estaban más preocupados por el peligro comunista que por el bienestar de los trabajadores en sí mismo).[47] Respecto de las ideas iniciales del propio Perón, Cristián Buchrucker ha establecido que comenzaron siendo poco más que las de "una pacífica cooperación de todos los estratos sociales en un programa reformista", inspiradas principalmente en la doctrina militar, el cristianismo social y el nacionalismo "populista" de la época. Sólo más tarde, por efectos de la oposición del empresariado, Perón fue radicalizando sus ideas, al apoyarse cada vez más en los trabajadores, su único sostén sustancial.[48] Los mojones decisivos en este desplazamiento, siguiendo a Juan Carlos Torre, pueden resumirse de la siguiente manera. El 2 de diciembre de 1943 Perón había asumido al frente de la secretaría que lo haría famoso, anunciando el inicio de la "era de la política social en Argentina". Como por entonces la intervención de los sindicatos y las persecuciones a izquierdistas estaban en curso, el recibimiento de los trabajadores fue más bien frío. Al acercarse el 1 de mayo, los sindicatos planeaban incluso una manifestación de protesta, que fue finalmente prohibida. Por entonces, Perón había fracasado en su intento de ganarse el apoyo de la UCR, o al menos del sector sabattinista. En ese contexto, en su discurso por el día del trabajador, Perón anuncia medidas concretas que comienzan a hacer realidad la proclamada era de la justicia social. A partir de entonces, poco a poco y lentamente se va revirtiendo el escepticismo inicial de los trabajadores. Mientras este proceso comenzaba, Perón busca también ganarse el apoyo de otros grupos sociales, incluyendo profesionales, comerciantes minoristas y empresarios. Estos últimos habían apoyado el golpe de 1943, y la Unión Industrial Argentina todavía en septiembre de 1944 haría explícita su adhesión a las políticas del secretario de Trabajo y Previsión, de modo que la seducción que intentaba Perón no parecía por entonces descabellada.[49] Pero ya por entonces había comenzado a notarse el surgimiento de una fuerte corriente de opinión contraria al coronel, procedente de sectores sociales que iban a contrastar cada vez más claramente con el apoyo de los obreros, que se haría más fuerte en 1945. Como señaló Hugo del Campo, ya a partir de agosto de 1944 se percibe un cambio en la retórica de Perón, una "redefinición del enemi-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

go" que ubica a los "intereses mezquinos", los "egoísmos" y la "oligarquía" como blancos de ataque. Indudablemente, ese cambio se relaciona con un primer registro de la oposición de los sectores no trabajadores. Del Campo elige el discurso en la Bolsa de Comercio del 25 de agosto de 1944 como la divisoria de dos etapas diferentes, la segunda marcada por un relativo abandono de las ilusiones en una colaboración pacífica entre diferentes sectores, en favor de una disposición ahora más belicosa, y de un apoyo cada vez más explícito y real en los obreros.[50] A partir de abril de 1945 comienza lo que tradicionalmente se ha considerado una ola de movilizaciones de clase media contra Perón. Incapaz de quebrar la hostilidad de los partidos políticos, el régimen se va apoyando cada vez más en los obreros y profundizando las políticas sociales, ganándose por ello cada vez mayor enemistad entre otros sectores, hasta cristalizar, a partir de junio, en un enfrentamiento de clase abierto.[51]

De esta breve cronología puede concluirse que la apelación a la "clase media" ocurre precisamente en el momento transicional, en vísperas de la radicalización de la retórica y de la estrategia política de Perón. En esa etapa formativa de su pensamiento político, Perón todavía continuaba explorando fuentes posibles de apoyo con cierto desprejuicio. El intento de movilizar a los sectores medios mediante un discurso apoyado en el concepto de "clase media" puede entenderse entonces como parte de ese momento experimental y abierto. Al contrario, es concebible que el abandono inmediatamente posterior de la categoría de "clase media" esté en parte relacionado con el mayor compromiso con los trabajadores como grupo social, con una organización más binaria del campo político –"pueblo" versus "oligarquía"– y quizá con una cierta desilusión de Perón respecto de las posibilidades de movilizar otros apoyos.

Sin embargo, existe todavía un motivo más profundo para el abandono de la categoría de "clase media". Después de todo, el obrerismo de Perón fue fruto de las circunstancias más que de una opción estratégica clasista, y de hecho nunca dejó de considerar a la burguesía y a los sectores medios como grupos necesarios de la "comunidad organizada". Por otro lado, con todo lo binario de su discurso, Perón siempre siguió siendo afecto al pensamiento en tríadas, como atestigua su doctrina del peronismo como "tercera posición".

La práctica desaparición del concepto de "clase media" del discurso de Perón refleja la adopción de otra tríada más afín a su pensamiento general, que dividía la parte sana del pueblo (es decir, todo menos la "oligarquía" y la "antipatria") en *trabajadores manuales*, *trabajadores intelectuales* y *empresarios*, o, en la formulación que terminó siendo predominante, simplemente *trabajadores*, *profesionales* y *empresarios*.

Es que el mismo concepto de "clase" tenía un lugar equívoco –se podría decir *anómalo*– en el pensamiento del Perón maduro. El concepto de "clase media" (junto con el de clases "alta" y "baja" que evoca) formaba parte del vocabulario común, pero también y fundamentalmente del de la ideología liberal. En la cosmovisión "aristotélica" y liberal que había estructurado la manera occidental de pensar lo político, la función del estadista se concebía como el arte de conservar las desigualdades sociales, consideradas inevitables, encontrando el equilibrio adecuado entre clases y grupos diversos. Este equilibrio requería instituciones políticas que se contrapesaran mutuamente y que canalizaran, aunque diferencialmente, los diversos intereses presentes en la sociedad. Se trataba, en fin, de una política de la negociación y del equilibrio porque parte de la premisa de una tensión ineliminable –aunque perfectamente gerenciable– entre grupos sociales.

Por contraposición a esta forma de pensar lo político (a la que suele darse el equívoco nombre de "pluralismo"), la manera en que Perón concebía su papel estaba basada en su propia experiencia como militar y en las ideas de representación funcional por entonces en boga. Perón se concebía a sí mismo más como un organizador de *funciones* diferentes de lo social que como un conciliador del equilibrio inestable entre *clases*. Para su concepción de lo político, el "pluralismo" era inaceptable, ya que capitulaba frente a la existencia de intereses sociales contrapuestos, que sólo aparecen cuando existe una injusta división en clases. En la "comunidad organizada", ideal de Perón, cada grupo tiene su lugar y su función, todos son igualmente importantes y dignos, ya que todos funcionan como órganos de un cuerpo social orgánicamente unificado. Todos deben subordinarse a un interés superior abstracto y predeterminado: el de la nación. Frente a una entidad superior de lo social así definida, y una vez ajustada la maquinaria social unificada, no existe negociación de intereses plurales que pueda ser legítima. Perón se concebía a sí mismo como aquel que venía a ajustar de una vez la maquinaria social desajustada, y a otorgar a cada cual un (su) lugar.

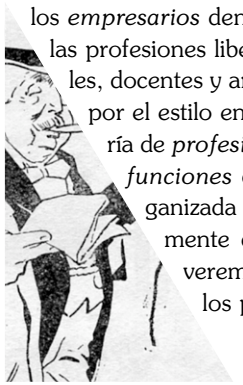
Desde esta concepción de lo político, el concepto de "clase" resulta incómodo; puede resultar útil para describir la sociedad "desajustada" previa, pero no lo es a la hora de definir las distinciones sociales legítimas de la comunidad organizada, un ideal al que es imposible de llegar si el pueblo se encuentra dividido en "clases". Perón mismo expresó en varias oportunidades que "aspiramos a una sociedad sin división de clases".[52] Su incomodidad respecto de un concepto que, sin embargo, utilizaba permanentemente aparece con toda claridad en un discurso de 1953 en el que Perón se empeña en explicar que no son los obreros los verdaderos "clasistas", sino las oligarquías. "Son ellas las que comenzaron llamándose las «clases», las clases dirigentes, las clases privilegiadas" a partir de la remota antigüedad. "Por eso, cuando yo he dicho «hay que terminar con las clases» quiero significar que hay que terminar con ello *[sic]*, para que en nuestra comunidad no haya más que una clase: la de los que trabajen y producen *[sic]*, la clase del pueblo, que es la única clase que nosotros queremos. Observen ustedes que ellos, los clasistas, ahora, en este momento, cuando todo ha sido ya dominado, cuando todo está traducido en el lenguaje del pueblo y todo se ha vuelto a trabajar en beneficio del pueblo, ellos surgen como clase atacando al pueblo."[53]

Es como parte de esta "traducción" del lenguaje de clase al lenguaje del pueblo imaginado para la comunidad organizada que Perón reemplaza la tríada de *clases* implícita en el concepto de "clase media", que utilizara circunstancialmente en un momento formativo de su pensamiento político, por la tríada de *funciones* que distingue trabajadores, profesionales y empresarios. El hecho de que, a diferencia de la mayoría de los periódicos de la época, Perón no haya utilizado la típica retórica del "justo medio" asociada a la de la "clase media" refuerza la hipótesis de que tomó este significante del vocabulario común al solo efecto de lanzar una apelación a los sectores medios, sin comprometerse con él de manera

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

duradera ni adoptar con él el esquema de equilibrio de clases típico de la ideología liberal.

Para concluir este apartado, cabe señalar que el pasaje de la tríada de *clases* a la de *funciones* no fue un mero cambio de etiquetas: los grupos sociales concretos que Perón nombraba en 1944 con el apelativo "clase media" no serán, como veremos, los mismos que designaría como "profesionales" (ni, de hecho, los mismos que comprendía el sentido habitual de esta palabra en esa época). A la tríada *trabajadores-profesionales-empresarios* corresponderían, en la segunda presidencia de Perón, tres lugares discursivos y tres instituciones específicos: la Confederación General del Trabajo (CGT) para los primeros, la Confederación General Empresaria (CGE) para los últimos, y la Confederación General de Profesionales (CGP) para los del medio. En este esquema, el conjunto de categorías ocupacionales que el concepto de "clase media" incluía sufrió un reordenamiento que lo dividía en diferentes conjuntos. Así, de los grupos representados en las asambleas de 1944, los empleados de comercio y algunos tipos de empleados estatales pasaron a estar inequívocamente comprendidos dentro de la categoría de *trabajadores*, mientras que pequeños comerciantes e industriales pasaron a habitar el universo de los *empresarios* dentro de la CGE. Sólo las profesiones liberales, los intelectuales, docentes y artistas y otros grupos por el estilo entrarían en la categoría de *profesionales*. Las distintas *funciones* de la comunidad organizada quedaban así claramente delimitadas y, como veremos, encuadradas en los planes del Estado.

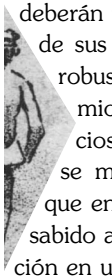


Los "intelectuales" y "profesionales"

Desde muy temprano Perón se interesó por las categorías ocupacionales no obreras, un interés que perduraría a lo largo de ambas presidencias. Por lo menos desde su discurso del 1 de mayo de 1944 Perón distingue trabajadores "del músculo" y trabajadores "del pensamiento", mencionando entre estos últimos a los artistas, maestros, periodistas y bancarios, merecedores de atención por parte de su secretaría tanto como los obreros.[54] Durante el curso del año, antes y después de las asambleas con la clase media, Perón mantendría numerosas reuniones con maestros, médicos, bancarios, obstetras, judiciales, etc., y hemos mencionado ya algunas de las numerosas iniciativas de la Secretaría de Trabajo y Previsión en favor de los "profesionales". Este tipo de políticas serán una constante en los años por venir, y no es el lugar aquí para ofrecer un listado detallado. Sólo nos interesaremos en la presencia de un discurso generalista y en las medidas conducentes al aglutinamiento de diferentes categorías ocupacionales.

Existieron varias iniciativas oficiales en este sentido, por ejemplo la de la Agrupación de Intelectuales del Partido Peronista (luego Confederación General de Intelectuales), o la de la Junta Nacional de Intelectuales, que llegó incluso a redactar en 1949 un anteproyecto de estatuto del trabajador intelectual que no prosperó. En 1953 el régimen apostaría finalmente por la creación de una Confederación General de Profesionales (CGP), que tuvo un apoyo gubernamental mucho más notable, y una envergadura y un impacto mayores que los de los antecedentes mencionados. No es el lugar aquí para describir en detalle el itinerario de esa institución.[55] Nos limitaremos a analizar los elementos que contribuyen a demostrar la hipótesis del desplazamiento de la apelación a la "clase media" por la de "profesionales".

La CGP fue fundada en septiembre de 1953 como parte de la estrategia política de "peronización" de la sociedad que acompañó al Segundo Plan Quinquenal, y también como forma de contrarrestar los exitosos esfuerzos que venía realizando la Iglesia para organizar asociaciones gremiales de sectores profesionales. La fundamentación oficial del Plan Quinquenal retomaba algunos de los motivos de 1944, combinando el rótulo de "profesionales" con el de "clase media": "La conciencia gremial debe ser homogénea y perseverante y, en consecuencia, todos los esfuerzos deberán realizarse para concurrir al logro de sus objetivos y luego cimentarlos y robustecerlos. En tal sentido los gremios han obtenido mayores beneficios que los profesionales de la clase media, debido, en gran parte, a que en la defensa de sus intereses han sabido agruparse mejor y orientar su acción en una misma dirección. El profesional o el trabajador de la clase media, más individualista quizá, no encaró con sentido práctico su problema, debido a esa posición intermedia que ocupa entre las otras clases que integran la sociedad. Esta irresolución individualista para asociarse con fines de defensa social conspiró contra la formación gremial de esta clase".[56]

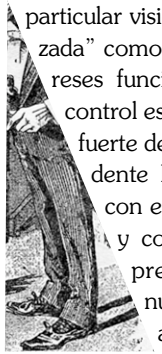


En septiembre de 1954 un proyecto presentado a instancias de la CGP se transformaría en la ley 14.348 de Régimen Legal de las Asociaciones Profesionales. Entre otras cosas, la ley dispone que una organización confederal de profesionales tendría la máxima representación de ese grupo social en todo el país, con funciones disciplinarias y control sobre las matrículas profesionales y otros aspectos de la práctica laboral. Sobre la base de esta ley la CGP obtuvo en enero de 1955 reconocimiento estatal, lo que la convirtió, al menos legalmente, en la máxima organización representativa de los profesionales.

El debate parlamentario que precedió a la sanción de la ley 14.348 permite reconstruir el universo ideológico que enmarcaba el desplazamiento del concepto de "clase media" hacia el de "profesionales". En el debate en la Cámara de Senadores, Julio Herrera destaca, en apoyo del proyecto oficialista, que la legislación propuesta es lo que falta para "completar la organización del pueblo": luego de haberse avanzado en lo que respecta a patronos y obreros, correspondía ahora hacer lo propio con "éstos a quienes se los conoce comúnmente como profesionales e integrantes de la llamada clase media". Herrera concluye citando los discursos de Perón de 1944 sobre esa clase y señalando la dificultad que representaba su individualismo. El discurso doctrinario estuvo a cargo de Alberto Graziano (uno de los principales promotores de la CGP). La influencia del marxismo en la tradición sindicalista, sostuvo, que sólo distinguía dos clases sobre la base de criterios puramente económicos, impidió hasta ahora resolver el problema de los profesionales o intelectuales. En este sentido, la CGP no es una organización obrera, pero tampoco es "una organización de clase media": "La misma expresión «clase media» nos da la impresión de algo que está entre una clase y otra". Esto es lo que suponían los movimientos de la clase media que existieron en Alemania o en Francia a principios de siglo, organizados para defender la pequeña propiedad. Pero la evolución de la gran empresa "ha creado nuevos problemas". Mientras hay grupos sociales que desaparecen, surgen otros con más importancia. "La antigua

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

clase media", es decir, aquella conformada por los artesanos, detallistas, los agricultores y las personas económicamente autónomas, "prácticamente ha desaparecido". La gran empresa ha creado, en cambio, todo un conglomerado formado por funcionarios, técnicos, directores de producción, gerentes, etc., que no son patrones pero tampoco obreros. Esta situación ofrece la posibilidad de reunir en un lazo de nuevo tipo a los obreros y los intelectuales o profesionales. Y aquí es donde, en el discurso de Graziano, entra a jugar el aspecto cultural. Porque son éstos los "portadores de la cultura; ven en la nación una comunidad de idioma" y de "organización política", y ese "lazo cultural es mucho más fuerte que el de las clases". Los proletarios por sí solos tienden al "internacionalismo", que a su vez impide la "unidad nacional". Esto era así en la Argentina hasta la llegada de Perón, quien consiguió inculcar en los obreros "una doctrina esencialmente nacional": hoy "ya nada impide" que marchemos unidos los profesionales e intelectuales con los trabajadores. El proyecto de la CGP, en este sentido, une la defensa de los "intereses profesionales clásicos de la legislación obrera" con el "interés cultural" propio de los profesionales.[57] Se evidencia entonces que el proyecto de agremiación de los "profesionales" era mucho más que una simple medida de organización gremial, y que formaba parte de una particular visión de la "comunidad organizada" como encuadramiento de los intereses funcionales de la sociedad bajo control estatal, en favor de una noción fuerte de unión nacional. Resulta evidente la incomodidad del senador con el concepto de "clase media", y con la división de *clases* que presupone, cosa que abona nuestra hipótesis referente al abandono de esa categoría en favor de una tríada definida en términos de *funciones*.[58]



En las referencias en discursos del propio Perón, queda claro que él también concebía la CGP como una de las tres "construcciones orgánicas" fundamentales del pueblo argentino, que venía a "completar" los logros anteriores de la CGT y la CGE. Las tres instituciones estaban llamadas a trabajar en conjunto y estrechamente con el Estado, canalizando los intereses de los tres sectores fundamentales en que se dividía funcionalmente la población.[59]

El proyecto de la CGP, que estuvo acompañado de fuertes hostigamientos y presiones del gobierno para forzar a las asociaciones de profesionales a la afiliación, encontró fuerte resistencia gremial y una intensa oposición mediática y política.[60]

Peronismo y clase media: de las ilusiones al resentimiento

Aunque el peronismo siempre cosechó apoyos e importantes caudales de votos de grupos sociales no subalternos, sus relaciones con los sectores medios serían de todo menos sencillas. Debe recordarse que ya en 1945 importantes secciones de esos sectores alimentaron la oposición a Perón en sintonía con las clases altas y los partidos tradicionales. El "Manifiesto del Comercio y de la Industria" del 12 de junio de ese año mostró juntas a las principales entidades patronales con otras representativas de firmas pequeñas y medianas, como la Asociación Carboneros Minoristas, el Centro Patrones Peluqueros y Peinadores, la Federación Argentina de Centros de Almaceneros, etc. Poco después, la Marcha de la Constitución y de la Libertad atraería también a otros sectores en oposición a Perón, representados en una miríada de asociaciones de médicos, estudiantes, maestros, ingenieros, empleados, abogados, odontólogos, escritores, etc. El vasto movimiento antiperonista de 1945 representaba una verdadera e inédita alianza de los sectores medios y la clase alta argentinos. Tras la victoria de Perón en 1946, las relaciones con muchos de estos estratos continuaron siendo tormentosas. Desde muy temprano, por ejemplo, el gobierno lanzó campañas de "represión del agio" que se tradujeron en masivas clausuras de comercios e incluso encarcelamientos de comerciantes (cosa que motivó la queja permanente de las entidades representativas). Las importantes medidas en beneficio de los docentes y profesionales le granjearon al régimen niveles de apoyo notables, especialmente entre escribanos, médicos y odontólogos. Pero tampoco en este rubro faltarían los conflictos. El gobierno mantuvo, por ejemplo, una política de persecución de varias de las entidades gremiales más tradicionales: entre otras, fueron intervenidos el Centro Argentino de Ingenieros (1946), la Confederación Médica de la República Argentina (1946) y la Asociación de Abogados porteña (1950); a la Confederación Nacional de Maestros se le prohibió incluso realizar sus reuniones anuales en 1952, y son conocidos los conflictos en el ámbito de las universidades. E incluso existieron tensiones con los empleados de cuello blanco, cuyas principales entidades gremiales terminaron sin embargo siendo firmes pilares del régimen. Algunas asociaciones de empleados de comercio o de bancarios consiguieron en varias ocasiones verbalizar su oposición a Perón; incluso una de envergadura como la Asociación Bancaria debió ser "peronizada" mediante una larga intervención.

No es éste el lugar para ensayar una explicación pormenorizada de los motivos de la intensa aversión a Perón por parte de una gran proporción de las clases medias. Nos limitaremos a adelantar algunas ideas a modo de hipótesis. No está para nada claro que se tratara de una oposición de clase motivada por intereses estrictamente económicos. Aunque algunas medidas en beneficio de los trabajadores (aumentos salariales, congelamiento de alquileres, etc.) pudieran haber afectado puntualmente los intereses de, digamos, pequeños comerciantes o propietarios de inmuebles, no parece que los sectores medios, tomados en su conjunto, hayan visto sus finanzas empeoradas en estos años (los datos disponibles sugieren más bien lo contrario). De esto no debe concluirse, sin embargo, que la oposición a Perón no pueda analizarse en términos de un antagonismo de clase. Porque la división de clases no puede pensarse sobre la base de criterios solamente económicos y abstractos sino en su dimensión más histórica, holística y situada en una cultura determinada. Desde esta pespectiva, no debe perderse de vista que la jerarquía social en una sociedad móvil como la Argentina preperonista estaba fundada no sólo en diferencias de tipo ocupacional o de nivel de ingresos. Por el contrario, éstas se combinaban y superponían con una jerarquía racial implícita y con una determinada cultura "clasista", codificada como una serie de comportamientos políticos y sociales aceptables o "decentes". En efecto, las vías de acceso a la "respetabilidad" social en la Argentina de entonces no se limitaban a la adquisición de un trabajo no manual y un determinado nivel de consumo, sino que se asociaban a ideales de "progreso" que llevaban ocultos otros mandatos. Para decirlo brevemente, el ascenso social se relacionaba al menos con otras tres variables. En primer lugar, se concebía como el fruto de un esfuerzo que, para ser social-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

mente válido, tenía que ser *individual*; era *uno mismo* el que debía "ganarse" su lugar de respetabilidad por el propio mérito. En segundo lugar, el ascenso se pensaba en paralelo a la adquisición de "cultura", con referencia no sólo a la educación formal sino también al manejo de un mínimo de refinamiento y "decencia" (que se contraponía implícitamente a la rusticidad e "inmoralidad" atribuidas a las clases populares). Por último, el ideal de respetabilidad social se superponía tácitamente con una jerarquía *racial*: la Argentina ya para entonces se imaginaba como un país "de inmigración europea" en el que apenas quedaban trazos de sangres no blancas.[61] Este ideal nacional proyectaba una sombra de duda sobre la "respetabilidad" de las personas de pieles más oscuras (reforzada por el hecho de que, en efecto, los menos blancos eran en general los que ocupaban los trabajos menos apreciados, tenían los niveles de ingreso más bajos, poseían un manejo más limitado de la "cultura" o residían en las regiones más periféricas). La irrupción del peronismo vino a cuestionar profundamente esta jerarquía paralela de los niveles de ingreso, las culturas y los colores de piel. En efecto, el movimiento encabezado por Perón no sólo promovió el bienestar económico de los trabajadores y del pueblo más llano, sino que constituyó una verdadera alternación de las relaciones generales entre las clases. La retórica del nacionalismo popular, tanto como algunas de las medidas concretas del régimen, subvirtieron *en los hechos* los criterios establecidos de respetabilidad social. A esto contribuyeron una serie de elementos que trajo la irrupción del peronismo: entre otros, el énfasis en el bienestar como conquista *colectiva* (y no individual) de los trabajadores y el nuevo lugar protagónico de los obreros como encarnación del ideal de nacionalidad que por entonces se proponía, junto con componentes más "plebeyos" como el antiintelectualismo del "alpargatas sí, libros no", la crítica de la moralidad patriarcal del "sin corpiño y sin calzón somos todas de Perón", el nuevo (y a veces revanchista) sentido de orgullo y dignidad del pobre, o la inversión de la carga peyorativa del ser "cabecita negra" o "grasita". Para muchos individuos de lo que por entonces ya comenzaba a llamarse la "clase media", todo esto suponía una profunda sacudida en las reglas del juego del ascenso social y la respetabilidad. Como no se cansaban de afirmar los antiperonistas de la época, lo que les molestaba no era tanto ni principalmente los aumentos de sueldo, los aguinaldos y las vacaciones, sino –como decía el "Manifiesto..." de junio de 1945– el clima general de "indisciplina" y la subversión de "todo principio de jerarquía".

Sea como fuere, el fracaso de los intentos del régimen de movilizar a los sectores medios en su apoyo (en agudo contraste con el éxito que, en idéntico propósito, encuentra en 1952-1955 la oposición, especialmente la católica), sin duda contribuye a explicar el cambio notorio en las percepciones del peronismo respecto de ese grupo social. En el resto de este apartado intentaremos mostrar que, en el período que va de 1944 al derrocamiento de Perón, se produce una evolución que conduce a una profundización de la mirada crítica hacia la clase media, que llegará incluso, en algunos sectores, a un desprecio total. Reconstruir este cambio en las percepciones no es una tarea sencilla, toda vez que la ideología de la "comunidad organizada" y las aspiraciones electorales no siempre permitían condenas explícitas. En efecto, por más rencor íntimo que pudiera sentir Perón por la clase media, no podía manifestarlo abiertamente sin verse forzado a reconocer, al mismo tiempo, que su movimiento no representaba a *toda* la nación sino sólo a una parcialidad. Perón apenas reconoce, en las escasas referencias a los "profesionales" o sectores medios luego de su derrocamiento, que hubiera habido algún clivaje social que motivara el fracaso de la CGP o la caída de su gobierno.[62] La evolución de las percepciones acerca de la "clase media" resulta más fácilmente observable en figuras intelectuales y/o secundarias del peronismo, sin aspiraciones electorales propias. Recordemos antes que nada que en el contexto de 1944-1946, tanto para Perón como para el laborismo, la "clase media" era un grupo social considerado necesario y bienvenido al movimiento. Cierto, Perón había señalado el "individualismo" de la clase media. Pero en ese contexto se trataba menos de una crítica que de la constatación de una debilidad propia que la comunidad organizada estaba llamada a enmendar. Todavía años después pueden encontrarse visiones positivas acerca de la clase media entre peronistas como Lorenzo Soler,[63] Virgilio M. Filippo,[64] Hernán Benítez[65] o Alberto Durand.[66]

Para entonces, sin embargo, ya se hacían notar opiniones mucho menos positivas. Por ejemplo, en una recorrida por la historia política nacional en 1950, el intelectual peronista Vicente D. Sierra consideró que la masa de "los hijos de la inmigración", que conformó la "clase media" y que se convirtió en el principal apoyo de los radicales en épocas de Yrigoyen, "desargentinizó" a la UCR con sus valores puramente materialistas, haciendo que el partido olvidara los problemas reales del país.[67]

Un ejemplo interesante del cambio de percepciones que aquí nos ocupa es el de la revista *Hechos e Ideas*. Fundada en 1935 como una "revista radical" de debates políticos e intelectuales amplios, fue una publicación que insistió como ninguna en la necesidad de que la UCR se interesara por la "clase media", grupo social que gozaba de su más alta estima.[68] Discontinuada en 1941, la revista reaparece en 1947, igualmente dirigida por Enrique Eduardo García, pero ahora firme defensora del régimen peronista, en el que ve la realización del programa social por el que *Hechos e Ideas* venía bregando desde el principio. A modo de justificación por el abandono del radicalismo, en el número que inaugura la nueva serie García argumenta que Perón se asemeja a Hipólito Yrigoyen en su preocupación por la defensa de "las clases trabajadora y media" contra la oligarquía.[69] En algunos números siguientes la clase media aparece de la mano de los trabajadores, como las dos fuerzas que sostienen al régimen y se oponen a la oligarquía.[70] En un artículo de 1948 incluso se afirma que la "clase media" es la "verdadera clase dirigente de la nación", la que aporta los "prohombres" que le "dan brillo y gloria".[71] La ausencia de referencias a la "clase media" en los años siguientes contrasta con la importancia que *Hechos e Ideas* le otorgaba en su etapa radical. A partir de 1951 la revista comienza a dirigirle críticas.[72] En octubre dos articulistas advierten que la "enemistad" de la clase media "se transforma en un elemento disgregador por excelencia, en el factor número uno de la reacción contrarrevolucionaria".[73] En un editorial de principios de 1953 ya se percibe una clara hostilidad. El texto argumenta que la Argentina nunca conoció mayor prosperidad económica que la actual en toda su historia; todas las clases sociales disfrutan de ese bienestar, incluyendo a la "clase media", que "zafó, por fin, de su miseria vergonzante, para exhibirse poco menos

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

que opulenta y, de acuerdo a su idiosincrasia, con aires de señorona estafada en sus aspiraciones burguesas".[74]

Otro ejemplo interesante es la obra de teatro *Clase media, el dilema de cinco millones de argentinos*, escrita por Jorge Newton –una figura central del aparato propagandístico peronista– y estrenada con gran éxito en 1949. Antiguamente anarquista, Newton ya había manifestado actitudes ambivalentes hacia la clase media.[75] Esa ambivalencia es la que reaparece en *Clase media*, en la historia trágica de un joven ingeniero peronista que lucha por salvar a su familia de los peores prejuicios de su clase, que no puede comprender la importancia y legitimidad de los cambios sociales en curso.[76] El contenido y la calidad de la obra generaron una áspera polémica en la prensa. Las publicaciones de orientación peronista o menos hostiles al gobierno la alabaron resaltando la actualidad del "dilema" planteado,[77] mientras que las opositoras o menos encolumnadas se ocuparon de señalar su carácter tendencioso o panfletario, su injusto retrato de la clase media, y su mediocridad artística.[78]

Tras la caída de Perón, las opiniones críticas de muchos peronistas respecto de la clase media se volverían una sentencia. Con el peronismo forzado a la clandestinidad política, pero aún fuerte en los corazones de la mayor parte de las clases subalternas, el masivo movimiento de apoyo ciudadano a la llamada Revolución Libertadora fue leído por propios y ajenos como un movimiento "de clase media". Con vocación autocrítica, en 1957 Arturo Jauretche lamentó el "error" del propio régimen al "desplazar y hasta hostilizar" a la "clase media", hiriendo "inútilmente sus preocupaciones éticas y estéticas" con una "desaprensiva política de la administración" y con el abuso propagandístico, de manera que la oposición logró "unificarla" en contra de Perón.[79] Otros peronistas, sin embargo, no estarían dispuestos a tales concesiones: a principios de 1958 el periódico de la Resistencia *El Guerrillero* expresaba su resentimiento político por el derrocamiento de Perón en términos de una oposición de clase en la que la clase media aparece pintada con los peores colores: "Nadie con dos dedos de frente ignora que a los argentinos nos separa un abismo de odios y que ese abismo comenzó a abrirse el 16 de septiembre del 55 [...]. Las clases parasitarias, la medianía intelectualoide, el estudiantado mediocrizado, los políticos desplazados, los militares de casta, la clase media que pretende evadirse de su condición de hortera y cuanto rábula anda suelto por nuestras calles, salieron en aquella fecha a demostrar al pueblo trabajador su desprecio y odio".[80]

La división discursiva entre peronismo y "clase media" estaba sellada.

Carlos Altamirano ha estudiado cómo en el decenio que sigue a la Revolución Libertadora se crea en los medios intelectuales de la izquierda tradicional y del nacionalismo de izquierda (sea o no peronista) una "«literatura» social y psicológica" denigratoria, que tenía como sujeto a la "pequeña burguesía" o "clase media" (por entonces se utilizaban como sinónimo).[81] Esta literatura, en la que solía atacarse a la clase media por su incomprensión de las necesidades de los trabajadores y, en muchos casos, también por su rechazo del peronismo, terminó reforzando una división discursiva entre ambos términos que sería extraordinariamente duradera. Cierto, cada vez que el peronismo se presentó a elecciones intentó atraer a los votantes de clase media; también hubo aquí y allá intentos de rehabilitar a esa clase en ciertos círculos intelectuales de esa orientación.[82] Sin embargo, fuera de los contextos electorales, el resentimiento permanecía intacto. Todavía en 1992, en una enciclopedia sobre el peronismo publicada bajo la dirección de José María Rosa, en el texto que acompañaba una foto de un grupo de jóvenes pisoteando un busto de Perón durante la Revolución Libertadora, podía leerse: "En una actitud que se repetiría en el futuro, la clase media argentina daría rienda suelta a su odio antiperonista. Fueron la más eficaz herramienta de la oligarquía para el consenso social que todo golpe de facto necesita".[83] Y aún hoy, después de dramáticos cambios sociales y políticos de la Argentina, continúa funcionando el estereotipo según el cual la clase media es, por *default*, antiperonista.

El objetivo de este artículo ha sido reconstruir la historia de este divorcio discursivo entre clase media y peronismo, un divorcio que no va de suyo ni desde el punto de vista de las intenciones y la cultura originales del peronismo, ni teniendo en cuenta el apoyo policlasista que ese movimiento siempre recibió.

Notas

[1] *El Diario*, 29 de julio de 1944, p. 7.

[2] *El Mundo*, 30 de julio de 1944, pp. 11 y 13.

[3] *Crítica*, 30 de julio de 1944.

[4] *Crítica*, 30 de julio de 1944; *La Prensa*, 30 de julio de 1944, pp. 8-10.

[5] Juan D. Perón, *El pensamiento del Secretario de Trabajo y Previsión en el análisis de los problemas de la clase media* [folleto], Buenos Aires, Secretaría de Trabajo y Previsión, 1944, pp. 7-19.

[6] El cartel se conserva en el archivo privado de la Asociación "Mariano Moreno".

[7] *El Pueblo*, 6 de agosto de 1944, tapa y p. 2; *La Nación*, 6 de agosto de 1944; *La Prensa*, 6 de agosto de 1944.

[8] *El Pueblo,* 6 de agosto de 1944, tapa y p. 2.

[9] Ibídem; *La Nación*, 6 de agosto de 1944.

[10] J.D. Perón, *El pensamiento…*, pp. 23-30.

[11] *La Prensa*, 13 de agosto de 1944, p. 8.

[12] *La Nación*, 13 de agosto de 1944, p. 4.

[13] Ibídem; *La Fronda*, 12 de agosto de 1944, p. 8.

[14] *La Nación*, 13 de agosto 1944, p. 4; *La Prensa*, 13 de agosto de 1944, p. 8.

[15] J.D. Perón, *El pensamiento…,* pp. 41-46.

[16] *El Pueblo*, 12 de agosto de 1944, tapa.

[17] J.D. Perón, *Obras completas*, 25 vols., Buenos Aires, Docencia, 1997-2002, vol. VI, p. 303.

[18] Ídem, vol. VI, p. 317.

[19] Ídem, vol. VI, p. 351.

[20] *Revista del Círculo Médico del Oeste*, N° 147, julio de 1944, pp. 360-363.

[21] Véanse las revistas *La Semana Médica* y especialmente la *Revista del Círculo Médico del Oeste.*

[22] *Revista del Círculo Médico del Oeste*, N° 149, octubre-noviembre de 1944, pp. 417-25.

[23] J.D. Perón, *El pueblo quiere saber de qué se trata*, Buenos Aires, Secretaría de Trabajo y Previsión, 1945, pp. 120-126, 133-137, 147-150. En un texto de divulgación doctrinaria, el intelectual peronista Vicente D. Sierra también citaba extensos fragmentos de esos discursos. Véase Vicente D. Sierra, *El hombre, la sociedad y el Estado en la doctrina peronista*, Buenos Aires, s/e, 1948, pp. 41-42 y 79.

[24] J.D. Perón, *Perón expone su doctrina*, Buenos Aires, Centro Universitario Argentino, 1948, pp. 235-239.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

[25] *Crónica Mensual de la Secretaría de Trabajo y Previsión,* N° 3, julio 1944, pp. 957-961; N° 4, agosto 1944, pp. 20-21.

[26] Véase *El Federal*, 5 de agosto de 1944, p. 3; *Crónica Mensual de la Secretaría de Trabajo y Previsión,* N° 5, septiembre de 1944, pp. 24-25.

[27] *Acción Bancaria (órgano informativo de la Asociación Bancaria)*, N° 192, agosto de 1944, pp. 14-15.

[28] *Crónica Mensual de la Secretaría de Trabajo y Previsión,* N° 14, junio de 1945, pp. 27-29.

[29] *Crónica Mensual de la Secretaría de Trabajo y Previsión,* N° 20, diciembre de 1945, pp. 12-15.

[30] *El Diario*, 29 de julio de 1944, p. 4.

[31] *La Fronda*, 29 de julio de 1944, p. 5.

[32] *El Pueblo*, 3 de agosto de 1944, p. 8.

[33] *El Mundo*, 2 de agosto de 1944, p. 4.

[34] *El Día* (Buenos Aires), tercera edición, 5 de agosto de 1944, tapa.

[35] *El Día* (Buenos Aires), 8 de agosto de 1944, tapa.

[36] *La Prensa*, 7 de agosto de 1944, p. 4.

[37] Véase *El Federal*, 30 de julio de 1944, p. 5.

[38] *El Federal*, 5 de agosto de 1944, p. 3.

[39] *El Federal*, 8 de agosto de 1944, p. 3.

[40] Ibídem.

[41] *El Federal*, 9 de agosto de 1944, p. 2.

[42] J.D. Perón, *Obras completas*, vol. VII, pp. 89 y 105.

[43] J.D. Perón, *Obras completas*, vol. VIII, pp. 29 y 39.

[44] Reproducido en Elena S. Pont, *Partido Laborista: Estado y sindicatos*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1984, pp. 116-118 y 137.

[45] Véase por ejemplo *Hechos e Ideas*, N° 51, junio de 1948, p. 409.

[46] Alberto Graziano, figura clave de la Dirección de Acción Social Directa para Profesionales en 1944, refirió a tales diferencias en un discurso en 1954. Véase Cámara de Senadores de la Nación, *Diario de Sesiones*, 1954, I, p. 655.

[47] Véase H. del Campo, *Sindicalismo y peronismo*, Buenos Aires, CLACSO, 1983, p. 121.

[48] C. Buchrucker, *Nacionalismo y peronismo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987, pp. 301-309, 318.

[49] Véase J.C. Torre, *La vieja guardia sindical y Perón*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990, pp. 72-94.

[50] Véase H. Del Campo, *Sindicalismo y peronismo*, p. 151.

[51] Véase J.C. Torre, *La vieja guardia...*, pp. 107-108.

[52] En el discurso del 12 de agosto de 1944. Véase J.D. Perón, *El pensamiento...*, p. 39.

[53] J.D. Perón, *Obras completas*, vol. XVII (1), pp. 269-270.

[54] J.D. Perón, *Obras completas*, vol. VI, p. 157.

[55] Para una descripción detallada de la historia de la CGP, véase mi trabajo "El régimen peronista y la Confederación General de Profesionales: orígenes intelectuales e itinerario de un proyecto frustrado (1953-1955)", *Desarrollo Económico*, 182, julio-septiembre de 2006, pp. 245-165.

[56] "Aspectos generales y objetivos del Plan económico de 1952", *Hechos e Ideas*, 105, diciembre de 1952, p. 310.

[57] Cámara de Senadores de la Nación, *Diario de Sesiones*, 1954, I, pp. 648-660.

[58] En el debate en la Cámara de Diputados aparecen motivos similares. Véase *Diario de Sesiones*, 1954, III, pp. 1904-1913.

[59] J.D. Perón, *Obras completas*, vol. XVIII (1), pp. 185, 197-203; vol. XIX, pp. 119-125; vol. XX, p. 160.

[60] Véase mi trabajo "El régimen peronista y la Confederación General de Profesionales...".

[61] Véase S.T. Ramella, *Una Argentina racista: Historia de las ideas acerca de su pueblo y su población (1930-1950)*, Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo, 2004; también Isabel Santi, "Algunos aspectos de la representación de los inmigrantes en Argentina", *Amérique Latine Histoire et Mémoire*, 4, 2002.

[62] Véase J.D. Perón, *Obras completas*, vol. XX, pp. 160 y 175.

[63] Véase Cámara de Senadores de la Nación, *Diario de Sesiones*, 1946, V, pp. 883-884.

[64] Véase Cámara de Diputados de la Nación, *Diario de Sesiones*, 1948, IV, pp. 2934-2035.

[65] Véase H. Benítez, *La aristocracia frente a la Revolución*, Buenos Aires, s/e, 1953, pp. 207-208.

[66] Véase A. Durand, *Conócete a ti mismo. Pensamiento y reflexiones de un hombre de acción*, Buenos Aires, Imprenta del Congreso de la Nación, 1955, p. 21.

[67] V.D. Sierra, *Historia de las ideas políticas en Argentina*, Buenos Aires, Nuestra Causa, 1950, p. 556.

[68] Véase mi trabajo "Acerca de la relación entre el radicalismo argentino y la «clase media» (una vez más)", *Hispanic American Historical Review*, e/p.

[69] *Hechos e Ideas*, 42, agosto de 1947, p. 9.

[70] Véanse los editoriales de los números 43, septiembre de 1947; 44, octubre de 1947; 47, febrero de 1948.

[71] L. Trevisán, "La propiedad horizontal en el plan de gobierno", *Hechos e Ideas*, 50, mayo de 1948.

[72] "Glosas políticas", *Hechos e Ideas*, 83, febrero de 1951.

[73] J. Unamuno y A. Muzzopappa, "Para la consolidación de la independencia política", *Hechos e Ideas*, 91, octubre de 1951.

[74] "Glosas políticas", *Hechos e Ideas*, 106-109, enero-abril de 1953.

[75] Véase J. Newton, *En marcha*, Buenos Aires, Claridad, 1936, p. 110; *La nación argentina: biografía de un pueblo*, Buenos Aires, Remanso, 1947, pp. 203-206, 266-268.

[76] J. Newton, *Clase media*, Buenos Aires, Ediciones de la Municipalidad de Buenos Aires, 1949.

[77] *El Laborista*, 23 de septiembre de 1949, p. 9; *El Líder*, 23 de septiembre de 1949, p. 7; *El Mundo*, 24 de septiembre de 1949, p. 8; *La Época*, 24 de septiembre de 1949, p. 9; *Democracia*, 24 de septiembre de 1949, p. 6; *Crítica*, 24 de septiembre de 1949; *En Marcha*, N° 21-22, septiembre-octubre de 1949, p. 57.

[78] *Noticias Gráficas*, 24 de septiembre de 1949, p. 17; *Clarín*, 24 de septiembre de 1949, p. 12; *La Razón*, 24 de septiembre de 1949; *La Prensa*, 24 de septiembre de 1949; *La Nación*, 25 de septiembre de 1949; *El Pueblo*, 25 de septiembre de 1949, p. 6; *Criterio*, 1101, 13 de octubre de 1949, p. 578.

[79] A. Jauretche, *Los profetas del odio*, Buenos Aires, Peña Lillo, 3ª ed., 1967, pp. 311-312.

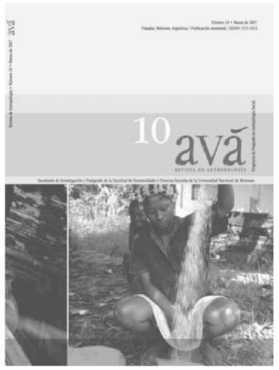
[80] "Festín de sangre", *El Guerrillero*, N° 13, 30 de enero de 1958, p. 1.

[81] Carlos Altamirano, "La pequeña burguesía, una clase en el purgatorio", *Prismas*, 1, 1997, pp. 105-123.

[82] Véase por ejemplo Ítalo Argentino Luder, "El Justicialismo debe recuperar a la clase media" (entrevista), *La Opinión*, 6 de enero de 1976; "PJ y Alianza: cuatro días para quebrar el empate", *Clarín*, 20 de octubre de 1997; Juan Carlos Distefano, "Clase media: de la deserción a la militancia", *Las Bases*, 2 (25), 21 de noviembre de 1973.

[83] José María Rosa (ed.), *Perón, treinta años que conmovieron la política argentina*, 5 vols., Buenos Aires, Proa, 1992, vol. III, p. 3.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



avá
REVISTA DE ANTROPOLOGÍA

REVISTA DE ANTROPOLOGÍA /AVÁ
JOURNAL OF ANTHROPOLOGY Nº 10
Programa de Postgrado en Antropología Social,
Universidad Nacional de Misiones
(Posadas, Misiones, Argentina).

Artículos y ensayos

Singularidades y asimetrías en el campo antropológico mundial. Por Eduardo Restrepo

"Nuestra lucha recién comienza" Vivencias de pertenencia y formaciones mapuche de Sí Mismo. Por Claudia Briones

Hilvanando opuestos. Lecturas identitarias a partir de la conformación de una comunidad mapuche en Lago Puelo, Provincia de Chubut. Por Alma Tozzini

El espejo invertido de la realidad: del discurso del desarrollo a la apología de la gestión ambiental. Por Omar Ramirez

"Modalidades de intervención social sobre los horicultores bonaerenses. Una mirada antropológica. Por María Carolina Feito

La Gran Red: una nueva era entre la ciencia y el mito. Por María del Rosario Contepomi

"Mundo Acadêmico" profesores universitários, prácticas de leitura e escrita e diversidade social. Por Tania Dauster, Dione Dantas do Amaral, Mônica Guimarães, Sandra Mendes.

Entrevistas

Reflexiones sobre el poder, las jerarquías y la teoría social. Entrevista a Maurice Godelier. Por Gastón J. Gil

Reseñas

De boca en boca. El chisme en la trama social de la pobreza. Por Martha Blache

Martín y Ramona. Por Leonor Acuña

El Círculo Médico Argentino y su papel en la configuración del pensamiento médico clínico (Buenos Aires, 1875-1883)

*Pablo Souza**

Introducción

Recientes trabajos en historia de la medicina argentina de la segunda mitad del siglo XIX han estudiado su profesionalización en la Buenos Aires posrosista, echando luz sobre un período y problemáticas poco conocidas.[1] Actores sociales y conflictos, instituciones, conformación de jerarquías profesionales y de un poder formal sobre el arte de curar, encabezan una lista de elementos que permiten comprender el anudamiento de los procesos históricos que dieron vida a la profesión médica porteña durante el período señalado. Según Diego Armus, estas nuevas miradas han enriquecido la lectura sobre la salud y la enfermedad existente en el medio local, lectura atravesada por lo que Georges Canguilhem denominó el "recurso del precursor" y "de la casualidad", tópicos ligados a una mirada factual y a una concepción heroica de la medicina.[2]

Los estudios referidos abrieron múltiples aristas a la investigación histórica, especialmente a aquella preocupada por la historia social de la ciencia. El interés de las siguientes páginas se encuentra en estrecha solidaridad con estos temas; analizarán los primeros años de vida de una organización denominada Círculo Médico Argentino (CMA), vale decir, aquellos que van desde su fundación en 1875 hasta 1883, año de cesión del Hospital de Clínicas a la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires.

El foco del análisis se dirige hacia su participación en las transformaciones del campo –u horizonte– intelectual de la medicina de su momento; se podrá apreciar que esta institución buscó posicionarse como referente de la medicina clínica, en un momento de fuertes transformaciones del saber médico local pero también del pensamiento médico clínico europeo al que se tenía como referente. Por *transformación del saber médico* no se sugiere un cambio drástico de "lo viejo por lo nuevo" sino un movimiento de reordenamiento de estilos médicos ya existentes. En tal sentido, una expresión más precisa es *reconfiguración del saber médico*, debido a que subraya la complejidad de los itinerarios seguidos por los conceptos que se fusionaron en las cosmovisiones médicas debatidas y adoptadas por el CMA.[3]

El CMA y las transformaciones en las cosmovisiones médicas

La elección del período merece algunas consideraciones. Se ha dirigido la atención hacia la Universidad de Buenos Aires y, en

* UNSAM-UNICEN-CONICET.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

especial, a la escuela médica durante la década de 1870 porque es un espacio y un momento de transformaciones, propicio para realizar algunas preguntas sobre los modelos y los perfiles de práctica científica existentes en el cuerpo médico.[4]

En estos años, el cuerpo docente que conduce la escuela médica desde 1852 –la "corporación médica"– sufrió un duro cuestionamiento por varios motivos. Entre ellos se destacan su criticada participación en los episodios de la fiebre amarilla de 1871; también los conflictos de fines de 1872, protagonizados por un estudiante de primer año –José María Ramos Mejía– que cuestionaba la calidad de la enseñanza en la escuela y la autoridad de su conducción, a través de una serie de notas publicadas en *La Prensa*. Como ha señalado Ricardo González Leandri, el cuestionamiento fue tanto interno como externo y el Poder Ejecutivo de la provincia de Buenos Aires no tardó en intervenir.[5] En 1874 se reformaron los estatutos de la casa de estudios y los de la escuela médica, que adquiere el rango de Facultad de Ciencias Médicas y pasa a funcionar nuevamente dentro de la universidad. Sin embargo las reformas no trajeron modificaciones importantes en la posición del cuerpo docente. La *Revista Médico-Quirúrgica* –aún cercana al cuerpo médico– cerraba un comentario critico de la intervención del Poder Ejecutivo provincial afirmando: "La Facultad de Medicina ha muerto; viva la Facultad de Ciencias Médicas".[6]

Los grupos críticos al cuerpo docente –entre ellos, los estudiantes– sostuvieron que los temas candentes de la reforma no se habían resuelto.[7] No es casualidad que a mediados de 1875 se funde el CMA, organización que aglutinaba a estudiantes y graduados recientes con opiniones enfrentadas al grupo que dirige la casa de estudios. Como se ha señalado en reiteradas ocasiones, este grupo ocupó un papel importante en la medicina argentina: se transformó en una verdadera "comunidad epistemológica".[8]

Por su parte, 1883 es un año de importancia capital para el pensamiento clínico local. Agosto de 1883 surge como hito importante en la aparición de los dispositivos de estudio y control de la población. Por decreto-ley 1.284 el Poder Ejecutivo Nacional otorgó el antiguo Hospital de Buenos Aires a la dirección técnica de la Facultad de Medicina, bautizado ahora con el sugerente nombre de "Hospital de Clínicas".[9] Acontecimiento y fecha no son casuales, y su relación queda iluminada si aceptamos la presencia del CMA como grupo crítico del cuerpo docente y activo promotor de las cosmovisiones médicas clínicas.

Entre 1875 y 1883 el CMA discutió y emprendió tres actividades importantes relacionadas en forma estrecha con la promoción de la medicina clínica. Pero antes se impone la pregunta sobre qué se entiende por medicina clínica o cosmovisiones clínicas.

Según Pedro Laín Entralgo, existen en la medicina universitaria europea del siglo XIX tres "mentalidades" preocupadas por el fenómeno del enfermar. Ellas son la mentalidad anatomopatológica, la mentalidad fisiopatológica y la mentalidad etiopatológica. La primera se preocupó por estudiar el proceso morboso a partir de la morfología de la lesión anatómica en los distintos órganos y tejidos corporales. La segunda concibió la enfermedad como desorden energético-material inscripto en las distintas funciones que componen el fenómeno de la vitalidad; por último, la mentalidad

etiopatológica se preocupa de las causas exógenas del proceso morboso; en tal sentido, el pensamiento higienista es un ejemplo de mentalidad etiopatológica, al estudiar la relación entre el hombre saludable y la higiene del contexto en que se inscribe. Por ello, al hablar de cosmovisiones clínicas –o mentalidad anatomoclínica– se hace referencia al primero de los estilos de pensamiento mencionados. Sin embargo, no se deberá concebir tal mentalidad en forma abstracta sino en estrecha (y conflictiva) relación con los otros estilos de pensamiento. Su coexistencia en las escuelas médicas europeas durante el siglo XIX ha sido señalada en distintas ocasiones en la historiografía médica contemporánea y, en rigor, también fue un dato comúnmente señalado por los médicos locales que visitaban Europa hacia 1870.[10]

La escuela médica de Buenos Aires no fue ajena a esta convivencia de "estilos de pensamiento médicos". Se admiraban distintos estilos de pensamientos y disciplinas en otras tantas escuelas médicas; por ejemplo se reconocía el prestigio de la fisiología y la patología celular alemana así como de los higienistas y cirujanos británicos.[11] Pero el centro de la admiración estaba puesto en el "giro copernicano de la lesión anatómica",[12] vale decir, en la mirada anatomoclínica como permiten apreciar las notas de viaje de Ignacio Pirovano, publicadas esporádicamente desde agosto de 1874 en la *Revista Médico-Quirúrgica*. Reglamentos y programas la proponen como parte nodal de la enseñanza, sin embargo las sucesivas reformas –en especial la de 1874– no lograron cristalizar en prácticas de enseñanza clínicas, ni en la existencia efectiva de un mayor número de cátedras clínicas. La ausencia de un hospital escuela que asegurase condiciones mínimas para el desarrollo de este tipo de cátedras jugó un papel importante. Tanto la *Revista Médico-Quirúrgica* como los *Anales del CMA* se hicieron eco de esta contradicción.[13]

Volvamos ahora a las actividades que emprendió el CMA como crítica a este cuadro de situación. Ellas son, los policlínicos gratuitos del CMA (1880);[14] la Escuela de Estudios Libres (1879)[15] y, por último, el periódico médico llamado *Anales del Círculo Médico Argentino* cuyo primer número aparece en 1877.[16] Estos proyectos son fuertemente críticos de la conducción de la casa de estudios. El "policlínico gratuito" fue un pequeño hospital montado por los socios de la institución, y fue pensado como espacio proveedor de pacientes y patologías para su estudio, papel que no cumplía el principal espacio de prácticas utilizado por la facultad hasta inicios de los años de 1880: el Hospital General de Hombres. La "escuela de estudios libres" fue pensada como espacio de cátedras consideradas de mal desempeño en la escuela oficial; luego de su demorada puesta en funcionamiento, el primer "curso libre" del CMA estuvo dedicado a la "exploración clínica" y fue dictado por Roberto Wernicke. Estos proyectos muestran preocupación por el desarrollo de saberes anatomopatológicos, quirúrgicos y, en especial, por el desarrollo de cátedras en el espacio hospitalario. El desarrollo de la experiencia "clínica al pie de la cama" se transforma en una metáfora de amplia difusión entre los discursos de los presidentes del CMA.[17]

En este contexto, nuestra atención está enfocada hacia un grupo de ejes temáticos relacionados con la medicina clínica, presentes en los *Anales del Círculo Médico Argentino* desde sus primeros números. Esos temas serán analizados en los items siguientes, remarcando una vez más que no son los únicos de los que habla este periódico científico, así como en general la mirada

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

anatomoclínica no es la única conocida y cultivada por los médicos locales. Ellos fueron el escenario en que cobró vida el lenguaje médico clínico en sus distintos matices; tanto aquel lenguaje que la profesión utiliza para dialogar con los actores que componen la sociedad civil de su momento, como aquel destinado a la formación de las sucesivas camadas de estudiantes, entre otras acepciones posibles.[18]

Los elementos del pensamiento médico-clínico

Presentados aquellos datos relevantes del contexto en que se inscribe el estudio de la mirada clínica local, cabe preguntarse ahora por su presencia en los primeros números del periódico del CMA. En los *Anales* pueden distinguirse seis ejes temáticos que componen el lenguaje clínico de la organización, y que dieron sentido a un modo específico de mirar el problema de la salud y la enfermedad.

Entre estas consignas, señalaremos en primer lugar una imagen de la relación entre el médico y la naturaleza, y, en segundo lugar, una imagen del paciente hospitalario que cuestiona la práctica médica privada dominante en el seno de la profesión. En tercer lugar, podremos apreciar la revalorización del dispositivo hospitalario como espacio de atención a los sectores subalternos y de inscripción de un orden empírico de la práctica médica. En cuarto lugar, un plan de centralización de patologías denominado la "clínica nacional". En quinto lugar, una concepción pedagógica y política que los ubicaba en el escenario interno de la Facultad de Medicina y de la profesión médica y, por último, una concepción alternativa de la praxis científica en el campo médico, que realza el cultivo de las pericias literarias personales para el manejo de las tecnologías de la comunicación científica, propias del medio profesional de aquellos años.

Estos elementos identifican a la mirada clínica de mediados de siglo XIX. Dieron legitimidad a un modelo de práctica médica basado en el monopolio del poder de cura declamado frente a otros tipos de especialistas y opciones de cura,[19] así como frente a los pacientes que enfrentan ese poder en el dispositivo hospitalario. Autores ya clásicos en la historiografía de la ciencia –como Ludwick Fleck y Georges Canguilhem– han señalado las relaciones que unen a las cosmovisiones científicas con el medio ideológico de época.[20] Por ello importa el estudio de los elementos que componen la mirada clínica del CMA; primero, porque ellos han trascendido el lenguaje especializado de la comunidad epistemológica, proyectándose sobre ese medio. Luego, porque estos elementos aún ejercen una poderosa influencia dentro del pensamiento médico. El cuerpo y la naturaleza, el médico y su poder de cura sobre la enfermedad, la vida hospitalaria y su relación con la práctica privada, la disputas frente a otras concepciones de la cura, son elementos que han variado desde fines del siglo XIX, mas ello no implica que hayan desaparecido.

A continuación presentamos los elementos mencionados agrupándolos en pares significativos. Es importante aclarar que esta clasificación es parte del momento de análisis de las fuentes, aunque ese análisis ha privilegiado la continuidad de los significados y relaciones presentes en las fuentes.

El libro de la naturaleza y los pacientes clínicos

Los primeros elementos a considerar en el estudio del pensamiento clínico del CMA son su concepción de naturaleza y, en segundo lugar, el concepto de paciente hospitalario como espacio en que se circunscribe el aprendizaje de las patologías.

El estudio de las concepciones de la naturaleza es un tema clásico en la historia de la ciencia, contando con un número de problemáticas subsidiarias que exceden los objetivos planteados en estas páginas.[21] Aquí focalizaremos en *las relaciones existentes entre el médico y la naturaleza.* Esta relación queda retratada en una metáfora presente como piedra de toque epistemológica en varios debates médicos, como es la "lectura del libro de la naturaleza".

El "libro de la naturaleza" hunde sus raíces en la consolidación de los grupos intelectuales renacentistas, en especial, en aquellos que se reconocían como "filósofos de la naturaleza".[22] En pocas palabras, la lectura experimental de la naturaleza permitía aproximarse a la divinidad por otras vías, distintas de la lectura teológica del texto sagrado. Esta lectura permitía fundar una autoridad en el campo del saber, diferente de la autoridad eclesiástica dominante en las universidades medievales. En algunas escuelas médicas –por ejemplo, en la de Padua– la lectura experimental del "libro de la naturaleza" se identifica con la crítica a la medicina de los clásicos grecolatinos y árabes. Se cuestionan los "sistemas" médicos inspirados en Hipócrates y Galeno, y más en general el estilo expositivo universitario que los presentaba como sistemas conceptuales cerrados e infalibles en materia médica. Como contracara de esta crítica se cultivaron saberes y prácticas relegados hasta el momento, como la disección anatómica. En otras palabras, éste es el momento en el que se discuten las autoridades científicas clásicas en materia médica y, al mismo tiempo, en el que se proyectan los nombres referenciales de la medicina moderna, como Vesalio, William Harvey, Girolamo de Fracastoro y Ambrosio Paré.[23]

La invocación del "libro de la naturaleza" realizada por los socios del CMA a mediados de los años de 1870, también remite a un episodio de autoridad en materia de saber. Ciertamente la metáfora no es nueva en las revistas médicas locales. Por ejemplo, las páginas de la *Revista Médico-Quirúrgica* están atravesadas por múltiples referencias al contexto natural como algo dado y enajenado a la sociedad, susceptible de ser estudiado por el medico. Por múltiples vías de análisis se persigue en ella un conocimiento del paisaje al menos inmediato a la ciudad y de su influencia sobre la población que la habita. Podemos encontrar el análisis de registros estadísticos sobre enfermedades, el estudio de los suelos y las napas de agua, etc.[24] Sin embargo, la utilización de esta metáfora en los *Anales del CMA* sufre un curioso desplazamiento de significado relacionado con el intento de fundar una posición de autoridad en materia de medicina clínica.

Desde el CMA, se la ubica en la línea de significados dados por la clínica francesa de 1794.[25] La naturaleza como un libro a leer es una metáfora *del cuerpo de los seres humanos*, concretamente de los pacientes que han ingresado en las escasas salas en que se realiza alguna práctica clínica, ubicadas en el Hospital General de Hombres. La *lesión anatómica* detectada a nivel de los órganos y tejidos constituye las huellas o marcas que los procesos mórbidos dejan sobre aquel *libro*.[26] El estudio de las afecciones es un proceso que instituye al propio cuerpo en un objeto a conocer, y por ende,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

en esa porción del "libro de la naturaleza" que se abre ante los médicos. La cama del hospital es uno de los lugares donde surge este distanciamiento que separa al especialista, es decir el médico que detecta y diagnostica la lesión, de aquel individuo que la posee. Una cita permitirá ilustrar con precisión qué significa el "libro palpitante" a leer en la medicina clínica. Luis Maglioni –uno de los primeros presidentes del CMA– afirma: "La clínica no admite por substitutos a los libros, y cada uno de los que nos consagramos a la Medicina estamos obligados a pagarle el tributo de la observación personal. Tal es la naturaleza de nuestra profesión eminentemente práctica. El médico que recién se gradúa, en cualquier facultad que sea, podrá tener los conocimientos teóricos que se quiera, podrá haber obtenido los resultados más brillantes en sus exámenes, tendrá también alguna práctica adquirida principalmente a la cabecera de los enfermos del hospital pero, no obstante, siente un vacío inmenso, vacío que sólo el tiempo y el trabajo pueden modificar. Este vacío, señores, es la práctica, la observación propia e independiente. El médico recién recibido necesita más que la lectura de revistas, más que el acopio en su espíritu de teorías semiabstractas, enfermos, es decir, elementos de aplicación de los conocimientos teóricos, *libros palpitantes* en que cada página es luz, semillas preciosas que fecundadas por el criterio y por el trabajo preparan para el porvenir los más óptimos frutos".[27]

No ha de extrañar por tanto que junto a esta concepción de la naturaleza como "libro palpitante" a ser leído por el médico florezca un segundo elemento intelectual de capital importancia en el programa médico del CMA: nos referimos a la concepción de paciente hospitalario. ¿Qué entiende por paciente hospitalario la mirada clínica del CMA?

El *paciente hospitalario* es antes que nada un concepto contradictorio. En principio, es contradictorio con la praxis médica reinante en el seno de la profesión desde 1852, cuyo eje es la práctica privada. La formación de una "clientela privada" que permitiera capitalizar los costos de la carrera médica era el objetivo central de la amplia mayoría de los egresados de la escuela local. Esta actitud era visualizada como uno de los principales obstáculos para el desarrollo de la "medicina nacional", ya que distraía a los jóvenes médicos de un futuro dedicado a la práctica médica clínica. Las amargas críticas de Ralph Herne hacia los médicos locales subrayan este afán por el lucro y, al mismo tiempo, su descuido por la salud de quienes no tenían para pagar la consulta médica privada, vale decir, la mayor parte de la población.[28] No debe extrañar que uno de los primeros proyectos impulsados por el CMA sea los "Policlínicos gratuitos del CMA"; tampoco es extraño que el mal estado de la atención hospitalaria así como la falta de interés en ella que profesa la corporación médica sean problemas discutidos en forma explícita en los primeros números de la revista del CMA.

Seguidamente, el concepto de paciente hospitalario es contradictorio porque conviven en él aspectos progresistas y otros represivos. Un paciente es un igual al médico en términos abstractos. Su mecánica corporal responde a las mismas leyes anatómicas y fisiológicas, son ellos quienes permiten el acceso tanto a la noción general y abstracta de la patología. Pero, al mismo tiempo, es un subalterno del médico una vez ingresado en el espacio del nosocomio, y ello debido a su condición social. *Paciente hospitalario* es sinónimo de "clases menesterosas" que no poseen recursos para afrontar

una consulta privada, como explícitamente reconocían los médicos de la época.[29] Esos sectores son incorporados al pensamiento médico del CMA como beneficiarios explícitos de la nueva medicina, mas esta incorporación se realiza desde una conciencia profesional que respeta la distancia ideológica propia de la cultura oligárquica entre los notables y quienes no lo son.

Esta distancia epistémica queda ejemplificada en algunas afirmaciones de Roberto Wernicke, uno de los escritores mas prolíficos de los *Anales del CMA* en esos años. A la hora de justificar el uso –sobre el torso del paciente– de una nueva versión del *cuadro clínico* producida en los hospitales alemanes, naturaliza una jerarquía entre pacientes privados y pacientes tratados en el hospital. Esta jerarquía se define en la mayor o menor facilidad para obligar al paciente a hacer las cosas que el médico considere necesarias para su cura: "En la práctica hospitalaria es fácil obligar a todos los enfermos a dibujar sobre la piel cuanta línea se quiera. No sucede lo mismo en el público donde se nos presenta mas de un tórax cuyo dueño o dueña no querrá llevar línea alguna sobre este último y el más grave inconveniente que la demografía presenta, puede salvarse completamente casi, usando las modificaciones empleadas extensamente hoy en Alemania".[30]

Esta representación del paciente hospitalario legitimó la práctica médica ejercida durante los primeros años del policlínico del CMA. Para los socios, los beneficios que las "clases menesterosas" obtenían de esta experiencia eran evidentes, en especial la posibilidad de conseguir medios de cura no disponibles hasta el momento. Al mismo tiempo, sus propios beneficios también eran nítidos ya que el policlínico podía arrojar casos clínicos de interés, susceptibles de ser estudiados en profundidad. Las tensiones de este modelo se presentaron cuando el número de consultas al policlínico excedió los recursos disponibles y, al mismo tiempo, los casos clínicos obtenidos no eran de interés. Para 1882 se habla de seis mil consultas anuales y de los conflictos organizativos que los planteó: ¿qué especialidades incluir en la oferta de atención? ¿Cómo conseguir medicamentos para las curas? En algunas de las respuestas a estas preguntas aparece fuertemente comprometida nuevamente la figura de Wernicke.[31] Por su parte, es Antonio Gandolfo quien sostiene en 1890 que los casos clínicos de interés son escasos y que, en consecuencia, habría que derivar esas clínicas a hospitales municipales, dando por concluido el proyecto del policlínico.[32]

Tecnología hospitalaria y clínica nacional

En estrecha relación con aquella idea de naturaleza y esta noción de paciente, el CMA revalorizó las potencialidades de la tecnología hospitalaria como espacio de aprendizaje de las patologías, en especial de aquellas que afectan a los sectores populares.

La discusión de problemas propios de la tecnología hospitalaria de la época ocupó un espacio intelectual de importancia en el CMA. Para sus socios, estos problemas se inscriben en una situación más amplia como es la ausencia de un vínculo entre la medicina profesional y los sectores populares. Sobre este tema, el problema clave que aflora en las páginas de los *Anales* con anterioridad a 1883 es el de las muertes intrahospitalarias ocurridas en el principal espa-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

cio de prácticas disponible, el Hospital General de Hombres.

Según los socios del CMA, la crecida tasa de muertes se debe a la ausencia de una preocupación por la salud de los sectores populares y, en estrecha relación, por la existencia de un dispositivo clínico. La influencia dominante de la práctica privada ha distraído la atención de los médicos del espacio hospitalario que está a merced de otros grupos profesionales y otras concepciones de su utilidad. Esta falta de preocupación provoca serios problemas con las formas de clasificación y distribución de las personas que asisten a los hospitales, las cuales son tratadas como una "muchedumbre indiscriminada". Los sectores populares tienen miedo del hospital dado que éste es un lugar "vetusto y pestífero" que no posee las condiciones necesarias para la "lectura del libro de la naturaleza". Las condiciones espaciales no aseguran en forma eficaz la supervivencia de los "carentes de recursos" que ingresan en él, dado que producen distorsiones tales como la "podredumbre hospitalaria". Sumadas a las patologías propias de los individuos, resultaban ser una combinación nociva para conservar con vida el objeto de estudio.

El joven estudiante –y futuro catedrático oficial a partir de los años de 1890– Adalberto Ramaugé advierte sobre estos problemas en un trabajo presentado para el primer torneo científico organizado por el CMA en 1878. El trabajo fue publicado con el título "Proyectos de hospitales mixtos" y en él queda retratado el miedo al hospital que poseen los sectores populares: "Éstos son los motivos que justifican la infinidad de trabajos que se han publicado desde principios de este siglo sobre hospitales, en los cuales se atestigua la solicitud que inspiran los desgraciados enfermos cuya pobreza, aislamiento u otras circunstancias, los obliga a buscar un asilo cuando se encuentran atacados por la enfermedad. Pero estos enfermos cuyo organismo debilitado por los sufrimientos, por la mala alimentación y abatida su moral por tanta miseria, se hallan muy frecuentemente privados de esa suma de energía necesaria para reaccionar contra las nuevas causas deletéreas con que tropiezan en el hospital, lo que hacen en último extremo. ¿Por qué esta aversión para entrar al Hospital? Es porque los hospitales actuales se parecen mucho más a tumbas que a asilos de beneficencia; es porque en estos vastos monumentos adonde están *reunidos los enfermos de toda especie*, piso sobre piso, se respira aire tibio y pestilencial. Es por que el pueblo sabe que son malsanos, que muchos entran allí indispuestos y ya no salen vivos, he ahí por que el pobre tiene horror al hospital, he ahí porque no entra sino cuando la necesidad y la falta absoluta de recursos lo obligan".[33]

La "reunión de enfermos de toda especie", como afirma el joven Ramaugé, se debe a la escasez de salas en condiciones de permitir el estudio de patologías especiales. Tanto en el Hospital General de Hombres como en la Casa de Niños Expósitos u otros lugares donde existieron salas de práctica antes de 1883 no existía una distribución acorde con una división por patologías específicas, dado que no había un principio de organización inspirado en las técnicas de la disciplina espacial como base del trabajo a desarrollar en el hospital.

En fin, la lucha por la existencia de "más y mejores salas" donde "leer los libros palpitantes" será un tópico político de primer orden en el pensamiento de la organización, como quedará plasmado en el ciclo de conferencias sobre medicina listeriana publicado, nuevamente, por el joven doctor Wernicke en 1880.[34] A la luz de estos datos se comprenden mejor los motivos de un *policlínico gratuito* y de una *escuela de estudios libres* por parte del CMA. Eran espacios de formación científica y, al mismo tiempo, política de las nuevas generaciones de estudiantes en la medicina clínica. Y también cobra significado el rápido gestionamiento que las autoridades de la casa de estudios emprendieron hacia 1879 para lograr el traspaso del Hospital de Buenos Aires a la órbita de la Facultad de Medicina.[35]

Pero en el periódico del CMA no sólo se pueden apreciar nociones claras sobre los pacientes y las instituciones hospitalarias; son frecuentes también las metáforas de las distintas actividades que componen la experiencia de trabajo (y aprendizaje) médico sobre los pacientes o sus cadáveres. La experiencia idealizada es un proceso de aprendizaje complejo y no exento de matices dialécticos. En efecto, según Antonio Crespo la experiencia médica es aquel momento en que se borran las "impresiones desagradables" de la mente de los estudiantes, proceso que es el resultado de distintas modalidades de aprendizaje. Una de ellas requiere al estudiante focalizar la atención en el espacio hospitalario y en sus productos, tales como los "gritos de dolor" y las "respiraciones fatigosas y angustiadas", vale decir la experiencia directa con el paciente. Otra modalidad de aprendizaje tiene como centro el "anfiteatro" e implica el estudio de las distintas partes de la unidad corporal desgajadas de la unidad viviente: "Cuando vamos a ser iniciados en el estudio de estas ciencias las puertas del anfiteatro y las del hospital se nos abren de par en par. ¿Y qué es lo que se presenta a nuestra curiosa contemplación? Esqueletos, cadáveres destrozados, corazones abiertos para ver las disposiciones de las válvulas, cerebros nadando en líquidos conservantes. En el hospital los gritos de dolor, la fatiga angustiante de la respiración, las palabras delirantes inspiradas por la fiebre y la última convulsión del que exhala el último suspiro no puede[n] hacernos olvidar del anfiteatro; y si lo consiguen no sólo es para recordarnos que nos hallamos en su vestíbulo. Pero el mal efecto causado por las impresiones desagradables del hospital y del anfiteatro al fin se borra; el primer obstáculo ha sido vencido. En el pecho del estudiante de medicina despierta, inmenso, el deseo de arrancar de la muerte a los otros enfermos que el porvenir coloque en igualdad de condiciones. Si la ciencia no ha podido salvar a los que han sucumbido hoy... ¡quién sabe! La ciencia de mañana lo conseguirá tal vez".[36]

La mirada clínica no se agota en sus aspectos técnicos y edilicios, identificados en la lucha por las condiciones hospitalarias y por la existencia de mejores camas de internación. También implica la lucha en el plano teórico y político por la construcción de un cuarto elemento presente en la revista del CMA: la "clínica nacional". Este tópico implica la elaboración de una estrategia de medicalización a escala, basada en un estudio minucioso de la distribución de las patologías en las distintas regiones y espacios sociales identificados con el proyecto de construcción territorial del orden burgués.

La clínica nacional estaba inspirada en una filosofía centralizadora de las patologías y de los espacios sociales donde aquéllas se radicaban, similar en muchos aspectos a la filosofía existente tras la fórmula operativa señalada por Natalio Botana.[37] Siguiendo el programa médico que, según los

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

socios del CMA, había elaborado la generación "rivadaviana" de la escuela médica, se buscaba elaborar el listado completo de afecciones y patologías de cada región, a fin de poder presentar en el escenario médico internacional "la clínica particular de nuestro país". Ramos Mejía señaló –con dureza– el incumplimiento de este programa por parte de la generación de médicos que dirigía la vida de la escuela médica local, como podremos apreciar a continuación.

Este proceso de intercambio de saberes entre espacios locales e internacionales colocaba a la profesión médica de Buenos Aires como activa organizadora del intercambio. Una de las vías para agilizar el contacto de estos espacios de producción de saber médico fue la generación de una red de corresponsales del interior e internacionales. Ya en los primeros años de la revista se presencia un activo intercambio de periódicos con una importante cantidad de instituciones europeas y latinoamericanas. Paralelamente, se aprecia un nutrido intercambio epistolar con corresponsales del interior, publicado a veces en forma de comunicaciones periódicas. Como afirma el corresponsal de Santa Fe, Nicanor Molinas, se debe observar el cumplimiento estricto de esta empresa rescatada por Ramos Mejía del pensamiento de los primeros médicos de la escuela en los años de 1820. Tal cumplimiento, según Molinas, es lo que permite pensar al CMA como una organización a la altura de las primeras instituciones científicas europeas.[38]

Esta posición de intermediarios en el flujo internacional del saber médico lleva a los redactores del CMA a percibirse como una elite del conocimiento ante una *misión*, un compromiso con su época. De cara a la salud de la población, son la elite encargada de la producción de conocimientos destinados a iluminar "el libro de la naturaleza". De cara a la comunidad médica internacional, son los encargados de formar nuestra clínica particular como vía de acceso al mundo civilizado. "Contribuir al curso de la civilización con nuestro aporte" no es para los jóvenes médicos un eslogan sino la dirección de la voluntad grupal, que buscó –sin duda con importantes límites en el cumplimiento de sus acciones– modificar el panorama del saber médico existente hacia principios de los años de 1880.

La crítica pedagógica y el nuevo modelo de praxis científica

Los últimos dos tópicos a señalar de las cosmovisiones del CMA son, por una parte, la crítica pedagógica hacia la generación de sus maestros y, por otra, la apuesta por una concepción moderna de la actividad científico-médica.

Algunos columnistas de los *Anales del CMA* –José María Ramos Mejía, Roberto Wernicke, Luis Maglioni, Antonio Crespo, Bartolomé Novaro, Aníbal Torino o Gregorio Aráoz Alfaro, entre otros– miraron a la generación de sus maestros desde un tono profundamente crítico. Este tono excedió el terreno de los rencores personales[39] y entró en el campo de la crítica política y pedagógica. La crítica a la conducción de la escuela se realizó en nombre de los derechos de los estudiantes más jóvenes, ante los cuales la asociación se erigió como representante. El CMA fomentó en este grupo un modelo de militancia estudiantil teñido de matices prusianos; modelo que contrastaba con el tipo de estudiante sumiso impulsado por el cuerpo docente.

En efecto, el estudiante anhelado por los catedráticos no debía creerse con "atribuciones y prerrogativas que la ley no le acuerda"[40] y no tenía participación en la vida institucional de la escuela. Por su parte, el perfil de estudiante impulsado por el CMA no se debía "asustar" frente a la "magnitud de la obra" por realizar en la casa de estudios, porque estaba en la "edad feliz en que principia la realización de los grandes pensamientos".[41] Se cuestionaron en forma bastante explícita las tradiciones liminares vigentes en la casa de estudios, vale decir, los ritos a través de los que se conquistaba el carácter adulto en aquel espacio. Mientras que el modelo de estudiante sostenido por el cuerpo docente debía contemplar con respeto el *vigor* de las tradiciones existentes, el modelo sostenido por los socios del CMA cuestionaba la existencia de ese vigor y presentaba al cuerpo docente como una corporación autoritaria, orgullosa y mucho más comprometida con el lucro individual que con el desarrollo de las ciencias médicas. No se trataba de un simple parricidio motivado por un enojo caprichoso con sus maestros sino de un movimiento intelectual y generacional que realizaba una lectura propia del pasado médico local, con el fin de crear su propia red de autoridad en el seno profesional.

Como se ha dicho, este modelo de estudiante estaba impregnado de rasgos prusianos, visibles en los socios que habían estudiado en Alemania como Roberto Wernicke o Enrique Sudnick. El perfil de militancia y compromiso estudiantil fomentado desde la institución es similar a la ética estudiantil impulsada por Jean Batista Purkyne en el laboratorio de fisiología de la escuela médica prusiana de Breslau.[42] Allí Purkyne promovió entre 1823 y 1839 un estilo de trabajo

a realizar por los alumnos de fuerte inspiración pestalozziana. El "credo de Purkyne" prescribió una activa participación del estudiante en su propia formación, resaltando una ética del compromiso estudiantil tanto con el trabajo clínico como con el de laboratorio. Este modelo fue adoptado de las universidades alemanas de la segunda mitad del siglo XIX, entre ellas, la Universidad de Bon, donde se formaron Wernicke y Sudnik.

Las críticas puntuales realizadas al cuerpo médico desde esta ética estudiantil son variadas. En principio se cuestionó su escaso compromiso con el desarrollo de la enseñaza médica, como recuerda el discurso fundacional del círculo escrito por Ramos Mejía.[43] Luego, se criticó el desfase entre las intenciones volcadas en los reglamentos y la realidad de la enseñanza práctica volcada en el espacio de prácticas clínicas. Según Luis Maglioni, esta distancia recordaba a la célebre transmutación del "gato en liebre".[44] Seguidamente, se criticó el autoritarismo volcado en la relación pedagógica concreta en las cátedras. Es Roberto Wernicke quien planteó el profundo contraste entre la manera en que se trataba a los alumnos en las universidades alemanas y el estilo que el cuerpo docente local adoptaba con sus alumnos: "El modo como los tratan los catedráticos es completamente distinto al que se usa [en Buenos Aires]. Allí no se pasa lista, allí no hay concursos obligatorios, allí no lleva el catedrático *la palmeta* (moralmente hablando) al aula universitaria y mucho menos a la sala de clínica. Allí es tratado el joven estudiante por su maestro como lo merece y no se atreverá ningún maestro a hablar del látigo en clase, ni usará los epítetos de insignes haraganes o carneros que aquí se les han prodigado a individuos mayores de edad, que tuvieron que

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

sufrirlos por no perder su carrera. Nuestros catedráticos olvidan con demasiada frecuencia que hay que respetar a aquel de quien se exige respeto. El respeto sólo se funda en el mutuo aprecio".[45]

La crítica hacia sus docentes se relaciona con la crítica a su concepción de práctica científica, que es el último elemento a señalar del programa médico del CMA. En efecto, los miembros de la organización buscan transmitir que sus docentes son autoritarios y, al mismo tiempo, médicos poco comprometidos con la producción científica.

Como afirma Paolo Rossi, la amplitud de problemas y de líneas de análisis comprendidas en las palabras "práctica científica moderna" obliga a definir con mayor precisión qué implican dentro de un período concreto, en nuestro caso, dentro del programa médico-científico del CMA. El médico que "practica la ciencia" es aquella figura que transita en forma completa el ciclo observación-experimentación-publicación. Es aquel médico que desarrolla sus pericias literarias de cara a los géneros de publicación existentes en el medio profesional de la época. Los referentes intelectuales del CMA sostuvieron que el despliegue de estas tecnologías literarias era parte del aporte científico local al "curso de la civilización".

Esta imagen de la práctica científica oficia de garante de los tópicos mencionados hasta el momento, es su culminación. De un lado, la objetivación del cuerpo de los pacientes entendido como "el libro de la naturaleza", y de otro, la búsqueda de la verdad científica como alternativa a la búsqueda de la clientela cobran sentido con relación a esta imagen de la praxis científica que fomentaba la activa divulgación escrita. Una historia clínica de interés era el preludio de un artículo original para un periódico médico.

Este modelo fue exaltado por Ramos Mejía como la "falange incasable de obreros de la ciencia", inspirándose en las universidades alemanas al igual que Wernicke. Como sostendrá en los *Anales del CMA* en 1890, este modelo de praxis científica era preferible antes que "la aristocracia universitaria de Oxford con sus presupuestos repletos de millones, sus colegios espléndidos, sus ricos tratamientos y sus *fellow* perezoso", porque esos *privat dozent* que trabajan en condiciones "famélicas" contribuyen en mayor medida a la humanidad.[46] He aquí un perfil de esos "obreros de la ciencia" según la apreciación del joven Ramos Mejía en el discurso inaugural del CMA en 1875: "Cada día, a cada hora puede decirse, salen de aquellos laboratorios de la inteligencia humana, cientos de libros admirables, memorias, observaciones sobre los distintos puntos del saber humano. Zutzenberger, Wurtz, Bernard, Jaccoud, Bert, Pean, Bamberger, Niemeyer, el patriarca de los médicos alemanes como le llaman sus compañeros, son nombres que vosotros conocéis. Ellos forman parte de aquellas falanges incansables de obreros, que envejecen en los laboratorios y en los hospitales, consagrados a la ciencia con fervor de puritanos".[47]

Esta fascinación por la actividad científica como experiencia integrada de trabajo en el espacio hospitalario, en el laboratorio, en la morgue y en el texto a publicar, es lo que lleva a Ramos Mejía a criticar al cuerpo docente. Según él, la generación de sus maestros no ha tenido interés por cultivar este perfil de actividad científica, y por ello podría decirse que posee "una repulsión incomprensible a la reputación de autor, que muchos rechazan horrorizados, confundiendo al médico que sabe manejar bien la palabra escrita, exponer sus pensamientos en una forma mas o menos elegante, con el charlatán que disfraza su ignorancia con las galas de su estilo. Sensible es decirlo, señores, pero para el vulgo de los médicos aquel que llena esas condiciones, nunca puede ser un práctico distinguido, carece de tino para la observación de un enfermo porque coordina bien dos ideas en el papel, por que *es literato* (en la acepción vulgar que le dan a la palabra) y no médico, cualquiera que haya publicado por la prensa algo que no es del resorte de su profesión".[48]

Ambos elementos muestran que el CMA sostuvo un perfil de práctica médica distinto del existente hacia fines de los años de 1870. Ello se evidencia en la preocupación por discutir las pautas de *producción* y *transmisión* del saber médico que poseían los principales formadores de opinión dentro del CMA. Para ellos, la práctica médica debía ser algo diferente al perfil de "repartidor de recetas" con que motejaban a los médicos que no tenían pasión por aquellas actividades, en especial a una parte del cuerpo docente.

A modo de cierre

Estos seis ejes temáticos adquirieron sentido en una cosmovisión médica específica como es la mirada médica clínica. Como se ha señalado, aquellos ejes temáticos y esta mirada no agotan el espectro de estilos de pensamientos existentes en el seno profesional. Esta concepción de la práctica médica era conocida en el medio local desde mediados del siglo XIX, y encontró en el CMA una organización que militó en pos de su efectiva cristalización.

Esta empresa implicó el ejercicio de la crítica política y teórica dirigido hacia sus maestros y hacia las concepciones médicas vigentes en la época. Estos elementos bien podrían haber quedado como piezas en el museo de la medicina local si no fuera por la estrategia política y pedagógica de la propia organización que logró generar un escenario favorable para dirimir esta disputa, en especial hacia 1883 con la cesión del Hospital de Clínicas a la facultad.

El desenlace de los acontecimientos que dan por resultado este traspaso evidencia con claridad que la creación de un Hospital de Clínicas u "hospital escuela" es resultado de la disputa política y científica entre los actores de peso en la Facultad de Medicina, es decir, entre la "corporación" que representaba al claustro alumno y la corporación que representaba al claustro docente. En efecto, el texto de la ley 1.294 de cesión del Hospital de Buenos Aires muestra las huellas dejadas por la presión del claustro estudiantil en los años precedentes. Desde el punto de vista del Poder Ejecutivo y de la corporación docente, un nuevo hospital permitiría centralizar las cátedras clínicas y *controlar la disciplina estudiantil, actor que por la misma época estaba siendo invitado a participar en el proyecto de los policlínicos gratuitos del CMA*.

La llegada del nuevo nosocomio al dominio de la Facultad de Medicina en agosto de 1883 fue el puntapié para una serie de reformas dentro de los planes de estudio y en las estructuras de las cátedras de fuerte orientación clínica. Esta fecha fue recordada por las distintas miradas históricas de la medicina local escritas con posterioridad a los años de 1880 como el momento de origen de la "medicina científica" argentina. Curiosamente estas historias no hacen justicia al papel central que los miembros del CMA jugaron en este nacimiento. En efecto, no sólo militaron tras las banderas de la medicina clínica en los años previos a

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

la cesión del Hospital de Clínicas sino que además formaron parte del cuerpo de docentes sustitutos que se consolidó paulatinamente a partir de las nuevas cátedras clínicas a dictar en el nosocomio. Con la llegada de algunos miembros referenciales de la organización –entre ellos José María Ramos Mejía, Roberto Wernicke, Antonio Gandolfo, Juan B. Justo, entre otros– a las cátedras de la facultad podemos apreciar la creciente presencia de las ideas médicas estudiadas como tópicos formativos de la profesión médica.

Notas

[1] Véase R. González Leandri, *Curar, persuadir, gobernar. La construcción histórica de la profesión médica en Buenos Aires, 1852-1886*, Madrid, CSIC, 2000. Del mismo autor, "Académicos, doctores y aspirantes. La profesión médica y la reforma universitaria: Buenos Aires 1871-1876", *Entrepasados*, VI, 12, 1997, pp. 31-54.

[2] Véase D. Armus, "Cultura, historia y enfermedad. A modo de introducción", en D. Armus (ed.), *Entre médicos y curanderos. Cultura, historia y enfermedad en la América Latina moderna*, Buenos Aires, Norma, 2002, pp. 11-25; también D. Lecourt "La historia epistemológica de Georges Canguilhem", en G. Canguilhem, *Lo normal y lo patológico*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 1971, p. XIII; G. Canguilhem, *La formación du concept de réflexe aux XVII et XVIII siècles*, París, Presses Universitaires de France, 1955, p. 5.

[3] Para un análisis histórico sobre la mutación de conceptos en las cosmovisiones médicas véase L. Fleck, "Consecuencias epistemológicas de la historia del concepto de sífilis", en *La génesis y el desarrollo de un hecho científico*, Madrid, Alianza, 1986, pp. 67-98.

[4] Sobre los problemas institucionales y los enfrentamientos políticos que dan lugar a la reforma universitaria de 1874, véase R. González Leandri, "Académicos…", pp. 43-47.

[5] R. González Leandri, *Curar, persuadir y gobernar*, p. 124.

[6] El texto completo reafirmaba *los logros* de la escuela y su conducción hasta el momento. Véase "Personal de las facultades", *Revista Médico-Quirúrgica*, 11, 1, abril de 1874, p. 2.

[7] Véase R. González Leandri, "Académicos…", p. 44.

[8] Para el concepto de "comunidad epistemológica" véase P. Burke, *Historia social del conocimiento. De Gutenberg a Diderot*, Buenos Aires, Paidós, 2002, p. 61.

[9] Entre sus apodos profesionales frecuentes –no menos sugerentes– podemos encontrar el de "hospital escuela" o "laboratorio de personas", subrayando el carácter científico y renovador que posee para la medicina porteña de la época, que se prestigiaba de obtener un hospital único en Latinoamérica. Los distintos acontecimientos de la cesión del antiguo Hospital de Buenos Aires a la Facultad de Medicina fueron retratados por varios testigos que eran estudiantes de la facultad en la fecha de la entrega. Entre ellos cabe mencionar a E. Cantón, *Historia de la medicina en el Río de la Plata*, Madrid, 1926, t. IV, pp. 13-34 y t. VI, pp. 224-234; también J. Penna y H. Madero, *La administración sanitaria y Asistencia Pública de la ciudad de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1910, t. II, pp. 126-130. También es de suma utilidad la reseña histórica del nosocomio escrita para incorporar a esta obra por quien fuera su director en 1910, el doctor Juvencio Arce; citada en E. Cantón, ob. cit., t. II. pp. 586-598.

[10] Véase P. Laín Entralgo, "Evolucionismo, positivismo, eclecticismo (siglo XIX). Sección III, El conocimiento científico de la enfermedad", en *Historia de la medicina*, Madrid, Salvat, 1978, p. 465: "Para la primera, lo fundamental en la enfermedad es la lesión anatómica; para la segunda el desorden energético-funcional del organismo; para la tercera, la causa externa del proceso morboso. Vamos a estudiarlas por este orden; teniendo muy en cuenta, eso sí, que sus protagonistas nunca han dejado de ser clínicos, médicos para los cuales siempre tuvo importancia primaria la realidad inmediata del enfermo; y que junto a ellos, otros, menos ambiciosos o menos doctrinarios, casi exclusivamente a la «clínica pura» quisieron atenerse en su actividad diagnóstica y terapéutica". Para un estudio más especifico sobre la presencia de estas tradiciones intelectuales en la Academia de Medicina Francesa véase J. Lesch, "The Paris Academy of Medicine and experimental science, 1820-1848", en W. Coleman y F.L. Holmes (eds.), *The Investigative Entreprise. Experimental physiology in nineteenth-Century Medicine*, University of California Press, 1988, pp. 101-138.

[11] Se admiraba a las universidades alemanas en general, como se puede apreciar en la reproducción de los escritos del medico chileno doctor Francisco Puelma Tupper a la Sociedad Médica de Santiago sobre las universidades alemanas: "Sobre organización de los estudios de medicina de Alemania", *Revista Médico-Quirúrgica*, año 10, noviembre 1872, p. 101. Por su parte, la atención por la medicina inglesa y especialmente por el desarrollo de su cirugía se pueden apreciar en los comentarios de Pedro Rooverts sobre los hospitales y los cirujanos ingleses publicados en la misma revista hacia mediados de 1874. Para un estudio de la mirada higienista de fines de siglo XIX y de sus preocupaciones respecto de las condiciones de los trabajadores véase H. Recalde, "La literatura médica como fuente histórica", en *La salud de los trabajadores en Buenos Aires (1870-1910),* Buenos Aires, Grupo Editor Universitario, 1997, pp. 63-95.

[12] El concepto pertenece a P. Laín Entralgo, ob. cit., p. 465.

[13] A menos de un año de la reforma de 1874, un editorial publicado en la *Revista Médico-Quirúrgica* daba cuenta de los escollos con que tropezaba aquel programa: "Este programa bastante adelantado y muy superior al que se seguía hasta el año pasado ha de necesitar pronto aumento, pues a estar al número creciente de alumnos, bien pronto las aulas de Clínicas se han de encontrar con dificultades para que todos puedan aprovechar bien los conocimientos que allí se deben dar, y son los más indispensables para el médico, pues en ellas no basta la palabra del maestro, es necesario ver, oír y tocar, y un solo servicio clínico para las enfermedades externas, y otro para las internas, no alcanzará a que cada alumno tenga un número de casos prácticos suficientes, para hacer aplicaciones provechosas de sus conocimientos teóricos. La Facultad tiene que estudiar todas las cuestiones que propendan a aquel fin, y una de ellas, una de las que mejor resultados puede y debe dar, es la creación de un hospital académico, que estando bajo su exclusiva dirección, pueda recibir sin trabas e inconvenientes todas las modificaciones que la Facultad crea necesaria para su objeto"; *Revista Médico-Quirúrgica*, 11, 23, 1874, p. 375. Pocos años después, Bartolomé Novaro –presidente del CMA en 1883– hacía un balance similar de la reforma. Afirmaba en su discurso de apertura de los cursos libres de medicina que "si esta gran reforma [la de 1874] perfeccionó el mecanismo administrativo de la enseñanza médica, tuvo muy poca repercusión sobre la enseñanza misma. La escuela continuó contra sus deficiencias, pues no se aumentaron las materias que se enseñaban, y el cuerpo docente no experimentó sino ligeros cambios. El único resultado inmediato que podemos indicar fue la fundación de una cátedra libre de clínica médica pedida espontáneamente por los alumnos del sexto año, y que fue dictada por el antiguo profesor de clínica médica, que se había separado de la facultad. Desgraciadamente esta clínica libre no se continuó dando los años sucesivos. Si no se enseñan allí todas las materias consignaron su programa, no podremos extrañar que no se enseñan muchas materias importantes que no figuran en ellos"; *Anales del Círculo Médico Argentino*, VI, 1883, p. 405.

[14] Cf. *Anales del Círculo Médico Argentino*, t. III, 1880, p. 5

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

[15] Véase *Anales del Círculo Médico Argentino*, t. II, 1879, p. 106. En las noticias institucionales de ese año se puede ver la sanción del reglamento de cursos libres; su puesta en marcha efectiva quedó postergada en los hechos hasta 1883, momento en el que se dicta un curso sobre anatomía y cirugía mencionado en las siguientes líneas.

[16] Véase *Anales del Círculo Médico Argentino*, t. I, 1878.

[17] El significado de estos proyectos en los primeros años del CMA excede nuestras preocupaciones en estas páginas. Véase P. Souza, "Formación histórica de un partido de la ciencia en la medicina argentina, 1875-1890", tesis de maestría, FFyB-MEPCT, UBA, 2005, pp. 63-71.

[18] Véase P. Souza, "Formación…", pp. 87-89.

[19] El enfrentamiento entre la corporación médica y las opciones alternativas de cura utilizadas en la época, es un problema de capital importancia abordado en los estudios sobre profesionalización de la medicina. Véase R. González Leandri, *Curar, persuadir*…, pp. 35-55. También M.A. Di Liscia, cap. 7, "Tolerancia y critica de las «otras» medicinas" y cap. 8 "Autoridad médica y control social. La eliminación triunfante de la medicina popular", en *Saberes, terapias y prácticas médicas en la Argentina (1750-1910)*, Madrid, CSCI, 2002, pp. 247-320.

[20] Véase D. Lecourt, "La historia…", p. xvi; también L. Fleck, *La génesis*…, pp. 130-153; P. Rossi, *Las arañas y las hormigas. Una apología de la historia de la ciencia*, Barcelona, Crítica, 1990, p. 24; S. Shapin, *La revolución científica. Una interpretación alternativa,* Madrid, Paidós, pp. 26-27.

[21] Véase P. Rossi, *Las arañas*…, pp. 23-24; también S. Shapin, *La revolución*…, p. 91.

[22] S. Shapin, *La revolución*…, p. 91.

[23] Véase A. Mielli, "El desarrollo de la anatomía. La obra de Vesalius, de sus contemporáneos y de sus sucesores inmediatos" y "La medicina a comienzos del siglo XVI. La cuestión de la sífilis", en *Panorama general de historia de la ciencia*, III: *La eclosión del Renacimiento*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, pp. 263-369. También véase P. Lain Entralgo, "La fisiología «moderna»", en *Vida y obra de Guillermo Harvey*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1948, pp. 7-35.

[24] El estudio de estas problemáticas posee una relación directa con la percepción de la ciudad de Buenos Aires como un "cuerpo enfermo". Sobre esta percepción en la elite posrosista véase J. Salessi, *Médicos, maleantes y maricas*, Buenos Aires, Beatriz Viterbo, 2000, p. 21.

[25] En diciembre de 1794 en París se presentó el "decreto Fourcroy" de reapertura de tres escuelas médicas en Francia luego de que la Convención diera fin –en septiembre de 1793– al antiguo sistema de enseñanza médica. El reporte de Fourcroy estaba inspirado en un proyecto de reforma de la organización de la enseñanza médica escrito por el célebre Pinel, además de Cabanis, Sabater y Guillotin. Esta reforma imprimió transformaciones de importancia durante la siguiente década, período que los estudios clásicos han visto como el "nacimiento" de la clínica francesa moderna. Desde ya, esta mirada clásica ha sido en parte discutida. Véase Ch. Coury, "The teaching of medicine in France from the beginning of the seventeenth century", en C.D. O'Malley, *The History of Medical Education*, University of California Press, 1970, pp. 121-172. También M. Foucault, "La lección en los hospitales", en *El nacimiento de la clínica. Una arqueología de la mirada médica*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 1970, pp. 97-128. Para estudios que discuten distintos aspectos de las interpretaciones clásicas véanse N. Finzsh y R. Jutte (comps.), *Institutions of Confinement, Hospital, Asylums, and Prisons in Western Europe and North America 1500-1950*, Cambridge University Press, 1996; P. Laín Entralgo, *Historia*…, pp. 309-320.

[26] Véase P. Laín Entralgo, *Historia*…, p. 421.

[27] Véase *Anales del Círculo Médico Argentino*, t. VI, 1883, p. 40.

[28] Ralph Herne es el protagonista principal de un cuento escrito por W.H. Hudson en 1888, traducido recientemente por Alicia Jurado. Herne es un joven médico británico que viaja a Buenos Aires en vísperas de la fiebre amarilla de 1871, en busca de posibilidades profesionales. Desde el punto de vista historiográfico, este relato es de gran interés porque su autor se hace eco de varias críticas dirigidas al cuerpo médico local hacia fines de 1870. En primer lugar, la existencia de reglamentos que no permitían ejercer a médicos extranjeros, mejor formados y más respetados que los médicos locales. En segundo lugar, queda retratada la actitud vacilante de los médicos locales frente a los problemas de salud de los sectores populares. En una dramática nota enviada al jefe del departamento en medio de la fiebre amarilla, el protagonista del relato dice: "Estuve en esta ciudad dieciséis meses y en ese tiempo acabé los fondos que traje de Inglaterra. Cuando me presenté al Departamento que preside, hace cuatro meses, no hicieron caso de mis diplomas de Londres y mi examen probó que los conocimientos profesionales que poseo hubieran permitido ejercer el arte de curar en cualquier otra ciudad civilizada del mundo, no bastaban en Buenos Ayres. Usted, señor, me cerró la puerta y debo despedirme ahora de toda esperanza de mejorar mi suerte; pero felizmente no está en su poder impedir que use esos conocimientos en beneficio de los pobres y es para informarle de lo que hice y me propongo hacer que escribo esta carta. *Estalló la fiebre amarilla en esta ciudad y ya se hoyo decir que muchos hombres a quién es su departamento dio el título de Doctor en Medicina y se enriquecieron en los tiempos libres de peligro, se están yendo Buenos Ayres en el momento de su necesidad*"; W.H. Hudson, *Ralph Herne*, Buenos Aires, Letemendia, 2006, traducción de Alicia Jurado, Buenos Aires, p. 65 (nuestro subrayado). Sobre la revalidación de títulos extranjeros por la academia y los conflictos que esto generó, véase R. González Leandri, *Curar, persuadir*…, p. 38.

[29] Véase M.S. Di Liscia, *Saberes*…, p. 258.

[30] Véase *Anales del Círculo Médico Argentino*, t. IV, 1881, p. 260.

[31] "La creación de los consultorios gratuitos, de la oficina de amas y de la administración de la vacuna, ha obedecido a razones que la importancia de la sociedad reclamaba. Hoy sabéis por las estadísticas publicadas en *los Anales* que en 1882 se dieron 6000 consultas y se despacharon otras tantas recetas; pero lo que seguramente ignoráis es el como se ha conseguido en ello tanto beneficio en un tiempo ciertamente breve. Es para mí altamente satisfactorio pronunciar el nombre de mi amigo y siempre colaborador. Dr. D. Roberto Wernicke, es él quién luchó con los inconvenientes propios de una institución nueva y sin recursos, y que ayudado eficazmente por una progresista Comisión Directiva ha podido utilizar el material de sus policlínica en la enseñanza libre que hemos inaugurado ya. El número de enfermos que acudía al consultorio llegó a ser tan crecido que fue necesario crear en el diversas divisiones, y en los primeros meses del corriente año se establecieron diferentes especialidades atendidas todas por distinguidos médicos como el Dr. Vila, Obejero, Lagleize, Susini, Espeche, Torino, que se dedican con entusiasmo al desempeño de su augusta misión. Actualmente, acuden cien enfermos todos los días a los consultorios, donde se les atiende y se les da medicamentos"; *Anales del Círculo Médico Argentino*, t. VI, 1882-1883, p. 150.

[32] Según el informe presentado por el presidente saliente de 1890 Antonio Gandolfo, el balance a realizar de los policlínicos era negativo: "Desempeñado al principio por los médicos con gran entusiasmo, han sufrido después frecuentes interrupciones, que han perjudicado notablemente su organización. Si fuéramos a buscar la causa de las irregularidades, creeríamos encontrarlas en los mismos fundamentos de su creación, pues que fracasada la idea de la escuela libre tenía que venir como consecuencia forzosa el decaimiento de los consultorios. Por otra parte, si añadimos a esto la escasez de recursos para dotarlos convenientemente, la dificultad para despachar las fórmulas, etc., tendremos la explicación satisfactoria de esto. Deficientes para la práctica de los estudiantes por el escaso número de enfermos importantes y por la falta de muchos elementos pare-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

cen más bien los consultorios de una sociedad de socorros, prestándose a abusos de parte de muchas personas que invocan la caridad sin necesitarlo y sin poder los médicos negar el servicio que solicitan"; *Anales del Círculo Médico Argentino*, t. XIII, 1890, pp. 177-178.

[33] *Anales del Círculo Médico Argentino*, t. II, 1878, p. 216 (nuestro subrayado).

[34] Véase *Anales del Círculo Médico Argentino*, t. IV, 1881, p. 370.

[35] Véase *Revista Médico-Quirúrgica*, año XVII, agosto de 1880, pp. 210-211.

[36] *Anales del Círculo Médico Argentino*, t. III, 1880, p. 15.

[37] Botana sostiene que la fórmula operativa buscaba subordinar los poderes provinciales bajo la autoridad del poder central y, por su parte, el pensamiento médico buscaba restituir la normalidad en la unidad del *hombre saludable*. La coincidencia radica en la inscripción del error en el nivel del objeto a subordinar y restituir, legitimando por ello al poder político y al poder médico como los actores que aseguran la verdad en el espacio social naciente. El poder político asegura la verdad del orden y el poder médico asegura la verdad en el conocimiento de la enfermedad. Para el concepto de fórmula operativa, véase N. Botana, *El orden conservador*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1977, p. 36.

[38] Véase *Anales del Círculo Médico Argentino*, t. I, 1878 p. 84.

[39] Si bien algunos de los estudiantes nombrados tuvieron motivos de rencores. Ramos Mejía había sido expulsado de la escuela por sus críticas públicas de 1872, aunque luego tuvo que ser readmitido; Roberto Wernicke sufrió hacia fines de los años de 1870 una experiencia similar a la de Ralph Herne, personaje que Hudson creara a fines de los años de 1880: su título universitario –obtenido en la universidad alemana de Bon– fue rechazado, y se lo obligó a revalidarlo.

[40] En los *Anales* de la Universidad de Buenos Aires se publicó una historia de la universidad y de la escuela médica en particular, en la que se comentaban los conflictos estudiantiles de inicios de 1870. Los autores reflexionaban sobre el perfil del estudiante universitario en Buenos Aires, afirmando que las reformas deberían "impedir la formación entre nosotros de esa entidad colectiva y aparte, que se llama el estudiante de la Universidad y se considera con ciertas atribuciones y prerrogativas que la ley no le acuerda. En Francia, por la excesiva libertad de que gozan los estudiantes, relegados a ciertos barrios de la ciudad; en Inglaterra, constituidos en una especie de aristocracia y sometidos a severa vigilancia oficial sobre su vida y costumbres, no presentan, por cierto, modelos dignos de ser imitados. El estudiante en Buenos Aires, ciudad nueva y activa, emancipada del viejo régimen desde principios del siglo innovador en que vivimos, debe ser única, y realmente lo que es, y nada más, una persona joven que depende de su familia o de sus tutores, que en horas determinadas asiste a clase a oír lección de sus maestros, sin que, por el vestido o los hábitos, establezca una diferencia social con el resto de la juventud de la población"; *Anales de la Universidad de Buenos Aires*, t. III, 1888, p. 199.

[41] José María Ramos Mejía afirmaba en el discurso inaugural del círculo en 1875 que "el programa que nos hemos impuesto es amplio, grande y no debe asustarnos la magnitud de la obra porque vivimos en la edad feliz en que principia la realización de los grandes pensamientos, gracias a los elementos de vida que palpitan en los corazones jóvenes con toda la plenitud y el entusiasmo de la virilidad. Debemos ser fieles en su observancia, ya protegiendo con el esfuerzo común al estudiante, cuyos derechos sean respetados por la escuela, ya velando con la solicitud paternal por la vida del compañero enfermo privado por la distancia o por la necesidad de los cuidados incomparables de la familia. No debemos retroceder ante la inmensa responsabilidad que pesa sobre nuestros hombros comprometiéndonos a proporcionar los elementos para la conclusión de su carrera, al joven condiscípulo que por sus condiciones pecuniarias no puede hacerlo, a traer de lejanas provincias a aquel que por su posición precaria, por su noble pobreza, no puede compartir con nosotros las amarguras y las dulces emociones que experimentamos"; *Anales del Círculo Médico Argentino*, t. III, 1880, p. 2.

[42] Véase W. Coleman, "Prussian pedagogy: Purkyne at Breslau 1823-1839", en W. Coleman y F.L. Holmes (eds.), *The Investigative Enterprise…*, pp. 15-64.

[43] En el mismo discurso citado anteriormente, Ramos Mejía criticaba abiertamente la dedicación del cuerpo docente a la enseñanza médica: "Desgraciadamente, Señores, el cuerpo médico no aparenta preocuparse de la resolución de éstos como de ningún otro problema. Parece que sufre la influencia soporosa de un prolongado letargo, tal es la esterilidad intelectual que lo envuelve hace algunos años. Vive como la esfinge con su inmovilidad aterrante y su frialdad granítica y a no ser por una que otra manifestación escasa de su vitalidad adormecida, le creeríamos muertos hace mucho tiempo. En diez o doce años, da pena decirlo, no ha habido una sola manifestación intelectual, un solo libro que reivindique la memoria de nuestros antecesores. Hay una especie de terror sagrado por todo lo que sea escribir, observar, publicar"; *Anales del Círculo Médico Argentino*, t. III, 1879, p. 4.

[44] Maglioni señalaba –"sin pretender criticar"– esta disonancia entre los planes formales y el funcionamiento efectivo de la escuela: "Sin pretender criticar el sistema de estudios médicos entre nosotros semejante al de muchas facultades adelantadas, el hecho es que en el sentido médico, los cuatro primeros años la pasamos de florcitas con esperanza de una gran aplicación médica ulterior, empleamos nuestro tiempo en profundizar las ciencias de último rango de que ya he hablado. Cuando más tarde nos hallamos en plena clínica y tratamos de hacernos médicos, notamos que hemos hecho un estudio muy lujoso, y nos prometemos que al volvernos sobre estas ciencias ganaremos tiempo para la observación, que es nuestro gran libro, robándoselo a las minuciosidades y a los detalles sin aplicación práctica. He tenido la paciencia de soportar sin aparente indignación eso que vulgarmente se llama *gato por liebre*; pero jamás he dejado de rechazar, siquiera fuese con una moderación inmerecida, todas las agresiones hechas al adivinar del buen sentido"; *Anales del Círculo Médico Argentino*, t. I, 1877-1878, p. 106 (nuestro subrayado).

[45] *Anales del Círculo Médico Argentino*, t. IV, 1881, p. 210.

[46] *Anales del Círculo Médico Argentino*, t. XIII, 1890, p. 183.

[47] *Anales del Círculo Médico Argentino*, t. III, 1880, p. 8.

[48] Ibídem.

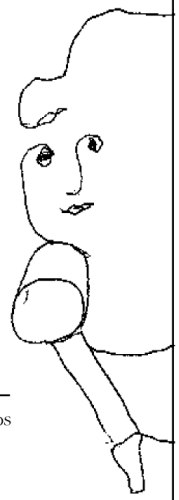
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

mora

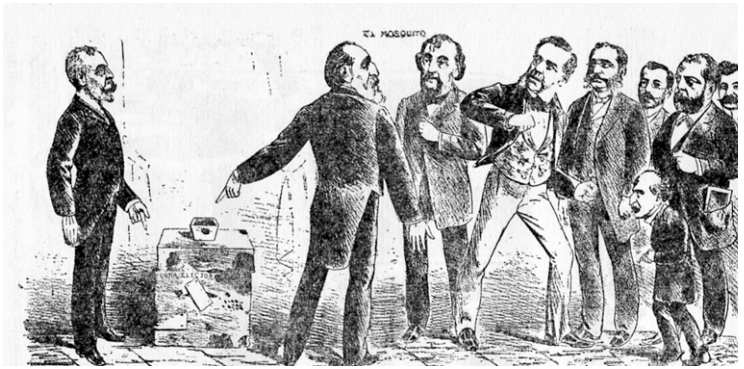
Revista del Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género

Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires Nº 12 / Diciembre 2006

DOSSIER: Ana Amado, *Escenarios de violencia* / Francesca Gargallo, *Migración y discriminación de género en el nuevo orden económico global* / Rita Laura Segato, *¿Qué es un feminicidio? Notas para un debate emergente* / Adriana Piscitelli, *Trabajo sexual y turismo sexual: violencia y estigma* / Ana Amado, *El orden de los cuerpos en los años 70. Entrevista a Pilar Calveiro* // TRADUCCIONES: Sylvia Molloy, *Identidades textuales femeninas: estrategias de autofiguración* / Presentación: Elfriede Jelinek, por Ana Amado / Elfriede Jelinek, "El Joker. Peter Lorre" / Elfriede Jelinek, "Lost highway" // María Luisa Femenías y María Marta Herrera, ENTREVISTA a Geneviève Fraisse: *Feminismo, filosofía y práctica política* // ARTÍCULOS: Silvana A. Palermo, *Peligrosas libertarias o nobles ciudadanas. Representaciones de la militancia femenina en la gran huelga ferroviaria de 1917* / Tania Diz, *Identidad, cuerpo y mutación. Las columnas periodísticas de Alfonsina Storni en La Nación* / Claudia Pérez, *Du côté de Gomorrhe: androcentrismo y transposición en los signos amorosos lésbicos de Sodoma y Gomorra de Marcel Proust* / Aranzazu *Hernández Piñero, Género, sexualidad y política del reconocimiento. Notas críticas a la teoría de la justicia de Nancy Fraser* / Marcelo Turdo, *Un aporte acerca de un caso de intersexualidad. En los bordes de la bioética y el biopoder* // RESEÑAS



Para compra, canje y colaboraciones, dirigirse a: Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género (IIEGE), Facultad de Filosofía y Letras. UBA.
Puan 480. 4º piso Of. 417 (1406) Capital Federal. República Argentina
Fax: (54) (11) 4432-0121. Dirección electrónica: revmora@filo.uba.ar



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Las colecciones fotográficas del Acervo Histórico de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de la Universidad Nacional de La Plata

*Martha Garrido**
*Tatiana Kelly***
*Alejandro Martínez****

La fotografía en la ciencia

En agosto de 1839 François Aragó presentaba oficialmente el daguerrotipo en la Academia de Ciencias de París. Este hecho, reconocido como el nacimiento de la fotografía, significaba la consolidación de las investigaciones que habían estado llevando a cabo Nicéphore Niepce y Louis Daguerre en torno a la fijación de la imagen. El llamado "daguerrotipo" permitía llevar adelante tal proceso a través de una plancha metálica plateada, previamente fotosensibilizada, obteniendo como resultado una única copia en positivo. Al mismo tiempo, en Inglaterra, Henry William Fox Talbot desarrollaba el calotipo o talbotipo, proceso que permitía obtener un negativo y, a partir de éste, múltiples copias positivas por contacto directo. La primera matriz, a diferencia del daguerrotipo, se obtenía mediante la exposición de papel fotosensibilizado y tenía menor nivel de detalle.[1] La fotografía irrumpiría en el siglo XIX para ser adoptada como una técnica capaz de suministrar una nueva forma de evidencia, en un siglo testigo de cambiantes reflexiones en torno a la naturaleza y a la relación con la autoridad científica y la observación. Estos medios surgían como el remedio metódico al problema planteado en el fin de siglo anterior: los ojos de los individuos –como el lenguaje local–, lejos de contribuir al consenso sobre lo observado, colaboraban con la fragmentación y la controversia. La evidencia debería surgir de estos medios neutros, despojados de vanidades nacionales y particulares y que, en el futuro, modelarían las formas de mirar y de observar.

Las técnicas "fotográficas" revolucionaron distintas prácticas científicas que adoptaron el daguerrotipo como herramienta de registro, enfatizando en su función descriptiva y como parte del desarrollo de un nuevo lenguaje visual. La geología, por ejemplo, se valió del daguerrotipo para llevar a cabo relevamientos del terreno;[2] la arqueología, para el registro de vestigios arqueológicos. La invención de la fotografía y su incorporación como técnica de registro está

* Biblioteca Florentino Ameghino-Museo de la Plata-EAP 095.

** Archivo Histórico-Museo de La Plata- EAP 095.

*** Museo de La Plata- Becario CONICET.

Entrepasados - Nº 31, comienzos de 2007: 163-174

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

acompañada del surgimiento de lo que ha sido llamado "una legión de exploradores fotógrafos que se lanzan a la conquista de la objetividad".[3] Para muchos, se estaba colaborando en el establecimiento de pruebas concluyentes a través de "la inexorable precisión de la máquina que permite controlar la interpretación involuntaria que el hombre da a todas las formas que él reproduce".[4] Este entusiasmo inicial de la década de 1840, anterior al dominio completo de la técnica de la fotografía, se combina con las complicaciones referidas a las tergiversaciones de las imágenes, suscitadas por el encuadre y la iluminación, factores que alteran el objeto "real". Frente a ellas, varios viajeros prefirieron seguir recurriendo a otros medios, como la "cámara lúcida", para obtener una mayor precisión en las proporciones y detalles. Los aparatos de daguerrotipo, aunque de un uso relativamente confiable para el retrato, creaban distorsiones que arruinaban cualquier entusiasmo acerca de la posibilidad de reproducción mecánica y rápida.

A medida que se fueron perfeccionando técnica e instrumentos, las aplicaciones de la fotografía a la ciencia empezaron a ser mayores y más variadas. La fotografía proporcionó así un medio para la construcción de la evidencia y, además, actuó como precursora de nuevos descubrimientos a partir de sus diversas aplicaciones. Como menciona Jennifer Tucker en *Nature Exposed*: "Desde su invención en la década de 1830, muchos vieron en la fotografía un medio de precisión y para acceder a la verdad. [...]. Las fotografías son capaces de representar fenómenos que son invisibles o difíciles de ver a ojo desnudo o simple vista, como las bacterias, la descarga de un relámpago, los paisajes de Marte, o los espíritus de los muertos, que de esta manera, pudieron obtener el status de datos científicos".[5]

Precisamente sería esta posibilidad de acceder al registro de aquello que estaba más allá de los sentidos humanos y que cruzaba el límite de lo científicamente observable lo que haría de la fotografía una herramienta tan fundamental para un siglo que experimentó con los límites. Considerando "que la ciencia moderna se constituyó sobre la base de las tecnologías de replicación de la realidad, los medios ópticos y la evidencia construida de manera visual",[6] la fotografía le aportó a la ciencia del siglo XIX un cambio en la forma de representación. La fotografía es tomada como evidencia reemplazando al dibujo –hasta entonces utilizado en la práctica científica– en el momento de guardar un registro y como documento de valor científico que, por ejemplo, facilitó el intercambio de información a partir de un documento preciso y objetivo y la práctica descriptiva. Como destacaba Francisco Moreno al iniciar la publicación de los *Anales del Museo de La Plata*, las revistas científicas debieron constituirse en verdaderos "museos de papel":[7] "El catálogo que publicamos es más que una simple enumeración. Incluimos en él una descripción somera de cada especie para fundarla, la cual acompañamos de las láminas necesarias. Somos partidarios de las ilustraciones; las consideramos como indispensables. Una buena representación gráfica vale muchas veces más que la mejor de las descripciones. La lámina exacta permite al observador juzgar con su propio criterio. Hemos de poner empeño en que la ejecución de las muestras responda al objeto".[8]

Y en efecto, las publicaciones eran el medio para integrarse a la comunidad científica internacional, para intercambiar datos y difundir los trabajos realizados. Las imágenes, parte de esa "tecnología literaria" establecida para prolongar el testimonio y la evaluación de la evidencia mucho más allá de los ojos de quienes estaban observando "el objeto en sí".[9]

El uso de la fotografía en la práctica antropológica

En 1891 se publica en los *Anales del Museo de la Plata* un artículo de Pedro Arata tras la adquisición de una copia de los contratos entre Niepce y Daguerre en torno al descubrimiento de la fotografía. Allí afirma la importancia de la fotografía para la ciencia: "La fotografía ha tomado tanto vuelo, se ha generalizado de una manera extraordinaria, ha prestado tantos y tan variados servicios [...] ha servido eficazmente a la ciencia para fijar de un modo indeleble el instante y las circunstancias que acompañan a un fenómeno y ha conseguido grabarlo con rasgos imperecederos, sustituyéndose con ventaja al observador susceptible de experimentar una ilusión y ser causa de error, cuando la precisión matemática era exigida para el cálculo exacto del fenómeno. La fotografía hoy no es el arte de hacer retratos; tiene el papel más provechoso de sorprender a los fenómenos en sus más variadas manifestaciones y de grabar sus actos en documentos que utilizamos bajo las formas más variadas para emplearlos luego en las innumerables combinaciones a que nos dan lugar los estudios de las ciencias naturales".[10]

Pero, como decíamos antes, a pesar del valor potencial de la naciente técnica fotográfica para el registro de los más diversos fenómenos y para la actividad científica, se trataba de un instrumento cuyo manejo (tanto en el laboratorio como en el campo) requería grandes esfuerzos y traía numerosas complicaciones. Desde mediados de la década de 1850 las técnicas de daguerrotipia y calotipia fueron reemplazadas por el proceso al colodión húmedo que se mantuvo vigente hasta 1880 aproximadamente. Este procedimiento, no obstante su carácter aparatoso y técnicamente complejo, proporcionó los medios para contar con imágenes reproducibles, de gran calidad y en un tiempo de exposición menor a treinta segundos.[11] Este desarrollo "marcó un giro hacia la popularidad generalizada de la fotografía y propició su aplicación a la empresa etnográfica".[12] Empleado como instrumento de registro en los viajes de campo, el dispositivo fotográfico permitiría crear un corpus sistemático de imágenes para la clasificación y el estudio de las "antiguas razas" que poblaban el mundo; por su intermedio se podrían describir y comparar tanto los usos y las costumbres como los caracteres físicos de estos pueblos. De acuerdo con Frank Spencer, se trataba de "un movimiento definido a trascender los límites de la mera ilustración y antología, para emplear la imagen fotográfica como un dato científico «mensurable»".

En un contexto donde muchos creían que los pueblos indígenas no serían capaces de sobrevivir por mucho más tiempo, la posibilidad de perpetuación de la imagen de esas personas que pronto se desvanecerían en el pasado fue celebrada con fervor. Consideradas como "razas en extinción", su registro debía efectuarse en forma urgente. Bajo este lema, la antropología decimonónica, los viajeros y los fotógrafos comerciales produjeron una multitud de documentos visuales que serían oportunamente producidos para consumo del público burgués, del que no se excluyen los especialistas y las instituciones científicas. Muchas y extensas colecciones fotográficas se fueron acumu-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

lando en museos, bibliotecas, universidades y otras asociaciones eruditas de todo el planeta. Como atestiguan los fondos de la biblioteca y de los laboratorios del Museo de La Plata, la fotografía comercial y la fotografía científica no siempre pueden distinguirse. Más aún, los científicos compraron o favorecieron la empresa antropológica comercial –fotos, exhibiciones, etc.–, como un recurso alternativo a las expediciones organizadas con fines académicos.[13]

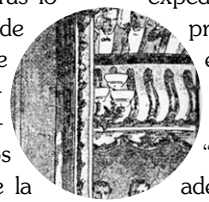
Así, la fotografía –como tecnología literaria– pretendía crear en gabinete una suerte de experiencia directa en el campo, ocupando el lugar del fenómeno representado. Esta sustitución se debió, entre otras razones, al convencimiento que se tenía entonces de que la imagen fotográfica podía ofrecer un registro exacto, una copia fiel de la realidad. Un rasgo que podríamos caracterizar, de acuerdo con Juan Naranjo, como "la identidad ilusoria que crea la fotografía entre el objeto y su imagen", cuya "capacidad de evocación y su rapidez en la ejecución sedujo a los antropólogos, quienes a pesar de las limitaciones de los procedimientos fotográficos durante este período adoptaron esta tecnología para realizar sus estudios".[14] Esas limitaciones iban siendo cada vez menores; por lo menos iban desapareciendo del horizonte gracias a las nuevas ventajas.

Hacia mediados de la década de 1880 la empresa fotográfica se vería en gran medida beneficiada por la introducción en el mercado de las placas secas emulsionadas con una solución de gelatina y bromuro de plata. Mediante esta nueva tecnología ya no era necesario correr al laboratorio de campaña, antes de que secara la emulsión, para revelar las imágenes fijadas unos segundos antes. Las placas se adquirían secas y previamente emulsionadas y su revelado podía ocurrir hasta varios días después de haber sido expuestas a la luz. Aunque en sus comienzos las placas secas no tenían la intensidad tonal de las placas al colodión húmedo, su sensibilidad fue mejorada rápidamente, lo que contribuyó a un aumento en su uso. Al poco tiempo de su aparición, este soporte se transformó en uno de los preferidos por los investigadores de campo, que lo utilizaron hasta la década del 30, cuando fue reemplazado definitivamente por la película de 35 milímetros.[15]

La fotografía en el Museo de La Plata

La cámara fotográfica había comenzado a utilizarse como herramienta de registro en las primeras expediciones y campañas organizadas desde el Museo de La Plata.[16] En 1884, cuando comenzaron las obras de construcción del edificio de este establecimiento, Moreno había emprendido una expedición a la región cuyana donde tomó varias fotografías.[17] Por su parte muchos de los investigadores y personal del museo utilizaron la fotografía en sus campañas. Entre ellos se encuentran los botánicos Carlos Spegazzini y Nicolás Alboff, el preparador Santiago Pozzi, los geólogos Rodolfo Hauthal y Walter Schiller, el topógrafo Gunardo Lange, los naturalistas viajeros Clemente Onelli y Julio Koslowski, el zoólogo Fernand Lahille, los antropólogos Hermann Ten Kate y Roberto Lehmann-Nitsche, y el geólogo y paleontólogo Santiago Roth. Gran parte de las colecciones fotográficas que estos científicos obtuvieron durante sus viajes todavía se conservan en el archivo fotográfico del museo.[18]

Recordemos que el saber de las disciplinas institucionalizadas en el Museo de La Plata se define en función de dos espacios: el del "campo" o "terreno" y el del gabinete-colección. A causa de ello su constitución enfrentó el problema particular de cómo transportar elementos esencialmente "inmuebles" hacia los espacios de la ciudad y de la sociabilidad científica. El viaje de campo fue uno de los espacios fundamentales relacionados con la producción de imágenes fotográficas, pero no fue el único. Las fotografías obtenidas en las expediciones eran completadas a su vez por otras logradas en estudio.[19] Aquí, además de Carlos Bruch,[20] fotógrafo oficial de los talleres de publicaciones del museo, actuaron profesionales contratados ocasionalmente. Entre ellos podemos nombrar a fotógrafos de la casa de Samuel Boote, quienes tomaron las fotografías del grupo de indígenas de Inacayal y Foyel, cuando se hallaban prisioneros en los cuarteles del regimiento 8° de línea, y las fotos de objetos arqueológicos hechos en piedra y cerámica montadas sobre cartulina con la marca de agua de la casa del por entonces renombrado fotógrafo portugués Christiano Junior.



Sin embargo, la actuación de fotógrafos profesionales en tomas de estudio realizadas a pedido del museo corresponde a un corto período que va desde 1885 hasta 1889 aproximadamente. En ese año ya encontramos un laboratorio de fotografía en funcionamiento –dentro de los Talleres de Publicaciones– donde se llevaban a cabo trabajos de obtención, revelado, copia e impresión de imágenes fotográficas para las publicaciones científicas editadas por el museo.[21] Por intermedio de estas publicaciones, Moreno buscaba que el Museo de La Plata "sea apreciado en los altos medios científicos del mundo".[22] La organización definitiva de los talleres de publicaciones[23] fue costeada por él mismo, ya que, según decía, "no es posible confiar las publicaciones del Museo a establecimientos que no cuentan con artistas especiales, dedicados a esta clase de impresiones".[24] Recordemos el viejo mecanismo de costear con fondos propios y privados los gastos públicos como manera de endeudar al Estado y lograr el compromiso de inversión en las instituciones que desde el gobierno se decía propiciar.[25]

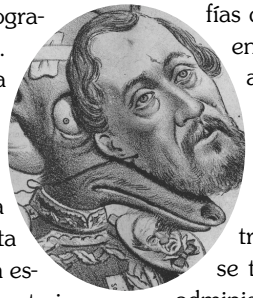
Si bien las imágenes provenientes de las expediciones, las encargadas a fotógrafos profesionales y aquellas producidas en el gabinete fotográfico habían sido obtenidas, como muchas otras colecciones del museo, para que "cerebros expertos estudiaran más adelante todos estos materiales, en bien de la ciencia",[26] en los primeros años eran utilizadas mayormente como ilustración en las publicaciones científicas. La nacionalización del museo en 1906 y su consiguiente incorporación a la Universidad Nacional de La Plata trajeron aparejada una nueva actividad como es la enseñanza superior de las ciencias naturales, por lo que el uso de las imágenes fotográficas se amplió bajo la forma de "proyecciones luminosas" que fueron empleadas para ilustrar clases y conferencias.[27]

El énfasis puesto por Moreno en las publicaciones editadas por el museo y particularmente en la fotografía hizo que ese establecimiento se transformara en un importante repositorio de documentos visuales resultantes de las distintas investigaciones que allí se llevaban adelante. La historia y la trayectoria de esas colecciones, que permanecen sin clasificar y en algunos casos en peligro debido a su propio formato físico y las condiciones de almacenamiento inadecuadas, aún no fueron analizadas en profundidad.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El Archivo Fotográfico General

El 22 de septiembre de 1937 se creaba el Archivo Fotográfico General del Instituto del Museo mediante una resolución firmada por Joaquín Frenguelli, por entonces director de ese establecimiento. De acuerdo con esa disposición, el hecho de que una institución como el museo careciera de un archivo fotográfico organizado como tal hacía que la tarea de constituirlo resultara imprescindible. Ese acervo, que iría a centralizar la mayor cantidad posible de documentos gráficos (los disponibles a ese momento y los que habrían de obtenerse), serviría además para resguardarlos "en un mueble de características especiales, que por distribución adecuada de aquellos permita su rápida y fácil consulta".[28] Se planteaba entonces la necesidad de contar con un cuerpo fotográfico debidamente catalogado y donde pudieran encontrarse reunidas las fotografías pertenecientes a la institución.



Este énfasis puesto sobre la centralización[29] y organización de los materiales fotográficos se correspondía con la intención de crear un archivo que funcionara como una fuente útil de consulta para docentes e investigadores. En este sentido, si advertimos que esos materiales quedarían "a disposición de los interesados en la Biblioteca del Instituto",[30] comprenderemos que ese propósito era una de las razones fundamentales para la creación del archivo. Es que el museo, especialmente luego de su traspaso a la órbita nacional en 1906, había adquirido la función de creador y difusor de imágenes e iconografías,[31] transformándose en uno de los repositorios de los documentos visuales de una historia que en los últimos años sólo empieza a recuperar los elementos visuales, no discursivos, que la constituyen.

Para la fecha en que se redactó la resolución que nos ocupa se habían acumulado una gran cantidad de imágenes fotográficas, principalmente negativos de vidrio,[32] tanto en el laboratorio de fotografía como en otros departamentos del museo. Tal acumulación de imágenes, su dispersión por los diferentes departamentos del museo, y la ausencia, en muchos casos, de alguna referencia sobre su procedencia, autoría, contexto de producción o trayectoria, habían transformado cualquier intento de consulta de ese material en una aventura con resultados inciertos. Con el propósito de suplir esta falta de información se solicitaba a los investigadores que, en adelante, las fotografías entregadas al archivo fueran acompañadas de todos los datos necesarios para su identificación precisa, los cuales serían volcados en una ficha elaborada a tal fin. Además, y para el caso de las fotografías de las que ya disponía el museo en el momento de la creación del archivo, se solicitaría a su personal la colaboración para completar la información sobre esas imágenes.

No obstante las precisas instrucciones[33] y los recaudos que se tomaron para llevar adelante la administración y conservación de las colecciones fotográficas, no podemos afirmar, atendiendo a su estado actual, que los objetivos propuestos se hayan cumplido en algún momento. Varios son los factores que apuntan en ese sentido: a) es al día de hoy que muchas imágenes continúan dispersas por distintas dependencias del museo; b) no tenemos registro de que se haya conseguido realizar un fichaje completo y con un criterio unificado de los materiales fotográficos, y c) además, algunos de los intentos por referenciar las imágenes presentan tanto vacíos de información como errores en los datos que las acompañan. Teniendo en cuenta esta situación, podemos pensar que un archivo de tales características puede resultar semejante a un sitio arqueológico, en tanto sometido a procesos físicos e históricos de los que habría que dar cuenta y que seguramente nos vendrán a ilustrar acerca de la política implementada desde el museo para la gestión de su propio pasado.

Señalábamos al principio de este apartado que la creación del archivo fotográfico propuesta en 1937 tuvo como finalidad organizar y centralizar las imágenes fotográficas del museo, transformándolas en una fuente de consulta en servicio de la enseñanza, la investigación y la divulgación científica. Actualmente, estas tareas no sólo siguen estando pendientes sino que a ellas debemos agregarles un elemento adicional. Las imágenes fotográficas que se conservan en el archivo y otras dependencias pertenecen a los primeros cincuenta años de actividad del museo (testimonios de las primeras expediciones, sus antiguas salas, los eventos científicos que allí tuvieron lugar, el material producido para apoyo de las diversas investigaciones realizadas, etc.), lo que las convierte en documentos imprescindibles a la hora de intentar reconstruir la historia de las disciplinas científicas desarrolladas en esa institución.

En este sentido, podemos entender que el archivo fotográfico, como otros archivos del museo, ha sobrevivido "a una política general de olvido de parte de instituciones que funcionan –paradójicamente– a partir del objetivo explícito de conservar restos materiales del pasado. En este sentido el archivo se transforma en una evidencia más de la estructuración de las tradiciones científicas argentinas dentro de las que no se ha considerado pertinente incluir la historia de sus propias prácticas".[34]

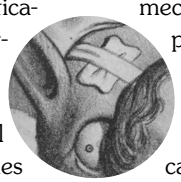
Se podría afirmar que, hasta ahora, se estaba dando la situación opuesta al ideal definido por Myriam Casals de Álvarez, jefa del Departamento de Documentos Fotográficos del Archivo General de la Nación en 2000. Si, como ella afirmaba, "para que una foto salga a la consulta primero hay que investigar si no tiene referencias claras, luego clasificarlas, ordenarlas, inventariarlas, darles una ubicación física, hacer la ficha, el catálogo y, por supuesto, ponerlo a disposición del investigador",[35] el archivo fotográfico no podía merecer ese nombre y, representaba, en cambio, un nuevo ejemplo de las abundantes creaciones institucionales que no sobrevivieron al decreto de fundación.

En este marco, en 2006 se inició el proyecto "Caras dibujadas en la arena", dirigido por Irina Podgorny y financiado por el programa "Archivos en peligro" de la British Library ("Endangered Archives Programme",[36] EAP), fondo dedicado a promover el salvamento de archivos en peligro. Este programa promueve la conservación de archivos de sociedades preindustriales mediante el otorgamiento de subvenciones para desarrollar proyectos en torno a la salvaguarda y conservación de colecciones identificadas como valiosas. Tiene dos objetivos principales: contribuir a la conservación de documentos con valor patrimonial y adoptar los estándares profesionales de catalogación, preservación, etc., para obtener accesibilidad a largo plazo de esos documentos. Sumado a esto, pretende también crear conciencia acerca del problema y alentar a la búsqueda de otras iniciativas para combatir la pérdida y destrucción del patrimonio, reconociendo la importancia de contar con personal entrenado y capacitado y los recursos necesarios para la manipulación correcta del material. La British Library no sólo administra el Endangered Archives

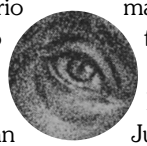
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Programme: también se compromete a la difusión del material "rescatado". Una vez llevado a cabo el proyecto, guarda una copia del resultado obtenido en el marco de este programa y la pone a disposición de los investigadores.

El proyecto seleccionado se planteó como un proyecto piloto de nueve meses de duración enfocado a las colecciones fotográficas del Museo de La Plata. Entre sus objetivos se encontraban la identificación y localización de colecciones y la clasificación del material para, posteriormente, proceder a la microfilmación de una muestra representativa del patrimonio visual que alberga el Museo de La Plata y sus colecciones antropológicas, las priorizadas por el programa. El proyecto se organizó en etapas. La primera consistió en el armado de un equipo interdisciplinario que contó con la capacitación y la asesoría del Centro de Estudios Históricos Parque España, Rosario (CEHIPE).[37]



A partir de ese momento, y siguiendo un orden cronológico, se decidió mudar la colección de negativos del Laboratorio de Fotografía del subsuelo al Archivo Histórico, ubicado en el primer piso, en búsqueda de mejores condiciones de conservación. Los negativos estaban guardados en armarios de madera a resguardo del polvo, pero no de la humedad. Ahora permanecen en estanterías pintadas con pintura epoxi (pintura recomendada pues no emite vapores nocivos) y en un ambiente con menor humedad relativa (la actual ronda el 40 por ciento, significativamente menor al 60 por ciento a la que estaban expuestos anteriormente).[38] A partir de la mudanza se procedió al cambio de embalaje de cada negativo. Éstos estaban guardados en bolsas plásticas individuales y en grupos de diez o doce placas por cada caja libre de ácido. Se están confeccionando guardas de cuatro solapas en papel libre de ácido para cada negativo, respetando su medida, y en los casos de negativos quebrados se utiliza un soporte adicional. Lamentablemente algunos de los negativos presentan un estado de conservación malo, con daño irreversible, como en algunos casos la pérdida de emulsión. A medida que se cambió el envoltorio plástico por la guarda de papel se prosiguió también con la limpieza mecánica del material con pinceleta de pelo de conejo y pera de aire. Se dispuso una numeración correlativa del material para un mayor control y como punto de partida para una clasificación correcta y completa del patrimonio.



Durante mayo de 2007 se llevó a cabo la microfilmación de una muestra representativa del patrimonio fotográfico del museo y también de aproximadamente 350 negativos de vidrio que estarán abiertos a consulta.[39] Por tratarse de un programa que promueve la preservación de archivos de sociedades preindustriales se decidió microfilmar material perteneciente a la colección antropológica, entre los que se destacan fotografías tomadas por Carlos Bruch, Hermann Ten Kate, Ferdinand Lahille, Julio Koslowsky, las publicadas en la "Iconografía aborigen" de Milcíades Vignati[40] y otras cuyos autores no han podido ser identificados. La microfilmación la llevó a cabo personal de Anagraphix S.A., profesionales del campo que trabajan en equipo con el CEHIPE, encargados del control de acuerdo con las normas internacionales, cuidado del master negativo y de la posterior digitalización del microfilm. Finalizado el proyecto se remitió a la British Library una copia de la muestra representativa y el museo cuenta hoy con parte de su colección de fotografías antropológicas microfilmadas y plausibles de ser consultadas en el futuro próximo. Por ahora, el material se encuentra fuera de consulta por motivos de conservación. A medida que se vaya microfilmando, el material microfilmado y digitalizado se pondrá a disposición del público para su consulta. Los interesados tendrán acceso a documentos que hasta entonces les eran inaccesibles.

Los importantes esfuerzos realizados por la institución, sumados a las ayudas externas recibidas, han permitido que el archivo vaya alcanzando en la actualidad un significativo nivel de desarrollo en materia de preservación y acceso a la información documental con la que cuenta. A partir de este proyecto el acervo se agrandó y se detectaron colecciones que se creían perdidas o sustraídas. De ahí la importancia de seguir gestionando recursos, para continuar con la búsqueda, la salvaguarda y la puesta en valor de los documentos.

Consideraciones finales

Surgen dudas que parecieran no tener respuesta. En primer lugar, ¿qué pasó con el patrimonio fotográfico del museo luego de la creación del Archivo Fotográfico? ¿Por qué sólo queda testimonio de los primeros cincuenta años de la institución? Aunque no tenemos respuestas definitivas, podemos suponer que esa ausencia está relacionada con un rasgo estructural de la práctica científica en la Argentina: nos referimos al aporte individual y a las negociaciones que todo investigador debe hacer para llevar adelante sus investigaciones. En un principio, cuando se realizaban las campañas del Museo de La Plata, el personal que salía al campo contaba con cierto apoyo de la institución en salarios, equipo e infraestructura, pero también se lo subsidiaba de alguna manera a través de sus relaciones personales y equipo particular. Por limitaciones económicas o por decisiones institucionales, cada vez más quienes salían al campo lo hacían contando sobre todo con su equipo personal. Aquí aparece otra pregunta: si quien salía de campaña como investigador del museo, del CONICET o demás entidades de investigación solventadas por el Estado llevaba su cámara personal y sus negativos, ¿las fotos obtenidas se consideraban también parte de su patrimonio personal? El límite entre lo privado y lo público o institucional y el vacío de información son interrogantes que esperamos puedan ser resueltos por futuras investigaciones.

Notas

[1] Véanse S. Barger y W. White, *The Daguerreotype: Nineteenth-Century Technology and Modern Science*, Johns Hopkins University Press, 2000; R Ferrari, "Los inicios de la fotografía científica y técnica en la Argentina, 1864-1900", *II Congreso de Historia de la fotografía en la Argentina*, Buenos Aires, 1993, pp. 159-164; J. Gómez, *La fotografía en la Argentina. Su historia y evolución en el siglo XIX. 1840-1899*, Buenos Aires, Abadía, 1986; M. Langford, *Tratado de fotografía*, Barcelona, Omega, 1972; M. Sicard, "La photographie scientifique, les académies et les avant- gardes", *Alliage*, 39, 1999, pp. 67-78.

[2] En 1840 se recurrió al daguerrotipo como herramienta para llevar a cabo el relevamiento de la localización exacta de la frontera que se disputaban Estados Unidos e Inglaterra entre Maine, New Hampshire y New Brunswick, Canadá.

[3] C. Baudez y S. Picasso, *Les cités perdues des Mayas*, París, Gallimard, 1987.

[4] M. Beulé, "Cités et ruines américaines. Photographies et texte de M. Charnay, Paris,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

1863", *Journal des Savants*, marzo de 1864, pp. 188-198 (la cita, en p. 189).

[5] J. Tucker, *Nature Exposed. Photograpy as an Eyewitness in Victorian Science*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 2005, p. 1.

[6] I. Podgorny, "La ciencia moderna y la imagen", *TodaVía*, 13, 2006, p. 7-13. Sobre la construcción de la evidencia visual, véase S. Shapin y S. Schaffer, *Leviathan and the Air-Pump. Hobbes, Boyle, and the Experimental Life*, Princeton University Press, 1985.

[7] Véase M. Rudwick, "Georges Cuvier's paper museum of fossil bones", *Archives of Natural History,* 27, 1, 2000, pp. 51-68.

[8] F.P. Moreno, *Anales del Museo de La Plata*. Paleontología I y II, La Plata, Talleres de Publicaciones del Museo, 1891.

[9] S. Shapin y S. Schaffer, *Leviathan*.

[10] P. Arata, "Documentos históricos relativos al descubrimiento de la fotografía", *Anales del Museo de La Plata*, Sección Historia General I, La Plata, Talleres de Publicaciones del Museo, 1891.

[11] Según Edwards, en este proceso "una placa de vidrio era humedecida con una emulsión de algodón pólvora y éter la cual era sensibilizada en un baño de haluro de plata. Este trabajo debía realizarse por el fotógrafo *in situ*. La placa era inmediatamente expuesta en la cámara por algunos segundos, la duración dependía de las condiciones, y entonces era revelada en un cuarto oscuro, todo mientras todavía estaba húmeda (de aquí su nombre). Todo el equipamiento, químicos y en algunos casos agua limpia y fresca tenían que ser cargados al campo. Riesgos ocasionales eran el polvo, que se pegaba a la placa, y las altas temperaturas y la baja humedad, que secaban la placa muy rápidamente. Sin embargo, el negativo en placa húmeda tenía una excelente definición y un buen rango tonal"; E. Edwards (ed.), *Anthropology & Photography 1860-1920*, New Haven-Londres, Yale University Press, 1992, p. 296.

[12] F. Spencer, "Some notes on the attempt to apply photography to anthropometry during the Econ. Half of the nineteenth century", en E. Edwards (ed.), ob. cit., p. 99.

[13] Véase S.A. Bruckner, "Spectacles of (Human) Nature: Commercial Ethnography between Leisure, Learning, and Schaulust", en H. Glenn Penny y Matti Bunzl (eds.), *Worldly provincialism. German Anthropology in the Age of Empire*, The University of Michigan Press, Ann Arbor, 2003.

[14] J. Naranjo (ed.), *Fotografía, antropología y colonialismo*, Barcelona, Gustavo Gili, 2006, pp. 11-12.

[15] Si bien el negativo de celuloide ya estaba disponible al público para finales del siglo XIX, las placas de vidrio tuvieron su auge hasta la década del 30 debido a la mejor calidad y estabilidad de las fotos que se lograba con ellas.

[16] Véanse AA.VV., *Obra del centenario del Museo de la Plata*, t. I: *Reseña histórica*, Museo de La Plata-Facultad de Ciencias Naturales y Museo, 1987; M.E. Teruggi, *Museo de La Plata 1888-1988, una centuria de honra*, Avellaneda, Fundación Museo de La Plata, 1988.

[17] En el archivo fotográfico del museo se conservan varias albúminas montadas sobre cartulina que se obtuvieron en este viaje y otras pertenecientes a campañas realizadas durante la década de 1870.

[18] Véase I. Podgorny, "Huesos y flechas para la Nación: el acervo histórico de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de La Plata", *Entrepasados,* 2, 3, 1992, pp. 157-165.

[19] En este grupo incluimos desde las fotografías de objetos de piedra y cerámica, de huesos, y retratos de indígenas, fotos antropométricas, etc., hasta la microfotografía.

[20] Carlos Bruch (Munich, 1869-Vicente López, 1943) también tomó fotografías en las expediciones que realizó por su cuenta o acompañando a otros investigadores. Su padre, Christian Bruch, y él habían llegado a la Argentina hacia 1887 para trabajar en la imprenta de la Compañía Sudamericana de Billetes de Banco pero rápidamente fueron contratados por Moreno para establecer el taller de impresiones del museo. Carlos Bruch estaba a cargo de la fotografía mientras que su padre realizaba tareas de fotograbado.

[21] Según Moreno, se trataba de uno de los laboratorios de fotografía más completos del país; F.P. Moreno, *Reseña general de las adquisiciones y trabajos hechos en 1889 en el Museo de La Plata*, La Plata, Talleres de Publicaciones del Museo, 1890.

[22] F. Moreno, *Memoria del Museo de la Plata 1895-1896*, La Plata, Talleres de Publicaciones del Museo, 1896.

[23] En 1891 el museo vendió los talleres de impresión a la provincia pues le era económicamente imposible continuar con su desarrollo, lo cual constituyó el núcleo de los Talleres de Impresiones Oficiales de la Provincia de Buenos Aires.

[24] F.P. Moreno, *Reseña*...

[25] Véase I. Podgorny y M. Margaret Lopes, *El desierto en una vitrina. Museos e historia natural en la Argentina, 1810-1890*, México, Limusa, 2007.

[26] F.P. Moreno, *Reseña*...

[27] Debido a ese traspaso los talleres de publicaciones quedaron bajo control de la provincia, por lo que a partir de entonces las publicaciones del museo pasaron a editarse en la imprenta Coni Hermanos de Buenos Aires. Véanse I. Podgorny, "De razón a facultad: ideas acerca de las funciones del Museo de La Plata en el período 1890-1918", *Runa*, 22, 1995, pp. 89-104; S. García, "Discursos, espacios y prácticas en la enseñanza científica de la universidad platense", *Saber i Tiempo*, 20, 2005.

[28] *Revista Museo de La Plata*, Sección Oficial, 1937, p. 146.

[29] Se pedía a los colaboradores de las publicaciones del museo que entregaran el negativo y una copia de las imágenes que utilizarían en sus artículos, así como también se solicitaba a los jefes de cátedras y departamentos que entregaran las fotografías que conservaban en sus laboratorios (arts. 3° y 4°).

[30] *Revista Museo de La Plata*, Sección Oficial, 1937, p. 146.

[31] De acuerdo con Irina Podgorny, "Huesos y flechas para la Nación", quien analiza las funciones de extensión que adquirió el museo entre 1906 y 1920, dentro de las múltiples demandas que se planteaban a ese organismo desde otras instituciones públicas y privadas se hallaba el pedido de ilustraciones, tanto para la industria de los manuales educativos como para la formación de museos escolares.

[32] Actualmente se conservan alrededor de seis mil placas de vidrio, de diversos formatos: 18 x 24, 13 x 18, 9 x 12 y 6 x 9 centímetros; se suman también una pequeña colección de fotografías formato *carte de visite*; diapositivas (la mayoría son material didáctico) y albúminas montadas sobre cartulina, algunas en álbum cerrado y otras dispersas y a veces con anotaciones.

[33] A los fines de una mejor consulta de las imágenes archivadas, la resolución de 1937 proponía un ordenamiento de los materiales en las siguientes secciones: Primera Sección: De interés general (edificio y sus dependencias, conferencias, actos públicos, instalaciones, etc.). Segunda Sección: Antropología. Tercera Sección: Arqueología y etnografía. Cuarta Sección: Botánica. Quinta Sección: Geología y Geografía física. Sexta Sección: Mineralogía y Petrografía. Séptima Sección: Paleozoología (Invertebrados) y Paleobotánica. Octava Sección: Paleozoología (Vertebrados). Novena Sección: Zoología (Invertebrados). Décima Sección: Zoología (Vertebrados).

[34] I. Podgorny, "Huesos y flechas para la Nación", p. 158.

[35] M. Casals de Álvarez, "Visitando los archivos: el departamento de documentos fotográficos del Archivo General de la Nación", *Entrepasados*, 18-19, 2000, pp. 193-198.

[36] http://www.bl.uk/about/policies/endangeredarch/homepage.html.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

[37] El CEHIPE es una institución sin fines de lucro dedicada a la preservación documental y a la investigación del pasado iberoamericano que recibe apoyo de la Agencia Española de Cooperación Internacional. Tiene su sede en la ciudad de Rosario, Santa Fe, desde donde desarrolla diversos programas en el campo de la preservación documental y presta variados servicios. En este proyecto brindó capacitación de recursos humanos en las áreas de preservación documental, microfilmación y archivística; y llevará a cabo la microfilmación y se hará cargo del almacenamiento de la copia maestra en un lugar correctamente acondicionado para asegurar su longevidad y preservación.

[38] Los niveles ideales de humedad relativa recomendados para los negativos de vidrio son de entre 40 y 45 por ciento.

[39] El proyecto contempla la microfilmación y digitalización de una muestra del material que el museo conserva. La decisión de hacer una microfilmación no es casual. Por un lado la British Library exige la microfilmación, por otro éste es considerado el mejor método de preservación, sobre todo ante la inestabilidad que aun representa el soporte digital. La microfilmación se lleva a cabo bajo las normas ANSI para asegurar la calidad en la reproducción del contenido y la calidad técnica y la longevidad del microfilm. El microfilm conservado en condiciones óptimas de temperatura y humedad relativa promete una perdurabilidad de quinientos años. El CEHIPE ha supervisado el trabajo, llevado adelante el control de calidad y su digitalización. El control realizado consiste en una inspección cuadro por cuadro del microfilm verificando que la densidad y la resolución sean correctas así como también que no tenga restos de tiosulfato. Además cuenta con un archivo de microfilm que cumple con los estándares internacionales para asegurar la preservación, donde se conservará el denominado "archivo maestro". A partir del "archivo maestro" se realiza una impresión maestra y el primero se almacena, en nuestro caso, en el archivo del CEHIPE. A partir de la impresión maestra se obtiene una copia de segunda generación a partir de la cual se harán las copias positivas de tercera generación que serán las consultadas por el público. En todas las instancias se realiza un control de calidad. En nuestro caso en particular el CEHIPE hace la digitalización directamente desde el microfilm, lo cual facilita el material en dos soportes diferentes. La decisión de microfilmar pretende también ser un punto de partida, continuar en la búsqueda de apoyo para seguir microfilmando y asegurando la conservación de las colecciones. Sumado a esto, está el compromiso de poner el material a consulta una vez microfilmado.

[40] M. Vignati, "Iconografía aborigen II", *Revista Museo de La Plata*, 2 (nueva serie), La Plata, 1942.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Jorge Gelman y Daniel Santilli

De Rivadavia a Rosas. Desigualdad y crecimiento económico

Buenos Aires, Universidad de Belgrano-Siglo Veintiuno, 2006, 175 pp. Tomo 3 de la *Historia del capitalismo agrario pampeano*, dirigida por Osvaldo Barsky.

El dinámico estudio del desarrollo agrario pampeano temprano iniciado hacia fines de la década de 1970 continúa, como es sabido, con vigor, y esta obra es un nuevo ejemplo de ello. El interés inicial de esta corriente, centrado en el período tardo-colonial, ha dado lugar ahora a trabajos que estudian la primera mitad del siglo XIX. La obra aquí comentada incluye entre sus autores a uno de los contribuyentes más tempranos y asiduos a esta tradición (Gelman), en colaboración con uno de los varios continuadores más recientes. En este sentido, se trata de un nuevo aporte en la construcción de un proyecto colectivo que, aunque posiblemente nunca fue trazado, tiene un perfil más o menos discernible. Sin embargo, no se limita a ello. Aunque las fuentes, las preguntas y los estilos están claramente enraizados en esta metodología de trabajo, este texto supera en varios sentidos este legado. Por un lado, la aproximación teórica y metodológica incorpora instrumentos de la historia económica un poco más elaborados de los que eran frecuentes en obras anteriores. Por otro, el marco referencial en el cual se inscribe intenta ser mucho más amplio y sistemático de lo que era habitual en esta tradición. Más que una mera descripción del Río de la Plata, se busca que los resultados se inserten en una discusión más amplia sobre la relación entre crecimiento y distribución del ingreso en diferentes latitudes, y de acuerdo con modelos alternativos. Finalmente, aunque la cronología escogida sigue fijada en los límites habituales, se observa una intención de pensar el proceso en una perspectiva de mayor duración. Antes de discutir hasta qué punto estos desafíos asumidos son adecuadamente resueltos, es conveniente familiarizar al lector con los contenidos generales de la obra.

Marcada por un sólido empirismo, *De Rivadavia a Rosas…* está construido esencialmente en torno a una extraordinaria fuente, perteneciente a una de las variedades más clásicas de la historia económica. Se trata del relevamiento de información económica realizado con el propósito de recaudar la Contribución Directa –un impuesto a los capitales, sobre todo, ganados e inmuebles, pero también construcciones urbanas, capital comercial y lo poco que hubiera de inversión manufacturera– llevado a cabo por el gobierno de Buenos Aires en 1839. Como es sabido, con la aduana bloqueada por una flota francesa, los impuestos internos cobraron en la coyuntura mayor importancia, y este esfuerzo fiscal ocasionó un relevamiento más cuidadoso de la información, a la vez que trató de incluir en el impuesto a la mayor cantidad posible de población. Aunque con los problemas habituales de las fuentes fiscales –sobre los cuales los autores están bien advertidos, y buscan eludir en lo posible– la información que obtienen les permite construir un panorama bastante ajustado de la estructura socioproductiva bonaerense en esa fecha. La complementación con información sobre pobla-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ción proveniente de otras fuentes ya analizadas por otros trabajos no presenta demasiadas dificultades. En cambio, el intento diacrónico es más problemático. Los datos de la Contribución Directa de 1825, utilizados en un intento de ver la evolución temporal, son, como los autores mismos señalan, de una calidad muy inferior a los de 1839. Y pese a todos los esfuerzos, la comparación entre ambas fechas deja considerable margen para dudas. El proyecto en el que se inscribe esta obra busca trascender esta etapa, avanzando en el siglo XIX y en diferentes regiones del país. Pero aunque, como queda dicho, la interpretación de los datos busca un marco temporal más amplio, la investigación en esta obra se limita fundamentalmente a 1839, la comparación con 1825, y algunos pocos datos en la conclusión referidos a 1844.

La estructura del libro es bastante clásica. Se inicia con una introducción que ofrece el marco referencial sobre el problema central de la investigación; la distribución de la riqueza y su evolución temporal. Para ello se toma en consideración lo poco escrito en la temática sobre el Río de la Plata y América Latina referido al siglo XIX, algunos análisis importantes para América del Norte y ocasionalmente Europa, y algunas de las obras más significativas en el campo, que ofrecen modelos generales sobre el problema. Estas referencias no sólo están presentes en la introducción y, previsiblemente, en las conclusiones, sino que, con razonable moderación, son retomadas en diversos momentos a lo largo de la obra, lo que permite, como queda dicho, inscribirla en un campo problemático más amplio y no como un simple estudio de historia local. La segunda parte de la introducción, naturalmente, se dedica a una puesta al día sobre el conocimiento del objeto central de estudio; la economía rural bonaerense en el período. Le siguen cuatro capítulos que contienen los estudios fácticos. Como es habitual, ya habían tenido cierta difusión en el medio académico. Tres de ellos estaban publicados (1, 2 y 4) y el tercero había sido discutido en reuniones académicas. Sin embargo, las correcciones efectuadas, y sobre todo la reorganización en un texto unificado, logran un buen efecto como tratamiento sistemático de una fuente y un tema. Un caso en que el todo supera a las partes. De los cuatro capítulos, los dos centrales se dedican a estudiar el tema principal de la obra; la distribución de la riqueza en el ámbito rural en 1839 (segundo) y su comparación con 1825 (tercero). El primero aprovecha la fuente en un sentido diferente, realizando una evaluación general del desarrollo económico de la campaña en el momento de relevar la información. El cuarto se centra en el sector más alto de la economía, los más ricos propietarios, para analizar la estructura de sus inversiones.

El primero de estos capítulos, entonces, es más bien un retorno sobre el viejo tema de la expansión ganadera en Buenos Aires después de 1820. En él se analiza principalmente la estructura de la producción por sectores y por regiones. Sus conclusiones son en realidad poco sorprendentes. Para 1839 el perfil ganadero bovino criollo está claramente consolidado, aunque los autores destacan que la presencia del ovino es mayor de la que se suponía hace unos años. También muestran el notable desarrollo de la zona al sur del Salado y la existencia de cierta especialización regional. Las zonas más alejadas de Buenos Aires al norte (de más vieja ocupación) y al sur (más nueva), tienen mayor concentración bovina. Lo que llaman "oeste" (en realidad, una franja que separa el norte del sur) sugiere una mayor presencia agrícola, aunque la fuente utilizada no es particularmente adecuada para darnos una buena imagen de este tipo de producción. El sur ganadero cercano –al norte del Salado– es ahora la zona más rica, con algunos bolsones agrícolas e importante presencia ovina. Las "cercanías" (a Buenos Aires) muestran previsiblemente un mayor precio de la tierra y diversificación de la producción.

Lo más destacado del capítulo es la fuerte base estadística, que permite un buen conocimiento de la economía en ese momento. En balance, sin embargo, esta sección del libro es un poco más restringida que las referidas a la distribución de la riqueza. Si miramos el subtítulo de la obra, *Desigualdad y crecimiento económico*, puede uno preguntarse si lo que se estudian son dos temas distintos o la relación entre ellos. En todo caso, el orden de los términos ya sugiere una subordinación del segundo al primero. La formulación general del texto así lo confirma. El marco referencial de la introducción así como el énfasis de las conclusiones están en la distribución de la riqueza (y del ingreso, en la conclusión) y no en el crecimiento. Por ello, no es sorprendente que en este aspecto esté lejos de agotar las potencialidades de la información que maneja. El texto no profundiza una discusión sistemática del crecimiento económico. La discusión sobre riqueza y productividad per cápita en la provincia, en diferentes regiones, y su comparación con otros espacios son tangenciales en la agenda de los autores. Tampoco hay una estimación de la inversión por hectárea en las diferentes regiones o partidos, lo que podría apuntar a un modelo del proceso de ocupación. Extrañamos una aproximación más cuidadosa a las características ecológicas de las regiones (sí hay algunas referencias generales), que permitiría evaluar la distribución regional de manera más profunda. Incluso, la discusión de la cronología del desarrollo ovino, aunque remarcada, es más bien soslayada. Una observación comparando número de animales, en lugar de valores (la comparación de valores enfatiza el predominio vacuno), tiene en realidad poca relevancia, ya que no son objetos comparables. Tampoco se recurre a las unidades de pastura, método estándar en estudios que abordan la segunda mitad del XIX. Desde luego, ninguna investigación puede agotar los temas posibles, y no es lo más sensato criticar una obra por lo que no es. En este sentido, estas observaciones más bien buscan marcar las posibilidades de avanzar en el estudio del crecimiento económico en este período, que como se ha señalado no es la prioridad de este texto, desde sus propias bases conceptuales.

Seguramente el segundo capítulo es el de más peso de la obra, ya que allí se analiza su tema central, sobre la base de la fuente más importante. La pregunta principal es simple: ¿cómo estaba distribuida la riqueza en la provincia de Buenos Aires, de acuerdo con el relevamiento para Contribución Directa de 1839? La respuesta tiene dos caras. Una, la que emerge de la propia fuente. La segunda toma en consideración aquellos que por carecer totalmente de capitales –o poseer sólo capitales muy pequeños, que logran eludir su consideración en el censo– no son considerados por el relevamiento. La primera nos habla de cómo se distribuían los capitales entre los que los poseían. La segunda, en el conjunto de la sociedad. La respuesta es congruente con los resultados de las investigaciones más recientes en el campo, contradiciendo en parte las visiones más clásicas, centradas en la gran estancia. Si bien hay capitales muy grandes y considerable concentración, la presencia de una gran cantidad de pequeños propietarios de ganado –un bien mucho más valioso entonces que la misma tierra– genera una concentración del capital menor a la que podría esperarse. Lógicamente, si de *riqueza* se trata, cuando se incluye a los que nada tienen, la imagen se deteriora fuertemente, aunque al considerar brevemente la distribución del *ingreso* los niveles salariales

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

relativamente altos generan nuevamente una imagen de menor concentración (argumento que aparecerá en las conclusiones). Se considera luego la desigualdad en las diferentes regiones. La mayor se da en las más netamente ganaderas, en tanto que el "oeste", que incluye zonas clásicas de pequeños productores, muestra la distribución menos inequitativa.

El capítulo siguiente es dedicado a la comparación con 1825. La primera parte está destinada al crecimiento general entre ambas fechas. Con las limitaciones ya señaladas, los resultados de ejercicio sugieren que aunque la "expansión ganadera" es indudable, su ritmo antes de 1840 –afectado por guerras, bloqueos y sequías– es menos impresionante de lo que se ha supuesto muchas veces. Desde luego, no sólo se multiplicó casi al doble el territorio provincial sino que el corrimiento de la frontera permitió una fuerte intensificación de la producción en las tierras más antiguas. Por otro lado, la coyuntura de 1839, con bloqueo incluido, muestra precios en declive, lo que no favorece el nivel general de riqueza (el crecimiento en unidades de bienes, como cabezas de ganado, es mayor que el crecimiento en valores). En todo caso, lo que la información sugiere es que el contexto conflictivo de la segunda mitad de los años 20, la sequía de 1829-1832 y los conflictos externos e internos no favorecieron un crecimiento tan acelerado como el que se ha supuesto, por lo menos, hasta la década de 1840. En cuanto a la distribución de la riqueza, los datos confirman la clásica imagen del rosismo como el momento en que emerge un grupo de grandes hacendados propietarios con una fuerte concentración de la producción. Pero a la vez destaca no sólo la persistencia sino el crecimiento de los pequeños productores autónomos –base política importante para el gobernador–, resultando en una distribución de bienes levemente menos desigual en 1839 que en 1825.

El capítulo cuarto cambia un poco el enfoque y el eje de discusión. En realidad, plantea un problema diferente, entrando en diálogo con algunos trabajos recientes de Roy Hora. El problema es sobre el momento en que gira el eje de las elites económicas porteñas, de las inversiones urbanas y mercantiles a las rurales. Sobre el fundamento de ejemplos muy clásicos –Senillosa y sobre todo Anchorena– y en sucesiones, Hora ha argumentado que sólo en la segunda mitad del XIX se puede hablar propiamente de una elite de base rural. Santilli y Gelman, con estadísticas más amplias, muestran en cambio que la concentración de la actividad mercantil en algunas empresas británicas especializadas era muy alta, y que estos capitales eran más nítidamente urbanos. En cambio, entre las familias más tradicionales, las que se muestran más dinámicas y en crecimiento son las que diversifican y concentran su inversión hacia el ámbito rural, aunque mantienen inversiones urbanas. Los sectores estancieros con inversiones puramente rurales –y posible residencia rústica– muestran sin duda niveles de acumulación bastante más limitados que este sector con bases rural-urbanas. Pero lo mismo ocurre con aquellos integrantes de las viejas elites urbanas que no han diversificado hacia el campo. Así, sin negar la residencia e incluso la posible identidad urbana de las principales elites económicas, marcada por Hora, el texto de Gelman y Santilli en este punto refuerza hipótesis más clásicas que marcan un fuerte proceso de ruralización de los capitales en la etapa en consideración.

Más allá de las cuestiones técnicas y los datos puntuales, ¿qué imagen general puede extraerse de la obra? En una dimensión más local, retorna sobre un problema historiográfico caro a esta corriente: la importancia de los pequeños productores autónomos en la economía provincial. En este trabajo, la medición cuantitativa para una fecha relativamente tardía –cuando los efectos del rosismo ya son muy notorios– pone fuera de discusión la prolongación de esta característica social en la etapa. Por ello, la distribución de la riqueza es menos desequilibrada de lo que sugerían los viejos trabajos sobre la distribución de la propiedad, también ellos puestos en duda por investigaciones más recientes. En todo caso, los efectos de la desigual distribución de la tierra sobre la distribución de la riqueza serían más significativos a medida que con el progreso del siglo aumente el valor relativo de la propiedad fundiaria. En todo caso, aunque la desigualdad es alta en la Buenos Aires de Rosas, Gelman y Santilli sugieren que el efecto igualador de la sobreoferta de tierras aún es visible, a través de pequeños productores independientes con o sin propiedad de tierra, y de salarios relativamente altos.

Este último punto nos remite a la comparación con otros ámbitos y con los modelos teóricos. Lo que la obra sugiere, tomando como principal referencia a Estados Unidos, es que la desigualdad es sólo moderadamente mayor que allí. Esta proposición es muy importante. Además de la disponibilidad de buenas investigaciones sobre aquel ámbito a efectos de comparación, está el paralelismo de sociedades de frontera. Y por otro lado, una vieja tradición, predilecta de estudiosos anglosajones, que supone que la gran diferencia entre un norte exitoso y un sur pobre es el igualitarismo norteamericano frente a las tendencias oligárquicas latinas. Los estudios sobre distribución de riquezas en el norte no daban excesivo fundamento a la imagen de la democracia social americana. La comparación de Gelman y Santilli con el sur sugiere que la desigualdad aquí era menor a la supuesta, y menor a otras áreas de América Latina. El saldo es que la diferencia entre Estados Unidos y el Río de la Plata en este plano, si bien existe, no parece ser una base suficientemente sólida para explicar la evolución posterior. La sugerencia sin duda acarrea peso, pero plantea nuevas preguntas. Una aventurada estimación de John Coatsworth proponía que el ingreso per cápita a comienzos del siglo XIX era similar entre el Río de la Plata y Estados Unidos. Las descripciones de las condiciones de vida en uno y otro ámbito, sin embargo, parecen contradecir esta idea. Esto sugiere que quizá sea útil profundizar esta referencia, teniendo en cuenta no sólo un indicador de desigualdad (el clásico índice de Gini utilizado por los autores) sino un estudio más sistemático sobre los niveles de riqueza y las formas de vida, que muestren los mecanismos con que esa desigualdad se manifiesta en ambas sociedades.

En otro plano, el trabajo apunta a discutir los modelos de evolución de la desigualdad en el largo plazo. Según algunas teorías, ésta aumenta con el crecimiento en una primera etapa, y sólo decae más tarde, en el contexto de una sociedad más compleja. Nuestros autores sugieren que el caso del Río de la Plata sólo coincide en parte con el modelo, ya que si bien hay un proceso de concentración por un lado, lo que podría denominarse "el efecto frontera" (la accesibilidad del recurso tierra, independientemente de la propiedad) atenúa las tendencias a la desigualdad, por otro. Mi impresión, sin embargo, es que esto puede deberse al carácter muy primitivo de la economía en la época en consideración. Posiblemente, con la consolidación de los derechos de propiedad en la segunda mitad del siglo, los niveles de desigualdad de la riqueza se multipliquen, en un contexto de crecimiento mucho más acelerado. Para poder comprobarlo, sin embargo, debemos esperar que efectivamente se salte la barrera de mitad del siglo y contemos con estudios que cubran esa etapa de transición.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Entre tanto, contamos ahora con un aporte de gran valor sobre la primera mitad del siglo. *De Rivadavia a Rosas…*, como ya habrá adivinado el lector, no es un libro ameno. Es un trabajo sistemático y técnico, llevado a cabo de manera sólida y sensata. Desde luego, los resultados presentados conllevan las debilidades inevitables de trabajar con información de desigual confiabilidad. Pero por sobre estos problemas, nos permiten una aproximación crucial a uno de los temas más significativos que pueden abordar las ciencias sociales, y que es a la vez una clave para comprender la lógica de una sociedad.

Eduardo Míguez
(UNCPBA)

Federico Lorenz

Las guerras por Malvinas

Buenos Aires, Edhasa, 2006, 336 pp.

"Hay tantas memorias sobre Malvinas como islas tiene el archipiélago, pero lo que es constante es la perplejidad que genera este tema", afirma Lorenz, y comenta que un resultado de esa perplejidad ha sido el prejuicio con el cual amplios segmentos societales abordaron Malvinas. Lorenz propone, antes que una historia del conflicto bélico de 1982, una reconstrucción de otras guerras –culturales, políticas– *por* Malvinas, intentando a la vez entender y sacudir los prejuicios y recuperar algunas de esas memorias. Basándose centralmente en la prensa periódica, pero también en algunas publicaciones de ex combatientes, una docena de entrevistas, correspondencia, informes militares y productos culturales (novelas, películas), Lorenz rastrea los combates interpretativos *por* Malvinas desde 1982 hasta 2002 y ausculta tanto en la construcción de figuras representacionales dominantes –por ejemplo, la del "soldado víctima"– como en los actores y argumentos que las desafiaron. A partir de esos combates y figuras, analiza cómo las guerras *por* Malvinas tuvieron escasa autonomía con respecto a interpretaciones más abarcadoras sobre la última dictadura militar. Otorgarle una autonomía a esa guerra a la vez que entenderla como parte de una cultura política de la guerra (o la violencia) es uno de los objetivos que recorren el libro.

La primera parte, "La guerra (abril-junio de 1982)", se enfoca en las coexistentes "movilizaciones" que la contienda desató. El recorrido se abre con una interrogación sobre la formación para las armas de los jóvenes –varones, aunque no se explicite– en la Argentina del siglo XX. En una panorámica quizá demasiado apresurada, Lorenz señala los contenidos militaristas de la "educación patriótica", la impronta del servicio militar obligatorio y la opción por las armas en las juventudes radicalizadas de los años 60 y 70 como hitos a considerar a la hora de recrear cómo los jóvenes de las clases 1962 y 1963 llegaron culturalmente "equipados" al momento de su movilización en abril de 1982. La movilización de los casi diez mil conscriptos no fue la única, y Lorenz examina los múltiples actos que se fueron gestando en los meses del conflicto bélico. En particular, analiza aquellas posiciones que desde el espacio de las izquierdas –tanto en la Argentina como en el exilio– impugnaron desde un principio el llamamiento bélico y las disyuntivas de aquellos militantes setentistas que –también "adentro" y "afuera"– condenaban a las Fuerzas Armadas pero se ilusionaban con el proyecto "antiimperialista" que supuestamente subyacía en el desembarco en Malvinas. Ese entusiasmo se reforzó cuando se evidenciaron signos de apertura hacia la "política en las calles" tras largos años de clausura. Lorenz también revisa una historia más conocida: cómo la prensa llamaba insistentemente a redoblar la exaltación y a alentar a esos miles de jóvenes que estaban protagonizando el conflicto bélico. Esos "chicos", sobre los cuales la prensa y buena parte de la opinión pública proyectaban la posibilidad de una "regeneración", también compartieron el entusiasmo inicial por "recuperar" Malvinas. Sin embargo, Lorenz indaga cómo el entusiasmo devino, para algunos soldados y sus padres, preocupación y terror cuando las carencias arreciaban en las islas y cuando la muerte y la derrota eran lo único seguro.

La segunda parte, "Brechas (1982-1990")", constituye la espina dorsal del libro en términos analíticos y seguramente la más lograda en términos de escritura (incluyendo una selección más precisa de las citas). Allí se aboca al análisis de los conflictos interpretativos y de las distintas figuras simbólicas que se fueron tejiendo en las guerras *por* Malvinas desde el final del conflicto bélico hasta la represión de un levantamiento "carapintada" a principios de 1990. Tras observar cómo las cúpulas de las Fuerzas Armadas procuraron ocultar y silenciar los relatos de los soldados que volvían al continente, Lorenz se enfoca en las variaciones del "ánimo" colectivo: aquellos actores que con entusiasmo habían acogido la iniciativa de "reconquistar" Malvinas, ahora objetaban decididamente al menos a los conductores de esa iniciativa. Ya desde octubre de 1983, con la reimplantación de un orden político formalmente democrático, el imperativo parecía ser "desmalvinizar". En ese proceso de demonización de las cúpulas militares, primero, y de "desmalvinización", acto seguido, se fue construyendo una de las figuras representacionales dominantes de las guerras *por* Malvinas: la del "soldado víctima", no de las fuerzas inglesas sino de la conducción y la oficialidad de las Fuerzas Armadas. Impecablemente, Lorenz demuestra que esa construcción corrió en paralelo y se reforzó con la emergencia de las otras "víctimas": los jóvenes desaparecidos.[1] Ambas figuras se correspondían con un proceso por el cual las "responsabilidades" sociales respecto del terrorismo de Estado y de la guerra de Malvinas se borraban de la esfera de discusión. Sin embargo, remarca cómo la figura del "soldado víctima" fue cuestionada por algunos ex combatientes.

En particular, Lorenz desentraña la matriz discursiva del Centro de ex Combatientes de Malvinas, que a la vez que criticaba duramente a las Fuerzas Armadas y denunciaba "la indiferencia estatal" de los gobiernos militares y civiles, reivindicaba la experiencia de la guerra y las causas por las que se había combatido, "en un tono nacionalista y antiimperialista" (p. 211). Basándose en uno de los trabajos de la antropóloga Rosana Guber, el autor señala que el discurso del Centro de ex Combatientes tejía puentes con la militancia revolucionaria de los 70, puentes que provenían "tanto por la causa de la movilización como por elementos simbólicos comunes a ambas experiencias" (p. 208). Esta observación, si bien central para

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

indagar cómo se reconfiguró una tradición militante, no alcanza para explorar la experiencia concreta de algunos ex combatientes en su encuentro con las juventudes políticas –particularmente la peronista– a mediados de los 80 y las implicancias de ese encuentro en el universo ya fragmentado de las organizaciones de ex combatientes.[2] Esto se torna aun más problemático cuando Lorenz generaliza desde el discurso del Centro de ex Combatientes las bases para entender una posición radicalizada, compartida por "los jóvenes ex soldados" *tout court* (p. 320).

Lorenz encuentra un punto de inflexión en las guerras *por* Malvinas en la rebelión carapintada de 1987. En efecto, cuando Raúl Alfonsin volvió a la colmada Plaza de Mayo tras negociar con los líderes carapintadas, comunicó que algunos de ellos habían sido "héroes de Malvinas", reintroduciendo así el discurso sobre la guerra, de manera positiva, al "elemento militar". Los militares que pretendieron sustanciar parte de su legitimidad a partir de su actuación destacada en el conflicto bélico de 1982 volvieron a sublevarse entre 1987 y 1990. En esta última ocasión, ya bajo el gobierno de Carlos Menem, otro militar destacado en Malvinas, el general Martín Balza, fue el encargado de reprimirlos. A partir de allí, y como parte del proyecto más general de "reconciliación" perseguido durante los gobiernos de Menem –que incluyó los indultos– se produjeron cambios cualitativos entre el Estado y un sector de los ex combatientes, representados en la Federación de Veteranos de Malvinas. Por un lado, desde el Estado se oficializaba un reconocimiento más acabado a la, ahora, "gesta de Malvinas" y se dotaba de poder político a una agrupación –encargada de gestionar las demandas de los ex combatientes– que incorporaba tanto a ex conscriptos como a cuadros, todos bajo el apelativo "veteranos". Otras agrupaciones de ex combatientes rechazaron abiertamente compartir ese espacio y criticaron a quienes se prestaron a integrarla, pero Lorenz señala las implicancias más abarcadoras de la emergencia del "veterano" en términos políticos, planteando que "los jóvenes veteranos comenzaban a reingresar, simbólicamente, en las gradas inferiores de un posible Panteón Nacional" (p. 227).

Las disyuntivas en la construcción de ese "posible Panteón Nacional" son algunas de las que Lorenz analiza en la tercera y última parte, "Archipiélagos de la memoria", que comienza, de todas maneras, internándose en los regresos literales a las islas que comenzaron a producirse a lo largo de los 90 –regresos de padres, de hijos, de algunos ex combatientes– y en los regresos de ciertas interpretaciones fuertes, como la promovida por Martín Balza, a quien muy lúcidamente Lorenz refiere como "el militar respetable". Pero posiblemente lo más rico de esta parte es el análisis minucioso de las prácticas conmemorativas y la incipiente monumentalización en torno a Malvinas que, reiniciándose en 1999, se multiplicaron en el vigésimo aniversario del desembarco. Ello demuestra que las conmemoraciones estuvieron lejos de ser unívocas; Lorenz destaca cómo en 2002, mientras un grupo de ex combatientes se apropiaba de la práctica del escrache y realizaba uno frente a la casa de Leopoldo Galtieri, otros muchos se encontraron en Ushuaia, donde el entonces presidente Eduardo Duhalde planteaba abrir decididamente el panteón nacional para que ingresaran los "héroes de Malvinas", sin distinguir entre civiles o militares. Por último, Lorenz se aboca a desentrañar cómo las guerras *por* Malvinas se jugaron también dentro del espacio de los ensayistas y la comunidad académica, demostrando que no fue ajeno a la perplejidad y al prejuicio; esa perplejidad y esos prejuicios que *Las guerras por Malvinas* contribuye a conjurar.

Valeria Manzano
(Universidad de Indiana)

Nota

[1] En este sentido, ofrece una comparación afortunada. En la cultura pública de mediados de la década del 80, el discurso de victimización de los jóvenes cristalizó en dos filmes de inmensa gravitación: mientras *La noche de los lápices* (Héctor Olivera, 1985) retomaba la experiencia de adolescentes en campos de detención, la de los ex combatientes en Malvinas era recuperada en *Los chicos de la guerra* (Bebe Kamín, 1984).

[2] La ausencia de una exploración más acabada de las relaciones en un nivel más concreto –y no sólo en el de lo simbólico– entre algunos centros de ex combatientes y las juventudes políticas sorprende aun más cuando uno de los objetivos explícitos de Lorenz era aproximarse, a partir del análisis de las guerras *por* Malvinas, al "lugar de las juventudes en la política" (p. 20). Llama la atención, a su vez, que haya perdido de vista que durante 1985, declarado por la Unesco el año internacional de la juventud, el tema de los vínculos entre juventudes, política y democracia fue central en la agenda pública. Uno de los hitos de ese año fue, por ejemplo, la organización del Primer Congreso Nacional y Multisectorial de la Juventud en la Argentina, donde el tema Malvinas no estuvo ausente.

Graciela Batticuore, Klaus Gallo y Jorge Myers (comps.)

Resonancias románticas. Ensayos sobre historia de la cultura argentina (1820-1890)

Buenos Aires, Eudeba, 2005, 308 pp.

Si por resonancia comprendemos la prolongación de un sonido hasta su paulatina desaparición, las resonancias del romanticismo podrían representarnos dos ideas tan sugerentes como disímiles. Por un lado, la de ese amplio movimiento cultural de tendencia nacionalista, el romanticismo, que tuvo su génesis en Europa occidental de principios del siglo XIX y se propagó, en palabras de Jorge Myers, como "el primer movimiento universal, o con aspiraciones de serlo", y extendió también sus resonancias en la región platense. Dentro de esta reflexión cabría preguntarnos: ¿hubo un movimiento verdaderamente romántico en el Río de la Plata o sólo recibimos sus "resonancias"? Por otro lado, el título de la obra remite a lo que posiblemente más se acerque a su objetivo: retratar no sólo el movimiento romántico sino su contexto temático, espacial y temporal, es decir, "sus resonancias". Ese ir más allá del movimiento en sí permite desarrollar una mirada abarcativa y, de este modo, posibilitar una ampliación de los estudios en la intersección de distintos géneros, disciplinas y saberes. Y es por cierto esa diversidad temática, desde el campo de la cultura, un claro contraste con la clásica obra de Félix Wienberg, *El Salón Literario* (1958), en el que se realiza un particularizado estudio de la generación del 37.

Diferentes artículos de especialistas en historia y en letras componen, en un marco temporal amplio (1820-1890), las cuatro secciones que integran la obra. En un prefacio profundo y sugerente Jorge Myers,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

más que promover una descripción cabal y particularizada del romanticismo "argentinocéntrico", invita a la reflexión desde una mirada extraeuropea que permite comprender los procesos culturales locales en la interacción con el resto del mundo.

En la primera parte, "Una cultura literaria. El público, los escritores y la crítica", Claudia Román se ocupa de comprender la función de la caricatura en dos publicaciones antirrosistas del exilio: *El Grito Argentino* (1839) y *¡Muera Rosas!* (1841-1842). Allí se analiza, en los registros de la prensa "popular", cómo los unitarios y románticos se adaptaron a las necesidades políticas y utilizaron un lenguaje rudimentario –con ilustraciones conmovedoras– para intentar socavar la adhesión de los sectores subalternos al régimen rosista. Elías Palti demuestra la necesidad del grupo romántico de readaptar sus ideas historicistas que anticipaban la inminente caída del gobierno de Juan Manuel de Rosas. Así, la incontrastable realidad de la prolongada duración del odiado régimen incentivó la introducción de nuevas variantes interpretativas. Álvaro Fernández Bravo aporta una interesante visión sobre Juan María Gutiérrez y su impulso por la "construcción del patrimonio cultural latinoamericano a través de la imaginación de una tradición literaria compartida". Como se observa en su antología *América poética*, la revalorización del legado colonial entraba en tensión con el sentimiento antihispánico predominante. Graciela Batticuore cierra el capítulo con un análisis de las modalidades de lectura y la función social y política de los escritores en la primera mitad del siglo XIX. Los románticos se encontraron ante el apremio de tener que escribir para sectores sociales a los que buscaron cautivar pero con los que no pretendieron involucrarse. De este modo se forjó una clara división entre escritores, público y pueblo.

En la segunda parte, "Escenarios porteños. Teatro y sociabilidad", Klaus Gallo ubica la nueva funcionalidad del teatro dentro de la más amplia agenda de reformas del grupo rivadaviano. Como instrumento didáctico y con fines de pedagogía cívica, éste incentivó la representación de libretos italianos y franceses que privilegiaron los valores republicanos en desmedro de las obras del Siglo de Oro español. Por su parte, Beatriz Dávilo busca identificar la influencia política y social del "modelo inglés" entre 1810 y 1825. Para ello indaga en la sociabilidad establecida entre criollos y comerciantes británicos y el consecuente intercambio cultural involucrado en esa relación. Eugenia Molina explora el tópico de la sociabilidad romántica desde la perspectiva de la moda y las costumbres, mientras que Martín Rodríguez se ocupa de la producción teatral del régimen rosista resaltando su función política. Destaca a su vez la crítica teatral elaborada por los exiliados y confecciona una caracterización sobre la situación social que implicaba la profesión de actor.

El tercer apartado, "Travesías románticas. El viajero argentino y sus relatos", posiblemente sea el de mayor correlación entre sus partes. En el comienzo, Adriana Amante explica la incorporación del exotismo orientalista –propio del romanticismo europeo– a la escena local. La exuberante naturaleza de Brasil y la calidez de su clima cumplieron en América el rol que los literatos del viejo continente le asignaron a Oriente, mientras que Tucumán lo fue para el caso Argentino. Darío Roldán compara las observaciones sobre Argelia por parte de dos pensadores contemporáneos: el argentino Domingo Faustino Sarmiento y el francés Alexis de Tocqueville. Mientras que este último se preocupó por desarrollar un estudio con el propósito de facilitar la política militar y la consecuente ocupación territorial francesa, Sarmiento se ocupó de señalar la ausencia de autoridad política y el fanatismo religioso de ese pueblo. Estos factores son considerados como causantes de la inmovilidad social y de la falta de progreso, argumentos que utilizó para homologar a esas sociedades con la argentina bajo el régimen rosista. En el último apartado del capítulo, Beatriz Colombi contrasta la postura antiespañola de corte iluminista asumida por Sarmiento con la visión revitalizadora de la cultura y el paisaje peninsular elaborada por los románticos europeos como Prosper Mérimée, Victor Hugo o Théophile Gautier.

La cuarta y última sección, "La patria figurada, perspectivas y paisajes", comienza con un artículo de Graciela Silvestri donde se analiza el espacio, el paisaje y la interpretación cultural de viajeros y geógrafos que también colaboraron en la conformación de un concepto de identidad nacional. Fernando Aliata sugiere, en un estudio de caso, y frente a hipótesis más tradicionales, que la distribución de la tierra por parte del sector dirigente bonaerense no fue siempre en beneficio de la clase ganadera: la existencia de pequeñas parcelas corrobora la idea de un régimen de agricultores que bajo el status de ciudadanos tuvieron incluso participación política a través del sistema electoral. Claudia Shmidt diferencia dos proyectos con respecto a la limitación perimetral de la urbe porteña y en referencia a "la cuestión capital". Mientras que Carlos Tejedor propuso la construcción de una muralla y Torcuato de Alvear prefirió la construcción de bulevares, ambas ideas tienen raigambre y justificación en diferentes concepciones románticas. Claudia Torre explica cómo la literatura sirvió para legitimar al Estado que organizó las Campañas al Desierto. En el cierre de la parte, Laura Malosetti Costa da cuenta de la inexistencia, durante prácticamente todo el siglo XIX, de reproducciones artísticas que emularan el paisaje del "desierto" argentino. Vincula esta ausencia, sumamente llamativa, con la falta de atractivos naturales, de perspectivas y de una cultura artística propia.

Posiblemente el conjunto de la obra se constituya en un punto de partida ineludible para poder estudiar al período romántico rioplatense. El espíritu provisorio de muchas de las propuestas aquí contenidas denota la existencia de un campo de estudios fecundo y renovador; es de esperar, por lo tanto, nuevos resultados historiográficos que permitan introducirnos con mayor precisión en un tiempo histórico de tan variados matices. En palabras de Myers, éste "se definió –en todas o en casi todas sus múltiples corrientes y lenguas nacionales– como una toma de posición ante el hecho revolucionario que había sacudido los cimientos del *Ancien Régime*, y por extensión (y de un modo más consustancial aún) ante la *modernidad* en sus distintas facetas".

Debe subrayarse que el libro mantiene un interesante correlato entre sus apartados, aunque es pertinente señalar la inclusión de artículos en los que, en algunas circunstancias, la relación con el momento romántico queda poco esclarecida. Sin embargo, lejos de representar un escollo en la materialización de la propuesta inicial, el mismo título de la obra justifica, de algún modo, tales inclusiones, pues la riqueza del libro hace centro en la variedad de la propuesta solventando ampliamente el riesgo de que las "resonancias" se tornen demasiado imperceptibles.

Ignacio Zubizarreta
(Universidad Nacional de
Tres de Febrero)

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Peter Fritzsche

De alemanes a nazis 1914-1933

Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2006, 260 pp.

En los últimos años aparecieron importantes obras que intentan entender el fenómeno del nazismo a través del análisis de los diferentes grados de participación de los hombres y las mujeres corrientes en su surgimiento y consolidación. En este marco se inserta la obra de Peter Fritzsche, que se propone explicar cómo fue posible la aparición del nazismo y de qué forma se convirtió en el partido más importante de Alemania a principios de la década del 30.

La renovación historiográfica, en la cual hemos ubicado esta obra, provino de la idea de que la historia política, si bien importante en sí misma, no podía proveer por sí sola la clave para la comprensión histórica del fenómeno. La historia política tradicional –centrada en la historia de la diplomacia, las relaciones exteriores, la importancia del individuo y sus intenciones– necesitaba insertarse en un contexto más amplio. La nueva historia social introduce nuevas dimensiones para el análisis –el interés se traslada del Estado a la sociedad–, nuevas metodologías –de la cuantificación a la aplicación de modelos teóricos– y una ampliación de las fuentes para el trabajo historiográfico.

El libro *De alemanes a nazis* se encuentra organizado en cuatro capítulos y una introducción que presenta una fotografía fechada el 2 de agosto de 1914. La foto de Heinrich Hoffmann (que habría de convertirse en el fotógrafo oficial del Tercer Reich) muestra a miles de patriotas alemanes reunidos en la Odeonplatz para presenciar la declaración de guerra. Entre las multitudes congregadas ese verano en Munich se encontraba el indigente pintor Adolf Hitler. "Esa fotografía descubierta azarosamente capturó el preciso momento en que el Tercer Reich se hizo posible" (p. 21).

Cada capítulo abre con una fotografía y la descripción de una escena multitudinaria –julio de 1914, noviembre de 1918, enero y mayo de 1933– que van desde la Primera Guerra Mundial hasta la llegada de Hitler al poder. El común denominador de estos acontecimientos corresponde a la presencia de las masas en la escena pública, ocupando lugares antes reservados para la política de elite. La participación de los ciudadanos en eventos de tan distinta naturaleza –la guerra, la revolución socialista y la llegada del nazismo al poder– estaría posibilitada, en el planteo de Fritzsche, por un desplazamiento considerable de lealtades políticas. La condición del éxito de los partidos políticos era, en primera instancia, la incorporación de las masas a la vida pública alemana de la posguerra y el nacionalsocialismo supo encausarlas a través de un programa efectivo que combinaba retórica populista, prosperidad económica y una visión nacional basada en las virtudes del *Volk*.

La tesis que sostiene el autor es fuerte y provocativa, a saber: el nazismo no fue un fenómeno anómalo sino fue producto de una dinámica populista que se desató con la guerra. Tal dinámica adoptó formas autoritarias durante los años 20 y terminó por convertirse en un fenómeno extremo. La posibilidad del desarrollo de formas autoritarias extremas, como lo fue el nazismo, se encuentra dentro del sistema democrático y no fuera de él. "Puesto que las ideas democráticas se configuran en formas nacionales, se combinan continuamente con nociones menos democráticas de unidad y homogeneidad, y adquieren fácilmente una retórica de amigo o enemigo, de inclusión o exclusión, que amenaza la integridad de los derechos individuales" (p. 14). De hecho, estos mecanismos están presentes en la base misma de todo proceso de construcción de un Estado-nación, lo cual no significa que necesariamente terminen en formas autoritarias. Así, esta definición pierde de vista la especificidad del nazismo con relación a otros regímenes autoritarios –socialistas o capitalistas– y, más importante, la sustancial diferencia con los regímenes liberal-democráticos. El autor dice describir "un extremo de nuestra herencia democrática", anulando así la posibilidad de establecer una explicación compleja sobre por qué emerge el nazismo en Alemania y no en otro lugar de Europa, donde el fenómeno de masas –rasgo fundamental de la política del siglo XX– también estaba presente.

Reconsiderando la idea que la frustración de la guerra perdida fue un elemento clave en la gestación del nazismo, Fritzsche traslada la cronología a los inicios del conflicto. La importancia de "los días de agosto" de 1914 radica en la aparición de las masas en las calles antes reservadas sólo para el ordenado desfile de los representantes del Imperio. En estas movilizaciones y festejos nacionalistas "era más la escala democrática que la pompa monárquica la que confería a los festejos nacionalistas su atractivo popular" (p. 170). La guerra, dice el autor, proveyó un marco nacional dentro del cual los alemanes interpretaban sus experiencias y daban voz a sus aspiraciones transformando el nacionalismo alemán en un fenómeno diferente, ligado a "la reforma social y a los derechos políticos del pueblo". Entre las novedades, por ejemplo, se incluye "una actividad cívica sin precedente" en los barrios de las ciudades alemanas; sobre todo se destaca la organización de movimientos de mujeres que impartían cursos de economía doméstica y distribuían libros de cocina especialmente diseñados para épocas de guerra. Sin embargo es necesario señalar que la aparición de las masas –sobre todo de los grupos obreros y socialistas– en la esfera pública es anterior a 1914. La movilización y el auge de los socialdemócratas (que fueron proscriptos en 1879) por un lado y de católicos (ultramontanos) por el otro hicieron reaccionar a Otto von Bismarck en el transcurso de la década del 70. Eric Hobsbawm señala que en el decenio de 1890 –con la aparición del socialismo como movimiento de masas– se constituyó un punto de inflexión en la política moderna. A partir de este momento los gobiernos tuvieron que ensayar nuevas estrategias políticas para mantener y legitimar su poder, entre éstas figuraban la ampliación del sufragio y reformas sociales. Por tanto, aquello que Fritzsche señala como un hecho específico de los años de guerra –la movilización de las masas– contaba con importantes antecedentes. En cuanto a las reformas sociales, hay que recordar también que Bismark elaboró ya en 1880 un ambicioso plan de seguridad social.

Fritzsche entiende que la desilusión de los alemanes provenía más de la crisis de 1916-1917 que de la guerra perdida. El llamado "invierno de los nabos" (1916-1917) debilitó enormemente la visión de un Estado que protegía al pueblo; el entusiasmo general de 1914 fue sustituido por "la determinación de soportar hasta el fin de la guerra" valiéndose de "una tenaz austeridad centrada en el hecho de valerse por sí mismos". La imagen de la unidad nacional se trasladó de las esperanzadas mareas de gentes en las calles a las filas de papas *(Kartoffelschlangen)* y las filas de pan *(Brotschlangen).* Allí se intercambiaban rumores, se leían los periódicos, se criticaba la política del Kaiserreich. En todo caso, la autoridad del Estado se ter-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

minaría de derrumbar con la guerra perdida. La revolución de 1918 en las calles de Berlín presentó una imagen inusitada: los trabajadores y soldados revolucionarios avanzaron por la Unter den Linden sin encontrar resistencia alguna de la policía o los regimientos del káiser, como había sucedido en movilizaciones precedentes reprimidas por las fuerzas. Esta época está signada por la expansión de los límites de la participación de la esfera pública, por la febril actividad de los consejos obreros y también de los de la clase media urbana, por la participación de las mujeres en la política. La tesis del autor es que fue en este contexto donde se logró "emprender finalmente las renovaciones que los acontecimientos de agosto de 1914 habían validado por primera vez" (p. 105). De acuerdo con una conocida línea interpretativa, esta experiencia revolucionaria –enmarcada en un contexto más amplio de revoluciones de izquierda, sobre todo la Revolución bolchevique de 1917– habría generado la aparición de organizaciones reaccionarias. Por el contrario, Fritzsche entiende que el fenómeno paramilitar de derecha en la Alemania de Weimar no es una reacción sino que "permite ver la existencia de una tendencia populista que va hacia un nacionalismo radical" (p. 129).

Ni desesperación económica ni fundamentos antisemitas explican el surgimiento del nazismo. Quienes más sufrieron las penurias que deparaba la crisis económica, los obreros que tenían un trabajo precario (el autor incluye también a los desocupados crónicos, contra la mayoría de los estudios historiográficos que señalan que éstos fueron seguidores del nazismo), tendían a votar al comunismo. Además, dice, el impacto de las crisis en los sectores medios no fue tan acuciante como a menudo se describe. Por tanto, las clases medias votaron al nazismo más por razones de orden político –el miedo al desorden social– que de orden económico. En el caso del elemento del antisemitismo, el autor argumenta en primera instancia que éste jugó un papel secundario en las campañas electorales de los nacionalsocialistas; y, en segunda, cree que la mayor parte de los votantes no compartía el absoluto antisemitismo del nazismo, el lenguaje racista de su darwinismo social y la "rigurosa administración eugenésica". Esto no significa que los votantes del nazismo se encuentren *a salvo* de la responsabilidad de su acción: "Los términos brutales en los que todos los nacionalistas consideraban a los enemigos de Alemania y la manera correspondientemente imperiosa en que definían su futuro volvieron a la mayoría de los alemanes cómplices de los crímenes del nazismo, llevándolos a aceptar el estado racial totalmente articulado por Hitler después de 1933 y a hacer la vista gorda cuando las antipatías del régimen adquirieron un carácter asesino" (p. 205). El autor concluye que el apoyo electoral al nacionalsocialismo no fue un fenómeno circunstancial. Tuvo raíces ideológicas que conectaban a los dirigentes con las aspiraciones de los ciudadanos y que otorgaban a las políticas del régimen un grado bastante considerable de "familiaridad y pertinencia". El éxito está en la diferencia del nazismo respecto de los demás partidos políticos. Fue la "enorme amplitud de ese programa de renovación lo que hizo que los nazis se destacaran del resto de los partidos políticos y lo que los volvió tan atractivos para una pluralidad de votantes" (p. 228).

En cuanto a lo metodológico, la obra despliega una cantidad asombrosa de fuentes propias de la vida cotidiana junto a otras más convencionales. Fotografías, cartas manuscritas del frente de batalla, canciones, diarios personales, cartas de lectores, cuadernos escolares, lo que se denomina "el archivo del pueblo", logran dar una imagen ajustada y excepcionalmente rica de los horrores y privaciones cotidianas en los tiempos de guerra, así como también otras dimensiones de la vida de la llamada *ordinary people*. La perspectiva metodológica otorga una importancia central al funcionamiento de las lealtades políticas y las razones ideológicas que orientan la acción política de los actores sociales. Declarándose en contra de las articulaciones mecánicas entre la esfera económica y la política, propias del estructuralismo, Fritszche se pronuncia a favor de "tomar en serio" aquello que los alemanes decían. Teniendo en cuenta este principio, no queda clara la vinculación entre movilizaciones masivas tan diferentes como el apoyo al káiser ante la inminencia del conflicto bélico, la revolución socialista que erigió la administración de los asuntos públicos a través de consejos populares y las marchas de los "camisas pardas".

La participación de las masas en la esfera pública, sin dudas, es uno de los rasgos más sobresalientes de la política moderna, pero existen diferencias insoslayables respecto de las formas de esa participación. Así, tomando dos de los casos analizados por el autor, podemos argumentar que la autonomía y la espontaneidad que caracterizaron a la revolución socialista en las calles de Berlín en 1918 implican una participación diametralmente opuesta a la rigidez y preparación de la marcha del 1 de mayo nacionalsocialista en 1933. La revolución de noviembre, cuyos objetivos fueron la democratización política y la erradicación del hambre y la miseria social, fue –como señala Ian Kershaw en su biografía de Hitler– un hecho confuso, espontáneo y descoordinado en su mayor parte. La creación de consejos populares donde los obreros tenían por primera vez la posibilidad de actuar políticamente en tanto iguales se diferencia notoriamente de la subordinación de los trabajadores en la jerarquía nazi. En contraposición a los sucesos de noviembre de 1918, el espectáculo del 1 de mayo nacionalsocialista en 1933 fue un verdadero "golpe de propaganda" cuidadosamente elaborado por Paul Joseph Goebbels. Las concentraciones y los desfiles multitudinarios (participaron más de diez millones de personas) habían sido organizados para demostrar la fuerza del ideal nazi de una "comunidad nacional unida". Si bien es cierto que muchos alemanes se conmovieron y se identificaron con ese ideal, Kershaw argumenta que en muchos casos la asistencia de la plantilla de una fábrica a la movilización no podía considerarse un acto voluntario. Además, el día nacional del trabajo implicaría un cambio ideológico rotundo respecto de la tradición del 1 de mayo socialista, el cual se trasluce en la iconografía del ritual: "Los nazis transforman deliberadamente la imaginería simbólica de la jornada, cuyas imágenes de lucha de clases ceden su lugar a otras de cooperación entre las clases en beneficio de la causa nacional".[1]

Desde nuestro punto de vista, la debilidad del trabajo de Peter Fritzsche radica en el escaso énfasis otorgado a las diferencias ideológicas y políticas entre las formas de movilización de masas que marcaron la historia de la Alemania del siglo XX. Finalmente, es importante subrayar que *De alemanes a nazis* es una obra que demuestra que la historia política y la historia social pueden enriquecerse mutuamente y superar los límites de sus perspectivas particulares, recuperando las voces perdidas de quienes fueron partícipes cotidianos de la mayor tragedia del siglo XX.

Mariela Rubinzal
(Universidad Nacional del Litoral-CONICET)

Nota

[1] Eric Hobsbawm, *El mundo del trabajo. Estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera*, Barcelona, Crítica, 1987, p. 112.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

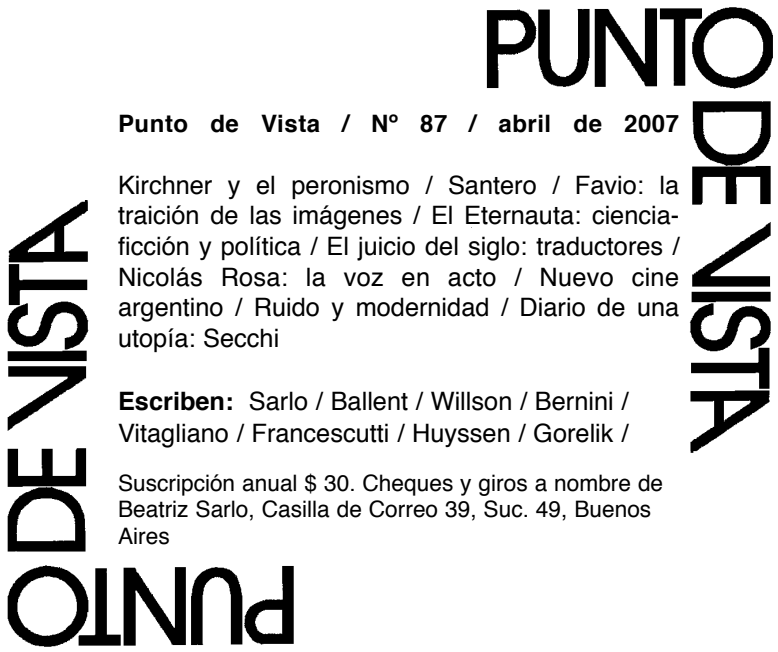
Nota para los autores y colaboradores

Los trabajos con pedido de publicación deben enviarse a Cuenca 1449 (1416), Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.

Los trabajos correspondientes a la sección "Artículos" deben ser originales y serán evaluados por árbitros externos, mientras las reseñas y las notas de la sección "Lecturas" serán sometidas a la evaluación de los miembros del Consejo de Redacción.

Los autores deberán observar las siguientes recomendaciones:

a) Deberán enviarse dos copias impresas y un disquete.
b) La extensión de los trabajos correspondientes a la sección "Artículos" no debe exceder los 65 mil caracteres incluidos los espacios en blanco, las citas y notas bibliográficas.
c) Las citas y notas bibliográficas deben ubicarse de la siguiente manera: 1) nombre y apellido del autor; 2) título de la obra en cursiva (en caso de citarse artículo, éste irá entrecomillado y escribiendo en cursiva la publicación en donde fue incluido); 3) lugar de edición; 4) fecha.
d) Los artículos deben ir precedidos de un resumen en castellano y otro en inglés que no debe ser menor de cien palabras ni mayor de ciento cincuenta.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar